L5.C
T253

TEATRO NUEVO

ESPAÑOL.

TOMO I.

195383
14.4.25

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

AL LECTOR.

Todos los que estan versados en la historia de las revoluciones del Teatro saben que á principios del siglo XVII. los Poetas Dramáticos Españoles le hiciéron mudar enteramente de semblante, formando una nueva época, que se puede llamar *Época del Teatro Moderno.* Los Poetas de los siglos anteriores, no atreviéndose á levantar sus esperanzas al grado de originales, se contenian humildes y abatidos en la imitacion servil de las Tragedias Griegas y Comedias Latinas, resultando de esta servidumbre, á que estaba sujeta su fantasía, la frialdad de la Scena, donde los Espectadores no podian tomar interés en la representacion de costumbres an-

tiguas que ignoraban, mezcladas tal vez con las modernas, en que no veían verisimilitud, ni propiedad. Las Piezas Dramáticas Españolas eran entónces el único objeto de la admiracion universal en Europa: se traducian en las lenguas de las naciones cultas; y se solicitaban para todos los Teatros. "Los Es»pañoles, dice un famoso Dramático Fran»ces (1), tenian en todos los Teatros de Eu»ropa la misma influencia, que en los nego»cios públicos: su gusto dominaba tanto como »su política." Y es constante que en el Teatro Frances no se conoció el buen gusto de la Tragedia y de la Comedia hasta que los Poetas Franceses le tomáron de los Españoles. "Es preciso confesar, dice el citado Poe»ta (2), que nosotros debemos á los Españo-

(1) *Voltaire, Pref. hist. sur le Cid de Corneille.*
(2) *Idem, Pref. au Menteur de Corneille.*

»les la primera Tragedia patética, y la pri-
»mera Comedia de carácter que han ilustra-
»do á la Francia.... *El Mentiroso* no es mas
»que una traduccion; pero á esta traduccion
»debemos probablemente el Moliere." "En
»efecto, juzga un moderno Escritor (1) de
»*Amar sin saber á quién*, y de la *Verdad sos-*
»*pechosa*, dos Comedias Españolas, ha for-
»mado Corneille las dos primeras Comedias
»Francesas escritas con regularidad, y las
»primeras que han merecido ser leídas en los
»posteriores tiempos de la cultura de su Tea-
»tro. Su *Mentiroso* hizo percibir á los Fran-
»ceses el verdadero gusto de la Comedia, no
»conocido hasta entónces.... Ésta con la otra
»intitulada *Continuacion del Mentiroso*, dió
»principio á la buena Comedia Francesa, que

(1) *Don Juan Andres, hist. de toda la literat. traduccion Castellana, tom. 4. cap. 4. pag. 163. impresion de Sancha.*

»en manos de Moliere llegó despues á tanto »esplendor.

»Este universal crédito, dice el Autor ci- »tado, que en aquel siglo obtuvo el Teatro »Español, se mira bien contrapesado con el »general desprecio en que hoy está tenido de »todos los críticos modernos: si entónces se »oían con ruidosos aplausos algunas Come- »dias Españolas, ahora el nombre solo de »tales Comedias excita la risa y el oprobrio »de los censores cultos. Los Españoles, aña- »de, que en el siglo pasado dominaban en »los Teatros de toda la culta Europa, en éste »manifiestan estar muy léjos de semejante am- »bicion, y callan negligentes y perezosos. »Tuvo el Teatro Español la desgracia de cul- »tivarse con el mayor empeño en un tiempo »cabalmente en que no podia dar frutos bue- »nos y capaces de madurar, porque la in-

»mensa turba de Poetas que bullian por to-
»das partes, no conocia las gracias del arte
»que profesaba con tanto ardor. En el pre-
»sente siglo se ha adquirido mayor conoci-
»miento del verdadero gusto del Teatro, y
»en este mismo siglo ha faltado el empeño
»de cultivarle." Y es cierto que á excepcion de algunos pocos ingenios que en nuestros dias se han dedicado á volver por el honor del Teatro Español con algunas composiciones regulares, no hemos visto sino Poetas que le deshonran con sus Piezas monstruosas. Sitios de plazas, batallas campales, luchas con fieras, truanes, traidores, soldados fanfarrones, Generales y Reyes sin carácter ni decoro, acciones increíbles, costumbres nunca vistas, tramoyas, máquinas y otros abortos de una fantasía exâltada, ó delirios de un celebro desconcertado han sido

la materia de nuestros espectáculos escénicos. ¿Y cómo podia ser otra cosa, si los Actores estaban en posesion de elegir las Piezas, y los Poetas en la necesidad de lisonjearles componiéndolas á su gusto? ¿Y qué Poeta de talento, de honor, y aun de vergüenza, habia de gastar el tiempo en escribir arreglado al arte y á la razon, sabiendo que todas las leyes de la Poesía Dramática no le habian de servir, si sus composiciones carecian de los adornos y reglas que dictaba la farándula en obsequio del que se llamaba primer Galan ó primera Dama? Y si el Poeta era indigente, y tomaba por oficio socorrido el de surtidor ordinario de la Scena, ¿tendria acaso valor para dexar desayrado al tercer Galan, sin proporcionarle un asombroso papel de Traidor? ¿Y le mereceria ménos atenciones el Gracioso? En este sistema de cosas,

¿qué progresos podria hacer nuestro Teatro? Las personas de juicio, amantes del buen nombre de la nacion, y que conocen el poderoso influxo de la Scena en las costumbres y cultura de los pueblos, se lamentaban de su corrupcion, y deseaban con ansia la reforma. Pero en el momento que llegó á intentarse, saliéron al encuentro mil estorbos y contradicciones que la figuraban imposible. Ya no habia quedado esperanza de que se verificase, quando el Excelentísimo Señor Don Josef Antonio Caballero, Secretario de Estado del Despacho Universal de Gracia y Justicia, animado de su mismo zelo por el servicio del Rey y de la Patria, quiso instruirse á fondo en esta materia; y despues de bien informado, hizo presente al Rey nuestro Señor la necesidad que tenian los Teatros de una reforma, que les restituyese la cultura

tan deseada en honor de la nacion, la qual tenia perdido su concepto entre las demas naciones en un ramo de las Buenas Letras, en que en otro tiempo las habia excedido.

Enterado, pues, el Rey de la necesidad de la reforma, y de los buenos efectos que podian esperarse de ella, se sirvió aprobarla en su Real órden de 21 de Noviembre de 1799, encargando el cuidado de realizarla á la Junta, que se dignó autorizar para este efecto. Luego que se publicó la Real resolucion de S. M. fué aplaudida, como era debido, por todos los hombres sensatos que la habian deseado con ansia. Pero sin embargo, como el desórden se hallaba, por decirlo así, autorizado por una larga y pacífica posesion, era preciso resentirse extraordinariamente en el instante de verse desterrado. Las profundas raices que habian echado los abusos y

desarreglos envejecidos del Teatro, no eran fáciles de arrancarse, sin causar un dolor muy agudo en los que estaban íntimamente unidos con ellos. De aquí resultó una furiosa y ciega persecucion contra la reforma. Se oían los tiros contra ella sin saberse la mano que los disparaba. Toda la proteccion, zelo y constancia del Gobierno ha sido menester para conservarse firme la reforma, y llevar adelante las benéficas y justas intenciones de S. M. Todos los abusos se van cortando; y los particulares y propios de la Scena irán desapareciendo, conforme los Actores vayan olvidando ciertas preocupaciones antiguas con que los fomentaban. No estan ya muy léjos de persuadirse que es un error el actuar en la Scena, no atendiendo á su natural disposicion, sino al partido que goza cada uno en su Compañía. Ya creen poco á poco que nin-

gun Actor se degrada por hacer un papel, que puede desempeñar con acierto, aunque no le correspondiese segun su método antiguo. Los Poetas desembarazados y libres de estas odiosas trabas, ya no se arreglarán en la formacion de sus planes al grado, ó al capricho de los Actores, sino á las leyes de la buena Poesía Dramática. Esta se irá cultivando con mejor gusto, y el Teatro Español recobrará su crédito perdido.

Las composiciones dramáticas arregladas son el objeto principal de la reforma, como que de ellas pende el que el pueblo se instruya al mismo tiempo que se recrea honestamente. Y para estímulo de los ingenios, que fueren capaces de contribuir á esta empresa tan digna de su aplicacion, se ha prohibido á los Actores el que sean árbitros en la eleccion de Dramas, para que así se escriban sin

consideracion á otra cosa que á la regularidad que exîge el arte. S. M. tambien se ha servido aprobar la oferta de seis premios anuales de primera, segunda y tercera clase, que consisten en medallas de oro, y un privilegio de exîgir por diez años un tres por ciento del producto de entradas en todos los Teatros fixos del Reyno para los Compositores de Tragedias y Comedias originales, ordenando que se forme una coleccion de ellas con el título de *Teatro nuevo Español Laureado:* y el mismo privilegio, aunque sin las medallas, á los Escritores de Piezas originales que no aspiren al premio, y se admitan en los Teatros de Madrid, de las que ha de formarse otra distinta coleccion, con el título de *Teatro nuevo Español.* En esta coleccion entrarán tambien las Piezas nuevamente traducidas que se representen, cuyos Traductores

tendrán por ahora el mismo derecho al privilegio concedido á los Autores originales, hasta que el número y el mérito de éstos sea suficiente para los espectáculos necesarios; en cuyo caso cesará dicho privilegio para los Traductores, precediendo el aviso correspondiente; pero serán gratificados por una vez segun el mérito de sus traducciones. Si algun Autor ó Traductor renunciáre dicho privilegio, prefiriendo algun otro interés de presente, recaerá dicho privilegio en favor de los Teatros de Madrid, que harán uso de él en los Teatros fixos de las Provincias. El honor y el interés son el incentivo de los ingenios, los quales no perdonarán fatiga ninguna para corresponder á los generosos deseos de S. M. en honor de la nacion, y suyo propio.

Es de esperar que el público será justo en la graduacion que hiciere del mérito de las

Piezas que formen *el Teatro nuevo Español.* No ignoran muchos, que en toda Europa no hay una nacion que pueda jactarse de presentar seis Tragedias, ó seis Comedias perfectas en todas sus partes, y sin defecto notable para el Teatro. Con tal que las bellezas sean en mayor número que las fealdades, es muy suficiente para que las composiciones dramáticas den gloria y esplendor al Teatro de qualquiera nacion; y segun se van multiplicando las bellezas, se aumenta el esplendor del Teatro. Suele empezarse por poco, y así se va adelantando el paso.

Nuestro Teatro, que por tan largo tiempo ha estado sumergido en un profundo letargo, ¿empezará á caminar desde el momento que empieza á moverse, con aquel ayre, con aquella gracia con que caminan y se adelantan los otros mas célebres Teatros

extrangeros, que estan acostumbrados á una marcha prodigiosa? Sería injusto el hombre que en este mismo dia exîgiese unos progresos, que solo pueden exîgirse de un Teatro bien cultivado por muchos años. No deben, pues, oirse las sátiras de críticos mordaces, y tal vez mal intencionados, cuyo fruto no es otro que el de infundir en los ingenios una cobardía perjudicial. Un prudente disimulo, ó una advertencia atenta y juiciosa anima á los Poetas, les abre los ojos, y no los intimida, y retrae como una sátira avinagrada, mordaz, y aun maligna. Critíquense enhorabuena las Piezas del Teatro nuevo; pero hágase la crítica con aquel juicio, atencion y urbanidad á que son acreedores de justicia los que por su parte hacen quanto pueden en obsequio del Rey y de la Patria.

Si las esperanzas de los críticos no que-

dáren muy satisfechas con este Tomo primero del Teatro nuevo, acaso lo estarán con el segundo, ó si no con el tercero, ó el quarto, ó el quinto, y así progresivamente; pues hay fundamento para persuadirnos que la Poesía Dramática se adelante con el honor, el premio, la emulacion y competencia de los ingenios, amantes de la patria y de su propia gloria. Lo cierto es que aun ahora en los principios, si las Piezas que se incluyan en la coleccion, no tuvieren todo el mérito que se desea, á lo ménos no serán monstruosas; no serán como aquella figura ridícula, que describe Horacio, de cabeza humana, cuello de caballo, plumas de ave, cola de pez, á la que dice el Poeta se asemejan los Dramas desarreglados. Podrán tener defectos; pero no estarán fuera del órden, no serán monstruos, no serán delirios: y así como un hom-

bre no dexa de ser hombre, ni debe ser excluído de la especie humana porque no es tan galan y hermoso como otros hombres, del mismo modo no deberá ser excluída del Teatro nuevo una Pieza que no sea tan buena como otras, con tal que esté en el órden; esto es, con tal que pertenezca á qualquiera de las clases de Dramas adoptados por el comun de los sábios, y recibidos en los Teatros mas cultos de las demas naciones. Y si por desgracia la falta de Piezas buenas y de dinero, sin el qual no puede subsistir la reforma, obligáre á poner en la Scena alguna Pieza de la clase reprobada por los Maestros del Arte, nunca merecerá la distincion de ser incluída en la coleccion del Teatro nuevo. Tales son aquellas Piezas que llaman Comedias de *Figuron*, las quales no imitan, sino que borran la naturaleza. No es verisí-

mil, ó por mejor decir, es imposible que exîsta, ni haya exîstido jamas un *Figuron* como los usados en nuestra Scena, no siendo algun loco rematado, y digno de encerrarse en una jaula. Si los *Figurones* fuesen ciertos personages ridículos, pero posibles, como v. g. el *Avaro* de Moliere, y otros á este modo, desde luego merecerian un lugar distinguido en nuestro Teatro; pero no le lograrán esos otros *Figurones*, como ni tampoco las Comedias que llaman *Heroycas*, y otras cuya materia son sitios y tomas de Ciudades, &c. Es verdad que el creador de la Tragedia en el Teatro Frances, el gran Pedro Corneille, adoptó las Comedias *Heroycas*, y las de *Tramoyas* y mutaciones extraordinarias; pero esto fué un contagio que se le pegó con el estudio y aprecio que hacia de los Dramáticos Españoles, inventores de las Comedias *Heroycas*

y de *Tramoya*, componiendo á su imitacion el *Nicomedes*, el *Don Sancho de Aragon* y la *Andrómeda*. Ningun Poeta de ingenio distinguido en Francia siguió los pasos de Corneille en semejante empresa; y le siguiéron sí, y le elogiáron en la composicion de Comedias regulares, y segun arte, como el *Mentiroso*.

Las Piezas, pues, de que habrá de formarse la coleccion del Teatro nuevo Español, serán Tragedias y Comedias, que merezcan con propiedad el nombre de tales. Y no serán excluídas las que los modernos llaman Comedias *Sérias*, ó *Lastimosas*, ó *Tragedias Urbanas*; pues aunque esta nueva especie dramática no fué bien recibida al principio por muchos hombres de voto en la Poesía Dramática, con todo eso se ha hecho tanto lugar en todos los Teatros cultos de Europa,

que ya sería una rareza el no admitirla en el nuestro. Y prescindiendo de esta consideracion, "yo no veo, dice el erudito Escri»tor (1) arriba citado, por qué se ha de des»preciar una composicion teatral, que baxo »qualquiera nombre que se le quiera poner, »sabe muy bien herir el corazon con viví»simos afectos, é inspirar una útil moralidad, »y que logra cumplidamente el fin deseado »del Teatro de deleytar, é instruir.... No se »escriben, dicen los contrarios, *Comedias Las»timosas*, ó *Tragedias Urbanas*, sino porque »son mas fáciles, y la facilidad misma las »degrada.... ¿Y por qué se ha de llamar fá»cil un Drama que requiere en el Poeta un »gran fondo de ingenio, de filosofía y de sen»sibilidad, para expresar con delicadeza las

(1) *Don Juan Andres, hist. de toda la literat. tom. 4. cap. 4. pag. 356. impresion de Sancha.*

»pasiones y los afectos, las virtudes y los vi-
»cios, sin caer en lo romancesco, y en lo
»afectado? Entre tantos que han escrito y es-
»criben continuamente Dramas de este gé-
»nero, ¡quán pocos han conseguido compo-
»nerlos perfectos!.... Estos Dramas hieren el
»corazon, instruyen el entendimiento, hacen
»derramar lágrimas de ternura, entretienen
»dulcemente al auditorio, y esto basta para
»hacerlos recomendables, y para que se re-
»ciban con gusto en el Teatro. La novedad
»del espectáculo desconocido en los siglos pa-
»sados, ¿por qué deberá deprimir sus alaban-
»zas, en vez de aumentar la gloria de las lu-
»ces de estos tiempos?" Es cierto que á pri-
mera vista parece mas fácil hacer llorar, que
hacer reir; pero atendidas bien todas las cir-
cunstancias del asunto presente, se hallará
que un ignorante, que compone Entremeses,

hará reir con sus composiciones, y acaso nunca podrá hacer llorar, por mas que lo intente con ellas.

Tampoco se descartarán de la coleccion del Teatro nuevo Español los Dramas que llaman *Pastorales*, muy cultivados por los Poetas Italianos, los quales pueden reputarse por sus inventores en el Teatro moderno. Estos Dramas *Pastorales* no son mas, segun Luzan (1), "que unas Comedias donde se in»troducen Pastores y Pastorcillas, imitando »alguna accion entera en estilo natural y »afectuoso, para deleytar con la pintura de »los objetos mas agradables y amenos del cam»po, y de los afectos mas tiernos de los Pas»tores, inspirando al mismo tiempo amor á »las costumbres inocentes y sencillas de aque»lla gente feliz, que contenta en su retiro,

(1) *Luzan, tom. 2. lib. 3. cap. 18. edicion de Sancha.*

»ignora aun los nombres de la ambicion y »de la codicia." Los Poetas de hoy han extendido la materia de las Pastorales á otras personas, que no siendo Pastores, viven una vida sencilla, inocente y apartada de los incentivos del luxo, ambicion y codicia, como son los Pescadores, Cazadores, Labradores, Aldeanos y otros habitadores de islas y países de corta poblacion, y distantes del trato y bullicio de las grandes Ciudades. Esta especie de Dramas es muy dificil con relacion á la Scena: y así son rarísimos los que satisfacen al deseo y gusto de los Espectadores; y se juzgan mas á propósito para acompañarse con la música, que para la declamacion teatral.

El órden que se ha de observar en la colocacion de todas las Piezas de la coleccion, no será otro que el que hayan tenido en la

Scena, colocándose la primera la que se haya representado primero, la segunda la que se le siga, y así sucesivamente; de modo que el mérito de las Piezas no debe regularse por la antelacion de lugar que ocupen en la coleccion del Teatro nuevo. Á ninguna Pieza precederá el argumento de que trata, así por no aumentar el volúmen, como por considerarse inútil, si han de ser leídas, ó tal vez capaz de retraer de su lectura á los que solo las leen por la estéril curiosidad de saber en qué consiste la accion, y qué éxito tiene. Los Autores tendrán arbitrio de hacer alguna advertencia, ó discurso preliminar sobre sus composiciones, con tal que sea muy breve, y solo lo preciso para informar á los Lectores lo que juzgáren convenir al crédito de sus obras.

LISTA

DE LAS PIEZAS DRAMÁTICAS,

QUE CONFORME A LA REAL ORDEN DE 14 DE ENERO DE 1800, SE HAN RECOGIDO PROHIBIENDOSE SU REPRESENTACION EN LOS TEATROS PUBLICOS DE MADRID Y DE TODO EL REYNO.

La toma de San Felipe por las Armas Españolas.

Sastre, Rey y Reo á un tiempo: el Sastre de Astracan.

El valor y clemencia Española con Glaura y Coriolano.

Enigma Músico y Cómico.

Triunfos del valor de España en defensa de Melilla, y el imposible vencido.

Saber del mayor peligro triunfar sola una muger: la Elvira.

La invencible Castellana.

Progne y Filomena.

Al audaz fortuna ayuda.

El Maestro de Alexandro.

El Abraham Castellano, y blason de los Guzmanes.

El Negro mas prodigioso.

El amor constante: Eurídice y Orfeo.
La vida es sueño.
El mayor valor del mundo por una muger vencido.
Cárlos quinto sobre Dura.
Triunfar solo por la Fé.
El Perseguido.
Samir y Nircea.
Razon, justicia y honor triunfan del mayor valor: Alexandro en Scutaro.
El guapo Julian Romero.
La prudencia en la muger, y Reyna Doña María.
Tener la fama de fiera, y en las acciones no serlo: Laomedon en Siria.
La gran Zenobia.
Hay venganza que es clemencia.
Ino y Neifile.
El asombro de Xerez, y noble Agustin Florencio.
Belerofonte en Licia.
El mas sangriento trofeo de las empresas de amor.
Orígen y fundacion del Orden de Calatrava.
El segundo Augusto César, y proféticas Sibilas.
En la variedad está el gusto.
Fingir para merecer, y perderse por querer: el Negro Esclavo.
A los grandes corazones no postran las aflicciones: Rey penitente y Profeta.

La charpa mas vengativa, y guapo Baltasaret.
El Galeote.
El Gran Visir Otomano.
Quando hay ficcion, siempre vence al engaño la razon.
La Pitonisa mágica Cebeles.
Ni amor, obligacion, temor, ni amigo logran lo que el enemigo.
Perder por ódio y amor reyno, vida y opinion: Mitrídates, Rey de Ponto.
El pasmo de Inglaterra, y Mágica Margarita.
Pagar su deuda el valor.
La Puerta Macarena, primera parte.
Idem, segunda parte.
Para ser ciencia el amor, se vale de la pintura.
Será lo que Dios quisiere.
Troya abrasada.
Fortuna, zelos y amor.
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.
Morir por vivir con honra.
Filis y Demofonte.
Cómo ha de servirse al Rey muestra Clemencia de Aubigni.
Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre, y la toma de Milan.
La Calipso.

Contra la mayor maldad el triunfo de la inocencia.
No hay artes contra el amor, y ántes que todo es mi sangre.
¿Qué mas castigo que zelos?
El bárbaro Ascalonita.
La batalla del Albis.
El valiente Pedro Ponce.
Amor el maestro de amor.
Ni el interes ni la sangre vence á una lealtad constante, y el Héroe de la China.
La mas valiente guerrera por su esposo y por su patria.
Detener la aurora al sol, y batalla de Deten tu dia.
La Niña de Gomez Arias.
El cisma de Inglaterra.
Los Mártires de Toledo, y Texedor Palomeque.
Los Juegos Olímpicos.
La Fiera, el Rayo y la Piedra.
El Traidor contra su sangre, y siete Infantes de Lara.
El valiente Negro en Flandes.
Vida y muerte del Cid, y noble Martin Pelaez.
La heroyca Antona García.
La encantada Melisendra, y Piscator de Toledo.
El monstruo de los jardines.
Jerusalén destruída por Tito y por Vespasiano.

No se evita un precipicio si se ofende á la Deidad, y Mágico Fineo.

La restauracion de Madrid.

Los estragos de unos zelos contra el amor mas constante, y la Blanca Francesa.

El cielo en igual justicia sabe premiar la clemencia, y castigar la avaricia: la Princesa Espigadora.

A un tiempo Esclavo y Señor, y Mágico Africano.

Lorenzo me llamo.

Es el parcial injusto amor de un padre arriesgado al amado y al amante.

En vano el poder persigue quando ampara la Deidad, y Mágica por su esposo.

Aun hay valor en España, y defensa de Melilla.

Lo que va de cetro á cetro, y crueldad de Inglaterra.

El Castellano Adalid, y toma de Sepúlveda por el Conde Fernan Gonzalez.

El Riquimero, Rey de Gocia.

La Amazona de Montgaz, y aventuras de Tequeli.

Premios son venganzas de amor.

Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece.

El Job de la Ley de Gracia.

La conquista de Madrid por el Rey Don Ramiro, y Conde Fernan Gonzalez.

Amado y aborrecido.

La piedra filosofal, y gran puente de Suazo.
Un engaño con primor triunfos da á culto y á amor.
La mayor dicha en amor, y glorias del Rey Fernando.
Obrar contra su intencion, y templo de Diana en Chipre.
Mas puede amor que el poder.
En las lides del amor la constancia es el valor.
Envidias vencen fortunas.
Todo es fácil al poder, y Persa mas inhumano.
Por su amante y por su patria, y Porsena sobre Roma.
La mayor hazaña de Cárlos Quinto.
Antígono y Demetrio, ó Berenice en Tesalónica.
Nadie mas grande hechicero que Brancanelo el herrero.
Los dos amantes mas finos Hipermenestra y Linceo, y traicion mas bien vengada, ó la Mágica Erictrea.
Entre inocencia y maldad siempre triunfa la verdad.
Amor, ventura y valor logran el triunfo mayor, y el invencible Amadis.
Don Juan de Espina en Madrid.
Don Juan de Espina en Milan.
El Tirano Galopin.

Honra y provecho en un saco.
El blason de los Guzmanes.
Hacer la oliva laurel, y orígen de los Machucas.
Con vigilancia vencer sombras, traicion y poder, y triunfo de Constantino.
El Isleño mas cruel contra una débil muger, y grande Alexandro en Lidia.
No hay fiera mas irritada que una muger indignada.
Morir por patria y honor.
Gustavo Adolfo Rey de Suecia.
Triunfos del valor y honor en la Corte de Rodrigo.
La constancia Española.
La toma de Breslau.
Rey valiente y justiciero, y Rico Hombre de Alcalá.
El Rey Don Enrique el Enfermo.

Se continuará.

GOMBELA

Y SUNI=ADA.

TRAGEDIA

EN QUATRO ACTOS.

SU AUTOR

EL LIC. DON JUAN FRANCISCO DEL PLANO,
ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS,
RESIDENTE EN ZARAGOZA.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

ADVERTENCIA.

La escena es en el Palacio Real de Candi, capital de Ceilan. En el fondo debe haber un solio con una pequeña gradería, y cubierto con cortinas; por adorno tiene en su remate una cabeza de elefante. Por encima corre una galería que cruza lo ancho del salon: debaxo hay á cada lado de la gradería una pequeña puerta, indicando ser de prisiones reservadas.

NOTA.

El trage se reduce en los hombres á dos camisas, la primera blanca y lisa; la segunda rayada, y muy plegada en los brazos, y á la espalda; las dos se sostienen por la cintura con una grande faxa azul, ó encarnada, y en ella afianzada una grande cuchilla: en la cabeza usan un gorro alto; este es el trage de los nobles. Los soldados llevan una sola camisa, gorro, rodela y fusil, ó espada, ó lanza.

Las mugeres llevan una camisa sembrada de flores de color, un prendido de tela de seda, y muchos adornos de oro en anillos, brazaletes y cerquillos en piernas, brazos y cuello.

Solamente el Rey puede usar calzado.

ACTORES.

DARMA. Usurpador del trono de Ceilan.
Señor Rafael Perez.

DAGLIBO. Confidente suyo.
Señor Antonio Ponce.

GOMBELA. Legítima heredera del trono.
Señora Rita Luna.

SUNI-ADA. Primo, y amante de Gombela.
Señor Julian de la Peña.

TIRMALA. Anciano, confidente de Suni-Ada.
Señor Antonio Pinto.

DON PEDRO LOPEZ DE SORA. Portugues, Gobernador de Malaca.
Señor Luis Navarro.

ACTO PRIMERO.

Darma y Daglibo.

Darma. No calma, amigo, la terrible lucha
que en mi azorado espíritu sostengo.
Baxo de un exterior dulce y tranquilo,
yo llevo un triste corazon cubierto
de espanto y de terror. En vano, en vano,
siempre fértil en útiles consejos,
tu astucia apura los resortes todos,
por remitir un rayo de consuelo
á mi alma atribulada.
Dagl. Pero Darma,
de Ceilan soberano, aquel guerrero
á quien su libertad la patria debe,
el terror del intrépido Européo,
¿tiembla ahora? ¿qué nuevos infortunios
amenazan tus glorias?
Darma. Los momentos
mas terribles son estos de mi vida.
¡Ay Daglibo! Do quier mis ojos vuelvo,
un fiero abismo de peligros hallo,
que me sumerge en su espantoso seno.
Pero enmedio tal vez de mis temores,

la saña hierve en mi implacable pecho,
y furor y venganza respirando,
á mi valor sugiere planes nuevos.
Tú sabes bien quién soy, sabes quién eres:
nacido en lo mas ínfimo del pueblo,
y trasladado de la humilde choza
de mi palacio á un baxo ministerio,
yo te saqué del centro de la nada:
te elevé á mi amistad. De los Hondreos
en vano el grito tumultuario quiso
excluirte de mi lado. En el momento
que yo de tí mi proteccion retire,
volverás á ser nada; á ser del pueblo
el escarnio, y objeto de venganza
para los nobles.

Dagl. Sé quanto te debo;
sé que tu hechura soy. ¿Pero no he sido
un fiel executor de tus preceptos,
á costa de exponer mi propia vida,
al ódio pertinaz de todo un reyno?
Quando el camino de Ceilan al trono
osaste abrir, tus manos y tu acero
tiñendo con la sangre mal hadada
de tus hermanos, ¿quién del gran secreto
depositario fué? solo Daglibo.
¿Quién te proporcionó todos los medios

para la execucion disimulada?
Daglibo fué. Si por querer del cielo
á Gombela, tu hermana, no se pudo
dar la muerte tambien; y audaz huyendo
del Portugues al campo, ha preservado
sus dias á pesar de los esfuerzos
con que pasé á buscarla entre ellos mismos,
disfrazado en el trage de Européo,
tú sabes bien que en nada soy culpable.

Darma. ¡O qué azar á nosotros tan funesto!

Dagl. Corrí todo Ceilan una y dos veces,
buscándola sagaz, siempre sediento
de su sangre enemiga. La ocultáron
los Portugueses: educóse entre ellos;
y supimos poco ha, que por secreta
combinacion de incógnitos sucesos
faltó de su poder.

Darma. Y el rumor corre,
de que en el mio se halla ya hace tiempo.
Hoy se espera en palacio, como sabes,
del Xefe Portugues el mensajero,
que la entrega me pide de Gombela,
ó la guerra renueva en este imperio.
Pero no es esto, no, lo que me aflige.
Hice de tus deberes el recuerdo,
porque á depositar mis confianzas

voy en tí; escucha amigo: En el silencio
de esta noche, de un pérfido asesino
la mano amenazó en mi mismo lecho
á mi vida; yo estuve en las orillas
del sepulcro.

Dagl. ¡Qué escucho! ¡ó Dioses! tiemblo.
¿No cercaban tu cámara los guardias?

Darma. Es uno de ellos mismos el perverso.
Pensó engañar las sombras de la noche,
y sorprenderme en el tranquilo sueño.
Yo desperté, y lo oí; con osadía
sobre él pude arrojarme en el momento
de descargar el homicida golpe.
En esa prision queda: este secreto
á nadie todavía he revelado,
porque muy grandes cómplices sospecho
en el horrible crímen; y es preciso
del temor alejarlos, y el rezelo.

Dagl. ¡Atentado feroz! ¿Y Suni-Ada,
tampoco es sabedor de este suceso?

Darma. Nada sabe: ayer vino coronado
de mil laureles que ganó su acero
en la larga campaña en que las huestes
del insurgente Vátalo ha deshecho.
Pues nada sabe aun de quanto pasa:
tú nada le reveles; y en secreto

haz la guardia mudar de mi palacio;
la gente elige de mayor esfuerzo,
y Cabo que la mande; mis avisos
executa sagaz, y con silencio.

Dagl. Serás obedecido.

Darma. Mi fortuna
es la tuya.

Dagl. Tambien tuyo mi riesgo. *Vase derec.*

Darma. Donde esperé lealtad hallo la envidia,
como la yerba llena de veneno
tal vez se esconde entre vistosas flores.
Desde hoy no mas de mí fiarme debo.
La amable suavidad no es el resorte
que á su término lleva los proyectos
del que en la fuerza su poder apoya:
el furor, la amenaza y escarmiento
las sendas son por donde el crímen marcha,
quando llega á pisar el solio excelso.
¿Pero qué puedo hacer con Suni-Ada,
si él es traidor? Respetarán los pueblos
la sangre régia que en sus venas corre.
La formidable union de los Hondreos
de Ceilan á los Reyes siempre infausta,
en él mira su Xefe; un movimiento
puede excitar en ellos: mas que todo,
de sus virtudes la firmeza temo.

¿Pero temer?... si intrépido se arroja
á insultar mi persona, en el silencio
de una oculta prision haré que expie
su iniquidad sin revelarlo al pueblo,
y sin causar sospechas en los nobles.
Pero Tirmala llega su maestro,
su ayo y su confidente: disimulo.

Sale Tirmala.

Tirm. Rodeado, Señor, de pueblo inmenso,
á palacio se acerca Suni-Ada:
tambien de Portugal el mensagero
de entrar acaba en la ciudad.

Darma. Que espere
Suni-Ada contigo unos momentos,
miéntras las guardias doblo de palacio,
y de ocultas insidias me preservo. *Vase izq.*

Tirm. ¡Doblar las guardias!... ¡Preservarse Darma
de traiciones ocultas!... Yo no entiendo
este lenguage. ¿El Portugues acaso
pudo en él excitar algun rezelo?

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Tirmala, ves al fin, que como leyes
inviolables observo tus consejos.
Ya vuelvo á este palacio detestable
del negro crímen espantoso centro.
El homicida vil de sus hermanos,

Darma el usurpador del trono régio,
el que en mí un vengador temer debiera,
un servidor encuentra, un instrumento
con que extiende sus glorias y conquistas,
y le asegura el usurpado cetro.
¿Y era este mi deber? tú lo has querido.
Gobernaste mis años inexpertos,
y tu voz el camino señalaba
á mis acciones. Tus consejos fuéron
los que en vez de alejarme de este monstruo,
y armar mi mano de invencible acero,
á vivir á su lado me forzáron,
y á seguir sus banderas, que detesto.
Tirmala, ya es preciso que se corra
de tus planes políticos el velo.
El tenaz ódio que profeso al crímen,
el exâltado amor al sentimiento
de honor y de justicia, no permiten
que me engañe á mí mismo por mas tiempo.

Tirm. Jóven, mas generoso que prudente;
no siempre es provechoso el ardimiento
á la virtud. ¿Qué puede desarmada
la razon contra el crímen que el acero
ó fuego asolador lleva en su mano?
¡Qué sacrificios la virtud ha hecho
inútiles y amargos de sí misma,

por no querer templar su ardiente zelo!
Eras muy jóven quando el impio Darma,
de sus hermanos en la sangre envuelto,
empuñó el cetro de Ceilan. Las tropas
que él comandado habia tanto tiempo,
en hacer de su Xefe su Monarca,
tomáron interes. Iluso el pueblo,
y espectador qual suele indiferente
en aquellos sucesos y momentos
que deciden tal vez de su fortuna,
vió la trágica escena con silencio.
y sometióse alegre á la cadena.
¿Qué querias tú hacer?

Suni-Ada. Por los desiertos
vagar errante, maldecir el crímen,
llorar á solas el cruel suceso,
y no besar la mano que abomino,
y que bañada de la sangre veo
del justo sucesor de esta corona.

Tirm. La ambicion de un tirano no halla medio;
el que no es su sequaz, es su enemigo;
y trata como crímen al silencio.
Debiera tu retiro de la corte
sobresaltar á Darma, y mil rezelos
inspirarle funestos á tí mismo.
Educado vivias muy contento

entre los Portugueses. Al palacio
te hice sagaz venir, porque encubriendo
el ódio que alimentas en tu alma
contra el usurpador, de todo riesgo
preservases tu vida: aquí á su lado
observo sus menores movimientos,
y sé velar por tí.

Suni-Ada. Ya ser no puede
mi corazon forzado por mas tiempo.
Los sentimientos ves que he reprimido;
pero hoy quieren con ímpetu violento
de la cárcel salir que los ahoga.

Tirm. Mas hoy, ¿qué vuelves?...

Suni-Ada. Sí, Tirmala, vuelvo
victorioso á ofrecer nuevos laureles
á los pies de ese monstruo que detesto.
Pero vuelvo tambien determinado
á huir de su palacio: me avergüenzo
de haber el Xefe sido de sus armas,
y apoyado los bárbaros derechos
que le dió un exêcrable fratricidio.
Esta corona tiene justo dueño
en la infeliz Gombela, que se pudo
de Darma libertar, el dia horrendo
en que con sus hermanos ser debia
víctima triste del furor sangriento,

del iniquo homicida.

Tirm. ¿Pero acaso
se sabe su destino? ¿No se han hecho
por hallarla mil vivas diligencias,
que inútiles han sido? ¿Y hay un pueblo
que su nombre recuerde? ¿El negro olvido
no tiene sepultados sus derechos?
¿Y á entrar en un empeño te atrevieras
para ella inútil, para tí funesto?

Suni-Ada. Oye Tirmala, debo descubrirte
todo mi corazon. Quando el precepto
que mi padre, con labios moribundos,
te impuso de llevarme en años tiernos
á recibir mi educacion primera
entre los Portugueses, hallé en ellos
á Gombela, á quien daban otro nombre,
iniciada en sus dogmas y misterios.
Uniéronse de entónces nuestras almas;
y con los años nuestro amor creciendo,
fidelidad eterna nos juramos.
La brillantez del amoroso fuego
de nadie fué observada: mas ardian
nuestros dos corazones en secreto.
Jamas tan liberal naturaleza
adornó un corazon de sentimientos
mas puros, ni sembró en humano rostro

las finas gracias y atractivos bellos.
Tal es Gombela, amigo: su edad tierna
solo virtud respira: el Européo,
yo no sé con qué fines, la ha instruído
en el arte difícil del gobierno,
tanto, que á ser las ciencias y virtudes
unidas al político talento
las escalas del trono, ella podia
la corona ceñir del universo.
Por este mismo amor que nos unía
juré ser defensor de sus derechos,
y colòcarla en el augusto solio
que ocupáron sus ínclitos abuelos.
Esta llama voraz que me debora,
reprimida en la cárcel del silencio
por el espacio largo de seis años,
recreció mas y mas: todo este tiempo
cuentan, amigo, las primeras ansias,
los primeros suspiros que mi pecho
exhaló por Gombela; enardecido,
ausente de sus ojos (pero lleno
de mi llama amorosa) á habitar vine
este palacio de maldades centro,
cediendo de una vez á tus instancias,
no tanto por salvar mi propio riesgo,
como por ver si puedo de Gombela

á la mano volver el patrio cetro,
cumpliendo con mi amor y su justicia.
La guerra se ofreció con el protervo
Vátalo, que una tropa de bandidos
en su favor juntó: y en este tiempo
supe que ya Gombela no exîstia
entre los Portugueses: rumbo incierto,
y cautelosa fuga la sacáron
de esta augusta tutela. Yo, sabiendo
la novedad, con mano mas activa
hice la guerra, y á palacio vuelvo
de mi pasion en alas conducido.
Tirmala, te descubro el gran secreto
que reservé en mi corazon. Gombela
es el centro de todos mis deseos.
En vano alguna vez apagar quise
llama tan peligrosa: yo no puedo
separarla de mí: la bella imágen
ocupa mis ardientes pensamientos,
y de todas sus gracias adornada
siempre en mi mente á mi Gombela veo.
Aunque su suerte, y su destino ignoro,
sabrá mi amor correr el universo
en su busca: y al fin en su defensa
exhalaré mis últimos alientos.

Tirm. Apruebo tu pasion: es de tí digna...

mas que puedas perderte en ella temo.

Suni-Ada. El rapto de mi amor no es susceptible
de leyes delicadas.

Tirm. El consejo
nunca á los hombres es mas necesario
que quando se enardecen sus afectos,
aunque por causa justa y generosa.
Darma sale: yo te amo y te amonesto
que nada determines por tí solo;
habla á Darma, que luego nos veremos. *Vas.der.*

Suni-Ada. ¡Que con fria ceniza cubrir deba
de mis pasiones el voraz incendio!

Sale Darma, que pone una espada encima de una mesa.

Suni-Ada. Vuelvo, Darma, á tu vista victorioso:
queda el rebelde Vátalo deshecho,
y entráron otra vez en tu obediencia,
perdido el Xefe, los ilusos pueblos.

Darma. Nunca pudiera serme tan propicia
tu venida: jamas me fué tu acero
tan preciso: mis dias amenaza
en el palacio insidiador secreto;
y tu brazo ha de ser el que castigue
la exêcrable maldad.

Suni-Ada. ¿Cómo? ¿Qué riesgos
á la sombra del trono te rodean?

Darma. El mayor.

Suni-Ada. ¿Pero dónde está el protervo?
Mi espada y brazo del castigo horrible
serán executores.

Darma. Y yo acepto
esa palabra. Al reo no conozco, *Con falsed.*
mas puedo presentarte el instrumento
con que iba á executar su infame crímen:
tal vez tú mismo por tan fácil medio
descubrirás al pérfido que quiso
en mi sangre teñir su vil acero.
Ve aquí la espada: mírala; sus filos
amenazáron mi inocente pecho.

Suni-Ada. ¡O Dios!... ¿Qué espada es ésta?...

Darma. ¿Qué? ¿Enmudeces?
¿La conoces tal vez? Ese silencio,
y ese rubor me llenan de sospechas.

Suni-Ada. La conozco: es la espada que tú mismo
al partir á la guerra me ceñiste.
¿Mas cómo vino á tu poder?

Darma. Sobre eso
yo debo preguntar; tú responderme.
Yo armé tu diestra del brillante acero, *Con sever.*
para defensa de mi honor y vida;
y lo veo volver hácia mi pecho
á descargar el alevoso golpe,

y ser de una traicion vil instrumento.
Tú sabrás á qué mano, y con qué causa,
la espada confiaste.

Suni-Ada. En un encuentro
con Vátalo el rebelde, mi caballo
del golpe de una pica cayó muerto;
y saltando la espada de mi mano,
desarmado quedé: en aquel momento,
de la lanza en la punta un enemigo
la muerte conducia hácia mi pecho,
y otro jóven corrió cubierto el rostro:
se opuso al crudo golpe con denuedo,
y trocando su espada por la mia,
despues de libertarme de aquel riesgo;
vive Suni-Ada, dixo: y esta deuda
de tí espero cobrarla en algun tiempo.
Yo no le conocí; quedé confuso,
y él desapareció qual leve viento.

Darma. Aventura muy propia de la guerra.
¿Pero tú al generoso aventurero
no conociste?

Suni-Ada. No: jamas lo he visto:
¿dudas de mi verdad?

Darma. ¡O! Quiera el cielo
que no pueda dudar, y que se vean
desmentidos del todo mis rezelos.

Ola, guardias.

Salen dos guardias, que abriendo Darma la prision, sacan con cadena en los pies á Gombela, y se retiran.

Suni-Ada. ¡Qué extrañas confusiones
me combaten! Aquí hay algun misterio,
cuyo principio infausto no conozco.

Darma. Atiende Suni-Ada: este es el reo.

Suni-Ada. ¡O Dios, qué semejanza!...

Darma. ¿Te confundes,
y mudas de color, pálido y yerto? [justo...

Suni-Ada. Ella es; tiemblo... no hay duda... cielo

Gomb. No así á la confusion y al desconsuelo,
Suni-Ada, te entregues: no esperaste
ver á tu amigo entre cadenas preso,
y á la infamia cercano del suplicio.
Pero es por lo comun el hado adverso
á los hechos sublimes. Librar quise
la tierra de este monstruo, y con mi acero
despedazar sus pérfidas entrañas,
dando al crímen terrífico escarmiento.
Alistarme logré con disimulo
entre sus guardias mismos: al silencio
encomendé de la tranquila noche
la noble execucion de mi proyecto.
El me sobrecogió, que desvelado

supo fingir un sosegado sueño.
El golpe malogré; mas todavía,
aunque humillado en su poder me veo,
respiro aquel furor, que es de mí digno,
y confio enmendar mi desacierto.
Yo sé bien quánto me amas: mas no imploro
ahora tu poder, ni tu consejo.
El consejo y poder tendré á mi lado,
y esto tal vez quando lo esperes ménos.
Un fiel silencio, en el amargo trance,
no mas te pido. Déxame contento
con esto solo: piensa bien quién eres,
piensa quién soy, y guárdame secreto.

Darma. ¿Este es el reo vil que no conoces?
Quando de su presencia estabas léjos,
ser su mismo verdugo prometias,
dando de la lealtad digno modelo,
¿á su vista enmudeces? ¿Dónde, dónde
estan los generosos sentimientos
de justicia y honor? ¿Dónde el caballo
y la caída en el fatal encuentro?
¿El trueque fabuloso de la espada?
¿La venida del jóven encubierto,
que te libró de la vida?

Suni-Ada. ¡O Darma! todo
quanto dixe es verdad.

Darma. Jóven perverso,
habla, y confunde á tu falaz amigo.
Gomb. Hablaré la verdad, no con objeto
de confundirle: es cierta la aventura
del caballo y la espada: á mi denuedo
debe su vida, sí; y tú las victorias
que despues ha logrado su ardimiento.
Pero oye otra verdad, que es mi designio
sobresaltar con ásperos rezelos
de tu malvado corazon la calma.
Suni-Ada es mi amigo hace ya tiempo:
sabe que nos amamos con ternura,
y que nos une el lazo mas estrecho
de un amor virtuoso.
Darma. Bien: me basta
ese tan eficaz convencimiento.
¿Qué respondes ingrato?
Suni-Ada. Mi destino
es sola mi disculpa.
Darma. Piensa atento
quál será mi deber, y quál el tuyo.
Suni-Ada. Es el mio morir por mi secreto.
Darma. Tal vez lo lograrás. Y tú, audaz jóven,
de tu prision obscura vuelve al centro,
que pronto quiero ver de quién esperas
el favor en auxîlios ni consejos.

Gomb. Tú verás quánto puede en las empresas
la firmeza de espíritu.
Darma. Tu empeño
es un ímpetu vano de tu furia.
Gomb. En la calma mayor un leve viento
de que no se hizo caso, desbarata
los planes del piloto mas experto.
Darma. Yo no sulco las hondas peligrosas;
vivo seguro en el tranquilo puerto.
Gomb. Hay uracanes, que en el puerto mismo
la mas robusta nave hacen fragmentos.
Darma. Antes que llegue tan infausto dia,
serás ya morador del triste averno.
Gomb. Allí á los cielos pediré venganza.
Darma. ¿Quándo del infeliz se acuerda el cielo?
Ola, guardias: tomad de Suni-Ada
la espada y el baston, que yo reservo
á otras manos mas dignas: ese jóven
vuelva de nuevo á su prision; y ordeno
que á nadie se permita de palacio
salir sin mi permiso.
Gomb. Te encomiendo,
querido Suni-Ada, la firmeza
y la fidelidad en el secreto.
Sabes quien soy. Aunque por mí murieses, [*Con*
ibas de gloria y de virtud cubierto [*mucho vigor.*

al sepulcro. No dudes que tu amigo
hiciera en lance igual por tí lo mesmo. *Vase.*

Darma. Soberbias expresiones que me llenan
el corazon de horror: este misterio
á toda costa penetrar procuro;
que de él pendiente mi fortuna veo. *Vas izq.*

Suni-Ada. ¿Podria yo esperar que entre estos mu-
se hallase disfrazado aquel objeto [ros
por quien ansias tan grandes he sufrido?
¿Luego ella fué la que acudió á mi riesgo
al caer del caballo, y de los brazos
me sacó de la muerte? ¡Justos cielos!
¿quál será mi deber en tal conflicto?
¿Me obstinaré en el áspero precepto
de no manifestar quién es? Entónces
muero víctima inútil, y la dexo
en mayor desamparo. Si descubro
su persona, apresuro los momentos
que su preciosa vida acabar deben.
¿Qué he de hacer? ¿Qué destino tan funesto
es el mio? ¿Con que placer baxára
á las tinieblas del sepulcro horrendo,
si así la suerte mejorar pudiese
que la amenaza! Si hablo, si el silencio
con un sello inmortal cierra mis labios,
nunca favorecer su causa puedo.

ACTO SEGUNDO.

Darma y Daglibo.

Darma. Sí, Daglibo; ese jóven temerario
que quiso en tumba convertir mi lecho,
no implora mi piedad, ni de los grillos,
ni de su horrible crímen siente el peso:
él me insulta; de nuevo me amenaza,
y amigos muestra mantener secretos
que impedirán ó vengarán su muerte.
Dagl. ¿Y escucharle pudiste sin que el pecho
en castigo le abrieses por tu mano?
Darma. La sangre ardió en mis venas: quise ciego
despedazar su corazon. Contuve
el impulso de mi venganza, viendo
con qué teson en ocultar se obstina
su nombre y su persona. Es un misterio
el jóven; un enigma que no alcanzo.
y que solo por él explorar puedo.
Su intrepidez osada, su constancia
inexpugnable, su ira y ardimiento
un alma no vulgar en él anuncian:
si te he de hablar verdad, casi le temo...
una conspiracion sagaz y oculta

se puede rezelar. Este protervo
tiene con Suni-Ada muy estrecha
y secreta amistad.

Dagl. ¡Qué escucho, cielos!
¡Qué Suni-Ada á conspirar se atreva
contra tu vida!

Darma. No: no sé de cierto
que se haya en este crímen complicado:
pero él conoce al alevoso reo,
y á descubrir quién es tenaz se niega.
¡Quánto me es sospechoso tal secreto,
y esta amistad cuyo principio ignoro!

Dagl. ¿Pero al fin, qué resuelves?

Darma. Un veneno
forzará á Suni-Ada á descubirme
el arcano; sino con su secreto,
irá á precipitarse en el abismo.
Así no temeré que quiera el pueblo,
por su virtud fingida fascinado,
sostenido tal vez de los Hondreos
(casa ilustre, y rival del trono augusto)
su castigo impedir. En el silencio
de este obscuro recinto, con su muerte
calmaré mi cruel desasosiego.
Y despues teñiré mi mano misma,
con la sangre feroz de ese perveso

jóven no conocido. Así disipo
la sombría borrasca con que el cielo
amenaza mis dias. De Gombela,
errante acaso, y sola en los desiertos,
¿qué puedo yo temer?

Dagl. Tirmala viene. *Mira á la der.*

Darma. Por ahora su vista evitar debo. *Vase izq.*

Dagl. ¡O qué série de casos se combina!
¡Qué dia se prepára tan funesto!

Sale Tirmala.

Tirm. ¿Qué novedad, Daglibo, qué mudanza
tan no esperada en el palacio advierto?
Las guardias se han doblado, y á ninguno
se permite salir. ¿Podrá ser cierto
el rumor de que un pérfido esta noche
quiso á Darma matar?

Dagl. Sobre el suceso,
pregunta á tu discípulo querido,
á Suni-Ada. Su ayo y su maestro
fuiste en su juventud: tú lo enviaste
á adquirir en los cultos Européos
esa fina moral de que se jactan,
hollando con un vano menosprecio
(solo por no ser suyas) las costumbres
de estos sencillos é ignorados pueblos.
¿Mas qué virtud produce la cultura?

La doblez, y el astuto fingimiento,
que con un baño de justicia doran
los crímenes mas pérfidos y horrendos.
Por tí lleva gravados Suni-Ada
en su alma los mas baxos sentimientos.

Tirm. ¿Qué vil idioma es ese? ¿Cómo insultas
al héroe de Ceilan?

Dagl. Insulto al reo
del crímen mas atroz.

Tirm. ¿Quizá lograste
un lazo armar á la inocencia?

Dagl. Presto
quién es el impostor va á descubrirse:
á tu engaño, y el suyo se alza el velo. *Vas. der.*

Tirm. ¡O palacios! ¡O cuevas espantosas,
do la perfidia de su horrible seno
un torrente de crímenes arroja,
que en lágrimas inunda al universo!
¡O quán á costa suya el virtuoso
exerce la virtud entre perversos!

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Ay Tirmala: el destino se declara
contra mí: necesito tus consejos
mas que nunca: me ves ya desarmado,
desposeído del baston, y preso
aunque con engañoso disimulo;

y le restan tal vez pocos momentos
á mi mísera vida.

Tirm. Suni-Ada.
¿Tú has querido manchar el noble acero
con la sangre de Darma?

Suni-Ada. La inocencia
no ha brillado jamas tanto en mi pecho.
En no queriendo ser tan virtuoso
en lugar de castigo, tendré premio.

Tirm. De horror y confusion se llena mi alma:
todo el palacio en sobresalto observo,
y con semblante triste y agitado,
veo cruzar freqüentes mensajeros.
Ha mudado la guardia de repente
Daglibo, y sostituye todo un tercio,
de los que ayer llegáron de campaña
contigo.

Suni-Ada. Ese accidente es mi consuelo.
No sabe él quanto me aman estas tropas.
En fin, Tirmala amigo, no podemos
salir, ni hablar con libertad. Si me amas,
procura aprovechar estos momentos,
que en pos de sí nuestra fortuna llevan.
No puedo todo el trágico suceso
en que me encuentro referirte. Busca
al Cabo de la guardia, y que me veo

(dile) cercano á rigurosa muerte:
trata el caso con él, ningun recelo
turbe la generosa confianza
á que es acreedor. Dispon los medios
de que yo salga, y sea á qualquier costa.
Parte; no te detengas: si nos vemos
fuera de este palacio, por la prenda
armado volveré que en él me dexo.

Tirm. Si obrar fuere preciso, todavía
tiene fuerza mi brazo, ardor mi pecho. *Vas. der.*

Suni-Ada. Pasó el tiempo del arte y disimulo:
ya la virtud no puede sus derechos
sostener, no llegando á la violencia.
Por ese sol que desde el alto cielo
del universo el ámbito ilumina,
juro exhalar mis últimos alientos
por mi justa pasion, y la inocencia
que el gran tirano de Ceilan resuelto
y temerário en mi Gombela oprime.

Sale Darma.

Darma. Suni-Ada; yo espero que el empeño
de ocultar á ese pérfido abandones,
y su nombre me digas. Te recuerdo
lo mucho que te amé desde tu infancia.
Tampoco olvidaré lo que te debo,
y quán leal corresponder supiste

á la alta confianza que ántes he hecho
de tu fé y tu valor. De paz te busco,
y hablo contigo en amistoso ruego,
muy léjos del rigor. Perder no quieras
tantos años de mérito: un momento,
va á obscurecer tus glorias y virtudes.
Mira que te habla quien con un acento,
con una seña, puede de tu vida
ó de tu muerte decidir. Mi afecto
tierno qual siempre, aunque agraviado, ofrece
perdonar lo pasado, y envolverlo
en silencio inmortal. Solos estamos;
nada temas: confiame el secreto,
que con tan ciega obstinacion reservas:
ya ves que puedo convertir el ruego,
en fuerza y en terror.

Suni-Ada. Sea fingida,
ó natural esa blandura, el cielo
no quiere que yo pueda disfrutarla:
despliega tu poder; dispon tormentos;
corra á tus pies mi sangre; pero siempre
combatirás en vano mi silencio,
y yo seré infeliz, no delinqüente.

Darma. Quéjate, pues, de tí.

Suni-Ada. Solo me quejo
de un destino cruel é irrevocable.

Darma. Serás feliz si aclaras el misterio.
Suni-Ada. La fuerza del secreto, de mis labios
al ir á hablar retira mis acentos,
y con su peso el corazon me oprime,
que en su amargura consumirse siento.
Darma. Está bien: ola guardias: ved la llave
de esa obscura prision; sacad al reo.
Suni-Ada. ¡O quánto me consterna mas que el mio,
en tales ansias el peligro ageno.
Sacan á Gombela, y se retiran los guardias.
Darma. Ves á tu triste amigo, Suni-Ada:
si tanto amor te debe, yo te dexo
árbitro de su vida. Te conjuro,
por ese afecto generoso y tierno,
con que en su amarga suerte te interesas,
á que declares el fatal secreto.
Dime quién es; no ocultes mas su nombre,
y piadoso la vida le concedo,
siendo un simple destierro su castigo.
Suni-Ada. ¿La vida le concedes?
Darma. Yo te empeño
mi palabra real.
Suni-Ada. ¿Podré creerte?
Gomb. Firmeza, Suni-Ada: tu silencio
jamas importó tanto.
Suni-Ada. Si tu vida

otorga, ¿todavía callar debo?

Gomb. El aspid siempre es aspid, aunque cubra
entre las flores su letal veneno.
No mas camina su falaz promesa
que á arrancar de tus labios el secreto,
y lograr por el arte y la perfidia,
humillar tu constancia y ardimiento.
Revelarle quien soy, y conducirme
del sepulcro al horror, todo es lo mesmo.
Sella tus labios, pues. Quizá la suerte,
en tu favor suavizarán los cielos.

Darma. ¿A dónde llega en tal violento giro
tu desesperacion, jóven soberbio?
¿Quién eres tú, que mi poder insultas,
y tu vida desprecias?

Gomb. No te temo:
sabe que soy un enemigo tuyo,
que en tu sangre teñir quiso su acero.
Lo demas lo sabrás dentro de poco.

Darma. En este mismo instante he de saberlo.
Ola, guardias: la copa.

Dos guardias sacan una copa.

Suni-Ada,
te íntimo irrevocable mi precepto.
O el arcano descubres, ó tú mismo
vas á aplicar ese mortal veneno,

de tu amigo á los labios.

Suni-Ada. ¡Cielos qué oygo!

Darma. No admito mas excusas ni pretextos.
Toma la infausta copa. ¿Qué? ¿Suspiras,
de palidez y de terror cubierto?
Esas vuestras miradas dolorosas,
con que os despedazais en el silencio
los afligidos corazones: llenan
el mio de placer.

Gomb. ¡O monstruo horrendo!
¿quién de tí ménos esperar podia?

Darma. Suni-Ada, ¿por fin estás resuelto?

Suni-Ada. ¿Y no ha de ser á la piedad sensible
tu grande corazon por un momento?

Darma. Mi decreto fatal debe cumplirse:
ni un punto mas de dilacion concedo.

Suni-Ada. ¡O que amargura! Desgraciado amigo;
tú mis angustias ves, y ves tu riesgo:
mi intrépida firmeza te es inútil.
¿Permites que descubra el gran secreto?

Gomb. Elijo ántes morir.

Suni-Ada. ¿Y de tí, Darma,
ménos rigor tampoco esperar puedo?

Darma. El veneno al traidor, ó á mí el arcano.

Suni-Ad. Mírame, Darma, que á tus plantas puesto,
mi dolor exhalando entre suspiros,

con llanto lastimoso inundo el suelo.
Las lágrimas primeras que han saltado
de mis ojos, son éstas. Te recuerdo
la sangre que he vertido en tu defensa,
las veces que arrastrando con denuedo
la muerte en la campaña, he sostenido
la gloria de tu nombre entre mil riesgos.
Sé benigno una vez con quien ser supo
tantas por tí leal.

Darma. El vil secreto
descubre á tu Monarca, ó á los labios
de ese amigo traidor llegue el veneno.

Suni-Ada. ¡Ay amigo infeliz! El crímen triunfa:
la fuerza del destino es un violento
uracan que en su seno precipita
igualmente los malos que los buenos; *A ella.*
y tal vez para aquellos mas benigno,
su aplacable furor descarga en éstos.
Tú ves mi corazon despedazarse
entre los mas crueles sentimientos,
y sin provecho tuyo. Nada sirve
la constancia tenaz de mi silencio.
Si hablo te mato; mátote si callo;
no sé qué hacer en el conflicto acervo.
Oye Darma: la copa está en mi mano; *A Darma.*
mas no me han dado un corazon los cielos,

tan ferino y tan bárbaro, que pueda
con el horror cumplir de tu precepto.
Y tú, amigo, las últimas palabras *A ella.*
de quien tanto te estima, escucha atento,
y admite grato la postrer fineza,
que en el altar de la amistad ofrezco.
Fuerza es ceder al hado: mas mi mano
no será tu verdugo. Si no puedo
darte la vida, qual mi amor desea,
no te daré la muerte por lo ménos.
Tú ves nuestros comunes infortunios.
No esperé mas delicias ni consuelo,
que vivir á tu lado. Amor un dia
oyó mis fervorosos juramentos,
pero los contradixo la fortuna,
y los lazos mas firmes ha deshecho.
Huyamos este mundo fascinado,
perseguidor de la virtud: yo debo
partir á las regiones donde mora
el descanso eternal: allí te espero,
y en júbilo apacible nuestras almas
renovarán sus dulces sentimientos.
A Dios, amigo; á Dios, Darma: mis labios
va á cerrar para siempre este veneno.
Gomb. Detente Suni-Ada: esa ponzoña *Quitándo-*
es no mas para mí: yo soy el reo, *le la copa.*

y complicar no debo al inocente.
En fin, Darma cruel, ¿quál es tu intento?
¿saber quién soy? venciste al fin, tirano:
el arcano terrible te revelo.
Soy vasallo y amigo de Gombela,
la justa sucesora de este cetro,
que el crímen mas atroz puso en tu mano.
Por ella á servir vine aunque encubierto,
entre tus guardias, y por ella quise
con tu sangre feroz bañar tu lecho.
No debes saber mas: esto te basta:
sacia en mí tu furor, que no te temo. *Arroja la copa.*

Darma. ¿Y Gombela por viles emisarios
mi muerte solicita?

Gomb. ¿Y qué otro medio
para dar la victoria á su justicia,
reserva á la infeliz el hado adverso?

Darma. ¿Y quál es su justicia?

Gomb. ¿Tú la ignoras?
Ambos sois hijos del Monarca excelso,
que ciñó de Ceilan la gran corona.
Mas no condecoró tu nacimiento
la dignidad del himeneo justo.
Tu madre de la clase vil del pueblo,
no pudo habilitar su prole indigna,
fruto de un ilegítimo deseo.

Mas tú de la justicia el sacro grito
callar hiciste, quando, el padre muerto,
en tus hermanos jóvenes osaste
ensangrentar tu regicida acero.
El cielo justo reservó á Gombela,
para vengar un dia tus excesos.

Darma. ¿Y esa engañada jóven todavía
con un valor ageno de su sexô,
piensa del solio derrivarme? ¿A tanto
llega su loca obstinacion?

Gomb. El cetro
de Ceilan es su herencia: ella ha nacido
para llenar el alto ministerio
de esparcir (afrontando los peligros)
gloria y prosperidad sobre sus pueblos.
El bien de sus vasallos es el suyo;
suyas son sus desgracias. ¿Y qué? ¿Al verlos
en la desolacion, y el abandono,
víctimas del capricho de un perverso,
ha de ser en la escena lamentable
tranquila espectadora? Si el empeño
exîge el sacrificio de su vida,
lo hará Gombela, su deber cumpliendo.

Darma. Tal el vano lenguage ha sido siempre
del que subir pretende al trono régio.
Es fácil afectar en tal estado

esos tan generosos sentimientos.

Gomb. Y sin ellos el trono titubea.

Darma. Puédese conservar por otros medios.
¿Pero quién eres tú, que á entrar te atreves
en disputa conmigo? Yo te quiero
dar una prueba firme, Suni-Ada,
de que tus grandes méritos aprecio,
y de que en mi alma queda un fondo amable
de sensibilidad. Por tu respecto
perdonaré la vida de ese jóven,
si detesta á mis pies su vil proyeto,
y dexando el partido de Gombela,
donde esperar no puede honor ni premios,
con un igual teson el mio abraza.
Tú le debes la vida; yo te debo
importantes servicios: de este modo
los dos nuestro deber cumplido habremos.

Suni-Ada. ¿Qué respondes, amigo miserable?

Gom. Que yo su gracia y su piedad detesto.

Suni-Ada. ¿Sostener puedes la impresion terrible
que en tí debe excitar este suceso?

Gomb. La muerte es á mis ojos ménos fiera,
que seguir el partido de un perverso.
¿Y á qué me reconvienes, si tú sabes
que yo sus gracias aceptar no puedo?
La muerte elijo.

Darma. Jóven temerario,
¿eres alguna furia del aberno?
Gomb. Soy quien piensa humillarte.
Darma. Tu deliras
en fuerza del dolor.
Gomb. Entre estos yerros,
percibo que mi espíritu se eleva
en desusado y generoso vuelo.
Darma. Una vaga ilusion es tu esperanza.
Suni-Ada. ¡O cómo se duplican mis tormentos,
al paso que se aumentan los azares!
Darma. Pues de mi gracia abusas, vuelve luego
á tu prision.
Gomb. Amado Suni-Ada, *Va á la*
tu martirio, no el mio, es el que siento. *prision.*
Darma. Quando el arcano penetrar creía,
en nuevas dudas sumergirse veo
mi espíritu perdido, y que me estrechan
con mas rigor mis fúnebres recelos.
¿Y tú en tanto te obstinas Suni-Ada
en la temeridad de tu secreto?
Suni-Ada. La gratitud lo exîge: es inviolable
la amistad.
Darma. Pero nunca á los efectos
particulares el turbar es dado
de la pública causa los derechos.

¿Al interes de un Rey ceder no deben
las delicadas leyes del secreto?

Suni-Ada. Si supieras tal vez...

Darma. No hay más respuesta,
que morir, ó cumplir con mis preceptos. *Vas. izq.*

Suni-Ada. Ya su desolador y mortal rayo
amenaza lanzar sobre mí el cielo;
si Tirmala y el cabo de la guardia
no acuden con un pronto movimiento
en mi ayuda y favor, todo se pierde.
Fortuna en desagravio de los yerros,
que protegiendo la maldad cometes,
una vez sé propicia por lo ménos
á la virtud. ¡O vanas ilusiones!
¡O funestos y míseros recuerdos
de un desgraciado amor! ¡O cómo paso
desde el temor á la esperanza! y luego,
como aquel que en las sombras de la noche
del rayo de la luz queda mas ciego,
disipado el alvor de la esperanza,
con mas horror á mi abandono vuelvo.

ACTO TERCERO.

Darma y Daglibo.

Darma. Oye Daglibo, el jóven impetuoso
me atemoriza: osado en sus palabras,
y en sus acciones invencible, sabe
introducir la confusion en mi alma.
Por mas que en mi exterior gravar procuro
el sello de una firme confianza,
con dulce paz, mi mente congojosa
mil sombrios recelos sobresaltan.
Casi resuelto estoy á que en secreto,
al filo de un puñal, despida su alma
en la obscura prision. ¿Acaso apruebas
mi determinacion?

Dagl. Será acertada
si es por unos momentos diferida.
En este instante el Portugues se aguarda
que te pide á Gombela. Si tú ignoras
quál su destino es hoy; y al jóven matas,
¿por quién puedes acaso descubrirlo?
quedas del Portuges á las instancias,
sospechoso en las sombras del silencio,
y tendrás por fingida tu ignorancia.

¡O cómo entónces se aventura todo!
Si el Europeo odioso en su demanda
insistiere tenáz, por ese jóven
podrás justificarte: en él prepáras
un testigo invencible de que ignoras
de Gombela el destino. Despues trata
de manchar con su sangre las paredes,
que su persona y su delito guardan.

Darma. Dices bien: un momento contengamos
dentro del pecho la ardorosa saña.

Dagl. ¿Y sobre el Portuges qué determinas?
¿volver acaso piensas á las armas?

Darma. Son arto desiguales hoy mis fuerzas,
pero nuevos arbitrios no me faltan.
Tú sabes quán odioso me es su nombre
desde que pisan de Ceilan las playas.
Mi débil padre resistir no pudo
de estos fatales huéspedes la entrada;
aunque deshecho en ásperos combates,
repitió con furor muchas batallas.
Y miéntras las banderas Portuguesas
hácia los muros de Candi marchaban,
tremoladas por manos vencedoras,
yo, qual leon oculto en las montañas,
el furor y venganza derramando
nuevas huestes junté: con mortal rabia

me arrojé al vencedor y le deshice
de tres prósperos años las ventajas.
Sus tropas que vencí reconcentráron
en ese fuerte que Columbo llaman:
á la orilla del mar con arte burlan
mi astucia y osadía: coronadas
sus torres de estruendosa artillería,
son asilo invencible de sus armas.
Con los socorros que por mar reciben
en nuestros mismos campos nos atacan,
y una guerra nos hacen mas dañosa,
aunque ménos activa. Fatigada
esta grande isla sostener no puede
sus esfuerzos y pérdidas: la acaban
aun las mismas victorias que consigue,
y el furor suspendiendo de las armas,
una forzosa paz que abrazar tuve.
Pero hoy, Daglibo, pienso restaurarla
por medios mas suaves. De la Europa
un dia deberá estrellarse en Asia
la ambicion ciega. Establecerse quieren
los que Holandeses, llaman en las playas
del ameno Ceilan. Tengo en secreto
convenida con ellos una alianza.
Si el fiero Portugues en que le entregue
á Gombela insistiere, su amenaza

con otros Europeos burlar pienso,
que en mi favor desnudarán la espada.
Dagl. ¡O qué combinacion tan sabia y cuerda!

Sale Tirmala.

Tirm. El Portugues permiso te demanda
para entrar á exponerte su mensage. *Vas. Tirm.*
Darm. Aquí lo espero. ¿A dónde la arrogancia
llega del Portugues? ¡Pedirme osado
á Gombela! Y aunque ella se encontrára
en mi poder, ¿qué importa su persona
á Portugal? Si acaso volver trata
á la guerra, ¿por qué busca pretextos
que su justicia y su valor degradan?

Descúbrese el trono adornado de trofeos militares, y sube á él Darma. Sale D. Pedro Lopez de Sora con algunos soldados Portugueses que quedan atrás, y precedido de tropa de Ceilan que se tiende cerca del trono, y la galería se corona tambien de guardias. Con Lopez salen Tirmala y Suni-Ada.

Lopez. Salud, Rey de Ceilan. Digno vasallo
del mayor y menor de los Monarcas,
xefe de sus dominios en oriente,
y general de sus invictas armas,

de paz, ó guerra á tu presencia vengo,
como te agrade mas. Con la desgracia
mayor que temer puedes te amenazo,
ó el bien mayor que cabe en la esperanza
prometo darte: guerra de exterminio
si á mis designios oponerte tratas:
si á mi querer y arbitrio te sometes,
paz, mi amistad, y de mi Rey la gracia.

Dagl. ¡Idioma presuntuoso!

Tirm. ¡Atrevimiento
y ciega vanidad!

Suni-Ada. ¡Rara jactancia!

Darma. Toma asiento, y expon de tu venida
con brevedad y sencillez la causa.

Lopez. No siempre la extension de los dominios
ha de ser de una guerra porfiada
objeto lastimoso: la defensa
de la inocencia ha de empeñar las armas
alguna vez; y Portugal las suyas
desnudar quiere por tan justa causa.
Hemos sabido, ó Darma, que Gombela,
hija de Raigu, de Ceilan monarca,
se encuentra en tu poder: quizá la tienes
de tu antiguo rencor víctima infausta,
próxîma á perecer entre prisiones.
La humanidad y la justicia exâltan

al zelo portugues: por ella pide,
y su persona por mi voz reclama.
¿Qué asechanzas, qué insultos temer puedes
de una débil muger abandonada
en orfandad y desamparo amargo
al furor del destino? Hoy mismo, Darma,
me entregarás á la infeliz Gombela;
ó veinte mil guerreros sus espadas
levantarán, su trono amenazando,
de luto y de terror llenando al Asia.

Darma. Portugues mensagero, si en Europa
esa hinchazon se sufre y arrogancia
á la vista del solio, otro respeto
exîgen en oriente los Monarcas.
Yo ese tono orgulloso no sufriera
ni al mismo Lopez Sora, de Malaca
Gobernador, y de su Rey, valido.

Lopez. Pedro Lopez de Sora es el que te habla.

Darma. ¡Otro ardid! ¿Y por qué cubrir tu nombre,
y ocultar tu persona? ¿No avisabas,
que un Cabo de los tuyos embiarias?

Lopez. Es digna de mí mismo la embaxada.

Darma. ¿Es digno de un Virey, y un gran guerrero
el frívolo mensage, cuya instancia
de una débil muger la entrega tiene
por el único objeto?

Lopez. La importancia
de este mensage á que en persona vengo;
toda entra en mis designios: esto basta.
Pido á Gombela: tú, niega, ú otorga.
Darma. Vuélvete, Portugues, ácia la playa
á encerrarte en tus fuertes y castillos,
y respeta este trono. ¿Ves las armas,
los ilustres trofeos, y pendones
que hoy son adorno suyo? Tu arrogancia
mejor es que destines al recobro
de esos despojos, que el valor ensalzan
del Ceilanes, y anuncian tus derrotas.
¡Pedir una muger! ¿Así degradan
su virtud varonil los Européos?
¿Tan ténue objeto á su valor señalan?
¿Y qué derecho al fin tener presumes
sobre Gombela? Si en mis tierras se halla,
puesto que Portuguesa no ha nacido,
¿qué os interesa su persona? Nada.
Vuélvete, Portugues, y considera,
que no es Gombela mina de oro ó plata,
para que empeñes tu valor.
Lopez. ¿Insultas
al que siempre temiste en la campaña?
Gombela entre nosotros se á educado,
y la augusta tutela que la guarda

á nombre de mi Rey, faltar no puede
á su deber.

Darma. Y en mí sería infamia
recibir dentro de mi trono mismo
las leyes que un contrario me dictára.

Baxa del trono.

Lopez. ¿Al fin la guerra eliges? *Levantándose.*

Darma. No la teme
mi valor, mas tampoco la declara.
Yo no sé de Gombela: la carrera
por donde guia el sol su ardiente llama,
miéntras nos dexa en estrelladas sombras,
no es mas desconocida para Darma
que el rumbo oculto que Gombela sigue:
Européo, yo ignoro dónde se halla
esa muger: lo juro: ¿esperar puedes
satisfaccion mas noble de un Monarca
que ama la paz, y que por ella olvida
la ofensa de su honor?

Lopez. Por esta carta
el derecho verás con que reclamo
á Gombela, y que es falsa la ignorancia
que sobre su destino afectar quieres.
Tú la ocultas: entre estos muros se halla.
Si hoy la pido pacífico, guerrero
en su busca sabré volver mañana.

Darma. ¿Olvidarás que el portugues orgullo
suele estrellarse en el valor del Asia?
Vase Lopez acompañándolo Suni-Ada y Tirmala.
Daglibo, espera. ¿Has visto qué torrente
de infortunios los cielos hoy desatan
contra mí?
Dagl. Mil designios encubiertos
temo del Portugues en la embaxada.
Veo el genio implacable de la guerra
que á encender vuelve su funesta llama,
y la desolacion, muerte y luto
esparce en esta tierra desgraciada.
Pero como tu trono no vacile,
naufrague el universo en sangre humana,
sosténgase en tus sienes la corona,
y ningun medio se repruebe, Darma;
cercano tu exterminio nos anuncia
del vano Portugues la audaz demanda:
él te pide á Gombela; tú no sabes
su destino; mas eso no lo acalla.
Yo penetro su pérfido designio,
que es conducirla á su poder; guardarla;
dar fuerza á sus derechos con el tiempo,
y los tuyos hollar.
Darma. Me sobresalta
ese mismo temor. Mas quando sea

tal el soberbio plan que Lopez traza,
no estamos tan escasos de recursos:
Gombela no parece; y el hallarla,
fruto ha de ser de largas diligencias.
Y miéntras que la guerra se prepara,
¿oponer no podemos un contraste
á Portugal en su rival Holanda?
Mas, pues estamos solos, el misterio
descubramos, Daglibo, de esta carta.
Lee. "Del Héroe Portugues á las promesas
»el término llegó. Gombela se halla
»de su enemigo en el palacio mismo,
»y á su libertador en él aguarda,
»cercada de peligros á que cumpla
»el deber sacro de su fé jurada."
¡Qué es esto, amigo! cada letra ha sido
un puñal que destroza mis entrañas.
¡Qué temblor frio por mis huesos corre!
¡Qué repentino horror transporta mi alma
al seno del dolor! ¡En mi palacio,
Gombela oculta! Amigo, en la campaña
mi bravo corazon inalterable,
los mayores peligros afrontaba,
y al pie del mismo trono hoy azorado,
de una débil muger desamparada,
á solo el nombre tiembla. Venir veo

la horrible nube que en su seno guarda
el rayo asolador, y que en pavesas
va á convertir mi solio con su llama.

Dagl. No así te entregues al dolor inútil.
Busquemos á Gombela. ¿Si la carta
de la misma será? ¿Cómo no viene
á presentarse al que en su auxîlio llama?
¿Por qué se oculta en el preciso instante
en que se cumplen sus iniquas tramas?
Busquémosla, sí, amigo; y en secreto,
si se descubre su persona, cayga
ó del mudo puñal al sordo golpe,
ó al pronto obrar de venenosa taza
víctima de tu furia.

Darma. Mas, Daglibo,
¿quién podrá penetrar las circunstancias
en que se encuentra? Acaso la protegen
algunos que me cercan: mi desgracia
sería inevitable si muriera
Gombela, y de nosotros ignorada
quedase la traicion. En ese encierro
el reo está, que de decir acaba
ser de Gombela pérfido emisario,
y confidente: á nuestra vista salga,
y el lugar que la oculta, nos descubra
para pensar lo que convenga.

Dagl. ¡O quántas
confusiones me cercan!
Darma. Llama al reo.
Le da una llave, y abre sacando á Gombela.
Gomb. Y bien: ¿Está mi muerte decretada?
Ni la obscura prision, ni el vil suplicio
son el teatro digno para una alma
excelsa y generosa qual la mia:
mas si el cielo se opone á mi esperanza,
de que al fin fuese el universo entero
testigo de mi honor, juez de mi causa,
á sus decretos con valor me humillo.
Darma. ¿Ves, Daglibo, qué orgullo, y qué insensata
temeridad?
Dagl. Carácter insolente
de la maldad en su delirio osada.
Gomb. La virtud tambien tiene su ardimiento.
y sin él suele ser bien desgraciada.
¿Y quándo un compañero inseparable
del crímen no fué el miedo?
Darma. Infame, basta:
¿Conoces esa letra? ¿Acaso sabes
quién el autor ha sido de esa carta?
Gomb. Gombela la escribió, firmó Gombela:
mia es toda la letra; nada falta
que descubrir en el terrible arcano.

Darma. ¡Pérfida! ¿Tú, Gombela?... ¿Disfrazada
en trage varonil?...

Gomb. Sí; soy Gombela.

Darma. ¿Tales amigos tiene Suni-Ada?
Corrióse el velo á su traicion, y toda
aparece á mis ojos: su constancia
no admiro ya: penetro los misterios
de vuestras expresiones y miradas.
¿Pero Gombela, así se precipita?
¿matar quiere á su hermano, y su Monarca?

Gomb. Yo pretendo vengar de tres hermanos
inocentes la sangre desgraciada;
subir al trono, á que me llama el cielo,
y librarlo del monstruo que lo infama.
Yo ví aquel espectáculo terrible
quando tu mano de puñal armada,
de una funesta tea precedida,
entró de mis hermanos en la estancia,
y á tu golpe cayéron desangrados,
y cadáveres yertos. Yo esperaba
suerte no ménos dura; mas la vida
me supo astuta conservar el Aya,
que mi débil infancia protegia.

Darma. De su ruina liberté la patria.
¿Pudiera un niño Rey el exterminio
evitar que á Ceilan amenazaba

del fiero Portugues en las victorias?
¿No era yo tambien hijo del Monarca?
¿Mi edad mayor, mi militar pericia
no debian suplir la leve falta
de un solemne himenéo, que á mi madre
hiciese Reyna? La corona sacra,
ya que no la heredé, la he merecido,
y la he ganado.

Gomb. Regicida, calla.
Ese dè la ambicion es el idioma,
que siempre astuta colocó las vasas
de la justicia en su interes malvado.

Dagl. ¿Y sufres que te insulte temeraria
una vil delinqüente, que depende
en su vivir de tu menor palabra?

Gomb. No recibo temor; yo vengo á darlo.

Darma. Entre los Européos educada,
ferocidad y rigidez subroga
á la dulzura y suavidad del Asia.
Ya sabemos que entre ellos heroismo
y excelso rasgo de virtud se llama
la desesperacion cruel y horrenda
de un alma en sus pasiones obstinada.
Gombela, amo tu vida; te perdono:
benévola mi mano te desata *La quita la cad.*
las pesadas cadenas. No es dificil

prepararte una vida descansada,
qual conviene á tu sexô.
Gomb. Ya conozco,
pérfido, tu malévola falacia.
Desde que presa tu rigor me tiene,
yo te he visto pasar con inconstancia
de la blandura al ímpetu, y en ruegos
de pronto convertir tus amenazas.
Vaga tu fiero espíritu perdido
en sus crímenes mismos: senda no halla
para poder huir de la inocencia
que pretende oprimir, la vista amarga.
Hoy mira entre los dos el universo
la horrenda lucha que contínuo travan
el vicio y la virtud, que así conmueven
del gran mundo moral la enorme masa.
¿Y sostenerse la virtud pudiera,
no estando en su favor apasionada,
para oponerse al crímen insolente
con generosô fanatismo el alma?
Yo soy muger: tú un hombre endurecido
en la maldad: mi intrépida constancia,
hija es de mi virtud, y tú no puedes
delante de ella sostener tu audacia.
Yo te hice bacilar, quando un arcano
arrancar de mis labios intentabas:

¿qué será ahora, que en mi auxílio veo
los cielos declararse en esa carta?
Yo estoy en tu poder: romper te es dado
con un puñal mis débiles entrañas;
mas ya el grande placer me otorga el cielo
de morir satisfecha en la venganza.

Darma. ¿Con el poder del Portugues osado,
que en tu favor llamaste, me amenazas?

Gomb. Ay cien veces de tí, si acaso intentas
en mi sangre real manchar tu espada.

Darma. No, Gombela; no den nuestras pasiones
lugar á que la patria desolada
al vergonzoso yugo se someta
de la ambiciosa Europa, que del Asia
tiene las llaves ya. ¿Quál es tuintento?
¿Qué pretendes por fin?

Gomb. El trono, ó nada.

Darma. ¿Y tal respuesta mi bondad merece?
Mira, que las mejores esperanzas
se suelen disipar, como las sombras
quando resplandeciente brilla el alba.
De mi palacio estás entre los muros;
y al fin yo tengo á mi mandar las armas.
El fiero Portugues, que por tí vino,
al frente no ha venido de una armada,
que pueda sostener tu odioso orgullo;

y deberá salir si se lo manda
una voz mia: elige otro partido.

Gomb. Soy Reyna de Ceilan: el trono, ó nada.

Darma. Tu arrogancia inflexîble no me turba;
ocupo el trono: mis vasallos me aman.

Gomb. Mas ni ese amor (aun quando fuese cierto)
y ni la posesion, que es usurpada,
pueden á la justicia y á la sangre
sus derechos turbar. La sombra infausta
del negro crímen á que el trono debes,
toda su hermosa brillantez empaña.
No siempre de un patíbulo afrentoso
sube el perverso las funestas gradas,
que alguna vez en el poder se encumbra.

Darma. Muger altiva y dura, pero incauta;
mira que tu ilusion te precipita.
Calma en tu corazon la voraz llama
de un inútil furor, y que va á hacerte
de su incendio cruel víctima infausta.
Condúcela, Daglibo, á un aposento;
y el trage varonil cambie en las galas,
que al delicado sexô pertenecen.
Su custodia te encargo.

Gomb. ¿Piensas, Darma,
verter mi régia sangre? La engañosa
dulzura y suavidad con que me tratas,

yo sé bien que es ceniza con que cubres
el fuego asolador en que te abrasas.
Siempre es lo mas temible en un tirano,
del tranquilo furor la horrible calma.

Vase con Daglibo, izquierda.

Darma. Vano es al arte, inútil la dulzura,
ocioso el artificio. Horror y saña
mi bravo corazon respirar debe.
Rompa la mina, pues: el volcan salga,
que dentro de mi pecho un disimulo
forzado reprimió. Quiero las guardias
prontas tener, y conocer yo mismo.
En silencio, Gombela y Suni-Ada,
deben morir. Si partidarios tienen,
atérrelos mi súbita venganza.

Sale Tirmala.

Darma. ¿Qué dice el Portugues?
Tirm. Que tu respuesta
esperará no mas hasta mañana.
Darma. Por mí puede partir en el momento.
Tirm. ¿Y á renovar la guerra te preparas?
Darma. Quando fuese preciso, ya conocen
los Portugueses el valor de Darma.
Tú, cumple tu deber; pero no inquieras
los secretos jamas de tu Monarca. *Vase izq.*
Tirm. ¡Fiera altivez! No sabe el fuego oculto,

que por lo mas secreto de este alcázar
con furor corre en ignoradas sendas.

Sale Suni-Ada.

Tirm. ¿A dónde tan turbado Suni-Ada?
Pálido y consternado tu semblante,
nuevo infortunio anuncia.

Suni-Ada. En mortal ansia
mi fatigado corazon palpita.

Tirm. Hablé, por fin, al Cabo de la guardia,
que exploró los soldados: nada temas:
para morir por tí, mi aviso aguardan.
Ya no es Darma aquel ínclito guerrero,
á cuyo nombre atónitos temblaban
los Ceilaneses; aun la ruda plebe
en secreto detesta la obstinada
y violenta opresion que la aniquila.
Si un enérgico grito se levanta
con ímpetu, ¿quién sabe á dónde puede
elevar la razon sus esperanzas?
¿Pero tú no me atiendes? ¿Qué suspiros
tu congojoso corazon desata?
¿El empeño en que entraste acaso temes?
¿Qué abatimiento es este, Suni-Ada?

Suni-Ada. Oye, Tirmala; dentro de palacio,
y en trage varonil, Gombela se halla.

Tirm. ¿Cómo? ¿Puede ser cierto?

Suni-Ada. No lo dudes.
Tirm. Venga conmigo, y á mostrarse salga
al pueblo y á la tropa.
Suni-Ada. No es posible:
en estrecha prision la oculta Darma.
Tirm. La violencia tal vez lo puede todo.
Suni-Ada. Otro pesar mi corazon traspasa.
Apagar para siempre me es preciso
de mi ardiente pasion la noble llama;
y pues mi amor perdí, piérdase todo.
Pérfida fué Gombela: oye, Tirmala.
Miéntras á Lopez Sora conduxiste
á su aposento, y de la oculta trama
con el Cabo los planes concertaste,
yo la amistad antigua renovaba
de un Portugues, que entre ellos algun tiempo
traté con muy estrecha confianza.
Este me reveló que Lopez viene
llamado por Gombela en una carta,
y la fineza de volverla al trono
que Darma usurpa, con su mano paga.
¿Has oído mas pérfido designio?
¿Este premio merece la constancia
de mi antigua pasion? El ardimiento
con que me expuse á la mayor desgracia
por evitar la suya, ¿en un engaño

el premio encuentra? ¡Que con llama osada
el rival Portugues mi amor compita,
y un corazon me robe, que las ansias
de tantos años me costó, y peligros!

Tirm. ¿No es lícito dudar?

Suni-Ada. ¿Aquella carta
que Lopez entregó, puede ser otra
que la que el fiel amigo me declara?

Tirm. ¿Podrás ver á Gombela?

Suni-Ada. Aunque pudiera
verla, no quiero. Mi pasion burlada
no debe ya ocupar mi pensamiento.
Yo soy un delinqüente para Darma,
y los medios acaso de mi muerte
dispone ahora. Si á sus pies volára
é hiciera de mi afecto ingenua ofrenda,
no dudes que admitiera mi mudanza.
¿Mas tú lo apruebas? Salvaré mi vida,
ya que perdí mi amor. ¡O temeraria
idea! ¿Dónde el ímpetu furioso
de una pasion zelosa me arrebata?
Enmedio de mis zelos soy amante:
jamas pudo Gombela tanto en mi alma,
como en el mismo instante que me ofende.

Tirm. Es fuerza reprimir la activa llama
que te devora, y tu razon ofusca.

Mira las peligrosas circunstancias
que nos rodean. Los Hondréos todos,
sospechosos desde hoy somos á Darma,
y su violencia pérfida no ignoras.
La tropa en nuestros planes complicada,
¿qué no debe temer si en el peligro
la dexamos tal vez? Quando cargada
la mina está, y de rebentar á punto,
¿piensas retroceder? ¿Tú desamparas
de Darma á los furores, ó al arbitrio
del Portugues, á tu Gombela?

Suni-Ada. Basta.
Ese recuerdo de terror me llena,
y en rápido volcan enciende mi alma.
Serán para mí leyes tus consejos,
con tal que las ideas temerarias
de ese rival infame y ambicioso
desbarates con ellos.

Tirm. Suni-Ada;
tratémoslo en parage mas seguro.

Suni-Ada. Sosten, amigo, mi razon turbada.
Restituye á mi espíritu confuso
el ardiente placer de una esperanza
que huye de mí: no vea yo á Gombela
en brazos de un rival, que no idolatra
su corazon, sino que al trono aspira

á que su justa sucesion la llama.
Vamos á abrir camino entre los riesgos,
con que el destino adverso me amenaza.

ACTO QUARTO.

Darma, y Lopez de Sora.

Lop. Por fin, no has de negarme que se encuentra
Gombela entre los muros de este alcázar.
Darma. Y tú no negarás, si el caso sabes,
que á una traicion vendido lo ignoraba.
Lopez. Lo pienso así: mas ella ha parecido,
y conmigo vendrá.
Darma. Las circunstancias
en que la encuentro, impiden que ese punto
pueda tratar ahora.
Lopez. Ellas me inflaman,
para que mis proyectos apresure.
Veo tercios venir de gente armada
á tu palacio: sé quál es tu astucia.
Darma. ¿Qué sospechas de mí? soy un Monarca.
Lopez. Y otro mayor en mí se representa.
Darma. Su nombre tomas en tu propia causa.
Lopez. Digno de otro respeto es mi carácter:
contesta abiertamente á mi embaxada.

Darma. No manda Portugal en mis vasallos.
Lopez. De mi justicia cuidará mi espada
quando se la encomiende.
Darma. Pronto creo,
Portugues, que podrás desenvaynarla.
Lopez. ¿Al fin me niegas á Gombela?
Darma. Es fuerza
que quede ahora en mi poder.
Lopez. ¿La gracia
tambien me negarás de que un momento
en la prision la vea donde se halla?
Darma. Su perfidia, su crímen exêcrable
eran los que al suplicio la arrastraban,
no yo: mi mano compasiva y dulce
sus cadenas quebró: ya no se trata
con el rigor que un criminal merece
á Gombela; en palacio está arrestada,
y espero al fin que mi razon conozca:
tal el carácter es de mi grande alma.
Pero ay de aquellos que á irritar se atrevan
el justo enojo y el poder de Darma. *Vase izq.*
Lopez. Como quando se escucha el rumor sordo
que precede á la próxîma borrasca,
así observo confusos movimientos
por todo este palacio, que amenazan
un violento uracan: tramas ocultas

creo que deba haber: doblar las guardias,
hervir las plazas con inmenso pueblo,
congregar en silencio tropas y armas,
agitarse en temor y sobresalto,
aunque lo encubra, el corazon de Darma....

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. La confusion me agita, y el desórden se apoderó de mí.

Lopez. Tú, Suni-Ada,
que entre los Portugueses generosos
de ideas de virtud llenaste tu alma,
y jurabas al crímen ódio eterno,
¿el partido tambien sigues de Darma,
y olvidas los derechos de Gombela?

Suni-Ada. Debo cuidar de mí.

Lopez. Me sobresalta
tu expresion misteriosa. ¿A tí se extiende
de Gombela el peligro?

Suni-Ada. No la faltan
protectores osados que la empeñan,
y sabrán en sus riesgos ampararla.
Yo velo sobre mí.

Lopez. Quien la protege,
imposibles hará por libertarla. *Vase der.*

Suni-Ada. Todo lo puso en movimiento activo con su prudencia intrépida, Tirmala.

Y miéntras el pálacio no presenta
mas que apariencias de segura calma,
observo en rededor prenderse un fuego,
que en breve al cielo elevará su llama.
Mira á la izquierda.
Pero Gombela.... O cielos.... Qué combate
Con abatimiento expresivo.
interior tan cruel siento al nombrarla...
Perjura... Al fin al Portugues entregas
tu heroyco corazon donde brillaba
el mas sublime honor. Venzas, ó mueras,
sobrevivir no puedo á tal desgracia.
Queda apoyado en una columna en estado de afliccion, y sale Gombela en trage de muger.
Gomb. Vuelvo á la misma sala donde estuve:
este es el trono augusto que ocupaba
mi amado padre, y que ocupar debia
su prole perseguida y destrozada.
¿Pero qué veo?... Suni-Ada mio...
Con alguna viveza. [galas?
Suni-Ada. ¿Quién tus grillos trocó, Gombela, en
Con abatimiento.
¡Pero ay! ? Qué me interesa ya tu suerte?
Gomb. ¿Con qué esquivez é indiferencia helada
me recibes? ¿Qué tímida sorpresa
liga tus voces, y tu accion embarga?

Siempre abatido.

Suni-Ada. No es tiempo de doblez y disimulo.
Y les es muy violento á mis desgracias
un silencio cruel. Ve al Extrangero,
á quien tu mano y corazon consagras,
y no dupliques mi mortal congoja.
Déxame en mi dolor.

Gomb. ¿Así degradas
tu amor y mi carácter?

Suni-Ada. ¿El no viene
llamado por tí misma en una carta?

Gomb. Es verdad.

Suni-Ada. Por mi mal he descubierto
la imperceptible red de vuestras tramas.
Tú con tu mano la fineza premias
de venir en tu auxîlio. Ilusa mi alma,
en tu amor y virtud veía un tiempo
reposar sus alegres esperanzas;
mas de engaño en engaño ella ha corrido,
hasta caer al fin precipitada
en el abismo del dolor.

Gomb. Creía
mas digno de mi amor á Suni-Ada.
Tú, sostener con dignidad me has visto
el carácter de Reyna: igual constancia
reservo á la ternura que he jurado.

De un amor virtuoso brilla en mi alma
la llama generosa, ¿y tú la ofuscas
con la sombría, y vil desconfianza? [ojos
Suni-Ada. ¡Ay Gombela!... Me acuerdo que en tus
para mí entero el universo estaba;
allí la brillantez del claro cielo,
allí la profusion, la pompa y gala
de la tierra en sus flores y sus frutos;
gloria, honor y poder allí moraban:
de la naturaleza en tí veía
todos los atractivos y las gracias.

Con prontitud y gravedad.

Gomb. ¿Y qué ves hoy?

Suspirando.

Suni-Ada. La ingratitud. Su grito
mi ofendida pasion alzar no osára,
á no ver que en su agravio inseparable
el exterminio va de nuestra patria.

Con fuerza.

¡Pasar tú misma al Portugues el cetro
del infeliz Ceilan!
Gomb. En tus palabras
halla mi alma un martirio más horrible,
que en la áspera prision y muerte infausta
que voy á recibir de mi tirano,
por término fatal de mis desgracias.

Supe que el Portugues, mas ambicioso
que amante, sus proyectos combinaba
de conquistar mi corazon y afecto,
viéndome en su poder desamparada,
para volverme al trono de mis padres,
y sentarse á mi lado qual Monarca.
Súpelo, sí: pero en aquel estado,
¿qué podia yo hacer? Sus esperanzas
apoyar, era un crímen; y destruirlas
con una ingenuidad precipitada
era destruir las mias, y aun las tuyas.
Ardió mi pecho en silenciosa llama
de indignacion y de furor.

Suni-Ada. ¿Y piensa
el Portugues, que al Ceilanes faltára
valor para frustrar esos designios?
¿Y el plan, Gombela, oyó de sí olvidada
forjando de su patria las cadenas?

Gomb. Mi carácter de Reyna me excitaba
á humillar con desprecio generoso
las detestables miras; la desgracia,
la orfandad, y abandono miserable
al disimulo odioso me forzaban.
Tu imágen en mi mente aparecia,
que renovó nuestras primeras ansias;
y en tanto que el dulcísimo recuerdo

júbilo y glorias esparcia en mi alma,
al contemplar mi lamentable estado,
era este mismo amor mi mayor rabia,
mi suplicio mayor; y mi ternura,
la que con mas furor me destrozaba.
Llegó la voz del Portugues al campo,
de abrigarse en las próxîmas montañas
un numeroso cuerpo de insurgentes:
yo entónces con recato y disfrazada
en trage varonil, partí, por si eran
zelosos defensores de mi causa
los que al rebelde Vátalo seguían,
ó podia sacar en mis desgracias
algun útil partido de sus quejas.
Ví en ellos una tropa temeraria
de delinqüentes, que el imperio justo
no ménos odiarán en mí, que en Darma.
No son estos los medios, dixe entónces,
con que sus triunfos la virtud prepára:
no ménos en las chozas que en el solio
detexto al crímen; y la infame armada
abandoné, sin que la audaz empresa,
otras satisfacciones me dexára,
que la de conservar tu vida amable,
quando habiendo caído en la batalla,
de tí desconocida, el mortal golpe

pude evitar, y me llevé tu espada.
Recorrí y exploré diversos pueblos,
y con ellos lloré, viendo la amarga
opresion que sus fuerzas consumia;
pero apoyo no hallé, ni de esperanza
un rayo ví con que piadoso el cielo
me quisiese alentar. Abandonada,
seguí la inspiracion de mi corage,
y á este palacio vine: entre sus guardias
admitida, el furor armó mi mano,
y creí que ella sola mi venganza
executar pudiera.

Suni-Ada. Sí, y en tanto
correspondencia oculta conservabas
con ese amante Portugues, que ahora
supones de tí indigno.

Gomb. ¿Pero hallaba
mi cruel situacion otro recurso,
que su poder, para que muerto Darma,
reconociese el pueblo mi justicia,
ó si la noble accion se desgraciaba,
nuevo camino á mi designio abriera?
¿Mas yo vender mi trono? ¿Yo á la patria
dar un Rey Européo? ¡O qué delirio!
Léjos, léjos de mí tan temerarias
y tan baxas sospechas. Considero

que de tus zelos la pasion te inflama,
y que te inspira ideas de tí agenas
quando tu noble corazon degrada:
pero es débil piloto el que no sabe
la vista sostener de una borrasca.

Suni-Ada. Para creer tus voces, yo consulto
mi corazon; y una áspera batalla
de encontrados afectos lo combate:
quisiera amor vencer, pero ofuscada
mi razon, piensa al fin que la perfidia
agotó sus engaños y sus tramas,
para robarme un corazon que ha sido
el solo objeto de mis votos y ansias.

Gomb. El es tuyo aunque mas lo desmereces.
¿Y no podría yo con mayor causa
sospechar (observando tu tibieza)
que mi amor y tu honor abandonabas
por falta de firmeza? Mas no quiero
contaminar con las sospechas baxas
mis nobles sentimientos, y antes juzgo
que el furor de tus zelos te arrebata.
Te he visto ha poco aventurar la vida
por proteger la mia.

Suni-Ada. Está pagada
la deuda que contraxe al recibirla
de tu mano.

Gomb. ¿Tan dura y tan pesada
te era la obligacion? Tu vista vuelve
á mis fieras angustias, Suni-Ada.
Tal vez es este el último momento
en que nos vemos: ofendido Darma,
¿crees tú que no cubra en su aparente
y fingida dulzura la venganza
mas atroz?

Suni-Ada. ¿Y en los planes de su furia,
piensas que no entre yo?

Gomb. Desamparada
de mi amor, aborrezco ya mi vida.
Pero escucho un rumor: vuelvo á la estancia
donde Daglibo me dexó: recibe
este á Dios; que tal vez otras palabras
no podré articular en tu presencia. *Vase izq.*

Suni-Ada. ¡O sí un rayo mis penas acabára!
¡Pero qué abatimiento así me humilla!
Mi gloria, mi interes, mi amor, mi patria,
mi actividad exîgen. Perdonemos
de mi pasion la ofensa; y con Tirmala
el modo pronto de humillar se busque
á mi rival, al Portugues, y á Darma.

Sale Tirmala.

Tirm. Suni-Ada, valor: la tropa sabe
tu peligro: mis órdenes aguarda

para exponer su vida en tu defensa.
Razoné á todos, inflamé sus almas,
y en sus semblantes veo la victoria
con caractéres firmes estampada.
Suni-Ada. ¿Pero dexar podrémos á Gombela
del sepulcro á la orilla? Su desgracia
será la mia.
Tirm. En tono misterioso
á algunos descubrí que aquí se hallaba.
Corrió luego el rumor: de inmenso pueblo
llenándose ya van calles y plazas
con la feliz, y no esperada nueva.
Quanto mayor la muchedumbre, es masa
mas fácil de mover: un tenue soplo,
una voz suelta por azar, la inflama.
Tú á Darma debes observar: procura
desmentir sus rezelos; mas sin armas
te veo: no estás bien: estos momentos
son peligrosos: con recato guarda
ese agudo puñal: su mortal punta
rompa del que te ofenda las entrañas.
Vuelo á salvar tu vida, y á Gombela,
y su quietud tal vez dar á la patria. *Vase der.*
Suni-Ada. Se va, y del Portugues la intriga ignora.
¿Qué puedo hacer? Amor, gobierna mi alma;
él mi norte será: quanto execute

proceder debe de tan noble causa.
La libertad consiga de Gombela,
cumpla con mi pasion, pues á mi llama
va unida de mi patria la fortuna,
y quede de mi nombre eterna fama,
ó por mi muerte ilustre y generosa,
ó por el logro de tan alta hazaña.

Sale Darma.

Darma. Retírate de aquí.
Suni-Ada. Yo te obedezco *Vase der.*
Darma. Nada sabe Candi de quanto pasa
en palacio: que á todos la salida
han impedido con rigor las guardias.
Llegó el momento de verter la sangre
de Gombela, y su primo Suni-Ada.

Sale Daglibo.

Dagl. De tu inaccion por fin el escarmiento
va á caer sobre tí.
Darma. ¿Qué dices? Habla.
¿Qué novedad ha habido?
Dagl. Vi en secreto
al Cabo de la guardia hablar Tirmala,
y luego ésta en quadrillas dividirse,
tomar con disimulo las entradas,
las armas prevenir, y en los semblantes
el fuego descubrir de oculta saña.

Darma. Y bien, Daglibo amigo, ¿qué sospechas?
Dagl. Que la seguridad de Suni-Ada
pedirán con las armas en la mano,
muy en breve tal vez: ciertas palabras
que á la tropa escuché, bien que en confuso
me anuncian su intencion.
Darma. ¿Mas no nombraban
á Gombela?
Dagl. ¿Quién sabe los designios
del Portugues, si viese que sus armas
volvia contra tí tu misma tropa?
Los trágicos efectos ves, ó Darma,
de tu tranquila y lánguida indolencia.
La muerte de Gombela y Suni-Ada,
pudo evitar los males que tememos
con recato y silencio executada.
Darma. Tú sabes bien que al descargar el golpe,
mil funestos rezelos me turvaban.
¿Y qué queda que hacer? ¿Será posible
que logre complicar toda la guardia
Tirmala en sus designios?
Dagl. Es la tropa
que llevó Suni-Ada á la campaña,
y debes sospechar.
Darma. Otros soldados
que les podamos oponer no faltan.

Dagl. Un número crecido de tus tercios
hace ya dias destinado se halla
á custodiar las cárceles diversas,
donde por tu órden la cadena arrastran
los que de tu gobierno y tus acciones
en recatadas quejas mormuraban,
afectando virtud y patriotismo.
Si el que dirige la insidiosa trama
las cárceles violenta, y armar sabe
los viles descontentos; ¿qué desgracias
no debemos temer? Corra la tropa,
corra á los calabozos, y la espada
caiga sobre los pérfidos que en ellos
justicia al cielo contra tí reclaman.
Corra su sangre criminal; librémos
de este peso á tu gente, que sus armas
podrá á otra parte dirigir entónces;
y sin este recurso y esperanza
queden los viles que á ofender se atrevan
tu nombre y tus decretos.

Darma. De venganza,
de sangre, y de furor llenarme quiero.
Persona elegirás de confianza
á quien sin riesgo encomendarse pueda
la dura execucion: parte, ¿qué aguardas?

Vase Daglibo por la derecha.

¡Qué horrible confusion se ha introducido
con repentino movimiento en mi alma!
Los dioses creo ver, y que sus brazos
todos airados contra mí levantan:
mis hermanos tambien á su presencia
me parece que muestran sus gargantas,
y en ellas las horrendas cicatrices
por donde yo forzé á salir sus almas;
y venganza, venganza repitiendo,
mi sangre piden, mi exterminio claman.
Mas si debo morir, mueran conmigo
mis rivales. Gombela, si preparas
un incendio que abrase este palacio,
yo haré que seas de su horrible llama
la víctima primera. *Mira á la der.*

Sale Lopez de Sora.

Darma. ¿Qué pretendes?
Tu vista me es odiosa: tu embaxada
ya satisfecha está: de mí no aguardes
otra contestacion.

Lopez. Saldré mañana
de Candi.

Darma. Y al momento de palacio
á entrambos puede convenir que salgas. *Vas. izq.*

Lopez. ¡Vanidad insolente! ¡fiero orgullo!
¡Déspota al fin de los que engendra el Asia!

En busca vine de Gombela; acabo
de saber por su primo Suni-Ada,
que no está en la prision. Le he descubierto
lleno de generosa confianza
todos mis planes: ví que por Gombela
su tierno corazon se interesaba;
y aunque al oir que de Ceilan al trono
de mí quiero que suba acompañada,
se sorprendió su espíritu, al momento
prometió su favor.

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Si acaso Darma...
¿Pero Lopez, tú aquí?

Lopez. Busco á Gombela.

Suni-Ada. Aquí se acerca por la opuesta sala.

Sale Gombela.

Lopez. A mi vista por fin te restituyen
los cielos, ó Gombela idolatrada;
y aunque por todas partes los peligros
tus inocentes años amenazan,
aquí mi espada está, y aquí mi pecho:
cien bravos Portugueses me acompañan,
que á destino mejor te abrirán senda.
Generoso qual suele Suni-Ada,
favorecer pretende mis designios.

Gomb. ¿Y quáles son?

Lopez. Que de palacio salgas
á viva fuerza; que conmigo vengas,
y volvamos al frente de una armada
á colocarte en el paterno solio.
Gomb. ¿Y no mas?
Lopez. Tú bien sabes quánto en mi alma
dominan tu virtud y tu hermosura,
y el estado conoces de tu patria.
Un brazo necesita que asegure
el vacilante trono. Europa y Asia
puedes tú sola unir en lazo eterno:
los ódios trueque amor en alianza,
y confundan amigos sus banderas,
el de Candi y el de Lisboa.
Gomb. ¿Y tratas,
tú Suni-Ada, de prestar auxîlio
á tales planes?
Suni-Ada. Eres soberana
de Ceilan, y tambien de tus afectos.
Gomb. Reyna en el nombre, y en el hecho esclava,
sigo el impulso ciego de mi suerte. [salgas
Suni-Ad. ¿Qué puedo, pues, yo hacer, si porque
del temido poder de tu tirano,
preciso es que mi sangre desgraciada,
rotas mis venas todas, á dar corra
un testimonio de mi fé y constancia?

En busca vine de Gombela; acabo
de saber por su primo Suni-Ada,
que no está en la prision. Le he descubierto
lleno de generosa confianza
todos mis planes: ví que por Gombela
su tierno corazon se interesaba;
y aunque al oir que de Ceilan al trono
de mí quiero que suba acompañada,
se sorprendió su espíritu, al momento
prometió su favor.

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Si acaso Darma...
¿Pero Lopez, tú aquí?

Lopez. Busco á Gombela.

Suni-Ada. Aquí se acerca por la opuesta sala.

Sale Gombela.

Lopez. A mi vista por fin te restituyen
los cielos, ó Gombela idolatrada;
y aunque por todas partes los peligros
tus inocentes años amenazan,
aquí mi espada está, y aquí mi pecho:
cien bravos Portugueses me acompañan,
que á destino mejor te abrirán senda.
Generoso qual suele Suni-Ada,
favorecer pretende mis designios.

Gomb. ¿Y quáles son?

Lopez. Que de palacio salgas
á viva fuerza; que conmigo vengas,
y volvamos al frente de una armada
á colocarte en el paterno solio.
Gomb. ¿Y no mas?
Lopez. Tú bien sabes quánto en mi alma
dominan tu virtud y tu hermosura,
y el estado conoces de tu patria.
Un brazo necesita que asegure
el vacilante trono. Europa y Asia
puedes tú sola unir en lazo eterno:
los ódios trueque amor en alianza,
y confundan amigos sus banderas,
el de Candi y el de Lisboa.
Gomb. ¿Y tratas,
tú Suni-Ada, de prestar auxîlio
á tales planes?
Suni-Ada. Eres soberana
de Ceilan, y tambien de tus afectos.
Gomb. Reyna en el nombre, y en el hecho esclava,
sigo el impulso ciego de mi suerte. [salgas
Suni-Ad. ¿Qué puedo, pues, yo hacer, si porque
del temido poder de tu tirano,
preciso es que mi sangre desgraciada,
rotas mis venas todas, á dar corra
un testimonio de mi fé y constancia?

Resuelve al fin, si la ambicion te inflama,
y otro móvil no anima tus acciones:
sal luego de Candi, dexa este alcázar,
donde ya creo ver la horrible tumba,
que el hado inexôrable me prepara.

Gomb. No, Gombela, no viene el Européo
á aprender las virtudes en el Asia.
Yo sabré contener mi llama activa
dentro del corazon. Pero mi espada
combatirá por tí quanto quisieres
aunque pierda mi amor sus esperanzas. *Vase der.*

Suni-Ada. Dexa, Gombela, que tus plantas bañe
con llanto agradecido.

Gomb. Mi constancia,
ofendida por tí, debe oponerte
un desprecio humillante: pero cambia
un fino amor mis sentimientos todos,
y olvida el extravío que lo agravia.
Soy Reyna, soy amante; ambos deberes
he cumplido á tu vista, Suni-Ada.
¿Y quáles por fin eran tus designios,
si el Portugues osado se empeñaba?

Suni-Ada. Aquí ves un puñal disimulado,
á cuya punta encomendó mi rabia
la execucion de su decreto horrible.
Si el Portugues tal vez amenazaba

forzar tu corazon, y al trono régio
subir con el apoyo de sus armas;
clavado hubiera el homicida acero
mi mano vengativa en sus entrañas.
Si tú para subir al solio augusto
la fé que tiempo me juraste hollabas,
sometiendo tu patria á la cadena,
verter me hubieras visto aquí á tus plantas
hasta la última gota de mi sangre,
siendo yo mi homicida.

Gomb. ¿Qué vil alma
tan baxo sentimiento abrigaria?
Suelta el puñal, que me horroriza.

Le quita el puñal.

Suni-Ada. Darma *Mira á izq.*
se acerca con Daglibo.

Gomb. Huye.

Suni-Ada. Tu riesgo
empeña mi valor.

Gomb. Ya estoy armada.
Sangre á lo ménos costará mi muerte. *Vase izq.*

Suni-Ada. ¿Dónde debo acudir? ¿Podré dexarla
abandonada á su mayor peligro?
Explorar quiero la intencion de Darma,
oculto entre las sombras de su trono.

Se oculta en el trono.

Salen Darma y Daglibo.

Darma. La insurreccion, amigo, se declara:
unos guardias con otros han trabado
horrenda lid. El pueblo á la gran plaza
acude en sus pasiones dividido,
y miéntras unos á Gombela aclaman,
otros por Suni-Ada se deciden.

Dagl. Salgamos, pues, á combatir.

Darma. Mi saña
de Candi presto inundará las calles
de sangre y de terror. ¡O vil Tirmala!
tú avivaste la llama sediciosa
que me amenaza. Amigo, aquí hay dos armas,

Saca dos pistolas.

sierpes de fuego, que al pactar las treguas,
el Portugues me dió: no á la batalla
salir te mando, no: toma la una
á su horrible deber ya preparada,
y con escolta fiel busca á Gombela;
súbela á lo mas alto del alcázar,
y sin desamparar su lado, atiende
al suceso del choque: si empeñada
la plebe aun á mi vista la aclamase,
te haré una seña: entónces tú dispara
sobre su corazon el plomo ardiente,
y desde allí precipitado cayga

su sangriento cadáver sobre el pueblo,
dándole horror su mísera desgracia;
que al ver frustrado su designio infame
huirá la muchedumbre consternada:
cumple bien mi precepto; que yo acudo
donde mi riesgo y mi furor me llaman. *Vase izq.*

Dagl. Tu temerosa obstinacion, Gombela,
hoy tus designios con tu vida acaba.

Vase, y se descubre Suni-Ada.

Suni-Ad. ¡Qué amargura! ¡Qué horror! ¿Desesperado
me arrojaré al furor de la batalla
buscando á Darma? Pero entónces queda
Gombela á su peligro abandonada.
¿El cielo persevera todavía
inexôrable á mis mortales ansias?
¿todavía encubiertos nuevos rayos
que fulminar contra mi vida, guarda?

Sale Tirmala.

Tirm. Trabada está la lid: las huestes todas
verte pretenden, y tu nombre aclaman.
Sobre la misma puerta de palacio
con horror se pelea: ves mi espada
teñida toda en enemiga sangre,
aunque por débil brazo gobernada.
En el atrio te espera un confidente
que te dará rodela, pica y lanza.

Vuelá á fixar en el dudoso choque
la victoria feliz.

Suni-Ada. ¡O si encontrára
hierro enemigo, que mi pecho abriese,
y el triste corazon me destrozára!
¡Ay Tirmala! es inútil la victoria;
Gombela queda en el poder de Darma.
El bárbaro decreto de su muerte
pronunció, yo lo oí: su rabia insana
en desesperacion cruda y horrenda
con un crímen feroz nos arrebata
á tí de tus fatigas el objeto,
al honor y virtud, la mejor alma,
al imperio de amor la mayor gloria,
y á mí el gran premio de mis tiernas ansias,
á la inocencia su mejor modelo,
y á Ceilan sus mas nobles esperanzas:
pero al fin, si librarla no he podido,
sellaré con mi sangre su venganza. *Vase der.*

Tirm. Qual rayo de la esfera desprendido,
respirando furor al atrio baxa.
Ya sus tropas lo han visto, y en sus pechos
la cólera renace: la batalla
con ímpetu mas ciego se renueva.
Ya las armas empuña Suni-Ada,
y al furioso combate le conduce

el implacable ardor de la venganza.
Su rodela retumba con los golpes
de las contrarias picas que rechaza.
Las lanzas vuelan por el ayre rotas,
y él quiebra con la suya cien espadas,
que amenazan su vida. La victoria
se declara por él. Ya está forzada
la puerta de palacio, y en él entran
los vencedores con furor y rabia.
Darma infeliz, tu trono titubea.

Voces dentro: Viva Gombela, y viva Suni-Ada.

Entran unos soldados retirando á otros, así por el salon como por la galería, quedando uno y otro ocupado por los vencedores, y sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Venciéron la razon y la justicia.
¿Mas dónde está Gombela? ¿Dónde Darma?
¿Quál el fruto será de la victoria?
¿Por quién se ha combatido, si ella falta?
Vuestra Reyna infeliz, buscad, amigos.

Suena un tiro.

¡Pero qué escucho!... O Dios... Sosten, Tirmala,
mi moribundo cuerpo.

Tirm. ¿Qué ha sido esto?
¿Por qué de pronto tu valor desmaya?
Turbia la vista, pálido el semblante,

terror me inspira. Amigo... Suni-Ada...

Suni-Ada. A ese tiro cruel murió Gombela.

Tirm. ¿Qué dices?

Suni-Ada. Esta ha sido la venganza
de su odioso tirano. ¿Así los cielos
de la virtud la causa desamparan?
Miéntras yo busco su real cadáver,
y huyendo de esta tierra mal hadada,
parto con él á montes no habitados
á humedecer su tumba solitaria
con lágrimas de amor, vengad amigos,
vengad á vuestra Reyna desgraciada.

Sale Gombela.

Gomb. Aquí la Reyna está.

Suni-Ada. Gombela... ¿vives?

Gomb. Jamas me ví á la muerte tan cercana.
Vivo, y soy tuya. Me subió Daglibo
á asegurarme en lo alto de este alcázar,
y sacando de pronto una pistola,
á la menor accion me amenazaba
con su tiro fatal. Soltarlo quiso,
mas su iniqua intencion desairó el arma,
convirtiendo la ruina en solo amago.
Con feroz mano recurrió á la espada;
pero veloz, y mas feliz la mia,
le clavó tu puñal en las entrañas.

En su sangre revuelto cayó entónces
á morir á los pies del mismo Darma,
que sostenerse en su pesar no pudo;
y viendo que las tropas lo cercaban,
sacó, mirando al cielo, otra pistola;
y ardiendo en ira y congojosa rabia,
la disparó sobre sus mismas sienes,
y con grito mortal arrojó el alma.
Ese fué el tiro que se oyó, y que puso
término venturoso á mis desgracias.

Tirm. Ya no exîste el tirano. ¡O cielo justo!
¡cómo el castigo á la maldad dilatas
por hacerlo mayor!

Gomb. Ya Ceilaneses
paz vuestra Reyna y júbilo os prepara.
Sola y en desamparo el universo
me ha visto en trage varonil osada,
prófuga y peregrina, á mil peligros
frente hacer con valor, por dar venganza
á la sangre infeliz de tres hermanos;
un trono recobrar que me usurpaba
el regicida infame, y á mis pueblos
librar al fin de su opresion tirana.
Por esto pisé arenas ardorosas,
superé las mas ásperas montañas,
vencí los rios, habité desiertos,

metíme en el horror de las batallas,
velé las noches, fatigué los dias,
busqué en su mismo lecho al impío Darma,
y me expuse á morir en un suplicio.
Por premio de mi intrépida constancia
al solio que heredé me vuelve el cielo;
mas yo quiero subir acompañada
de un Rey digno de mí, digno de un pueblo
que aprecia la virtud. A Suni-Ada,
sobrino de mi padre, doy mi mano:

Los soldados se arrodillan humillando las armas.

él quitará las sombras con que Darma
ha obscurecido el resplandor del trono,
y la gloria será de toda el Asia.

Suni-Ad. Mas que esposo, tendrás en mí un amante;
y mas que un Rey, un súbdito la patria.

Tirm. Demos á la adorable Providencia
por tanto beneficio inmensas gracias.

Suni-Ada. Y de la Reyna de Ceilan el mundo
admire la virtud y la constancia.

FIN.

CECILIA

Y DORSAN.

COMEDIA

EN TRES ACTOS.

POR

DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA
AÑO DE 1800.

ADVERTENCIA.

Esta pieza se ha tomado en su fondo de la que con título de Adela y Dorsan compuso en Frances Mr. Marsollier.

La mitad del foro á la izquierda representa bosque con un pequeño montecillo muy hermoso: la otra mitad forma una casa de campo magnífica, que hace un ángulo, ocupando los dos primeros bastidores: debe tener ventanas y balcones practicables, y una pequeña escalera que finaliza en el teatro con puerta de rejas practicable: á los lados dos asientos rústicos.

ACTORES.

El Marques Leopoldo: *Sr. Antonio Pinto.*

Dorsan, hijo de Leopoldo: *Señor Antonio Ponce.*

El Conde de Berter, tio y tutor de.... *Señor Luis Navarro.*

Adela, prometida esposa de Dorsan: *Señora Coleta.*

Cecilia: *Señora Rita Luna.*

Simon.....
Esteban....
} Criados antiguos del Marques.
Señores Querol y Cubas.

El Conde de Worset: *Señor Baca.*

Amador, Labrador; *Señor Josef Garcia.*

Comparsa de Aldeanos y Aldeanas.

ACTO PRIMERO.

Suena dentro gritería alegre, y por la izquierda sale Dorsan: su vestido será un frak elegante.

Dorsan. Buscando la soledad,
por todas partes encuentro
felices gentes que gozan
de un purísimo contento.
¡O quánto de su alegría
mi corazon está léjos,
rodeado de amarguras,
de penas y sentimientos!
Llegó el decisivo instante
que en sacro vínculo eterno,
uniéndome con Adela,
me separa de un objeto
que amé demasiadamente,
y del que olvidarme debo.
Su hermosura... ¡O Dios! ¿Por qué
de su hermosura me acuerdo,
y no de su ligereza?
Tocando ya en el momento,
en la precision cruel

de ser para siempre ageno,
¿por qué, memorias fatales,
me dais tan duro tormento?
¡mas ay! que estan todavía
muy recientes en mi pecho
los agravios de Cecilia...
¡dulce nombre!... yo la veo
en todas partes: no hay nada
que no la esté proponiendo
á mi loca fantasía,
cuyo calor le da cuerpo
á su encantadora imágen:
su amor me consume... pero
¿por qué no la olvido estando
de su inconstancia tan cierto?
Cecilia falsa, inconstante,
ya cabe en mi entendimiento;
mas Cecilia interesada
y tan digna de desprecio,
¡ó quánto se me resiste!
¡no es posible comprehenderlo!
¡ah! si otro alguno que un padre,
á quien rendido venero,
á decirme mis agravios
se hubiera arrojado, pienso
que en su vil sangre... ¡paciencia!

¡me olvidó! ya no hay remedio.

Salen Esteban y Simon, el qual hace como que habla hácia dentro.

Sim. Irse retirando á casa,
y que todo esté dispuesto
para la ocasion; que es justo
que todos nos esmeremos,
de nuestro jóven señor,
celebrando el casamiento;
pero no es señor, no hay tal;
y mejor le llamaremos,
nuestro padre, nuestro hermano,
porque al cabo...

Dors. Te agradezco,
Simon, dictados tan dulces,
y me son muy lisonjeros:
eres muy hombre de bien.

Sim. Despues de vos, no le cedo
á nadie la preferencia;
pero de esto no tratemos,
sino de que vos seais
muy dichoso; pues de serlo,
ya se ve, sin duda alguna,
todos tambien lo seremos:
pero, ¿qué es lo que mirais?

Dors. Aquel bosquecillo nuevo

que está junto á aquella fuente:
está gracioso: es muy bello.
Sim. Esteban y yo, á porfia
trabajando, lo hemos hecho
en ménos de quatro dias:
quando salgais á paseo
con vuestra querida esposa,
allí, sentados al fresco,
descansareis, renovando,
en la presencia del cielo,
de amaros eternamente
el gustoso juramento:
y tambien allí nosotros
con ansia le pediremos
que haga dichosos á quantos
habitan el pais nuestro,
comenzando, ya se ve,
eso se da por supuesto,
por vuestro padre y por vos.
Dors. Todos esos sentimientos
de vuestra bondad son dignos;
y aumentarán el extremo
de la dicha que disfrute:
¡ay Dios! ¡que en vano la espero!
Esteb. Lo que yo siento, señor,
es que os caseis en un tiempo

de guerra, en que todo el mundo
está temblando, y temiendo
por sus familias; que en fin,
no es cosa de regodeo
esto de que á uno le espeten
sin mas ni mas en el cuerpo
un balazo, y que le envien
adonde ninguno ha vuelto.

Dors. Esteban, el defender
la patria es justo derecho;
y no será hombre de bien
quien resista...

Esteb. Si no es eso...
voto al diablo: si el caso
lo requiere, yo el primero
sería... y todos serían
como yo, ni mas ni ménos:
sino que, como se dice,
todo el mundo tiene apego
á su carne, y son los hijos,
hijos al fin.

Dors. Ya te entiendo;
pero para tales casos
los señores de los pueblos,
si son como deben ser,
previenen justos consuelos

con su liberalidad
á los que quedan expuestos
á la miseria: por mí,
desde ahora á ser me ofrezco
padre de quantos la guerra
haga infelices.

Sim. Sí; pero
de señores como vos
hay muy pocos en el reyno:
pero dexando esto aparte,
vuestro padre ¡qué contento
está con la boda! Yo
no lo admiro: es un buen viejo,
algo caprichudo; siempre
llenos los cascos de aquello
de nobleza, de familia,
de fortuna... ¿y qué tenemos?
tambien es el mas bizarro
que hay en todo el universo.

Esteb. Eso sí; y esta mañana
salió á caballo, y corriendo
todas las quintas vecinas,
ocupó todo su tiempo
en socorrer... pero él viene
por la senda hácia este puesto.

Sim. Todavía está lozano.

Esteb. Y tanto, que yo le tiemblo
quando se enfada, que entónces
ni aun él puede con su genio.
Sale Leopoldo.
Leop. Dios os bendiga: hijo mio;
¡quánto de verte me alegro
con nuestros fieles amigos!
Porque los criados buenos
son siempre nuestros amigos:
pero con todo, yo creo
que en otra parte este dia
estás mayor falta haciendo,
porque tu Adela y su tio...
Dors. Decís muy bien, voy corriendo;
Hace que se va, vuelve y toma la mano á su padre; y éste al oirle hace un movimiento de disgusto.
pero padre... ¡ó padre mio!
¿es posible? ¿estais bien cierto
de que Cecila?... ¡Ah! por Dios
no os enojeis: os prometo
no pensar en ella mas:
¡ó quánto es mi desconsuelo! *Vase.*
Leop. No pensar en ella mas...
y no hace otra cosa: es cierto
que estos jóvenes... al fin

todo acaba con el tiempo.
Esteb. Los músicos del jardin
me parece que se fuéron.
Sim. ¿Cómo si yo los he visto?
Esteb. Podrá ser; mas voy á verlo. *Vase.*
Sim. Y yo te sigo.
Leop. ¿Simon?
hablar contigo pretendo.
Sim. Al instante soy con vos;
que en unos dias como estos,
¡tanto ocurre! ¡hay tantas cosas!
yo estoy encargado de ello,
y así por cumplir con todo...
Sí señor... al punto vuelvo. *Vase.*
Leop. En fin, Dorsan con Adela
hoy se casa: ella es el centro
de la virtud: no es posible
reunirse en un sugeto
tanta sensibilidad
y finura: estoy bien cierto
de que aunque ella ama á mi hijo,
jamas se hubiera resuelto
á concederle su mano,
á no ser baxo el supuesto
de ser Cecilia inconstante
y falsa: lo está creyendo,

gracias á mis diligencias,
las que me van conduciendo
de acabar con mis temores
al deseado momento:
yo lo acerté: la esperanza
que siempre animó mi pecho
no era un error: lo conozco;
yo recelaba del fuego
juvenil de mi Dorsan,
penetrando, conociendo
los interiores combates
que suscitan los afectos
amorosos en el alma;
pero ya se convirtiéron
en blanda paz mis temores,
y con la razon de acuerdo,
para coronar mis ansias
desciende alegre himenéo.

Sale Simon.

Sim. Yo juzgo que no he tardado;
¿no es verdad? todo mi empeño
es cumplir quanto me mandan.

Leop. Muy bien conozco tu esmero;
pero ahora es la ocasion
de que dupliques tu zelo:
cuida de que todo vaya

con decencia: el extrangero
exîge mayor cuidado
que el habitante del pueblo:
que al fin éstos nos conocen,
y nos ignoran aquellos:
nada les falte á los ricos,
mas del pobre los deseos
se han de prevenir: en fin,
únicamente apetezco,
que este dia cuenten todos
como uno de los mas bellos
de su vida; has entendido?

Sim. Todo irá bien, Dios queriendo:
y ántes de una hora...

Leop. Esa
es la que con ansia espero;
su dilacion aun me tiene
con inquietud; lo confieso.

Sim. ¿Y por qué? por la Cecilia...
aquella niña... ¿no es esto?

Leop. Es verdad.

Sim. Bah: no podia
al hijo de nuestro dueño
convenir esa muchacha: *Todo esto con*
sus padres tan pobres... pero *doble intencion.*
segun dicen muy honrados.

Leop. Tal fama tienen.
Sim. Lo creo;
porque á todos á una voz
les oígo decir lo mesmo:
la madre en todo el pais
era de virtud exemplo;
pues su padre... ¡quántos años
de servicios!... ¡todo el cuerpo
acrivillado de heridas!...
pues la niña... ¡tanto bueno
decian de ella!... no sé
qué diablos...
Leop. Yo era el primero
que la aplaudia, Simon,
y Dorsan hacia empeño
formal de amarla: mas todo
se descubre con el tiempo.
Sim. Sin embargo... perdonadme
porque yo soy muy sincero:
han querido persuadirme...
no lo he creído á lo ménos;
mas se dice... ¿qué sé yo?
que en todos estos enredos
habeis metido la mano...
¡malas lenguas! con todo eso
dicen... ¿qué se yo que dicen?

que habeis el emplasto hecho
para que el chico casára
con ésta... tiene dinero...
y como esto de intereses...

Leop. A nadie responder debo
de mi conducta; mas como
yo mi estimacion aprecio,
escucha y verás si voy
fundado en mi justo empeño.
Mi hijo ya está en edad,
en que mi consentimiento
para nada necesita:
temblé quando me dixéron
que amaba tanto á esa niña,
que hija de un pobre plebeyo,
sin mas dote que sus gracias,
pagó su amor, con objeto
de abusar de su pasion,
y obligarle al casamiento:
le aconsejé, persuadí,
y aun le amenacé; mas viendo
que nada con él podian
amenazas ni consejos,
le determiné á un viage,
á ver si por este medio
la separacion abria

camino para mi intento:
la suerte me fué propicia,
porque durante este tiempo,
sirvió á Cecilia un rival,
que derramando en el pecho
de Dorsan justas sospechas,
y la inconstancia creyendo
de sù querida, irritado
á verla jamas ha vuelto:
la verdad; yo he procurado
confirmarle en sus rezelos;
y de Adela la hermosura
al mismo tiempo trayendo
á sus ojos, he logrado
reducirle á este momento,
que hará su felicidad
y la mia, segun creo.

Sim. ¿Pero qué es de la muchacha?

Leop. Yo no lo sé: su silencio
en algun modo confirma
las voces que se esparciéron
en órden á su conducta:
mas con todo; no queriendo
que ella forme de Dorsan
ni la menor queja, luego
que el contrato se firmó,

por intervencion de Eugenio,
el íntimo de mi hijo,
una suma de dinero
la envié.

Sim. ¿Mas lo ha tomado?

Leop. Lo presumo, aunque recelo
que este Eugenio... hace dos dias
que le envié, y aun no ha vuelto:
él tan solamante sabe
donde ella para.

Sim. Pero eso
es decir que ella no está
en su casa.

Leop. ¡Quánto tiempo
ha que la sacó Dorsan!
él ha negado protervo
que sabe donde se halla,
mas no he querido creerlo;
ni es posible: por lo qual
dí la comision á Eugenio
de que hiciese por buscarla,
y entregarla aquel dinero:
confidente es de Dorsan,
y sabrá su paradero.

Sim. Y tambien sabrá decirla
lo que vos teneis dispuesto.

¿Y quién sabe?... mas con todo
si abre la mano, ya es eso
negocio acabado: yo
es verdad que soy molesto,
mas no quisiera que nadie
dixera de vos...

Leop. Te entiendo,
y que tu curiosidad
es hija de un buen afecto
de criado; yo lo estimo,
y á Dios, Simon, que no puedo
detenerme; voy á ver
mis hijos.

Sim. Yo tambien quiero
ver si todo está arreglado.

Leop. Si por algun raro medio... *Volviendo.*
si algun recado... si busca
alguien á mi hijo...

Sim. Id sin miedo,
que á nadie verá hasta que
les caiga de medio á medio
la bendicion.

Leop. Pues á Dios. *Vase.*

Sim. El os guarde, y os dé presto
dos docenas de muchachos,
á ver si os hartais de nietos.

Este hombre... yo no lo alcanzo,
su corazon es muy bueno;
pero este run, run que corre...
pero yo ¿por qué me meto
en camisa de once varas?
Grita dentro.
mas vuelve á este mismo puesto
la gente del bronce.

Salen Esteban, Aldeanos y Aldeanas que entran renovando su alegre grita; y continúa...

¿Ola?
¿á qué venís? ¿qué tenemos?

Esteb. Como es este sitio paso
preciso para ese templo
separado del lugar,
ver á los novios queremos
quando vayan á casarse,
y aplaudirlos.

Sim. Muy bien hecho:

A este tiempo se presenta Cecilia por el montecillo de la izquierda, todo quanto sea posible con un cierto desaliño como efecto del cansancio y fatiga: se detiene un poco; levanta las manos al cielo, y luego baxa poco á poco.

aquí chicos, aquí todos...

Repára en Cecilia.

¿pero qué es lo que estoy viendo?
¡una muger!... ¡y qué jóven!
¡desordenado el cabello!...
¡qué agitada!... ¡pobrecita!
¡parece que llama al cielo
en su auxîlio! ¿qué querrá?

Cecil. Este es el sitio... no puedo
dudarlo, no: yo os bendigo
Dios de piedad, pues esfuerzo
me habeis dado hasta llegar
á este parage, aunque siento
que el cansancio y la fatiga
me acaban.

Sim. ¿Si es la que pienso?
no puede ser otra, no:
pues hija mia, ¿qué es esto?
¿á dónde vaís? ¿qué quereis?

Cecil. Hombre compasivo... os ruego
me digais... ¡ay! la verdad
no me oculteis; por aquello
que mas amais os lo pido;
decid ¿se ha casado?

Sim. Pero
¿por quién hablais?

Cecil. Por Dorsan.
Sim. Ella es; buena la hemos hecho.
Cecil. Compadécedme: decidme
¿se hizo ya el casamiento?
por Dios, por Dios.
Sim. Yo no sé...
mas soy un pícaro; miento,
no se ha hecho todavía.
Cecil. ¡Alabado sea el cielo!
si hubierais dicho que sí,
el dolor me habria muerto.
Sim. No sé qué hacerme: el demonio
hoy anda sin duda suelto:
¡qué hermosa es! pero hija mia
decid, ¿quál es vuestro intento?
Cecil. Verle, hablarle, persuadirle...
Sim. Mas si no puede ser eso.
Cecil. ¿Y por qué? ¿quál es la causa?
¿quién tendría atrevimiento?...
Andando, y Simon deteniéndola.
¿quién sería tan cruel?
¡Dios mio!... no: aquí me quedo...
pero no: preciso es ir
á buscarle.
Sim. Deteneos;
no podeis ir.

Cecil. ¡Ah! dexadme; *Con mucha viveza.*
no me negueis un consuelo
de que tanto necesito;
dexadme pasar, ¡qué pecho
tan duro teneis! Amigos,
compadeced mi tormento; *A los demas con*
conducidme hácia Dorsan; *mucha ternura.*
mi vida consiste en esto.
¡Si supieseis en qué estado
tan lastimoso me veo!
sed piadosos; no imiteis
á este hombre, que de acero
tiene el corazon.
Sim. Señora,
yo solamente obedezco...
no la escucheis... sabe Dios
que á poder... pero no puedo:
idos, que pueden venir.
Cecil. Eso es lo que yo deseo;
que vengan ¡ah! yo quisiera
ante todo el universo
decir lo que he padecido,
y lo que estoy padeciendo:

Simon hace que quiere apartar los Aldeanos para que no la oigan, y ella dobla una rodilla, y dirigiéndoles las palabras, dice...

no, no, no os vais; escuchadme:
con toda el alma os lo ruego:
Dorsan... ¡quánto le he querido!
¡quánto le he amado! pero
me engañó: era virtuosa
y tierna, como algun tiempo
serán tambien vuestras hijas;
lo serán; no puede ménos:
todo lo dexé por él;
mi padre anciano... ¡no espero
volverle á ver! ¡morirá
el triste de sentimiento!
Dorsan... ¡ó infiel! me seduxo
porque le amé: del estrecho
alvergue en que yo moraba
en paz serena ¡ó perverso!
me sacó, y... me abandonó,
dexándome sin consuelo,
sin socorro, ni esperanza
de tenerle, hasta el extremo
de no informase siquiera
si vivia... ¡Dios inmenso!

¡cómo vivo, cómo vivo
con tan amargo recuerdo!

Sim. Pero es tarde para quejas;
alejaos un momento...

Cecil. Un momento, ¿y va á casarse?
pues decidme, si yo pierdo
este momento, despues,
¿para qué la vida quiero?

Sim. Perdonad; vuestra presencia
no conviene... y en fin tengo
unas órdenes, que á no tenerlas,
yo mismo...

Dentro música y grita.

Cecil. ¡Cielos!
¡qué música!... si será...
¡triste de mí! ¡yo fallezco!

Se apoya como abatida á un árbol.

Sim. Esto bien me lo temia,
y ya no tiene remedio:
llevadla por compasion
donde no vea...

Los Aldeanos quieren cogerla para transportarla, y ella se resiste, y dice con mucha fuerza.

Cecil. Hombre fiero;
yo quiero ver... ¿dónde, dónde

me llevais?... pero no tengo
fuerzas para mas... ¡Dorsan *Exclamando.*
allí con otra!... yo muero. *Cae desmayada.*

Sim. ¡Desdichada criatura!
llevadla... pero no hay tiempo:

Indeciso, y mirando ya á un lado, ya á otro.

si en ese bosque... al pasar
la verán: vaya, yo pierdo
el juicio: no sé qué hacerme,
ponedla sobre ese asiento,

La sientan, y se ponen todos delante, cubriéndola.

y cubridla miéntras pasan:
despachaos: sí; si el viejo
la llegase á ver, sería
una gracia: presto, presto
que ya llegan: Dios me saque
con bien: no es malo el enredo:
¿á que descarga el nublado
sobre mí? todo me tiemblo.

Pasan algunos Aldeanos disparando tiros, y tras de ellos Músicos tocando lo que pareciere, y tras de ellos salen Leopoldo y Bérter, y Adela y Dorsan de la mano: al tiempo que se presentan dicen todos.

Voces. Vivan, vivan los esposos;

dichosos los haga el cielo.

Leop. Amigos, con toda el alma
vuestro favor agradezco,
y el interes generoso
que os mueve á tales extremos:
ciertamente entre mis dias
este solo es el que cuento
por el mas feliz de todos,
pues llena de mis deseos
la satisfaccion.

Simon en voz baxa á Esteb. que está á su lado.

Sim. ¿No vuelve?

Esteb. No; todavía no ha vuelto.

Adela. No me parece que os hallo
con el fondo de contento
que yo quisiera.

Dors. Señora,
no es de extrañar que suspenso
mi corazon, se embarace
en la dicha que aun no creo:
vos sois muy digna de todo
mi cariño, y yo del vuestro
no lo soy: os reconozco
por el mas claro modelo
de virtud; y para ser
de tantas gracias el dueño,

imposible es que en mí quepan
bastantes merecimientos:
¡qué frias son las finezas
que no dictan los afectos!

Esteb. Ya vuelve en sí. *A Simon.*

Sim. ¿Habrá demonio?
por fuerza, ¿mas qué remedio?

Bert. Tiempo habrá para el cariño;
vámonos llegando al templo.

Leop. Decís bien: vamos, y amor
y virtud, el juramento
sagrado confirmen.

A estas palabras Cecilia atropella á los que tiene delante, y detiene á todos, diciendo:

Cecil. No;
no puede ser, deteneos:

Todos se suspenden, y casi á un tiempo dicen:

Adela y Berter. ¿Qué mugér?...

Dors. ¡Cecilia!

Leop. ¡O Dios!
¡es posible!... ¿cómo es esto?

Sim. Tiró el diablo de la manta,
dexando á todos en cueros.

Cecil. No puede ser, no, Dorsan;
yo soy sola la que debo
ser conducida á las aras;

nadie tiene mas derecho
de ser suya: él me eligió
para esposa, y yo no debo
renunciar este interes:
que está mi honor de por medio.
Dors. Cecilia mia...
Cecil. Yo fuí
tu Cecilia en otro tiempo,
y ya solamente soy
un ser de oprobrio cubierto,
envilecido, insultado,
víctima del mas acervo
dolor, ¡dolor de dolores!
dos dias ha que del pueblo
en que me dexaste, quando
te separó de mi afecto
la sinrazon, he salido
(porque supe este suceso
de un corazon generoso)
sin mas guia que el deseo,
que me animaba; perdida,
extraviada, corriendo
por desusados caminos,
mis pies de sangre cubiertos,
sin descansar un instante,
y tropezando, y cayendo,

agoviada del cansancio,
teniendo por alimento
mis lágrimas solamente,
por fin á tu vista vengo
á morir de tus agravios,
mas que de mis sentimientos.

Dors. ¡Desdichada!... ¿por qué vienes
á perturbar mi sosiego?

Cecil. Y tú ¿respetaste el mio?

Dors. Ya hubieras sido mi dueño...

Cecil. ¿Pues quién quita que lo seas?

Leop. Vuestra conducta.

Cecil. No tengo *Con dignidad.*
de que arrepentirme.

Adela. Vos
¿no le disteis el consejo
de que á otra amára? La carta
que le escribisteis al tiempo
que volvió de su viage...

Cecil. ¿Qué decís, que no os entiendo?
¿yo?... ¿qué carta? Pero á tí
es solo á quien hablar debo
en situacion tan amarga:
dime pues, Dorsan, ¿qué he hecho
para perder tu ternura,
y merecer tu desprecio?

yo te amé, te resistí;
yo combatí tus deseos...
y aun los mios... la virtud,
la virtud sola en mi pecho
fué preferida á tu amor,
y tú preferiste luego
esa hermosura; ella es
el único fundamento
para tu infidelidad;
pero confiesa á lo ménos
que has sido falso, perjuro,
que abusaste del exceso
de mi sensibilidad...
pero no me digas esto;
dime solamente que otra
te hará mas feliz, y dexo
mis lágrimas y mis quejas,
no llegará ni aun el eco
de mi nombre á tus oídos;
y si acaso algun recuerdo
hicieres de tu Cecilia,
y te informas de ella, es cierto
que sabrás que ella murió
con su obligacion cumpliendo,
mas que su último suspiro
salió con tu nombre envuelto.

Dors. Toda el alma me penetra:
no finge, no... Saber quiero,
quiero informarme...
Leop. ¡Insensato!
¿qué es lo que estás proponiendo?
quando ya para tu enlace
se encuentra todo dispuesto,
¿á tan ilustre familia
perderías el respeto?
Ved, ó muger imprudente,
el mal que está produciendo
vuestra presencia: idos, idos;
no turbeis el complemento
de una union santa, que nada
puede romper.
Cecil. Hay aliento *Con energía.*
en mí aun para romperla.
¿Cómo podria, protervo,
contaminar los altares
pronunciando un juramento
tan exêcrable? mi muerte,
mi muerte verá primero
que yo lo consienta: diga
en qué soy culpada? y luego
si no le satisfaciere,
en su libertad le dexo.

Dors. Yo no sé dónde me estoy...
Cecilia... ¡O Dios! el precepto
de mi padre...
Leop. Sí, yo soy
quien le ha prohibido el veros...
Cecil. ¿Por qué no le prohibisteis
que me arrancase del seno
de mi familia, empleando
la seduccion con objeto
de abusar de un sexô débil
quanto sensible? comprehendo
que diriais, nada importa,
poco ó ninguno es el riesgo;
es una muger comun:
¿por qué era pobre? ¡perverso!
era rica de virtudes,
era rica del mas tierno
amor de un anciano padre;
su corazon era el templo
del honor y probidad
que ultrajais, introduciendo
duras desesperaciones
en un innocente pecho.
Adela. Su dolor me compadece;
señor, sepamos si es cierto...
Leop. Es en vano; esa muger

renunció qualquier derecho
aceptando de mi mano...

Cecil. ¡Olvido fatal! mas tengo
en mi poder todavía
Saca un bolsillo, y lo arroja.
ese oro vil que desecho,
como enviado, sin duda,
para comprar mi silencio,
y mi deshonor.

Dors. ¡O padre!
decid, ¿qué es lo que habeis hecho?
yo ignorante...

Cecil. ¿Lo ignorabas?
Dorsan, ¡ó quánto me alegro
de no deber este ultrage
á tu corazon! ya veo
que no has sido tan cruel
como lo estaba temiendo.
Vuelve á tu padre ese oro,
y sepa que la que á un tiempo
pierde su honor y su amante,
nada necesita.

Adela. Encuentro
mucha generosidad
en esta jóven... yo pienso,
bella Cecilia, ayudaros...

Cecil. Y yo de vos nada quiero.
Leop. Esa es demasiada audacia:
temed mi resentimiento.
Cecil. Teman solo los malvados
como vos, que yo no tengo
que temer.
Leopoldo se enfurece; va hácia ella, y le detiene Bérter.
Leop. ¡Ha vil muger!...
Bérter. Deteneos:
¿qué vais á hacer? escuchadme:
sabeis mi carácter recto;
tutor y tio de Adela,
de ningun modo consiento
que se case hasta saber
qué hay en el caso: estoy viendo
justicia y verdad pintadas
en el rostro y los acentos
de esa jóven: no hay motivo
para negarla el consuelo
de su justificacion:
¿qué dices? *A Adela.*
Adela. Que es muy bien hecho,
y muy justo el diferir
por ahora el casamiento.
Leop. Pero ¿es posible?...

Bérter. Es posible
que tenga justo derecho
á la mano de Dorsan
esa niña.
Cecil. Hombre de bien... *Postrándose á Bérter.*
Bérter. ¿Qué, qué haceis?
Cecil. Mostrar mi agradecimiento.
Bérter. Es en vano: Adela, vamos.
Vanse los dos con algunos que los acompañan.
Leop. En iras estoy ardiendo:
¿quién pudo traer?...
Dors. Cecilia,
yo te veré...
Leop. Jóven necio,
retírate sino quieres
que en tí descargue el exceso
de mi cólera: oye tú. *A Simon.*
Leopoldo aparta á Simon, y Dorsan se va volviendo varias veces á mirar á Cecilia.
Cecil. A Dios, Dorsan:
¡ó mi dueño!
¿si te veré?
Leop. Procurad
que se aleje de este pueblo...
mas no; asístela en tu casa,
y despues sabrás mi intento. *Vase.*

Sim. Venid, Señora, conmigo.
Esteb. No, sino conmigo.
Sim. Bueno:
¿si el amo me lo ha mandado?
Esteb. A mí me lo manda el cielo,
que está la pobre muy triste:
y consolarla pretendo,
en quanto pueda.
Sim. ¿Pero hombre?...
Esteb. Pero muger: ¿si me ha hecho
llorar á lágrima viva?
Sim. ¿Sí? pues mira este pañuelo
que está chorreando... no sé
lo que chorrea.
Cecil. En mi pecho
vivirán vuestros favores
con rasgos de amor impresos:
sí; la sensible Cecilia
acepta el ofrecimiento
que la haceis, gentes honradas;
con qualquiera iré: ¡ó eterno
Dios de compasion! ¡ó Dios
de bondad! hasta tu seno
lleguen las ansias amargas
de esta infeliz: no hay secreto
nada para tí; conoces

mi verdad y el fundamento
de mi justicia: piadoso
te invoco, y aun justiciero:
soy inocente, ¡Dios santo!
toda en tus manos me entrego.

ACTO SEGUNDO.

Sigue la misma decoracion.

Sale Leopoldo.

Leop. ¡Qué mutacion en mi suerte!
¡trastornadas mis ideas
en aquel mismo momento
que las creía mas ciertas!
¡qué padre tan infeliz!
¡ó loca juventud necia,
cómo es posible agradarte!
Si mostramos resistencia
á tus injustos deseos
y solicitudes ciegas,
nos acusas de injusticia,
de crueldad y violencia:
si consentimos, y luego
la desgracia es compañera
de una indiscreta eleccion,

nos arguyes sin reserva,
de poco firme carácter,
y exceso de complacencia.
Los que hijos apeteceis,
que dulce consuelo sean
de la ancianidad cansada,
¡ó quánto ignorais las penas
que despedazan de un padre
las entrañas, quando encuentra
en lugar de sumisiones
tenaces desobediencias!
¿Quién podia imaginar
que mi hijo no admitiera
con gusto una esposa amante,
adornada de riquezas,
coronada de virtudes,
y dotada de nobleza?
Mas pierdo el tiempo sin duda;
y es preciso que yo vea
á Cecilia: podrá ser
que con mas sosiego atienda
á mis razones: ya miro
que Simon hácia aquí llega:
verémos lo que me dice.

Sale Simon.

¿Hiciste la diligencia?

¿viene esa muger, ó no?
Sim. Vendrá luego con Esteban.
Leop. ¿Y cómo está?
Sim. Sepultada
en una grande tristeza:
apénas responde á aquello
que la preguntan: en tierra
fixos los ojos, no hace
sino llorar: se lamenta
de vuestro hijo y de vos.
Leop. ¡Qué obstinacion! ¡qué soberbia!
Sim. La pobrecita...
Leop. Despues
de lo pasado, ¿qué espera?
Sim. Ella no espera: se aflige;
pero, hablando con franqueza
¿no ha de llorar? vaya, vaya,
eso ya es impertinencia;
al que le duele, le duele;
ahí es una friolera:
caramba, ¿no ha de quejarse?
Señor, por Dios, valga flema.
Leop. ¿Pero tendrá esa muger
tanto orgullo, que pretenda
que la prefiera mi hijo?
Sim. No es orgullo ¡ay tal quimera!

amor, amor, eso tiene,
¡no es nada la diferencia!
Leop. ¿Y en fin qué pide?
Sim. Justicia:
y despues mas que la metan
en un calabozo obscuro
donde rabiando se muera.
Leop. Al cabo ponderaciones
que ninguna cosa prueban.
Sim. A mí sí me prueban.
Leop. Sí;
porque tú eres una bestia.
Sim. No, no tanto como vos
imaginais: mi cabeza
es dura... pero ya viene.
Leop. Déxame solo con ella.

Sale Cecilia acompañada de Esteban, que la dexa y se retira, y al tiempo mismo pasa Simon por delante de ella, y la dice con disimulo al pasar.

Sim. Animo que en favor vuestro,
voy ahora á hablar á Adela. *Vase.*

Cecilia tiene los ojos en tierra, los brazos cruzados, y muestra un grande abatimiento.

Leop. Cecilia, sea inconstancia,

sumision, ó ligereza
de la parte de Dorsan,
yo os lo repito; es quimera,
es imposible, es locura
pretender que vuestro sea:
baxo esta suposicion,
es muy contra la decencia,
que os detengais aquí mas;
yo os daré guia que pueda
llevaros á vuestra casa,
ó bien adonde os parezca
mas conveniente: además,
vuestro gusto será regla
de la pension que juzgáreis
suficiente; de mi cuenta
correrá la exâctitud
de su pagamento: ea,
decid, á dónde quereis
ser conducida; no resta
nada mas: ¿no respondeis? *Pausa breve.*

Levantando la vista, y concentrando su despecho.

Cecil. Me parece que á la queja
os cierran todo camino
mi humildad y mi paciencia...

Leop. Pero mis ofrecimientos...

Cecil. Para nada me aprovechan: *Con resolucion.*

no necesito de nada.

Leop. Advertid que á toda priesa
os llevarán...

Cecil. Es en vano:
yo iré adonde me convenga,
sin que alguno me acompañe.

Leop. No creereis quánto me cuesta, *Con blandura.*
señora, el usar con vos
de tan rígida entereza;
acusad las circunstancias;
ellas solas os condenan...
¿Oís? al instante, al punto
habeis de partir; es fuerza.

Cecil. ¿Pero sin verle?

Leop. Es preciso.

Cecil. ¿Y comprehendeis la fiereza
de semejante precepto?

Leop. Reflexîonad que la fiesta
que turbó vuestra llegada
va á renovarse; se espera
solamente que partais.

Cecil. No lo espereis. *Decidida.*

Leop. Muger ciega, *Irritado.*
quanto atrevida, conozco
que esperanzas alimenta
vuestro pecho; pero todas

veréis como al sol la niebla
disiparse: ola, Simon,
Enrique, Leandro, Esteban,
ninguno entre en el jardin,
ni en la casa; todos sepan
que esta muger obstinada
á toda razon se niega,
y es indigna del afecto
que inspira, y que se le muestra:
y vos pensad que soy padre,
padre ofendido, á quien quedan
contra injustas rebeldías
los recursos de la fuerza. *Vase. izq.*

Cecil. ¡Qué es lo que me está pasando!
¿y será cierto que pueda
matar el dolor? ¿y vivo?
¡arrojada con vergüenza
é ignominia de este sitio!...
¡ni un movimiento siquiera
de compasion!... ¡ha cruel!
¡cómo abusa tu violencia
de tu poder y mis males!
ignorando la funesta
causa de rigor tan duro...
¿qué culpa de tanta pena
me hace digna? me exâmino,

y solo con mi inocencia
encuentro... ¿pero qué temo?
no mira con indolencia
el cielo á los opresores
de la virtud: de su cuenta
corre mi justa venganza...
pero mi padre... ¡qué idea
tan cruel! padre querido,
yo era la delicia tierna
de tu corazon; y ahora
sin concederle siquiera
pediros perdon... Cecilia
va á morir: su muerte es cierta:
Dorsan... ¡ah! ¡si yo le viese,
si hablarle al ménos pudiera!
mas no hay remedio, ¡qué angustia!
mis tristes ojos se llenan
de obscuridad... ¿dónde estoy?...
esta máquina flaquea...
no es posible sostenerme:
si alguno... ¿Simon? ¿Esteban?
¿Dorsan?... todos ensordecen
á mi razon y á mis quejas:
muramos ¡ó Dios! muramos
de abatimiento y tristeza,
pues todos los corazones

á la compasion se niegan.

Cae sobre un banco, y reclinada la cabeza entre sus manos.

Esteban abre la puerta de rejas, vuelve á cerrarla, se va, y sale Adela.

Adela. ¿Dónde estará la infeliz?
no puedo hacer resitencia
al deseo de juzgar
por mí misma... pero aquella
es sin duda: sí, ella es:
¿Cecilia? no da respuesta:
¿hermosísima Cecilia?
querida, dadme licencia
para acércarme.

Levántando la cabeza; pero sin mirar á Adela.

Cecil. ¿Es posible
que haya quien de mí se duela?
¿quién con tal bondad me habla?

Adela. Quien ménos pensais: Adela;
la causa de vuestros males;
¡sabe Dios quánto me pesan!

Cecilia volviendo la cabeza, y alargándola una mano, la dice con tono muy tierno.

¿Y vos sois, señora, quien
en mis males se interesa?

Adela. ¿Si supieseis quanto el alma *Acercándose.*

vuestro estado me penetra!

Cecilia mirándola.

¿A vos?... ¿á vos?... sí; lo creo:

Quiere levántarse.

perdonadme: yo quisiera
levantarme, mas no puedo.

Adela. Yo seré, sino os molesta,
quien se acerque ¿no quereis?

Cecil. Sí, sí; venid: sois muy buena; *Haciéndola lugar.*
vos me consolais... ¿me amais?
¿hay todavía en la tierra
quien ame á esta desdichada?
el corazon con la pena
tenia oprimido, y ya
me confortan y consuelan
las lágrimas que derramo,
aunque involuntarias sean.

Se reclina en el pecho de Adela.

Adela. Llora en mi seno, querida,
y reclina tu cabeza
sobre mi pecho.

Cecil. Señora... *Exáminándola.*
compasiva... hermosa... tierna...
perdono á Dorsan; la causa
de olvidarme era muy bella.

Adela. No; Dorsan no te ha olvidado.

Çecil. ¿Qué decís?
Adel. Hablo de veras.
Cecil. ¿Y permitireis que yo
le ame?
Adela. ¿Cómo pudiera
oponerme á una pasion
tan justa?
Cecil. Divina Adela...
pero él me abandona.
Adela. No;
él es fino.
Cecil. Si lo fuera,
cómo habria permitido...
Adela. Atiende, el oficial Gérsan,
su rival, fingió una carta
en tu nombre.
Cecil. ¡O vil cautela!
Adela. En ella tú despedias
á Dorsan; miéntras su ausencia
la recibió: además de esto,
su padre en toda esta tierra
echó la voz de que tú
del derecho que tuvieras
á la mano de Dorsan
renunciaste con la oferta
de una grande cantidad

que el oficial recibiera
quando contigo casase.
Cecil. ¡Viles! ¡infames!... ¿y truena
el cielo, y no los confunde?
Adela. Esta la causa primera
fué de no verte Dorsan,
quando dió á su casa vuelta:
su padre el Marques Leopoldo,
trató de que yo viniera
á este su pueblo: alcanzólo
de mi tio, á quien la idea
comunicó del enlace,
que tan caro á las dos cuesta:
vine como á divertirme,
y despues... pero mi lengua
no quiere tus sentimientos
renovar; basta que sepas
que todos te han engañado.
Cecil. ¡Crueles! ¡ah! y ese Gérsan,
ese malvado, ¿qué es de él?
¿dónde está?
Adela. Marchó á la guerra
sin poderlo resistir:
muy poco ha que todas estas
cosas me contó mi tio
el Conde Bérter, que de ellas

le informó el Marques Leopoldo,
confesando la flaqueza
en que incurrió: finalmente...

Cecil. No digais mas, noble Adela;
¿con que hemos sido las dos
víctimas de tan perversa
íntriga?

Adela. Sí; pero al ménos
tú la ventaja me llevas
de que te ama Dorsan;
yo lo afirmo, yo que á fuerza
del trato, y de un corazon
demasiado tierno...

Cecil. ¡O penas!
¿vos tambien?... ¿tambien le amais?
¿con que yo nunca pudiera
ser dichosa sin haceros
infelice?

Adela. No lo creas;
si yo puedo consolarte,
mi dicha será completa.

Se levantan.

Cecil. ¡Muger de bondad!... pero él
no sabrá que mi inocencia...

Adela. Le consta ya.

Cecil. ¡Cielos! ¿quién

ha tomado mi defensa?

Adela. Yo misma.

Cecil. ¡Vos!... ¡mi rival!...

Adela. Era justísima deuda
de mi honor.

Cecil. ¿Quién ha podido
inspiraros tal nobleza?

Adela. Tus desdichas.

Cecil. Y su padre...

Adela. Cederá
á las instancias de Adela.

Cecil. ¡Gran Dios!... vos... ¡y os llamaba
mi enemiga!

Adela. Así se vengan
las mugeres como yo.

Cecil. ¡Alma noble!... ¡muger llena
de virtud!...

Adela. Oye.

Cecil. Decid;
que en mi corazon impresas
llevaré vuestras palabras
eternamente.

Adela. Quisiera
que Dorsan lograse hablarte.

Cecil. ¿Cómo es posible que sea?

Adela. Mas si acaso tu partida

exîgiese la prudencia...
Cecil. ¡Triste de mí!
Adela. No te aflijas.
Cecil. No cabe en mí resistencia
para imaginar... mas no;
suceda lo que suceda,
siempre cumplirá Cecilia
lo que la mandáre Adela.
Adela. Yo de mi parte estaré
exâminando si llega
un instante favorable:
y si acaso se aprovecha,
iré yo misma á avisarte;
yo volveré adonde quiera
que estuvieres.
Cecil. ¿Quándo? ¿cómo
obligacion tan inmensa
podré pagar?
Adela. Yo no quiero
sino que no me aborrezcas.
Cecil. ¡Aborreceros! ¡yo ingrata!
primero mi muerte...
Adela. Cesa,
y dame los brazos.
Cecil. No; *Quiere postrarse.*
imprimiré en vuestras huellas

mis labios.

Adela. ¿Qué haces, querida?
¿posible es que así me ofendas?
Abrázame; y pues entrambas
sufrimos las conseqüencias
de un injusto error, lloremos
juntas, pero de manera,
que del riego de mi llanto
tu esperanza á nacer vuelva.

Cecil. ¡Dulce esperanza!... mas yo
ya no puedo apetecerla
si ha de ser en vuestro daño.

Adela. Pero yo ¿cómo pudiera
ser feliz si por mí fueses
desdichada?

Cecil. Me penetra
tanta generosidad,
como vuestro pecho encierra:
la vida y honor os debo.

Adela. De tu honor en competencia
nada es mi amor.

Cecil. ¡Ah! los cielos
bendiciones de paz lluevan
sobre muger que reune
tantas admirables prendas.
Concede, ¡ó Dios! á mi llanto

que verificados vea
estos votos.

Adela. Los verás:
lo espero; pero si hiciera
el destino que Dorsan...
su familia... ¡imágen fiera!
si en fin todos te abandonan,
te servirá siempre Adela,
de hermana, madre y amiga:
y ahora á casa de Esteban...
Sale Esteban por la puerta de rejas.
pero él viene, que acechando
le dexé.

Esteb. Por esa senda
vienen hácia aquí sin duda
los dos señores.

Adela. Bien; ea,
dame Cecilia los brazos
otra vez; tú cuida de ella.

Esteb. Eso sí; pero es el caso...
pronto, pronto que se acercan.

Adela. A Dios mi querida. *Abrazadas.*

Cecil. A Dios,
señora... mi amor... mi estrecha
obligacion... la ternura
me impide... virtuosa Adela,

supla vuestro entendimiento
lo que no cabe en mi lengua.

Se van, Cecilia por un lado, y Adela por la puerta de rejas.

Esteb. A mi muger la encargué
que quando esta niña fuera,
la agasajase, y la hiciese
tomar algo: yo de verla
estoy loco, ¿qué muchacha?
¿cómo puede no quererla
nuestro amo? mas chiton,
que ya llegan aquí.

Sale Leopoldo y Bérter.

Leop. ¿Esteban?

Esteb. ¿Señor?

Leop. Ve, y dile
á Simon que al punto venga
aquí contigo: *Vase Esteban.*
veremos
si me sale bien la idea.

Bérter. Mas decid, ¿qué pretendeis?

Leop. Que si resiste; por fuerza
lleven de aquí esa muger
adonde nunca mas vuelva
á mis ojos.

Bérter. Es injusta

tan tiránica violencia.

Leop. Yo soy el señor del pueblo.

Bérter. Esa relacion debiera
conteneros mas.

Leop. ¿Por qué?

Desde aquí el teatro debe por grados irse obscureciendo.

Bérter. Porque debe estar atenta
siempre vuestra voluntad,
á que ninguno en vos vea
exemplares de injusticia.

Leop. ¿Injusticia llamais ésta?
¿podria yo consentir
que Dorsan la mano diera
á una muger que carece
de bienes y de nobleza?

Bérter. ¿Mas careee de razon?

Leop. Mediando una diferencia
tan grande...

Bérter. No digais tal:
la verdadera riqueza,
la calidad mas sublime
es la virtud: vos debierais
haber guiado á Dorsan,
por los caminos y sendas
de la razon; no ignorabais

que en Cecilia habia prendas
para enamorar á un jóven,
en cuya correspondencia,
veía para su dicha
franca y patente la puerta:
dexasteis que se arraigase
la pasion; creció su fuerza;
seduxéron á Cecilia
de vuestro hijo las promesas:
es honrada; la dotó
pródiga naturaleza
de gracias encantadoras;
pide de su honor la deuda;
sola una reparacion
admite; no hay en la tierra
quien se la pueda negar,
si de ser justo se precia.

Leop. Pero su opinion...

Bérter. Callad:
el que otro amante la quiera
¿es deshonor de Cecilia?
si ese vil... mas su cautela
ayudasteis, y... Marques,
si mi sobrina, si Adela
no ha olvidado los principios
que le inspiró mi prudencia,

no será de vuestro hijo,
en tanto que satisfecha
no quede Cecilia, y yo
seré su mayor defensa. *Vase.*

Leop. ¡Loco estoy! no sé qué hacerme:
este hombre tiene firmeza
de carácter, lo conozco;
mas sino permaneciera
esa muger á la vista,
con el tiempo ser pudiera
que mudase de dictámen;
Dorsan, no sabiendo de ella,
la olvidaria tal vez;
y esto junto con la extrema
pasion que Adela le tiene...
sí, sí; es preciso; qualquiera
dilacion es peligrosa:
¡que precisado me vea
á esta determinacion!
mi alma nunca propensa
fué á la injusticia... deliro;
¡quién tal desdicha creyera!
¡qué bien dicen, que hay peligro
desde la mano á la lengua!

Salen Esteban y Simon.

Esteb. Señor, aquí estamos todos.

Leop. Escuchad lo que os ordena
mi voz; ya caen del monte,
de la noche las tinieblas;
toda ella habeis de velar;
si á este edificio se acerca,
(sea quien fuere) arrojadle;
y al instante que amanezca,
investigad dónde se halla
Cecilia, sin que se pierda
de vuestra vista, hasta tanto
que quando otra noche vuelva
la saqueis y conduzcais
hasta la casa paterna:
dos sois; uno estará siempre
con ella de centinela,
y el otro entretanto puede
practicar las diligencias
necesarias para el caso;
yo le daré quanto sea
necesario, y una suma
que entregará con reserva
al padre de esa muger:
cuidado con la obediencia
y eficacia, que si alguno
me falta, le juro eterna
venganza; le arruinaré

en mi furor de manera...
pero ya me conoceis;
triste del que no obedezca. *Vase.*

Esteb. ¿Qué dice el señor, Simon?

Sim. Lo que mi compadre Esteban.

Esteb. El hombre está hecho un infierno.

Sim. ¿Uno? está hecho quarenta,
con mil legiones de diablos
metidos en su cabeza.

Esteb. ¿Qué haremos?

Sim. ¿Qué me sé yo?
lo peor es que él nos llena
de amenazas, y si hacemos
su gusto, quando lo sepa
el muchacho, nos dará
las gracias por la fineza
de trasplantarle la moza
adonde nadie la vea.

Esteb. Ella está ahora en mi casa,
y por encargo de Adela,
que la quiere, y me encargó
que cuidase mucho de ella.

Sim. ¿De veras?

Esteb. No sino el alba.

Sim. El demonio que lo entienda;
pretende soplarle el novio,

¿y está con tanta paciencia?
Esteb. Es excelente muger.
Sim. No, pues la niña no es lerda:
¡qué gracia tiene! ¡qué halago!
¡qué buena señora hiciera!
Esteb. Y habla de modo, que yo
estoy con la boca abierta;
y como si fuese un niño
creo que me paladea.
Sim. A mí me pasa lo mismo;
y aunque el amo me friera
en aceyte, eso que yo
he de arrebatar por fuerza
á la muchacha, *nequaquam*;
que se lo cuente á su abuela.
Esteb. Creo que un vulto diviso.
Sim. Cuidar de que nadie venga
á este parage, eso vaya;
lo demas, *requiem æternam.*
Sale Cecilia.
Cecil. Como el paxarillo tierno
que viendo á su amada prenda
cautiva, en torno á la jaula
con voz doliente se queja,
así yo con corazon
lastimado dando vueltas

voy á esta casa.

Sim. ¿Quién va?

Cecil. Una infeliz.

Sim. Vaya, es ella:
¿mas qué buscais?

Cecil. Todo, y nada;
nada, porque nada espera
mi alma afligida; y todo,
porque todo el bien que anhelan
las ansias de mis amores
estas paredes me niegan.

Sim. Perdonad, mi amo nos manda
cuidar de que nadie venga...

Cecil. ¿Ni á suspirar? ¿ni á gemir?
¿tan extraña es su dureza?

Esteb. Dice, que nos echará
de su casa, y si supierais...

Cecil. ¡Ah! yo me iré; sí, me iré
para que no os sobrevenga
algun daño...

Hace que se retira, y vuelve.

Mas su hijo...
¿no podré verle siquiera?
pero, hombre honrado, decidme, *A Simon.*
así el cielo os favorezca,
si caen hácia esta parte

sus ventanas.

Sim. ¿Y á qué es esta
pregunta?

Cecil. Hacedme este gusto.

Sim. Esta niña es hechicera;
¿sino puedo resistirla?
Sí, señora, son aquellas.

Cecil. ¿Dónde hay un balcon?

Sim. Cabal.

Cecil. ¿Allí donde hay luz?

Sim. Las mesmas.

Cecilia mirando siempre con atencion á la ventana.

Cecil. ¡Si allí estuviese... y supiera
que estoy baxo sus ventanas
llorando mi suerte adversa!
¡si se asomára y!... amigos
no rezeleis; no es mi idea
llamarle: mas, ¡si mirase! *Mirando siempre.*

Sim. Pero si el amo volviera...
echarla de aquí es preciso.

Esteb. Sí, sí, no hay remedio; dexa
que yo lo haré: ¿Señorita?...

Sim. Sí por cierto; á la otra puerta.

Esteb. Señorita, no podemos
permitir... que si viniera

el amo...

Simon se llega, y aparta á Esteban, y dice.

Sim. Si eso no sirve;
quita, no andemos en fiestas:
señora, vamos de aquí,
pues sobre ser indecencia...

Cecilia vuelve, y le dice lo siguiente con quanta dulzura pueda, de modo que Simon conmovido, se vuelve á Esteban, y éste á su turno hace lo mismo todo el tiempo que indiquen este juego de teatro los versos.

Cecil. Amigo mio...

Esteb. ¿Qué has hecho?

Sim. Nada: ¿qué quieres que hiciera,
si me ha dicho amigo mio,
con una voz que me llega
al alma, y no sé qué hacerme?

Esteb. Es menester mas firmeza:
allá voy; verás, verás:
tenemos órden expresa
para que nadie...

Cecil. Lo creo,
querido: mas ten paciencia,
por aquella que mas amas.

Esteb. ¿Que mas amo?

Cecil. Por aquella.

Sim. ¿Y bien?
Esteb. He adelantado
lo mismo que tú.
Sim. ¡Ay rareza
semejante! mas si habla
con una boca de perlas,
una alma, una voz tan dulce,
y tan melosa...
Cecil. ¡Ah! son vuestras
entrañas caritativas;
á pesar de la manera *A Simon.*
dura con que me tratasteis
esta mañana, se dexa
conocer que sois sensible
á la piedad.
Sim. Yo... sí... Esteban...
Cecil. Esteban es generoso,
y yo sé muy bien, que aprueba
que vos seais compasivo.
Esteb. Yo... sí, Simon... y qualquiera...
Cecil. El cielo os bendecirá;
Dios gusta que se protejan
los infelices.
Sim. Lo dice
de modo que me rebientan
las lágrimas en los ojos.

Esteb. Y á mí tambien: si así fueran
las mugeres...
Cecil. Estoy débil;
compadeced mi flaqueza: *Se sienta.*
permitid que un breve rato
descanse debaxo de estas
ventanas: ¡ay dueño mio,
si así á tu Cecilia vieras!
Esteb. Mírala; ya se ha sentado.
Sim. Hace bien.
Esteb. Quando amanezca,
nos echa el amo de casa.
Sim. Mas que me eche, y que me meta
en un calabozo.
Esteb. Yo
digo lo mismo: ¿se sienta?
pues sentémonos tambien, *La accion*
y lo que viniere venga: *con los versos.*
toma un polvo.
Sim. Daca un polvo.
Cecil. ¿Con que no hay remedio? ¿es fuerza
que la sensible Cecilia
sin ver á Dorsan se vuelva?
¿yo he de dexar estos sitios,
en los quales se me queda
la mejor parte del alma?

¡Dorsan!... bien mio... en tu ausencia,
¿qué puede serme agradable?
¡todo será noche eterna!
¡todos dias de dolor,
todos momentos de pena!
¡ah! no temais, no lo digo *A ellos.*
de modo que oirme puedan:
padre injusto á quien negó
piedad la naturaleza,
¿qué te hizo esta desdichada?
¿tan imperdonable ofensa
fué haber amado á tu hijo?
mas perdono tu fiereza,
solo con que me permitas
decir á Dorsan, que reyna
en mi corazon; que él solo
es, y será hasta que muera
Cecilia, su dulce dueño,
donde tuvo siempre puestas
sus esperanzas dichosas
un tiempo, y ahora muertas:
¡ah! no temais, no lo digo
de modo que oirme puedan.

Sim. Pero esto ya es demasiado.

Esteb. Sí, sí; lleguemos.

Sim. Espera,

que creo que quiere hablarnos.
Esteb. ¿Sí? pues á Dios resistencia.
Cecil. Y vosotros, cuyo pecho
en mis males se interesa,
almas virtuosas, almas
de ternura y piedad llenas,
por si no os volviere á ver,
sabed que ansiosa desea
Cecilia para vosotros
felicidades: impresas
llevará en su corazon
vuestras bondades; no fuera
tan amante si pudiese
ser ingrata: y si la ciega
fortuna ablanda su ceño...

Dorsan se asoma al balcon, y dice.

Dors. ¿Cecilia?
Cecil. Su voz es ésta.
Sim. ¿El amo jóven?
Esteb. El mismo.
Sim. Ya escampa, y llovian piedras.

Dorsan echando una cuerda al teatro desde el balcon.

Dors. ¿Cecilia mia?
Cecil. ¿Bien mio?
Dors. Espérame. *Entrase.*

Sim. ¿Cómo espera?
eso no con mil demonios:
vamos, vamos.

Quieren retirarla, y ella resiste, y dice resuelta.

Cecil. No hay violencia
que baste para moverme;
aunque mil veces muriera,
resistiria: apartaos.

Vuelve á comparecer Dorsan en el balcon, y dichos los versos siguientes, baxa por la cuerda.

Dors. ¿Qué haceis amigos? Esteban,
Simon, si la atropellais
beberé la sangre vuestra.

Sim. Mas, Señor, ¿qué vais á hacer?
¿no es mejor que por la puerta?...

Dors. Callad: mi padre está en casa, *Baxando.*
y exponerme no quisiera
á encontrarle; y así es este
el recurso que me queda:
no, no temais.

Sim. El se mata.

Cecil. ¿Matarse?

Esteb. Vaya, esa es buena;
para gato de navío

vale todo lo que pesa.

Sim. ¿Señor?

Dors. ¿Cecilia?

Cecil. ¿Dorsan?

Dors. ¡O mi dulcísima prenda!
¡ó mi querida!... mi esposa...
sabe... te habrá dicho Adela...
que engañado... mas olvido
lo principal: esta muestra *Les ofrece*
de gratitud... *un bolsillo.*

Sim. No por Dios:
aunque de desobediencia
nos arguya vuestro padre,
muchas disculpas nos quedan;
pero tomando el dinero,
nadie en el mundo creyera
que lo hacíamos por vos:
la primera diligencia
es irnos de aquí los dos;
pero temed...

Dors. No hay que tema;
mi padre cree que encerrado
estoy en mi quarto, y piensa
solo en reducir al tio
de Adela.

Sim. Bien es lo crea;

pero por si acaso, vamos
de aquí al punto: ven Esteban. *Vanse.*

Dors. ¡O suspirado bien mio!
¿es posible que te estrechan
mis brazos? ¡qué de pesares
tu infidelidad supuesta
me ha causado! y tú por mí,
¡quántas fatigas! quisiera
poder borrar...

Cecil. No, querido;
quantas fatigas padezca
por tí tu amante Cecilia,
son lisonjas alhagüeñas
de su pasion.

Dors. Pero dime,
¿quién te dió noticias ciertas
de mi prevenida boda?

Cecil. Eugenio que con cautela...
mas no hablemos de esto, que
tiempo habrá en que lo sepas
largamente: mas ahora
¿qué destino nos espera?

Dors. El mas feliz, el mas dulce;
la indisoluble cadena
de los vínculos sagrados.

Cecil. ¡Ah!

Dors. ¿Todavía rezelas?
Cecilia... ¡quánto me agravias!
nada, nada habrá que pueda
ya separarme de tí;
lo juro con quantas veras
caben en mi alma: vamos.
Cecil. ¿Pero á dónde?
Dors. Donde sea
testigo el Dios que adoramos
de la union dichosa nuestra.
Cecil. Pero dexar á tu padre...
Dors. El es el que me violenta
á huir.
Cecil. Pero sus derechos...
Dors. Los destruyó con la fuerza.
Cecil. Las leyes...
Dors. En mi favor
hablando estan todas ellas.
Cecil. El te ama...
Dors. Yo tambien
le amo; no hay en la tierra
hijo mas agradecido:
sí; mil vidas que tuviera,
por él las sacrificára:
mas no es posible consienta
hacerme infeliz; el tiempo

ablandará su dureza;
y quando conozca quantas
qualidades te hermosean,
aplaudirá los efectos
de una justa resistencia.

Cecil. Tu fortuna...

Dors. La renuncio;
yo no quiero mas riquezas,
que tu amor y tu virtud.

Cecil. ¿Y así he de pagar á Adela,
á cuya alma generosa
he debido tanto?

Dors. Ella,
ha hecho quanto su ternura,
amor y delicadeza
han podido sugerirla;
ha pintado tu inocencia
á mi padre; pero en vano:
por eso nos aconseja
ella misma, que la casa
de tu padre, asilo sea
de nuestro amor, miéntras pasa
el rigor de esta tormenta;
y aun me ha prometido, que
aquí estará hasta que vea
todo compuesto; ¡ah! partamos,

partamos, querida prenda.
Cecil. ¡Ah! yo te hago desdichado.
Dors. No digas tal: me penetras
el corazon.
Cecil. Reflexîona,
que despues no te arrepientas.
Dors. ¿Quieres matarme?
Cecil. ¿Matarte,
quien te adora con tan tierna pasion?
Dors. ¿Pues qué te detiene?
Cecil. Tu mismo amor yo quisiera
tener...
Dors. Si mi alma tienes,
¿qué has de tener mas?
Cecil. Te ciega
la pasion.
Dors. Antes me alumbra,
y de mi dicha la senda
me señala.
Cecil. Ten constancia.
Dors. Yo soy la misma firmeza.
Cecil. Y yo soy el amor mismo:
vamos, Dorsan.
Dors. Vamos, bella
Cecilia; dame tu mano.
Cecil. Cuidado que no la pierdas

por cobarde.
Dors. Moriria
mil veces ántes.
Cecil. En esa
suposicion, yo bendigo
una y mil veces las penas,
que por tan raro camino
á tanta dicha me elevan.
Dors. Vamos, pues, esposa mia.
Cecil. Esposa tuya, y tan tierna...
Dors. ¿Cómo enamorada?
Cecil. ¡Ay! nadie
puede amar con mas firmeza
que Cecilia á su Dorsan;
él fué su llama primera,
y él la última será,
que en su corazon se encienda.

ACTO TERCERO.

Lo interior del teatro representa una casa rústica: á un lado una cama de cortinas, sillas, una mesa, y un candil encendido.

Salen Dorsan, Cecilia, Amador, y Leopoldo que está en la cama sin sentido.

Dors. ¡Qué accidente tan cruel!

¡qué riguroso destino!
¡á qué extremo tan funesto
á mi padre han reducido
nuestro amor y su violencia!
¡no se cómo lo resisto!

Cecil. ¡Qué léjos estará Adela,
de imaginar que perdidos
con las sombras de la noche,
y sin hallar el camino,
este miserable alvergue
de nuestra fuga es asilo!
pero escuchemos, Dorsan,
lo que le dicta su juicio
á este labrador honrado,
que nos acogió sencillo,
quanto oficioso: buen hombre...

Amador como viniendo de la cama.

Amad. No hay que temer: no hay peligro.

Dors. ¿De veras?

Amad. Tengo experiencia;
y una vez que yo lo digo,
será así; que esto no es mas
sino que perdió el sentido
con la caída: no hay duda;
volverá en sí; yo lo afirmo.

Cecil. ¡O quánto me consolais!

Dors. Yo experimento lo mismo:
mi bien amada, esperemos;
no en vano el cielo ha querido
que perdiésemos la senda,
para poder dar alivio
á nuestro padre; él sin duda
se empeñaría en seguirnos,
y el caballo desbocado
le sacudió al tiempo mismo
que llegabamos nosotros,
y socorrerle pudimos:
mas decid, ¿cómo os llamais?
Amad. Amador.
Dors. Y yo os afirmo
que lo seré siempre vuestro;
pero volved, os suplico
á verle.
Cecil. Sí; no podrémos
sosegar ni estar tranquilos,
hasta saber que recobra
el sentido.
Amad. Ya lo he dicho, *Se acerca á la cama.*
no hay que temer; todavía
no vuelve; pero le miro
muy sosegado; parece
que duerme.

Dors. Yo no me anímo
á verle, porque si vuelve,
y me ve, tal vez nocivo
puede serle.
Cecil. ¿Qué distancia
puede haber desde este sitio
á Néuler?
Amad. Habrá dos leguas
muy cortas, de buen camino.
Dors. El labrador que enviamos...
Amad. No tardará: hermano mio
es, y veloz como el gamo:
pero decid, os suplico,
¿qué ha sido esto? Habrá muy poco
llegais los dos afligidos
á este mi alvergue, trayendo
á ese anciano sin sentido,
sobre los hombros... mas esto
es, segun lo que imagino,
curiosidad demasiada;
y claramente percibo,
que ese buen viejo será
vuestro padre ó vuestro amigo.
Cecil. ¡Ah! ¡si lo fuera!
Amad. Serálo,
luego que hubiere sabido

que vosotros...
Cecil. No queremos
que lo sepa; es muy preciso.
Dors. Dice bien; es esencial
que lo ignore; yo os exîjo
la palabra de que nada
diréis de lo que habeis visto,
por donde pueda inferir,
quiénes somos: yo os lo pido.
Amad. Está muy bien: pero creo
no volveréis al camino,
sin haber tomado ántes
algun reposo.
Dors. Os afirmo
que de aquí no partirémos,
hasta que cobre el sentido
ese anciano, y de su casa
llegue, mediante el aviso,
quien le asista con cuidado.
Cecil. Entretanto, yo concibo
que el retirarnos de aquí
es forzoso, que si el juicio
recobra, y aquí nos halla,
todo lo habemos perdido.
Amad. Por esa pequeña puerta
entraréis, sino en un rico,

en un aposento estrecho,
pero cómodo, y muy limpio.
Cecil. Está bien; vamos esposo:
Amad. Pero si vuelve, es preciso
que pregunte... ¿pero yo
le diré que habeis partido?
Cecil. Ciertamente.
Amad. Pues adentro.
Dors. Vamos, y el cielo benigno
os pague tantos favores
como de vos recibimos. *Vanse izq.*
Amad. ¿Favores? el recibir
á quien perdiere el camino,
y llega con pesadumbre
semejante, yo he creído
que es justicia, y no favor: *Observando*
no se menea... ¿un suspiro? *á Leopoldo.*
¡bueno! no puede tardar
en volver: ¿si son sus hijos
estos jóvenes? mas no;
porque entónces qué motivo
tendrian para evitar...
pero á mí ¿quién me ha metido
en averiguar negocios
agenos? los dos son lindos
y gallardos; sobre todo

¡qué buenos! ¡qué compasivos!
mi hermano tarda, ¿qué haré? *Habrá dos bo-*
echarémos un traguito *tellas, y coge una.*
de esta botella... no hay nada:
¿cómo ha de haber si ha servido
para curar?... vaya, vaya,
pues ni arguardiente, ni vino
hay por ahora: la pipa
será bien que haga su oficio,
y me entretenga; yo creo
que la noche... ¿mas qué miro? *Luces.*
¿si ya está claro? el candil
es excusado.

Leopoldo se menea, y luego se incorpora.

oígo ruido.

Leop. ¡Válgame Dios! ¿dónde estoy?
¿qué es lo que me ha sucedido?
en qué parage... ¿qué es esto?

Amad. Buenos dias, señor mio;

Le ayuda á levantar, y le conduce hasta un banco donde se sienta: Amador le pone una almohada para reclinarse.

mucho tiempo habeis estado
sin volver.

Leop. Yo no concibo...

Amad. Si de este modo correis

de noche por los caminos,
¿qué maravilla es así
quedar un hombre tendido
como una rana?

Leop. Vos sois
el dueño de este edificio.

Amad. Esta es una humilde choza,
señor: yo hubiera querido
que fuese como un palacio;
pero en el bosque sombrío
que la rodea no hay otra.

Leop. ¿Pero quién me ha socorrido?

Amad. Yo, puede ser.

Leop. Mas vos solo...

Amad. O con otros.

Leop. Es preciso:
y aunque muy confusamente,
me acuerdo de que á mi auxîlio
acudiéron unas gentes...
y á pesar de mi delirio,
mi turbacion, y el letargo
en que despues he caído,
creo que ví una muger,
cuyo oficioso cariño
este golpe me curaba...
¡ah! lloraba; me confirmo

en ello, sí, sí, no hay duda;
pues sobre mi rostro mismo,
lágrimas abrasadoras
derramaba.

Amad. ¿Y lo habeis visto?
yo tambien ví... pero nada;
no, no Señor; nada he visto,
ni vos.

Leop. ¡Ah! yo estoy seguro;
que aunque todo lo que digo,
como un sueño se presenta
á mi memoria, es bien fixo
que con ella estaba un hombre...

Amad. ¿Un jóven? y el pobre herido...

Leop. ¿Qué decís?

Amad. No fué gran cosa,
no por cierto; ántes bien dixo
que le causaba placer
sufrir por vos.

Leop. ¿Qué he oído?
¿pero dónde estan? ¿qué es de ellos?
pues mostrarme agradecido
es forzoso: ¿dónde estan?

Amad. No fuera mal desatino
el pensar en alcanzarlos
ahora.

Leop. ¿Pues dónde han ido?
Amad. Qué sé yo: los dos marcháron;
pero á dónde, no lo han dicho,
ni yo se lo he preguntado.
Leop. ¿No los habeis conocido?
Amad. Esta es la primera vez,
que en mi vida los he visto.
Leop. Pero ¿no sabeis sus nombres?
Amad. ¿Si no quisiéron decirlos?
Leop. ¿Y no los volveré á ver?
Amad. Yo no lo sé.
Leop. ¡Qué destino
el mio tan desdichado!
quándo, ¡ó memoria! vendido
por los objetos mas gratos
á mi corazon, perdido
y precipitado, encuentro
dos séres que compasivos
me socorren, y me muestran
los sentimientos mas finos
de piedad y de ternura,
de mi suerte el ceño esquivo,
¡aun el consuelo me niega
de conocerlos!... ¡ímpios!
¿para qué me socorrian,
por qué me diéron alivio,

si habian de abandonarme
con rigor tan excesivo,
negándome la dulzura
de abrazarlos? beneficio *Enardecido.*
fué muy cruel: la fortuna
busca todos los estilos
de atormentarme: detesto
mi vida; sí, la abomino;
Se levanta alvorotado, y Amador le vuelve á sentar.
mejor, mejor es morir
de una vez.

Amad. ¿Qué haceis? un niño
no haría mas, ¡qué locura!
vos habeis perdido el juicio:
vaya, vaya; yo tambien
sé enojarme.

Leop. Buen amigo,
perdona mis arrebatos:
no conoces lo infinito
que padezco... pero toma, *Le da un bolsillo.*
y procura descubrirlos.

Amad. Pero señor...

Leop. Toma, toma.

Amad. Mas ¿si no puedo instruiros?...

Leop. Sí, sí; tú me lo dirás:

si yo pudiese servirlos
en algo, ¡quánta sería
mi alegría! ¡qué exquisito
mi gozo! buen hombre, dime...
Amad. ¿Qué he de decir? si se han ido...
Leop. Esta sortija tambien
te regalo.
Amad. Resistirlo
es imposible: señor,
yo no vendo á tan subído
precio qualquier secreto:
si yo por nada lo digo:
pero señor, estad quieto;
la almohada se os ha caído:
¡Jesus, y que agitacion!
vaya un traguito de vino...
pero no hay; no me acordaba.
Leop. Yo de nada necesito:
¡si estoy bueno!
Amad. Estaos quieto...
por vida... haced lo que digo:
que si no, no diré nada...
¿mas si no debo decirlo?
mi palabra es mi palabra.
Leop. Habla, ó si no... si me irrito...
Amad. Pues estais para echar plantas:

vaya, escuchadme tranquiló:
dos horas ántes del dia
llegáron hasta este sitio,
un jóven y su muger,
que os traían sin sentido.

Leop. ¿Un jóven y su muger?

Amad. Y muy tristes y afligidos.

Leop. ¿Y de dónde?

Amad. De hácia Néuler,
segun pude colegirlo.

Leop. ¿Y son mis socorredores?

Amad. Tened flema.

Leop. Te suplico
me digas, ántes de todo,
si á ellos les he debido
mi socorro.

Amad. Sí, señor:
el jóven bizarro quiso
contener vuestra caída,
y vuestro caballo mismo
le lastimó el brazo izquierdo:
caisteis, y sin sentido
entre los dos os traxéron
media legua: ¡qué suspiros
daba la pobre muchacha!
y el jóven tan sin juicio

como vos estaba: entrambos,
llorosos y enternecidos,
despues que al modo posible
os curáron... ¡pobrecitos!
¡con qué ternura os besaban
las manos!... pero me olvido
de decir, que al punto enviáron
á Néuler á mi hermanito,
que es como una ave, á avisar
lo que habia sucedido,
porque viniesen al punto
á traeros los auxîlios
convenientes: yo, señor,
en toda mi vida he visto
dos jóvenes mas humanos,
mas tiernos y compasivos.

Leop. ¡Parece increíble!

Amad. ¿Cómo
increíble? bien por Christo;
considerad si vendrían
cansados, pues no han querido
reposar; á vuestro lado
siempre han estado afligidos;
especialmente ella, ella,
¡qué ternuras! ¡qué cariños
os decia!

Leop. ¿Cómo? ¿ella?
Amad. Si vos la hubieseis oído,
la cabeza apostaria,
que llorabais como un niño.
Leop. ¿Y el jóven?
Amad. Otro que tal;
otros dos mas parecidos
no puede haber en el mundo:
ella le decia, amigo,
si él supiera esto...
Leop. Sabrálo. *Con fuerza.*
Amad. No lo sabrá: yo me irrito: *Con viveza.*
¿con que quereis descubrirme
despues que yo he prometido
el secreto?
Leop. ¿Y se partiéron?
Amad. Sí, señor.
Leop. ¿Cómo, sin haberme visto?
Amad. Sí, señor.
Leop. Es imposible.
Amad. Tambien
eso es verdad... ¿más qué digo?...
Leop. ¿Con que estan aquí?
Amad. No estan...
sí estan... pero no, no he dicho...
Leop. Ya es en vano que lo niegues;

aquí estan ellos contigo,
condúcelos á mi vista,
que ellos son.

Amad. Son ellos mismos:
no sé por quienes hablais;
pero ellos son: mas han dicho,
que si volveis, no entrarán
hasta que os hayais dormido.

Leopoldo se reclina en la almohada.

Leop. Pues ya me duermo, ya duermo:
¿no lo ves?

Amad. En ese sitio, *La accion con los versos.*
no señor; pero no importa: *A la cama.*
fingid, que siento ruido.

Dorsan y Cecilia á un lado.

Dors. ¡Quánto tardan! ¡quánto tardan
en llegar, y no me anímo
á ausentarme!

Cecil. Y el hacerlo
ahora fuera delito.

Dors. ¿Cómo está? tiemblo.

Amad. Acercaos;
no temais; recobró el juicio,
y aun hasta esa silla pudo
llegar, de mí conducido:
pero volvió á desmayarse,

y ahora iba á advertiros...

Cecil. Nosotros ocuparemos
vuestro puesto; yo os suplicó,
que entretanto esteis cuidando
si vienen.

Amad. Quedo instruído;
pero me parece que ántes
que lleguen, segun concibo...
podrá ser... tal vez... mas voyme,
que sino todo lo digo. *Vase der.*

Cecil. Veamos si en su semblante...
sí; está mejor; en sus vivos
colores se reconoce;
mira, acércate querido.

Dors. No me atrevo, no me atrevo;
me parece, si le miro,
que mi fuga me demuestra.

Cecil. Miéntras que te es permitido,
mírale al ménos: si acaso
vuelve, en el instante mismo
huiremos.

Dors. Dices bien;
aprovechar es preciso
estos penosos instantes,
en que carezco de arbitrio
para negarme al consuelo

de verle: ¡Dios infinito! *Se llega.*
Cecil. Mirémosle qual si fuese
dulce, blando y compasivo.
Dors. Y lo es... pero mal dixe;
lo fué: mas lo hemos perdido:
¡qué rigor!
Cecil. ¡El mas cruel!
Dors. Olvidémoslo, bien mio.
Cecil. ¡Ojalá que él olvidase
su enojo, como yo olvido
mis ofensas! y en venganza
besos de ternura imprimo
en su respetable mano:
¡con qué amor, con qué cariño
de su ancianidad cansada
el consuelo hubiera sido!
Despues de tí, nada amára
mas que á tu padre; en mi fino
corazon, estoy segura
de que hallaria motivos
de amarme, y yo le pagára
de modo... pero deliro
con tan lisonjera idea:
¡ó padre!... ¿pero qué miro?
las lágrimas se derraman,
se derraman, Dorsan mio;

sin duda vuelve en su acuerdo:
huyamos su ceño esquivo,
y en su favor invoquemos
al cielo, que es el oficio
postrero que hacer nos queda
por nuestro fatal destino.

Dors. Sí; nuestros ardientes votos
serán sin duda admitidos
de un Dios de paz; nada, nada
á su bondad he pedido
con mas fervor, ni mas ansia
que de mi padre el alivio;
ni aun tu justificacion:
que todo con esto digo.

Cecil. Es muy justo; y tu Cecilia
y suya, aunque no la quiso,
siempre le amará rendida,
siempre exhalará suspiros
por su bien: pero él, ¡ó Dios!
nunca escuchará á sus hijos.

Leopoldo á estas palabras se levanta, y dice el verso siguiente, y los dos huyen.

Leop. Sí, los escucha, y los oye.

Dors. y Cecil. Huyamos. *Vanse der. y se quedan.*

Leop. ¿A dónde, impíos?
¡Crueles! volved, volved,

á los brazos de un benigno
padre, de un padre amoroso:
¿no me oís? tiranos hijos;
aunque muera os seguiré
hasta lo mas escondido
de la tierra... ¿mas qué veo?

Cecilia sale huyendo de Wórset, y se arroja en los brazos de Leopoldo: Dorsan y Amador contienen á aquel que tendrá la espada desnuda, y un Aldeano.

Cecil. ¡Valedme, cielos divinos!
Leop. Hija de mi corazon...
Dors. Teneos, no vengativo
intenteis...
Amad. Hombre del diablo,
¿qué haceis?
Wórset. Cruel basilisco,
aspid sin duda engendrado
en el furor del destino;
y tú, seductor infame,
moriréis: aparta impío;
dexa que en su aleve sangre
tiña mi acero.
Leop. ¿A mis hijos
tal injuria? Vive Dios...
Wórset. ¡Vuestros hijos! ¿qué he oído?

¿hijos vuestros una infame
y un aleve?...

Leop. ¡Mal reprimo
mi cólera! agradeced
á que ocupado me miro,
que si no...

Salen todos, y Adela coge entre sus brazos á Cecilia.

Adela. ¿Cecilia mia?

Bérter. ¿Marques? ¿Dorsan?... ¿mas qué ha habido
aquí, que á este Caballero,
desnudo el acero limpio
le veo? decid, ¿qué es esto?

Leop. Yo no lo sé: solo he visto,
que recelando mi enojo
y mi rigor vengativo,
Dorsan y Cecilia huyéron;
quando yo, que con fingido
accidente exâminaba
extremos de su cariño
y su sensibilidad,
no pudiendo mas conmigo,
iba á abrazarlos alegre:
el seguirlos determino,
quando al instante á Cecilia
y á Dorsan volver he visto,

perseguidos de la furia
de ese hombre desconocido,
que matarlos intentaba,
bien que ignoro sus motivos:
y así díganos quién es,
qué razon, ó qué delirio
le ha obligado á una locura,
que castigarla resisto,
hasta informarme mejor,
de tan ciego desvarío.

Wórset. ¿Pretendeis saber quién soy?
que lo digan esos mismos
que injustamente ultrajáren
el honor mas puro y limpio,
que cupo en humano pecho:
mas pues los llamasteis hijos,
solo eso puede templar
el enojo concebido
en el corazon de un triste
pobre anciano, que al abismo
de la desesperacion
precipitaba el destino:
padre soy de esa infeliz;
con esto os he respondido.

Leop. ¿Vos su padre?

Cecil. Sí, señor.

A vuestros pies, padre mio,
teneis á vuestra Cecilia,
que si pudo los principios
de la razon y el honor
dar un momento al olvido;
bastante, ¡ó cielos! bastante
ha purgado su delito:
desde que de vuestra casa
me sacó el ciego delirio
de un amor desventurado
quanto ya feliz, no he visto
la cara al placer un punto;
y el tormento mas impío,
era, señor, vuestra imágen,
vuestras ansias y suspiros:
vuestro dolor, vuestra pena,
eran un cruel martirio
de mi corazon sensible;
pero todo era preciso
efecto de un error ciego,
que tarde hube conocido:
debia á Dorsan mi honor,
y no tenia otro arbitrio
sino complacerle en todo...
mas que excuseis, os suplico,
hablaros de una materia,

que renueva los activos
dolores, la confusion
y desprecios que he sufrido:
perdonadme; sed clemente;
Cecilia fué, un tiempo, digno
objeto de la ternura
y del paternal cariño;
era entónces innocente;
si ahora no, por lo mismo
soy mas digna de piedad:
¡ah! ¿cómo el ser infinito
se acreditára clemente,
si no mediáran delitos,
que hubiese que perdonar?
Olvidad, padre querido,
desaciertos de una edad
inexperta; sean testigos
de mi pesar este llanto
amoroso que os dedico,
y este hijo que os ofrezco:
llega, Dorsan, porque unidos
nuestros ruegos dulcifiquen
un tierno padre ofendido,
á cuyos pies mis entrañas
en mis lágrimas liquído.

Dors. Señor, mi arrepentimiento...

Wórset. No digais mas: llegad hijos
á mis brazos; yo os perdono,
suponiendo que este digno
Caballero, en cuyas voces
me parece que distingo
á vuestro padre...

Leop. Y lo soy;
aunque con vergüenza digo,
que ha poco que me pesaba,
pues no habia conocido
de la sensible Cecilia,
el noble corazon fino.

Dors. Pero, señor, perdonad,
porque yo me maravillo...

Wórset. ¿De mirarme en este trage?

Dors. Sí; porque tuve creído
que erais un pobre soldado,
y no mas.

Leop. Y ese el motivo
era de mi resistencia.

Wórset. Satisfacer determino
á todos: estad atentos:
noticias habeis tenido
tal vez del Conde de Wórset.

Bérter. Sí señor; el comprehendido
de Alberto de Valestein,

en la traicion.

Wórset. Ese mismo.

Bérter. Se sabe que huyó, y sus bienes
se adjudicáron al fisco;
y ahora el Emperador
le ha declarado por digno
vasallo, y le ha sus honores
y bienes restituído.

Wórset. Pues ese soy yo.

Cecil. ¡Qué escucho!

Wórset. Era yo de los amigos
de Alberto; pero ignoraba
sus alevosos designios:
conoció mi provídad,
por lo que evitó advertido
confiarme sus ideas:
sin embargo, un enemigo
poderoso, con el qual
á causa de un desafio
me indispuse, jamas pudo
olvidar que fué vencido
de mi diestra, y que la vida
le concedí compasivo:
él era del Soberano
entónces el mas valido,
y mi amistad con Alberto

pretestando, su artificio
consiguió víctima hacerme
de su rigor vengativo:
mi muerte se decretó;
mas tuve secreto aviso,
y con oportuna fuga,
me liberté del peligro:
era solo en mi familia,
y aunque yo tenia amigos,
nadie se atrevió á tomar
mi defensa: peregrino
y errante en fin, me fixé
en este pais vecino
de la Suiza: dexo aparte,
que en los exércitos mismos
en que era yo bien mirado
en un tiempo mas benigno,
serví de vulgar soldado;
que casé con un prodigio
de hermosura y de virtud,
que descansa en mejor siglo;
y paso á que habiendo muerto
mi contrario, ó impélido
de su conciencia, ó por otra
razon que yo no distingo,
mi inocencia declaró,

y el Emperador invicto,
me restituyó en su gracia:
por los públicos avisos
supe la noticia á tiempo
que tú te habias huído
de mi lado, ¡qué bien dicen
que nunca hay placer cumplido!
fuí á la corte, recobré
mis bienes, vuelvo al asilo
de mi pobreza, recorro
paises, busco, investigo
dónde estás; supe que estaba
ausente Dorsan; mi juicio
no podia persuadirse
á creer que él... pero es preciso
concluir: un labrador
me dixo que habia visto
una muger de tus señas
errante por el camino
de Néuler: era ya noche;
parto ansioso, me extravío,
y vengo á este alvergue
en el momento preciso
que saliais: os conozco:
con que ya todo está dicho.

Leop. Pues olvidando pesares *Se abrazan.*

sea todo regocijo,
y á Néuler volvamos.
Cecil. Todos
irán alegres, festivos;
solo Cecilia irá triste.
Dorsan. ¿Por qué?
Cecil. Porque si exâmino
que Adela...
Adela. No digas mas:
Adela de un infinito
placer disfruta en mirarte
feliz; todo sacrificio
por tí, me sería dulce,
quanto mas el que ni aun visos
tiene de disgusto; mira,
con toda el alma te afirmo
que en tu boda con Dorsan
veo mis bienes cumplidos,
y que jamas he gozado
contento tan excesivo.
Cecil. ¡O corazon generoso *Abrazándola.*
de toda fortuna digno!
Adela. Tu amistad es la fortuna,
Cecilia, que mas estimo.
Bérter. Vamos, pues.
Leop. No, no, primero

es justo que de este asilo
al dueño recompensemos.
Dors. Que siga nuestro camino,
y en el pueblo se hará todo.
Amad. De contento salto y brinco.
Dors. Tambien de Simon y Esteban...
Cecil. Esos dos son mis amigos,
y corre su recompensa
á mi cargo.
Sim. ¡Sí, que el niño
hace nada por dinero!
Esteb. Y yo á nada mas aspiro
que á que seais mi señora.
Sim. Ni yo; y pues que se han cumplido
nuestros deseos, digamos
con alegre regocijo...
Todos. Vivan Dorsan y Cecilia
largos y felices siglos.

FIN.

[Pablo y Virginia]

ACTO PRIMERO.

CORO.

Nube horrorosa,
Iluvia espantosa,
¡qué obscuridad!
llueve, graniza,
y opaco el cielo
inunda el suelo:
¡ó Dios, piedad!

SCENA PRIMERA.

Pablo y Virginia.

Pab. Olvida el susto, querida:
¿no estás conmigo? no temas.
Virg. ¡Ay mi hermano!
Pablo sacando la cabeza.
Pab. Bah... la nube
ya se pasó. ¿Qué no creas
lo que te he dicho mil veces?
Virg. ¡Siempre tempestades, piedras,
ruido de truenos, granizos!
¿qué es esto, Pablo?

que estámos léjos? ¿no piensas
en dar pronto vuelta á casa?
Yo no sé de qué manera
hemos caminado tanto
sin pensarlo: á esta ribera
llegamos hablando juntos;
y segun todas las señas,
discurro que nos hallamos
distantes mas de una legua
de casa; yo tengo hambre,
y si la noche se acerca...

Pab. La noche... querida hermana,
¡qué locura!... no lo temas;
¿no ves los rayos del sol,
á plomo en nuestras cabezas?
¿no miras la escasa sombra
que estos troncos dan apénas?
partirémos al instante,
quando á los dos nos parezca
mas tarde; mira querida,
aquí te sienta, y merienda

Pone una torta en el suelo.

de estas cortas provisiones;
bastántes son: no, no creas
que estémos tan léjos; voy
á informarme, mas... espera: *Mira al ayre.*

quando partimos, las nubes
ví, que en direccion opuesta
á la nuestra iban; ahora
no hay mas que correr tras ellas,
y sin pensarlo ellas mismas
nos llevarán... Ten paciencia.

Virg. Está bien; mas no tardemos
en ir á calmar la inquieta
agonía, en que estarán
nuestras madres: ¡son tan buenas!
ya se vé, porque yo amo
sin la menor diferencia
la tuya como la mia.

Pab. Y yo tambien: ¿qué?... ¿me niega
Madama Latur acaso
el nombre de hijo? ¿y quién piensa
que no lo seré algun dia?
porque al fin, segun se espera,
nosotros nos casarémos.
Tiempo vendrá en que si intenta
abrazar Pablo á su hermana,
que entónces será su tierna
esposa, no correrá
por evitarle que pueda
darle un amoroso beso
que á ella tan poco le cuesta.

Poniéndole la mano en la boca.

Virg. Pablo, Pablo, no hables de eso,
hablemos de otras materias,
de nuestras amadas madres.
¡Qué amarguras, y qué penas
sufren de verse distantes
de su patria! ¿No sospechas,
que la mia está mas triste
desde que recibió aquella
carta que vino de Francia?
¡Oh! hermano, si tú supieras,
ó yo á lo ménos leer,
y por fortuna cayera
en nuestras manos...

Pab. Hariamos
muy mal, si en tal contingencia
robabamos un secreto.
Tú bien ves como mis fuerzas
las empleo únicamente
en divertir las tristezas
que las aflige, al hallarse
tan distantes de sus tierras:
he compuesto nuestra casa,
como dicen que se encuentran
las de Francia. A los extremos
opuestos de nuestra huerta,

llamo Normandía, y Bretaña,
las dos provincias primeras
que habitáron nuestras madres.
Virg. Es verdad: aras la tierra
con Domingo nuestro negro,
y cultivais sin pereza
cañas de azúcar, bananos,
platanos, y dos palmeras
que en el frondoso jardin
plantó Domingo en la mesma
hora que los dos nacimos,
y juntos allí se elevan.
Entre los dos, Pablo mio,
nació de amistad materna
nuestra filial amistad;
nos queremos, sí, á presencia
de nuestras madres, y el gusto
que de oirnos tienen ellas,
iguala al nuestro en decirnos
amores con inocencia.
¿Mas qué esto?... ¿no ves Pablo *Da un grito.*
qué negro hácia aquí se acerca?
¡qué miedo! *Pab.* ¿Por qué?... ¿conmigo?...

SCENA II.

Pablo, Virginia, y Zavi ocultándose entre la arboleda.

Virg. ¡En qué estado, en qué miseria
vive el pobre! *Pab.* Ciertamente,
que me ha llenado de pena...
¡Oh! voy á darle la mano.
Virg. ¿Y si te hace mal?
Queriendo detenerle.
Pab. No temas,
¿pues no ha de ver que le quiero
dar favor? llega... llega,
amigo mio, ¿dónde vas?
Zavi. Piedad, señoritos: sea
el peso de mis dolores
asunto de vuestra tierna
y sensible compasion.
Virg. Alza del suelo, sosiega.
Zavi. ¡Ah! soy muy digno de lástima.
Pab. Consuélate, y ten por cierta
mi confianza, ¿qué tienes?
¿por qué te afliges?... ¿Ves ésta?
pues es mi hermana Virginia,
yo Pablo.

Zavi. ¡Almas sinceras!
yo os conozco, y sé qué sois
amados en esta tierra
de todos, y cuyas madres
viven juntas aquí cerca.
Pab. ¿Ves cómo no estamos léjos *A Virg.*
de casa?
¿Dime, pudieras *Al negro.*
contarnos tus desventuras?
Virg. Desde el pie hasta la cabeza
está herido; ¡qué desdicha!
siéntate infeliz, y haz cuenta
que los dos socorrerémos
tus dolores con la mesma
compasion que los miramos.
¿Quién eres ¿por qué te inquietas?
Zavi se sienta en un banco de céspedes junto á Virginia, que le limpia el sudor con su pañuelo, miéntras Pablo coje hojas de los árboles en las que envuelve los pies del negro.
Tranquilízate: ¿qué? ¿dudas
de tu seguridad? ¿piensas
que mi hermano y yo faltemos
á dar auxîlio á las penas
que un desgraciado nos causa?

Zavi. Señoritos, si la adversa
casualidad de nacer
en clima, cuya influencia
por darnos otro color
tristemente nos condéna
á la esclavitud, no halla
en vuestras almas sinceras
este vil pretexto para
degradar con la mas fea
ignominia vuestra especie,
si vuestra tierna inocencia
todavía corrompida
no se halla en las perversas
preocupaciones del dia,
tened piedad del que os ruega,
del que humillado se postra
hoy á vuestros pies. *Virg.* ¿Qué intentas?
levántate, solo quiero
que me cuentes tus miserias.
Pab. Sí, buen negro, sientate,
y hazle este favor: que ella
quando sepa tus trabajos
te aliviará en lo que pueda.
Zavi. Vuestra compasion merece
mi confianza: ¡qué bellas
almas! Mi antiguo señor,

á quien he servido atenta
y fielmente veinte años,
me ha vendido á otro que intenta
embarcarse para Francia:
yo soy casado aquí en esta
isla, y tengo dos hijos
á quienes amo con tierna
y paternal aficion;
mi nuevo señor, dispuesta
ya su marcha, me separa
para siempre, sin que pueda
pensar en volver á verlos:
Si á lo ménos nos hubiera
á todos vendido juntos...
Si á ellos unido tuviera
un destino igual, su vista
en mi esclavitud hiciera
el placer, y la ventura
de mis tristes dias; mas esta
dulce ilusion de mi dicha
se desvanece en la inmensa
obscuridad del destino...
moriré... sí, entre las penas
que al dexar mi pobre choza,
y á mis hijos me rodean:
¿y qué importa? ¿no sabrán

con el fin de mi carrera,
y de mis pasados males
el tierno amor que les muestra
su esclavo padre? ¿La vida
no es una dura cadena
que arrastra aquel que ha perdido
lo último que le queda?

Virg. Ve aquí Pablo, los efectos
de la esclavitud. ¡Ah! ¡fiera
codicia! ¡Ah! Européos,
llorad conmigo esta cierta
pintura de vuestra obra.

Zavi. ¡Ruego vano, cuya fuerza
es inútil quando toca
en corazones de piedra!

Pab. Infeliz padre... ¡Ah! Virginia,
quiera Dios no se envilezca
tu virtud con un comercio
tan indigno, y que detesta
la humanidad. Desgraciado, *A Zavi.*
si te abandonan tus fuerzas;
si padeces, vente á casa,
allí estarás como quieras,
ayudarás á Domingo;
y si son nuestras cosechas
abundantes este año,

con lo que se venda de ellas
comprarémos tus dos hijos.
Zavi. ¡Alma santa! Dexa, dexa, *Arrodillándose.*
que adore tanta piedad.
Pab. No estés mas de esa manera.
Virg. Pobre negro, ¡cómo llora!
¿qué tienes? ¿qué te atormenta?
¿Estás malo? *Zavi.* Sufro mucho;
dos dias ha que entre estas breñas
ando errante, perseguído
de cazadores, que acechan
mi inútil vida. Los perros
siguiéndome como á fiera
me han maltratado; ojalá
hecho pedazos me hubieran,
para no verme desnudo,
sin asilo, á la inclemencia,
y medio muerto de hambre.
Virg. ¿Con qué huyes segun cuentas
de tu amo? *Zavi.* Sí señora,
de mi amo, porque intenta
venderme al Frances que hoy
se embarca; entre tantas penas
quise matarme: mas viendo
que habrá quien me compadezca
en esta isla, no es justo

con el fin de mi carrera,
y de mis pasados males
el tierno amor que les muestra
su esclavo padre? ¿La vida
no es una dura cadena
que arrastra aquel que ha perdido
lo último que le queda?

Virg. Ve aquí Pablo, los efectos
de la esclavitud. ¡Ah! ¡fiera
codicia! ¡Ah! Européos,
llorad conmigo esta cierta
pintura de vuestra obra.

Zavi. ¡Ruego vano, cuya fuerza
es inútil quando toca
en corazones de piedra!

Pab. Infeliz padre... ¡Ah! Virginia,
quiera Dios no se envilezca
tu virtud con un comercio
tan indigno, y que detesta
la humanidad. Desgraciado, *A Zavi.*
si te abandonan tus fuerzas;
si padeces, vente á casa,
allí estarás como quieras,
ayudarás á Domingo;
y si son nuestras cosechas
abundantes este año,

con lo que se venda de ellas :
comprarémos tus dos hijos.
Zavi. ¡Alma santa! Dexa, dexa, *Arrodillándose.*
que adore tanta piedad.
Pab. No estés mas de esa manera.
Virg. Pobre negro, ¡cómo llora!
¿qué tienes? ¿qué te atormenta?
¿Estás malo? *Zavi.* Sufro mucho;
dos dias ha que entre estas breñas
ando errante, perseguído
de cazadores, que acechan
mi inútil vida. Los perros
siguiéndome como á fiera
me han maltratado; ojalá
hecho pedazos me hubieran,
para no verme desnudo,
sin asilo, á la inclemencia,
y medio muerto de hambre.
Virg. ¿Con qué huyes segun cuentas
de tu amo? *Zavi.* Sí señora,
de mi amo, porque intenta
venderme al Frances que hoy
se embarca; entre tantas penas
quise matarme: mas viendo
que habrá quien me compadezca
en esta isla, no es justo

que así el desgraciado muera.

Pab. Sí hay, amigo; y quien contigo
llorando tu suerte, piensa
remediarla... ya verás
mi intencion; ahora sosiega,
y come de nuestras frutas...
dáselas todas; enseña
Virginia á tu corazon
á hacer bien.

Virg. En horabuena, *Dándoselas.*
toma, pobre negro, y come
de estas maduras y frescas
frutas de nuestro jardin;
mira que ayudé á cogerlas
esta mañana á mi hermano.

Zavi. ¡Qué deliciosas! ¡qué bellas!
¡qué agradables! ¡Ah! Señores,
las fuerzas se me renuevan;
no pareceis blancos, jóvenes,
en vuestra piedad.

Virg. ¿Quién niega
el favor á un desgraciado,
aunque su enemigo sea?
fuera de que, ¿no eres hombre?
pues si lo eres; ¿pudiera,
sin injuriarme á mi misma,

negarte un socorro? piensa
en venirte con nosotros;
mas si estás cansado, espera
que con ramas te haga Pablo
una sombra; y baxo de ella
dormirás si te parece.

Pab. Pues ya se ve, ¿qué me cuesta?
Voy á juntar materiales:
ya lo verás...

Al paso á Virginia.

no le pierdas
de vista, y si beber quiere,
dale tú miéntras se empieza
la obra... ¿lo has entendido?

Va á buscar ramas que coloca al contorno del banco donde esta Zavi.

Virg. Sí, Pablo; no te detengas,
¿tienes sed? *Al negro.*

Zavi. ¡Ah! y bastante.

Virg. Me parece que aquí cerca
corre una fuente muy clara;
lo veré, vuelvo ligera.

Pablo mirando su obra.

Pab. ¡Esto va que es un encanto!

Zavi solo. Al ver de los dos la tierna
edad, y el cuidado que,

como á su padre me muestran,
la imágen de mis dos hijos
á mi idea se presenta.
¡Pobre Zavi!

Virginia vuelve trayendo agua en sus manos.

Virg. Vamos, bebe.
Acercando sus manos á la boca de Zavi.
Y sino es bastante ésta,
haré un segundo viage.
Zavi bebiendo de las manos de Virginia.
Zavi. ¡Qué bien me has hecho! Dios quiera...
Mas ay de mí... Soy perdido...
me ha visto el amo... él se acerca.
Virg. ¡Qué ayre tan malvado tiene,
y qué miradas nos echa!
Pablo, Pablo; aquí conmigo.
Pab. ¡Qué ojos, y qué fiereza!

SCENA III.

Los dichos, Dorval vestido de colono con un palo en la mano, y esclavos negros.

Dorv. Aquí está el indigno; atadle,
y cargadle de cadenas.
Pab. No le haga mal quien no quiera... *Con firmeza.*
Dorval amenazando á sus negros.

Dorv. Esclavos, el señor manda.
Virginia deteniendo á Pablo pronto á reñir con Dorval.
Virg. Hermano... Señor, clemencia.
Pab. ¡Perseguir á un desdichado! *A Virginia.*
¡arrancarle con tan fiera
tiranía de sus hijos!
esto es mucho; no hay paciencia.
Dorv. ¿Con qué derecho, imprudente,
opones tu débil fuerza
á la ley de mi albedrío?
Pab. Con el que naturaleza
me da para defender
mi naturaleza mesma.
Dorv. ¿Sabes que me pertenece
este esclavo, y que su venta
cerré con el Gobernador
que me le ha comprado? *Virg.* Espera,
¿con el Gobernador, aquel
que recibió por mas señas
á mi madre tan cruelmente
quando pasó en su tristeza
á invocar su proteccion?
¡Ah pobre negro, quién fuera
bastante para impedir
que no le pertenecieras!

Dorv. ¿A Monsieur de Burdone? *Con calor.*
Como ignorais su clemencia...
mas no importa; yo no vengo
á hacer aquí su defensa,
sino es por mis intereses;
y por cumplir con la deuda
que contraje con un hombre
de bien, el padre de nuestra
isla, el genio tutelar,
y por castigar la necia,
la precipitada fuga
de aqueste desertor. Ea, *A los Negros.*
atadle: ¿qué os deteneis?
Pab. y Virg. Señor, perdonadle; y sea
quando no por nuestros ruegos,
á lo ménos por sus penas.
Dorv. Huir el pérfido, y dexarme...
Pab. Eso ha sido falta nuestra,
porque sabed que ya iba
á volverse á toda priesa
desde aquí, quando nosotros,
Pablo y Virginia, por fuerza
le detuvimos.
Dorv. ¿No han dicho
Pablo y Virginia? *Ap.*
Virg. No mientas, *A Pablo.*

que no lo hemos detenido *Ap.*
Pab. Es verdad; pero quisiera
libertarle del castigo:
Dorval considerando á Pablo y á Virginia.
Dorv. Si no mienten las sospechas
con que á los dos exâmino,
estos son (segun las señas)
los dos criollos, de quienes
tantas cosas todos cuentan.
Zavi arrojándose á las rodillas de Dorval.
Zavi. Señor, erré: perdónadme
por compasion; si yo fuera
por vos vendido igualmente
con mis hijos, os hubiera
obedecido al instante;
mas dexarlos, sin que pueda
el resto de una esperanza
entretener mis ideas...
Virg. ¿No le veis llorar, señor?
¿teneis el alma de piedra?
¡Ved como yo tambien lloro!
ablandaos, señor, y pueda
una accion buena excusarnos
con nuestras madres la ausencia
que hemos hecho esta mañana.
Dorv. Soltadle, que se interesa *A los negros.*

Virginia... Virginia: ¡Ah! *Mirándola.*
¡qué poderosa eloqüencia
corre de tus dulces ojos!
Levanta, que mi clemencia *A Zavi.*
te han alcanzado sus ruegos;
ya te he perdonado... Cuenta *A los negros.*
con no hacerle daño alguno.

Zavi. Señor, ¡hasta dónde llega
la piedad con vuestro siervo!

Dorv. Sí, te perdono. Ahora piensa
en ver á tu nuevo amo:
que aunque se embarca, no creas
que esté en Francia mucho tiempo.

Zavi. Señor, mis hijos...

Virg. No temas: *Al paso.*
nosotros los compraremos:
consuélate. *Dorv.* Solo resta
que des gracias á Virginia.

Zavi. Y á vos, Señor; pero sean
escuchadas mis palabras.

Dorv. Habla, pues; dí quanto quieras.

Zavi. Ya por fin que habeis dispuesto
por una efectiva venta
de mi persona; en el acto
que de vos hoy me enagena,
compro el derecho de hablaros.

Quando de una cruel tormenta
en los mares de la India
creisteis perecer, se encuentra
mi canoa pronta á daros
socorro; os puse en tierra,
y os tuve en mi misma choza
mucho tiempo; á la primera
ocasion que un bergantin
aportó de vuestra tierra,
me robasteis, y á su bordo
fuí conducido; ¡qué penas
me hicisteis sufrir pagando
mi caridad con cadenas!
Os he servido fielmente
veinte años, sin que pueda,
despues de tantos insultos,
formar una sola queja
contra vos; decidme ahora
¿dónde está, dónde se encuentra
un derecho natural
que permita, que sostenga,
ó apruebe vuestro perjuro
mi esclavitud, y esta venta
á mi vejez? ¿Qué dominio
te dió la naturaleza,
hombre blanco, sobre mí?

¿La sencillez, y una incierta
y simplísima vida
entre montañas y fieras
es un delito que debe
castigarse? Y aunque sea,
muéstranos vuestra mision.
¿Quién la sancionó?

Dorv. Las quejas
que aprendisteis, y que tanto
hoy el repetir aprecian
los bárbaros como tú,
no merecen mas respuesta
que el desprecio; sin embargo,
aunque no me lo agradezcas,
sabe que el fin de robarte
fué instruirte en la perfecta
religion que profesamos.

Zavi. ¡Pretexto hermoso! mas sea
como lo decís: ¿no es cierto
que esta religion ordena
que me trateis como hermano?
¿por qué oprimes como á bestia?

Dorv. Sois malvados, perezosos,
pérfidos; y si la fuerza
no os domára, al fin seriais
del mismo que os alimenta

asesinos. *Zavi.* La dulzura
de nuestra nacion se prueba
en que no lo somos, puesto
que en opresion tan funesta
vivimos desesperados:
pero ya, señor, que quedan
en vuestro poder mis hijos,
fingid allá en vuestra idea
que son hombres como vos,
que raciocinan, que piensan,
y que su alma racional
es digna de mas clemencia
que la que usasteis conmigo.
Sed mas contenido, miéntras
los Príncipes de la Europa,
entre tantas providencias
y convenciones tan útiles,
en general establezcan
la mas gloriosa de todas
á favor de la clemencia
y de la piedad. Hijos mios,
dulces y queridas prendas,
nunca, nunca vuestro padre
os verá mas. Quién pudiera
arrancar de la memoria
vuestra imágen... y vos tiernas

y generosas criaturas,
piadoso el cielo os conceda
la ventura que me falta.
Sed dichosos quanto pueda
durar mi agradecimiento.
Mandad, señor, que la entrega
se haga de mi persona.

Dorv. Llevadle, nada os detenga,
á Monsieur de Burdone.

SCENA IV.

Pablo, Virginia y Dorval.

Dorv. Ya ves, Virginia, si aprecia
mi cariño tu virtud.

Virg. ¿Quién quereis no se enternezca
á la vista de un esclavo?
Si vierais, señor, la pena
con que he oído sus razones...
pero al ménos me consuela
ver que le habeis perdonado.

Dorv. ¡Ah Virginia! ¿pues pudiera
yo resistir á tus ruegos?
En fin, mis Negros me esperan:
quedad en paz.

Virg. Id con Dios.

SCENA V.

Pablo y Virginia.

Virg. ¿Se fué ya? *Pabl.* Ya se fué. *Virg.* Ea;
y bien Pablo, ¿qué me dices?
¿No me das la enhorabuena?
¿No hablé bien á este Colono?
Pabl. ¡O! tus ojos y tu inocencia
lo han hecho todo. Já, já,
¡cómo te miraba! *Virg.* Sea
lo que quiera, ello es
que hemos hecho una accion buena;
y mejor, pues no buscamos
por hacerla recompensa.
¿Mas no ves qué tarde es ya?
Debemos irnos. *Pab.* Por fuerza
partirémos; pero ántes
Virginia tendrá paciencia
miéntras en los dos pensamos.
Virg. Tienes razon; ea, por hecha
la gracia: y bien. ¿Qué quieres?
Pab. ¿Qué quiero? de la merienda,
porque estoy muerto de hambre.
Virg. Pues amiguito, esa mesma
necesidad tengo yo;

mas si contabas con ella,
hazte una cruz en la boca.

Pab. ¿Por qué? *Virg.* ¿Por qué...? Esta es buena:
¿no me dixiste tú mismo
que toda al negro la diera?

Pab. Es verdad, no me acordaba:
Virginia mia, paciencia.
Por mi generosidad
me he empeñado de manera,
que hoy no tienes que comer.

Virg. ¿Y qué importa? tambien ella
nos procuró un gran placer.

Pab. ¿Cómo lo harémos...? por estas
cercanías no se ven
árboles de frutas buenas...
no hay tan solo un Tamarindo...
Si á lo ménos pareciera
un Limonero, un Naranjo
para refrescar... si hubiera...
¡pero qué veo!... ¡Ay! Hermana,
¿no lo ves tú...? una Palmera:
voy á subir...

Virginia queriendo detenerle.

Virg. Ay Pablito,
¿y si te caes de cabeza?
Por Dios mira lo que haces,

Pab. ¿Yo caerme? buena flema;
¿quando en el puerto hay navíos,
no has visto la ligereza
con que trepo hasta los topes,
y me baxo por las cuerdas?
Virg. Por fortuna no lo he visto.
Pab. ¡Quántos tiene! ¡Qué soberbia
rama de dátiles! pero
se aparta tanto, que apénas
podré llegar con la mano.
Virg. ¿Maduros, Pablo? echa, echa.
Pab. Mira donde está la rama,
ponte tú debaxo de ella,
yo la inclino con el pie,
y quando de esta manera
haya baxado á tu altura,
le echas la mano, te cuelgas,
y no le dexas un dátil:
¿estás ya? *Virg.* Sí. *Pab.* Pues alerta.

Al punto que Virginia está para coger la rama de dátiles, retira de repente Pablo su pie con que la ha ido inclinando, y vuelve á cobrar su antigua altura sin que Virginia la haya podido alcanzar.

Virg. ¡Miren el loco! no aumentes
con tus juegos mi impaciencia:

si ves que aun no la alcanzaba,
¿por qué quitas tan apriesa
el pie? Vaya Pablito,
dame un dátil, y no quieras
que porque te necesito
te ruegue lo que deseas.

Pab. Yo te daré muchos, muchos;
pero dime, en recompensa
¿qué me volverás, Virginia?

Virg. Un abrazo, y estas frescas
flores que llevo en el pecho.

Pab. Está muy bien... quando veas
que va la rama llegando,
salta con toda tu fuerza,
y tenla con las dos manos
no se te escape... ¿No llega?

Virg. Ya la tengo, ya la tengo.

Pablo se tira al suelo, y la abra-

Pab. Yo tambien te tengo presa;
ahora no te escaparás.

Virg. Mira que me desesperas,
tenla, tenla; que la suelto.

Pab. Pagar es primero, y sea
despues lo que tú quisieres...
Ya que estamos en paz, dexa,
y verás los que te alcanzo

prontamente... coge apriesa.

Virg. Bueno, bueno; ¿á qué son tantos?
yo no quiero que se pierdan
los que no hemos de comer.

Pab. Ni yo tampoco: así cesa
palmerita de dar dátiles.

Virg. Con todo, con todo juegas.

Pab. He aquí, hermana, á lo que llaman
en Europa, segun cuenta
el Pastor, vida selvage,
cantar, baylar, pasearse,
quererse con inocencia,
contentarse con su suerte,
y no codiciar la agena.

Virg. Pues dime, Pablito, ¿cómo
en las ciudades emplean
los señores todo el dia?

Pab. Cada qual á su manera,
aunque ninguno hace nada
de provecho; aquel que piens[illegible]
aislado con su familia
asistir á sus haciendas,
le tienen por un selvage,
y entónces le menosprecian
como á un bruto á quien no deben
tratar con benevolencia.

Virg. Por eso los Européos,
van desde tan largas tierras
á castigar en el negro
débil la naturaleza
por haberlos hecho selvages.
Séanlo muy enhorabuena;
dén ellos gracias á Dios
de no serlo, y no se metan
á compradores de hombres,
que escondió naturaleza
tan léjos de su ambicion.
Pobre Zavi... Si yo fuera
quien mandára en esta isla,
habia de hacer...

Pab. ¿Qué hicieras?

Virg. ¿Qué? prohibir tan vil comercio
baxo rigurosas penas:
declarar por ley infame
el hombre que á otro vendiera,
fuera blanco ó fuera negro,
ó mandar que el que quisiera
tener esclavos, pagase
por cada uno diez guineas
cada año de tributo:
no, no, yo haría de manera,
que si ellos hacian esclavos,

que tambien ellos lo fueran.
Pab. Si en lo que alcanza la vista,
se hallára alguna vereda
que pudiera conducirnos...
Virg. Ve aquí el arroyo que esta
mañana los dos pasamos
á pie enxuto, qual se aumenta
con la lluvia que ha caído.
Pues si es menester dar vuelta,
para volvernos á casa,
no tengo bastantes fuerzas.
Pablo reconoce el terreno, y vuelve.
Pab. Yo te llevaré... Verémos...
si pareciera una senda...
no hay que hacer... Será del caso
rodear algo... por fuerza.
Virg. ¿Con qué nos hemos perdido? *Llora.*
¡Válgame Dios! ¡qué tristeza
padecerán nuestras madres!
tú tienes la culpa de estas
caminatas. *Pab.* No te aflijas,
déxame hacer... ten paciencia,
daré voces, y verás.
Sube sobre una piedra, y grita.
¿No hay cazadores que vengan
á socorrer á Virginia?

Corre adonde está su hermana.

Pab. ¿Has escuchado? ¡está atenta!

Virg. El es Leal, nuestro perro. *Con alegría.*
Esta es su voz; qué... ¿tan cerca
de casa estamos?

Pab. Hermana: *Con regocijo.*
mira aquí á Domingo, alienta.

SCENA VI.

Pablo, Virginia, y al otro lado del arroyo Domingo.

Dom. Allí están; ya los hallé,
voy á pasar, y Dios quiera,
Atravesando el arroyo por las piedras.
que por seguir vuestros pasos
no caiga yo de cabeza.

Virg. Ay Pablito, que va á ahogarse
si se resvala. *Pab.* No temas,
¿no ves que sabe nadar?

Al llegar Domingo le da Pablo la mano para saltar á la orilla.

Pab. ¡Ah! Pobre Domingo. *Dom.* Buena
la habeis hecho: vuestras madres,
no hallándoos en la pradera,
quando volviéron conmigo

á casa, se desconsuelan.
María que trabajaba
en un rincon de la huerta,
no supo decir á dónde
os hallaria; se aumenta
el temor, pregunto á todos,
y nadie me da respuesta.
En fin, teniendo sabido
por larguísima experiencia,
que vuestra estrella os inclina
á una inquietud sempiterna,
cojo el vestido de entrambos,
hago que Leal los huela;
y como si el pobre perro
mis ideas conociera,
empieza á ladrar, me sigue,
no ve un árbol que no huela,
ni madriguera por donde
entre, salga, escarve, ó vea.

Virg. ¿Y cómo fué el encontrarnos?

Dom. Porque en aquesa ladera,
unos negros me contáron
desde la cruz á la fecha
quanto yo queria saber;
y tomé tan bien las señas,
que culebreando al fin

dí con vosotros: valiera *Ap.*
dar mas bien en una trampa:
lleve el diablo vuestras piernas...
Pab. Me alegro que hayas venido,
para que Virginia tenga
compañía: ya lloraba.
Dom. ¡Qué criaturas tan inquietas! *Ap.*
estos son los señoritos,
por vericuetos y peñas
todo el dia: y aquí está el negro
que los ha de hallar por fuerza.
Virg. ¿Qué haces Domingo? *Dom.* Oracion,
para que Dios nos dé fuerzas:
que bien serán menester,
si hemos de andar quatro leguas.
Virg. ¡Quatro leguas! no es posible. *Admirada.*
¿Qué esto por tí nos suceda? *A Pablo.*
¿Qué será de nuestras madres,
quando por la vez primera
se encuentren sin sus dos hijos?
¿Cómo he de andar quatro leguas?
Pab. No llores, Virginia... Mira,
¿sabes qué harémos? te sientas,
y luego que has descansado,
marchamos un poco; vuelta
á descansar, despues

vamos mas allá: con estas
pausas, y algunos ratillos
que yo te llevaré, piensa
que ántes del amanecer
estás en casa. *Dom.* La cuenta
sale muy bien; pero tiene,
si se registra, mil quiebras
Pab. ¿Cómo mil quiebras?
Dom. Y grandes;
porque á las madres que esperan,
se hacen siglos los instantes.
Virg. Es verdad: ¡ó! quién pudiera
darles ahora mil besos.
Pab. Dí, Domingo, ¿no se abrevia
el camino si pasamos
este riachuelo?
Dom. Por fuerza.
Pab. Pues si estoy acostumbrado
en la obra de la huerta
á llevar pesos enormes,
¿no podré por estas peñas
que se ven sobre las aguas,
saltando con ligereza,
pasar á mi hermana en hombros?
Vamos, hagamos la prueba:
yo me apoyaré en tu brazo,

y con tu auxîlio, y mis fuerzas
pasarémos: vamos luego.
Virg. ¿Lo quieres tú?... sí... pues sea.
Sobresaltada.
Dí, Pablo, ¿y si por desgracia
se te van los pies, y ruedas?
Pab. Chito, y vamos. *Virg.* Bien está.
Dentro coro de negros.

Temed á la corriente,
Criollos generosos,
y dexadnos gustosos
vuestra virtud premiar.

Los unos se precipitan al agua, los otros atraviesan el arroyo por las piedras á la orilla opuesta.

Pab. ¿Dónde van con tal estruendo
tantos negros? *Virg.* Dí, ¿qué intentan,
Domingo? ¿No has visto como
se han arrojado, y qué priesa
se dan en ganar la orilla?
Dom. ¡Santo Dios, tu gran clemencia
cuide de estos inocentes!
Dad gracias á Dios que vela
sobre vosotros: los negros

son amigos, y por fuerza
vendrán á darnos socorro.

SCENA VII.

Los dichos, Zavi, y tropa de negros que han salido del arroyo.

Zavi. Ya que la compasion vuestra
me libertó del castigo,
admitidnos esta prueba
de un tierno agradecimiento.
Amigos, haced con cuerdas, *A los negros.*
y con ramas unas andas
en las que Virginia pueda
ser llevada en nuestros hombros.
Triunfe la virtud, y sea
siempre el ídolo del negro,
mas que el blanco le aborrezca.
Dom. ¿Humano y agradecido,
el que de pies á cabeza
es negro como la pez?
Vaya, que no lo creyera;
¿y cómo podré creer
lo que toda Europa niega?
Pab. Una vez que estos amigos
nos favorecen, ¿qué esperas?

Virg. Querido hermano, jamas *A Pablo.*
dexa Dios sin recompensa
el beneficio que hacemos.
Zavi. Cantemos, porque divierta
Virginia el temor de verse
entre las aguas, y sea
quando querais la partida.
Pab. A tu lado voy; no temas.

Sobre las andas que han forjado los negros, se coloca Virginia, y es llevada en hombros de quatro negros. Pablo por un lado, y Domingo por otro la sostienen. Unos negros preceden, y delante de todos va Zavi sondando el arroyo para facilitar el paso.

Un Coro.

Pasémos el arroyo,
quitémosle el temor,
cantando, amigos mios,
el triunfo del amor.

Otro.

Cantemos, cantemos,
la virtud, el amor,
las gracias, la inocencia
que reyna entre los dos.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el jardin de la habitacion de Madama de Latur: á su entrada se ven dos Palmeras una enfrente de otra de igual altura: el centro está ocupado de árboles propios del pais.

SCENA PRIMERA.

Madama de Latur y Margarita.

Marg. Tranquilízate, mi amiga,
confiemos en la cierta
fidelidad de Domingo;
bien conoces quánto aprecian
todos á nuestros dos hijos;
sus virtudes, su inocencia
y sus gracias se celebran
por los Colonos: sosiega,
ellos volverán, y este
corto instante pertenezca
á la amistad; sí, le debes
la relacion de tus penas:
delante de nuestros hijos
tu corazon se reserva,

se oculta; ¿pero conmigo...?

Latur, ¡Ah! querida compañera,
bien sabes con qué motivos
dexé á Francia; por mí mesma
hice eleccion de un esposo
sin atender á las necias
cabalas de mi familia,
ni acceder á otras ideas
que no fuesen dirigidas
á Monsieur Latur, opuestas
en un todo á mis parientes,
por no sé qué diferencias.
Ultrajada, perseguida,
enamorada, y resuelta
parto con mi dulce esposo,
y establecernos en esta
isla los dos resolvímos;
mas quando rica y contenta
estaba con su ternura,
quiso mi fatal estrella
que le perdiera, quedando
con una querida prenda
de su amor, mas sin apoyo.
Reducida á mi miseria
tuve la dicha de hallarte,
y te amé; tú tambien eras

desgraciada, y se estrecháron
nuestras almas mas apriesa.
Marg. ¡Ah! tambien fuí desgraciada;
¡pero con qué diferencia!
burlada por el mas pérfido
de los hombres, que me dexa
con mi desgraciado hijo
abandonada; ¿pudiera
el gage de un tierno amor,
y cuyo himenéo debiera
asegurar con mi gloria
mi ventura y mi exîstencia,
ser condenado á sufrir
desde sus horas primeras?
Sí, amiga: desamparada,
despreciada, y siempre expuesta
al furor de mi familia,
vengo aquí á buscar la quieta
y la amable soledad,
donde te encontré; mis penas
y mis ultrages bendigo,
pues sin ellos no pudiera
haber hallado la dicha
de tan digna compañera.
Latur. Las dos entónces uniendo
el corto bien que nos resta,

compramos este terreno,
donde hicimos la pequeña
habitacion que ocupamos.
Yo tenia una parienta
en Francia, á quien escribí:
y rogué de todas veras
á Monsieur de Burdone
me hiciera el favor de verla
en un viage que hizo
á este reyno: á su vuelta
le visité por saber
con la mayor impaciencia
el suceso de mi carta;
mas me pintó de manera
la indignacion de esta tia,
su ódio y su resistencia
á socorrerme, que al fin
llegué á perder toda idea
de un corto alivio; hasta él mismo
insultó con imprudencia
mi desventura, añadiendo
que merecia justas penas
una union por eleccion.
Tal fué el fruto y recompensa
de once años de esperanzas.
Marg. ¿Y te afliges? ¿qué interesa

al sosiego que gozamos
noticias de tu parienta?
¿No hemos vivido dichosas
hasta este dia sin ellas?
Olvídala para siempre,
y ya que vemos la tierna,
la inocente inclinacion
que Pablo á tu hija profesa,
casémoslos; de este modo
en la edad de su inocencia
prevengamos que mañana
la energía desenvuelva
de su carácter ardiente:
que entónces me temo...

Latur. Espera,
todavía son muy jóvenes,
y muy pobres; yo quisiera
que primero nuestro Pablo
en un paquebot se fuera
á las Indias: me parece
que descubre inteligencia
para comerciar; entónces
con mayores conveniencias
á la vuelta de Virginia...

Marg. ¿Cómo? ¿qué has dicho?... ¿á la vuelta de Virginia?

Latur. Sí, mi amiga,
he aquí el dolor que te resta
por saber. En esta carta...
Marg. ¿Y bien?
Latur. (Me ahoga la pena)
de Monsieur de Burdone...
Marg. ¿Qué puede decirte en ella?
Latur. Este buen Gobernador,
á quien culpaba ántes necia,
por su duro tratamiento,
fiel testigo de mi adversa
situacion, tan vivamente
con mi tia se interesa
en su segundo viage,
que ha podido su dureza
ablandar en mi favor;
ya me ama, ya desea
volverme á su gracia; ¡pero
á qué precio!... Compañera, *Suspira.*
quiere que le envie á Virginia:
un navío se hace á la vela,
y el Gobernador vendrá
hoy mismo por mi respuesta...
Marg. Separarte de tu hija...

Coro dentro.

Hermosa jóven,
quiera tu suerte
dichosa hacerte
por tu piedad.

Otro.

Cantemos, negros:
Virginia viva,
y Paulo viva:
cantad, cantad.

Lat. Ellos son... ¿no oyes? que llegan. *Llena de gozo.*
Marg. Nuestros hijos... *Lat.* Esta vez
no me fué la suerte adversa.

SCENA II.

Los dichos, Pablo, Virginia, Domingo y Negros.

Virg. Nosotros, nosotros somos.
Latur. Dulces, y queridas prendas
de dos madres desgraciadas,
¿de dónde venís? ¡qué penas,
qué amargura me has causado!... *A Virg.*
Virg. Venimos de la pradera
de implorar por un buen negro
el perdon: y la merienda

le dimos, viendo que estaba
desfallecido, y sin fuerzas.
Despues sus fieles amigos
agradecidos se empeñan
en pagar el beneficio,
y nos traen de esta manera.

Lat. Lo que he sufrido me pagas *Abrazando*
con la compasion que muestras. *á Virg.*

Pab. Y yo os veo, madre querida.
¿Qué otra ventura me espera?

Dom. Los muchachos á las madres
con sus gracias embelesan: *Ap.*
son virtuosos, afables,
hacen por naturaleza
bien á todos, son modestos,
y por su grande inocencia
son estimados de quantos
nuestra habitacion rodean;
pero les ha dado Dios
á estas criaturas tan buenas,
tal fluxo de caminar,
y ligereza en las piernas,
que solo yo que lo paso
puedo decir lo que cuesta.

Marg. Yo te perdono tambien,
hijo mio, la impaciencia

de esperaros: y su causa
me llena de complacencia.

Pab. No temais, madre querida,
que mas vuelva á la pradera,
sino quereis... *Mirando adentro.*
¡Qué destrozo!...
¡Quántos árboles por tierra!...
¿Quién ha causado este daño?

Marg. La tempestad, ¿no te acuerdas
que las hay todos los dias?
¿y que ha sido muy tremenda
la de hoy? *Dom.* Dígalo yo,
que me cayó toda acuestas
por buscar á mis señores.

Pab. Quántos suspiros me cuestan
solo por estos navíos,
que estan para dar la vela,
y han de partir para Europa
mañana.

Margarita pone la mano en la boca de Pablo, y le abraza.

Virg. Que se detengan. *Con vivacidad.*
¿Quién les manda que se vayan?
Queden muy enhorabuena
como nosotros quedamos.
¿No digo bien? *Latur.* ¡Dura pena!

Virg. ¿Por qué llorais, madre mia?
Ya hemos venido, y resuelta
estoy á no separarme
de vos un punto, aunque sea
con Pablo. *Dom.* Esto va largo: *Ap.*
y á un negro que tiene (¡buenas!)
sin comerlo, ni beberlo,
andadas mas de tres leguas,
¿quién lo detendrá, guardando
las llaves de la despensa?
Señora, á estos pobrecillos
(si lo permitís) pudiera
dárseles algo... *Latur.* Al instante,
sí, dales lo que tú quieras. *Le da unas llaves.*
Toma, llévalos adentro,
y haz que coman, y que beban.
Dom. ¡Palabras santas! amigos,
toca á marcha á la bodega,
adonde de caballeros
hemos de dar largas pruebas.

SCENA III.

Pablo, Virginia, Madama Latur y Margarita.

Virg. Madre mia, hicimos mal
en no pediros licencia

para partir: perdonadnos
esta falta; y estad cierta,
que léjos de vuestro lado
sufre mi alma, y se inquieta
mi corazon: diles Pablo,
lo que hacíamos en su ausencia. *A Pablo.*

Pab. Quando Virginia lloraba,
por mucho que yo quisiera
contenerme, no podia;
y al fin lloraba con ella:
el placer del bien que hicimos
al pobre negro, no era
bastante á mi corazon.
Toda la naturaleza
tan viva, tan animada,
acordándome de nuestra
habitacion, y de vos,
árida, marchita y muerta
se presentaba á mis ojos.
¿Qué era el Sol, el Mar, la bella
armonía de los Séres?
Una obscuridad inmensa.
No, madre mia, jamas
os dexaré, ni á esta tierra
que nos ha visto nacer.

Virg. ¿Y por qué? ¿hallas en ella

mas que dias de ventura
y de paz? ¿Nos atormenta
la ambicion, ó la codicia
de ser ricos? bueno fuera
que nos dexáras: no, Pablo,
vive con tu hermana, y sea
su sustento tu trabajo.

Mirando á su madre.

¿Mas qué lágrimas son esas?

Latur. ¡Su sustento tu trabajo! *Aparte.*
Hija mia, abraza, besa
á tu madre. *Pab.* ¿Tambien vos
llorais? *Marg.* Son muchas mis penas.

Virg. Amigo mio, para siempre
renunciemos otras nuevas
caminatas y paseos:
ya has visto quántas tristezas,
á nuestras queridas madres
hemos causado con ellas.

SCENA IV.

Los dichos, Domingo y negros.

Dom. Señoritos, no ha quedado
un solo árbol en la huerta,
que la tempestad no haya

derribado: desde aquella
ventana he visto... Señor,
vaya... lo que no quisiera.
Pab. ¡Válgame Dios! ¿si en el bosque
de mi Virginia, que era
su mas querido recreo,
habrá deshecho la fresca
enramada que cubria
el baño? *Latur.* Pienso que pueda
tal vez haberla librado
de la tempestad, aquella
roca que junto á la mar
en el terreno se eleva:
vamos juntos, y si hay daño,
veamos cómo se remedia.
Virg. Vamos, pues: dichosamente
estas hermosas Palmeras,
que son nuestras dos antiguas
amigas, se ven muy buenas:
venid madre. *Latur.* Sí, querida:
Al paso á Margarita.
y tú, Margarita, piensa
durante nuestro paseo
en prevenir con prudencia
el triste, el tremendo golpe,
que al pobre Pablo le espera;

al saber que la partida
de Virginia está resuelta.
Pab. Quedad con Dios, buenos negros.
Negros. El os guarde.

SCENA V.

Domingo y Negros.

Dom. Vamos... Ea.
Tomad estos regalillos,
que mi señorita ordena,
con licencia de su madre,
que os entregue. 1. Estas son cuentas
de abalorio. 2. ¡Ay qué espejo!
¡quál reluce! 3. ¡Unas tixeras!
vaya, que tu señorita
nos regala mucho. *Dom.* Alerta,
apurémos, y á marchar,
Sacando, y dándoles de beber.
ántes que los amos vengan,
y á pura fuerza de brazos
á garrotazos os muelan.
Mirando adentro.
¿El Gobernador aquí?
¿Qué novedad será esta?

SCENA VI.

Los dichos, Monsieur de Burdone, Zavi, y negros que traen una pequeña maleta.

Los negros se arrodillan delante del Gobernador, y le besan los extremos del vestido.

Burd. Amigos, muy buenos dias:
decidme, ¿dónde se encuentra
Madama Latur?

Dom. Ahora,
por aliviar sus tristezas,
salió; y si lo mandais,
iré á buscarla.

Burd. Quisiera
hablarla.

Dom. ¡Oh! ¡Santos cielos!
¿si nos traerá buenas nuevas?

SCENA VII.

Monsieur de Burdone.

Burd. El lustre, y el nacimiento
de esta dama, su miseria,
y tantos buenos informes
como todos me dan de ella,

hacen que en su beneficio
me interese ¡O! si pudiera
hacer el bien que otros muchos
por su complacencia niegan.

SCENA VIII.

Monsieur de Burdone, y Madama Latur.

Latur. Señor, ¿merezco el honor
de veros en la pobreza
de esta casa, triste asilo
de mis desgracias y penas?
Burd. Sí, Madama; la virtud
se ha de amar donde se encuentra.
Perdonadme, si tan tarde
vengo á veros; las urgencias,
y generales asuntos
me distraen y me alejan
de los que por eleccion
en mi corazon debiera
preferir. Tengo una falta
que reparar con vos mesma,
desde que á vuestras desgracias
respondí con aspereza:
pero señora, excusadme;
un Juez en pública audiencia,

por ser el que debe ser,
no es siempre lo que quisiera.
Engañado muchas veces,
á pesar de una severa,
íntegra y fiel intencion,
suele dar á la pervesa
y oculta intriga el favor
que al mérito se reserva.
Vuestra tia, á quien he visto
en Francia otra vez, desea
tener consigo á Virginia;
y para lo qual me ruega,
por la carta que os habrá
ya entregado la estafeta...
Latur. Aquí está, señor. ¡Ah, quántas
tristes lágrimas me cuesta!
Mi quebrantada salud,
las prevenciones siniestras
de mi tia contra mí,
una amiga verdadera
que he encontrado, y á quien nunca
abandonaré indiscreta
á los horrores mortales
de una soledad funesta:
todos aquestos motivos
no me permiten, ni dexan

emprehender este viage.
Burd. Decís bien; ¿pero no ordena
el interes de Virginia,
el perdon de tanta ofensa?
¿No seríais criminal
en privar á su inocencia,
por débiles sentimientos
de tan crecidas herencias?
Además que vuestra tia,
estando con las primeras
familias emparentada
allá en la Corte, por fuerza
ha ganado el tribunal:
sus órdenes son expresas,
para que Virginia parta.
Latur. La autoridad, ni la fuerza,
¿qué son contra los derechos
que ha dado naturaleza
á una madre? *Burd.* Sin embargo,
el tribunal no me dexa
arbitrio en su último aviso,
estrechándome á que exerza
mi poder y autoridad,
en el caso que se advierta
repugnancia en vos: mas yo,
imposible de exercerla,

sino para hacer dichosos
á los habitantes de esta
Colonia, espero de vos,
atento á vuestra prudencia,
el sacrificio de algunos
pocos años; de manera,
que la suerte de Virginia,
pende de esta corta ausencia.

Latur. Convengo que en mi pais
yendo yo, tal vez pudiera
encontrar mi patrimonio,
y gozar de las riquezas
que por derecho me tocan;
pero una paz verdadera,
la dicha y la soledad
son mas preciosas que ellas.
Una amiga, y un buen hijo
valen bien quanto pudiera
esperar: y el jóven Pablo...

Burd. Os entiendo; la experiencia
en el mundo me ha enseñado
dos clases de hombres: la primera
es de unos entes inútiles,
que insultan con una necia
y soberbia presuncion
todas las artes; desprecian

al artesano, y no hay otras
virtudes sobre la tierra
para estas débiles almas,
que ociosidad y pereza;
abomino de estos monstruos,
los desprecio, y su presencia
me incomoda. La segunda,
es de aquellos que fomentan
con su industria el patriotismo,
su utilidad y la agena.
He nacido el protector
de estos hombres que no esperan
de otros que de sí mismos
su fortuna y sus riquezas.
El jóven Pablo merece,
segun las luces que muestra,
ser uno de los que yo
por obligacion proteja.
Bien sé todos los servicios
que os ha hecho: sé que estas
posesiones son su obra,
y sus méritos me empeñan,
y me facilitan hoy
la dichosa conveniencia,
que en la presente ocasion
le prepáro... Una pequeña

flota que envio á las Indias
con géneros, nos presenta
la suerte de colocarle
con utilidades ciertas.
Quanto á Virginia, si vos
no podeis hacer con ella
este viage, dignaos
confiármela: respeta
mi carácter la virtud,
sé venerar la inocencia.
¿Quién es el malvado á quien
el candor no le interesa?

Latur. La perspectiva agradable
de su dicha, la alhagüeña
idea que me presentais,
de generosidad, da fuerzas
á mi razon abatida
contra el amor y terneza
de mi corazon. Conozco
que la obligacion primera
de una madre es padecer,
sufrir, llorar como puede
sus dolores, á sus hijos
aumentarles conveniencias.
Iré á decirle á Virginia
su destino; haré que venga

nuestro Pastor; sus razones
fortalecerán la tierna
sensibilidad de su
alma... pero aquí se acerca.

Burd. Habladla vos, y entregadla
en nombre de su parienta,
las preciosas mercancías
que contiene esta maleta:
tambien es suyo este saco
de piastras, que quisiera
para mayor gusto suyo
que de vos las recibiera.
Entretanto pasaré,
(si me concedéis licencia)
á visitar los plantíos,
y registrar todas estas
posesiones ántes de
embarcarme; y ya cierta
Virginia de su viage,
volveré esta tarde mesma
á reclamar el tesoro
que en depósito me entrega
vuestra bondad, y al instante
nos harémos á la vela.
A Dios, madama... Quedad, *Deteniéndola.*
no, no gusto de etiquetas.

Estos Colonos me tienen
como á su amigo, y se precian
de mirarme como á un padre:
por favor de esta manera,
os pido que me trateis.

SCENA IX.

Madama Latur, y despues Virginia, el Pastor de la isla, y una Isleña

Latur. ¡Dios mio, dadme resistencia...!
separarnos... ¡Ah! hija mia,
tu bien estar, una cierta
esperanza de tu dicha,
el peso de mi pobreza...
No debo balancear:
todo, todo me lo ordena.

Ahora Virg. Madre mia, hemos andado
el cercado, el bosque, y quedo
muy satisfecha de que
la nube no nos ha hecho
daños muy considerables:
unos arbustos pequeños,
que hemos visto derribados,
presumo que en poco tiempo
volverá Pablo á plantarlos...

Y bien, ¿qué llantos son estos?
Ved que os traigo aquí el Pastor,
que viene segun entiendo
á consolaros; jamas,
mi querida madre, pienso
dexar vuestro amable lado:
nunca partiré. *Latur.* ¡Ah! Cielos,
nunca partirá: Pastor... *Al Pastor.*
él ha llegado á buen tiempo. *Ap.*
Past. Como la mañana ha sido
tempestuosa, he resuelto
venir á saber de vos.
Isl. Y yo tambien, atendiendo
á que por buena vecina
esta obligacion os debo.
Latur. Vecina mia, lo estimo,
y vuestro cuidado aprecio.
Past. La agitacion con que andube
todo el camino por veros,
me ha rendido... estoy cansado;
no me tengais por grosero,
si busco donde apoyarme.
Virginia le lleva de baxo de un árbol.
Virg. Aquí, padre mio, al fresco
os podeis sentar...

Reparando en la maleta.

¡Jesus!
¿De quién, madre, es todo esto?
Latur. Tuyo, hija mia. *Virg.* ¿Pues cómo?
Latur. Es regalo que te ha hecho
nuestra tia, que está en Francia.
Virg. ¿Nuestra tia...? ¿ya me acuerdo,
aquella de quien me habeis
hablado otras veces? ¡Bueno!
¿Con qué tanto os quiere ya?
Latur. Y muestra grandes deseos
de verte: exâmina lo que
la maleta tiene dentro.
Virg. ¡Ah! hermosas muselinas,
blondas, bellos pañuelos,
mucha plata... ¡Ay madre mia!
teniendo yo todo esto,
nada os puede ya faltar.

Acercándose al Pastor, y echándole unas monedas en el sombrero.

Pastor, demos por supuesto,
que infinitos desgraciados
estan sin ningun consuelo
en la isla; ya soy rica,
con que desde hoy tratemos
de que todos sean felices.

He aquí, partid entre ellos
estas monedas que os doy,
y á los que encontráreis luego,
enviádmelos al punto:
¿entendeis?

Past. Os lo prometo.
¡Qué alma tan santa! *Isl.* Virginia,
nunca ha llegado al extremo
como ahora mi desgracia.

Virg. ¿Puedo yo darte consuelo?
Dime, ¿qué te ha sucedido?
Habla, no tengas rezelo.

Isl. Sí haré, si puede el rubor
dexarme algunos alientos.
Bien sabeis que por la muerte
de mis padres, me mantengo
de mi trabajo; ignorada
de todos vivo en un cierto
retiro, pero feliz;
á nadie en el mundo tengo
de quien pueda prometerme
en la vejez mi sustento,
mas que un jóven virtuoso.
A éste le hice juramento
de ser su esposa; mas como
necesitamos primero

para los gastos de boda
dinero que no tenemos,
pues es pobre como yo...

Virg. Está muy bien... ya te entiendo:
consuélate, ¿pues no ves
que con mis riquezas puedo
remediarte? Toma, toma:
anda, y busca en el momento
Dándole unas monedas.
á tu amante; ya sois ricos,
casaos; pero os advierto
que hagais bien á todos siempre:
ved que porque hoy con un negro
tuve piedad, Dios hoy mismo
me da caudales inmensos.

Isl. Señorita, voy volando:
alma venturosa, el cielo
te llene de beneficios
tan grandes, como el que has hecho.

SCENA X.

Madama Latur, el Pastor y Virginia.

Latur. Ya ves el bien que tú tia
te proporciona; en extremo
debes estarla obligada,
pues te facilita medios

de que siendo tú dichosa,
puedas á muchos hacerlos.

Virg. Doy á su bondad mil gracias,
y la bendigo supuesto
que por mis regalos hoy
tengo mucho que ofreceros.
La amo tanto... que le diera
mil abrazos, y mil besos,
y de tan buen corazon
como á vos.

Latur. Pues segun eso,
¿sentirias poderla ver?

Virg. Mi fiel reconocimiento
me dice aquí lo contrario;
lo estimaria.

Latur. Me alegro... *Con viveza.*
Muy bien... pues ruega al Pastor
el que nos lea ese pliego:
yo nunca tendria valor
para por mí misma hacerlo. *Ap.*

Virginia toma la carta.

Virg. Con mucho gusto. Haced gracia. *Al Pastor.*
Esta es á lo que entiendo
la carta de que hablé á Pablo... *Ap.*
en la pradera: veremos
qué contiene. Madre mia:

todo lo mejor, aquello
que querais de la maleta,
tomadlo al punto, supuesto
que si á mí me pertenece,
debe por fuerza ser vuestro.

Va al Pastor, y le da la carta.

Latur. ¡Qué vas á saber, Virginia!
Prepara tu tierno pecho *Ap.*
á la mayor afliccion.

Virg. Leed, que las dos atendemos.

El Pastor lee. "*Sobrina: La verdad y circunstancia con que Mr. de Burdone me ha hablado de tus desgracias, y el tierno interes que tu hija me inspira, han enternecido mi corazon injustamente irritado contra tí. Deseo reparar los males que te he causado, empleando mis facultades para hacerte dichosa.*"

Virginia acercándose á su madre.

Virg. ¿Lo entendeis? ¿lo habeis oído?
de hacerte dichosa; esto
va bien. ¡O! qué venturosas
hemos de ser. *Latur.* ¡Santos cielos! *Ap.*

El Pastor continúa.

"*Deseo tener á Virginia en mi compañía; mi corazon la llama, y todos mis bienes la esperan: fiadla á Mr. de Burdone...*"

Virginia arranca la carta de las manos del Pastor.

Virg. ¡Abandonar esta tierra...!
¡partir á Francia! ¿qué es esto?
madre mia... *Latur.* Y bien, Virginia...
Virg. ¿Habeis leído el funesto
contenido de esta carta
ántes de dármela? pienso
que no. *Latur.* Virginia... *Virg.* ¿Sabeis
lo que propone...? ¿el intento
de esta tia...? ¿lo sabeis?
no es posible... ¿pues qué tengo
que envidiar en este mundo
con mi madre? ¿Los proyectos
del placer y de la dicha
merecen que sean deshechos
por los del oro? ¿Qué importa
una tia que del seno
de su abundancia os arroja?
Madre mia, mis contentos
son asistiros, amaros.
Las riquezas... ¿qué se han hecho
los que enmedio de ellas nadan?
aborrecidos... Desprecio
este metal, que hace á unos
malvados, á otros protervos,

y á mí desgraciada, ántes
de poseerle.
Latur. Bien veo
tus razones; no conoces
el dolor y el sentimiento
que me cuesta separarme
de tí; mas con todo eso,
quedándose aquí tu hermano
y mi amiga, te prometo
que no seré desgraciada;
piensa tú en lo venidero.
¿Qué serías si yo faltára?
Pablo y tú estariais expuestos
á cultivar estos campos,
ó á vender por un vil precio
de entrambos la libertad.
¡Qué ideas tan tristes!
Virg. El cielo
nos condena á trabajar;
por vos bendigo y venero,
como me habeis enseñado,
cada dia sus decretos;
á nadie Dios abandona:
además, tanto dinero
¿no podia sernos bastante?
¿qué nos falta? *Latur.* Tén por cierto

que ésta no es separacion;
es viage. *Virg.* Es el primero,
madre mia. *Latur.* Considera,
para aumentar tus consuelos,
los justos motivos que
deben reducirte á hacerlo;
tu propio interes; el mio;
el de Pablo... *Virg.* ¡Qué tormento!
Latur. El de su madre y de quantos
nos rodean; pues con el tiempo
tu fortuna y tu interes
ha de ser por fuerza el nuestro.
¿Quántos hay que se expatrian
gustosos con el intento
de ir á buscar su fortuna
á las Indias? *Virg.* Podrá haberlos;
pero ya no tendrán madres,
pues á tenerlas...
Latur. Contemplo
tu cariño. Escucha. Aquí
por casualidad tenemos
á nuestro honrado Pastor:
consulta; yo me someto
á lo que diga... Ya habeis *Al Pastor.*
la carta leído vos mesmo
de mi tia; no ignorais

sus caudales, y el desprecio
con que hasta aquí me ha mirado;
ved tambien su ofrecimiento,
y las dulces esperanzas
que nos anuncia; ¿podremos
negarnos á sus favores?
Con franqueza.
Virg. Decid presto. *Vivamente.*
Past. No. *Virg.* ¡Qué! Vos que encargais tanto,
y con semblante severo
á los niños, el filial
tierno agradecimiento;
vos que siempre me habeis dicho
que ellos hacen el consuelo
y la dicha de sus madres,
abandonarlas... *Past.* Es cierto;
pero la tuya es muy pobre,
y aunque su valor la ha hecho
superior á sus desgracias,
los trabajos con el tiempo
debilitan nuestras fuerzas:
entónces todo el sustento
y la dicha de los padres
es un deber verdadero,
y una obligacion sagrada
de los hijos; y supuesto

que tú puedes...
Virg. Atended,
dexadme hablar un momento:
toda esta plata, este oro
¿no es mio? pues yo lo cedo
á mi madre, y para entónces
nada que temer debemos.
Past. Nunca tendrás suficiente *Con calor.*
para hacer su vejez ménos
dolorosa: ¿y tantos pobres
como en la isla tenemos?
¿Olvidas la obligacion
que hiciste de socorrerlos?
Compara los tristes dias
de tu ausencia con aquellos
que te esperan á la vuelta.
¡Qué placeres, qué contentos
no te anuncia el beneficio
que de tí alcanzarán estos
desgraciados! Si tu madre
y tu hermano no teniendo
entónces mas que luchar
con el infortunio; el tierno
niño á tu corazon
las desgracias ofreciendo
de una madre, bien seguro

de alcanzar de tí el remedio.
¡Ah, Virginia! los encantos,
los bienes que me prometo
de tu vuelta repondrán
los males en breve tiempo
que te causen en tu ausencia
las penas del sufrimiento.

Virg. Está muy bien, madre mia,
partiré... ya lo he resuelto...
¡cómo habeis adivinado
todo el poder de los medios
de reducirme!... y en fin,
si no hay otro remedio,
¿no vendrá Pablo conmigo?

Past. ¿Y quién en su desconsuelo
acompañará á tu madre?

Virg. Teneis razon... á lo ménos *Llorando.*
sepa la resolucion
que el interes verdadero
de nuestras madres, y el suyo,
me han hecho abrazar; bien veo... *Al Pastor.*
en vuestras sábias razones
la prudencia, y todo el zelo
de la virtud; ella sea
en tan crueles sentimientos,
como para mí, mi apoyo;

para Pablo su consuelo.
¡O! él hará como Virginia;
se resignará... sí... pero
habrá menester bastante
de vuestros dulces consejos
y amistad.

Latur. Sí, hija mia,
voy á buscarle con nuestro
Pastor... Virginia, valor.

SCENA XI.

Virginia.

Virg. ¡Qué será de mí por esos
mares que tanto he temido!
¡Quién animará mi aliento
en las crueles tempestades
que se levanten...! ¡Ah! léjos
de mis adoradas madres,
sin auxîlio, sin consuelo
de mi hermano, ¡quántos males,
quántos peligros espero! *Vase.*

SCENA XII.

Zavi y Domingo.

Dom. Animo, amigo Zavi:
nuestros generosos pechos
no cometen la baxeza
de rendirse al sentimiento.
Zavi. Si tú (como yo) dexáras
tu muger é hijos expuestos...
Dom. ¿Qué hijos, ni qué muger?
¿pues qué los negros tenemos
bienes de que disponer?
No, señor: estemos ciertos
que hasta el Sol que nos alumbra,
no sale para los negros.
¿Ignoras que hemos nacido
animales imperfectos,
destinados á que el blanco
nos pula el entendimiento
á garrotazos? Sí, amigo;
para ser hombres debemos
ser esclavos, azotados,
expatriados, traspuestos...
azotados... Sí, señor:
ola, y cuenta con esto.

Zavi. Es verdad; en la impotencia
de hallar remedio debemos
conformarnos, y esperar
que un Dios poderoso y recto
nos vengue á todos. ¡Mortales!
Almas fieras, si estos hierros
son la suma de la grande
civilizacion, que necios
en vuestro orgulloso estado
quereis persuadir, detesto
vuestro luxo: mi pobreza
vale mas, y cuesta ménos.
¡Dichoso el mas ignorado!

SCENA XIII.

Domingo, Zavi, y la Isleña.

Isl. ¿Así, Domingo, te encuentro,
quando se hallan tus dos amas
en el mayor sentimiento,
por el viage que estan
de Virginia disponiendo?
Dom. Muger, si yo no sé nada.
¿Es esto verdad?
Isl. Muy cierto.
Hoy mismo se va á embarcar;

todo lo dexa dispuesto
ya nuestro Gobernador,
con quien marcha.
Dom. Segun eso,
para Europa es el viage.
Isl. Cabal.
Zavi. Sí, no lo dudemos:
mi señor acaba ahora
de decirlo, á cuyo efecto
me mandó que aquí aguardára.
Dom. Pues señores, esto es hecho:
si Virginia parte, quanto
hay en casa cae al suelo.
Todo lo que trabajaba
conmigo Pablo en el huerto,
era porque no faltára
á su Virginia el sustento;
con que si ella se nos va,
y Pablo (como lo creo)
se abandona, y no hace nada,
á Dios, establecimientos,
á Dios, mis pobres señoras,
á Dios, Domingo, supuesto
que ya no tenemos nada
sobre que caernos muertos.
Voy á ver á mis señoras.

Isl. Yo tambien, por si podemos
entre todos consolarlas.
Zavi. ¡Ah! Virginia, te prometo
sirviéndote como esclavo,
pagarte lo que te debo.
Dom. Este viage cruel, á alguno
le ha de costar el pellejo.

SCENA XIV.

Pablo y Virginia.

Pab. ¿Es verdad? ¿me han engañado? *Con vivacidad.*
¿cómo podia ser esto?
¿Partir Virginia sin Pablo?
Virg. Sí, hermano... ya está resuelto. *Llorando.*
Pab. ¿Qué me dices... dilo todo,
no me ocultes nada: ¿puedo
creerlo? *Virg.* Querido Pablo,
los buenos hijos debemos
obedecer á las madres.
Pab. Tú dexarnos... ¡qué tormento!
¡A tu familia, á tu hermano!
¿y por quién? por un objeto
á quien tú jamas has visto.
Virg. Bien quisiera todo el resto
pasar aquí de mis dias:

no han querido... conformémonos;
el Gobernador, mi madre,
mi tia, el Pastor mesmo...
todos, todos, me lo ordenan.

Pab. Y vé aquí los verdaderos
motivos de tu partida:
nada te detiene; pero
para ser dichosa, ¿á dónde
quieres ir? ¿Dime, á qué Reyno,
ó á qué tierra llegarás,
que hagan de tí mas aprecio
que aquella donde has nacido?
¿Cómo podrás vivir léjos
de los brazos de tu madre,
y de sus amables besos?

Virg. ¡Eh! amigo mio, ¿has llegado
á pensar que todo eso
no me lo he dicho á mi misma?
¿Crees tú el corazon sincero
de Virginia acorde con
este viage funesto?
Insensato, no... no has visto
las lágrimas, los lamentos
que ya tengo derramadas.

Pab. No hablaré de mis tormentos:
¿pero qué será de mí,

quando por nuestro aposento
no sienta tus pasos? ¿quando
llegue la tarde sin vernos?...
¿quando anunciada la aurora,
por el canto lisonjero
de los bengalis, no escuche
tu voz, cuyo dulce acento
me hacia aborrecer su canto?...
¿quando estas flores, el centro
perfumen de todo el bosque,
sin yo respirar tu aliento
mas suave que ellas mismas?
y en fin quando vea estos *Mas vivamente.*
registros de nuestros años,
estas palmeras, eternos *Señalándolas.*
monumentos que señalan
el dia del nacimiento
de entrambos; por la fiel mano
plantadas de nuestro negro,
y crecen con nuestro amor.

Viginia echa una dolorosa mirada á las palmeras.

Virg. Pablo mio... *Pab.* No serán ellos
testigos de mi dolor;
hoy han de morir, supuesto
que mueren mis esperanzas:

el tuyo, cruel, á lo ménos
no debe darme mas sombra
despues que te ausentes.

Pablo va precipitado á arrancar las Palmeras, y Virginia corre á detenerle.

Virg. Cielos;
Pablo, Pablo, hermano mio,
yo volveré... nos veremos
juntos otra vez los quatro.
Pobre Virginia... ¡qué es esto!

Tapándose la cara con las manos.

Pab. ¡Ah! no me ocultes esas lágrimas,
que es ya solo el bien que tengo.

Virg. Tuyas son, querido hermano,
y por tí es por quien dexo
estas tierras... sí... por tí,
á quien he visto en el peso
del dia, baxo el trabajo,
sufrir del Sol los excesos
por sustentar nuestras madres;
y si ahora, Pablo, me presto
á la ocasion de ser rica,
es solo (te lo prometo)
para pagarte mil veces
el bien que tú nos has hecho.
¿Si yo hubiera de escogerme

un esposo, un dulce dueño,
pudiera nunca pensar
mas que en Pablo...? ¡error funesto!
Tuyos son mis tristes dias:
tuyo este llanto que vierto...
Mi abrasado corazon,
á volar está dispuesto
hácia el tuyo; mas quisiera
que me ayudáras tú mesmo
á separarme de mí...
¡Ah! jóven sin virtud... puedo
resistir á tus caricias,
y mi corazon no es dueño
de sostener tu dolor...
piensa lo que quieras, presto
te verás obedecido;
pero... no hermano... esperémos
á otros tiempos mas dichosos,
en que bendigan los cielos
nuestra union. Cúlpame ahora.

Pab. ¿Qué será de mí? ¿á qué extremo
llegaré si me abandonas?

Virg. Y dime, hermano, ¿qué puedo
hacer para consolarte?

Pab. ¿Qué puedes hacer? supuesto *Con precipi-*
que aspiras á mejor suerte, *tacion.*

y que buscas otros Reynos
distantes de tu pais
natal, otros consuelos
que los que aquí te ofrecia
con mi trabajo, á lo ménos,
déxame que te acompañe
al navío; sí, te ofrezco
consolarte en las tormentas,
que tanto temor y miedo
te daban en nuestra isla:
sostendré allí con mi pecho
tu cabeza en tus desmayos,
fomentaré con el fuego
de mi corazon el tuyo,
desmayado, helado y yerto
enmedio de los peligros;
y allá en Francia, adonde entiendo,
que vas á buscar fortuna
y grandeza, muy contento
te iré sirviendo de esclavo.
Dichoso, y muy satisfecho
por tus dichas y venturas,
en el palacio soberbio
donde te veré servida
y adorada, te prometo
ser bastante noble y rico,

para hacerte el mas sincero
y costoso sacrificio,
muriendo á tus pies, ¿qué puedo
hacer mas por una ingrata?

Virg. ¿Tú mi esclavo? ¡Ah! ¡qué léjos
que está tu desesperacion
de conocerme!... qué presto...
¡qué presto me has olvidado!
Te amó Virginia: en su pecho
gravó el nombre de su hermano
con caractéres de fuego.
¿Quieres con tan vil idea,
borrar estos tristes restos
de un amor tan desgraciado?
No, querido, eres el dueño,
el amigo, y mas que hermano
de Virginia; mis proyectos
de felicidad te tocan;
quédate á ser el consuelo
de nuestras madres, confia...

Pab. ¿Consolarlas yo? ¿qué puedo
hacer en mis desventuras?
llorar y gemir, á exemplo
de aquel bengali, que el agua
de la tormenta ha desecho
su nido, y sobre el peñasco,

con enternecidos ecos,
se queja de haber perdido
para siempre á sus hijuelos.
Virg. Todo perece; traxiste
páxaros, y los ha muerto
la tempestad: plantaste
un jardin, y se ha desecho:
nos hemos criado juntos,
y nos separan: el cielo
solamente no se muda:
todo muere con el tiempo.
Pab. ¡Qué no tenga alguna cosa
singular que darte! pero
nada poseo en el mundo.
Virg. ¿No llevas contigo al cuello
un retrato de San Pablo?
Pablo con prontitud sacándolo del cuello.
Pab. Tómale.
Virginia poniéndole en el suyo.
Virg. Pues quede puesto
en el mio, para no
olvidar jamas que llevo
el solo bien que mi hermano
tiene en todo el universo.
Pieza de leva.

SCENA IV.

Pablo, Virginia, Margarita, Latur, la Isleña, y el Pastor.

Pab. ¿Has oído? ya te llaman, *Como fuera de sí.*
ved aquí nuestro tormento, *A las madres.*
su desesperacion, la mia...
partiré... sí... no hay remedio:
con ella me embarcaré.
¿Quién se opondrá á mis intentos?
Marg. ¿Así nos quieres dexar?
¿sin tí, Pablo, que serémos?
Latur. Hijo mio. *Pab.* ¡Vos mi madre!
¡vos!... ¡que causais el despecho,
y la desesperacion
de dos hermanos! ¿No hemos
de vos aprendido á amarnos?
¿Quántas veces en el seno,
en vuestros brazos oisteis
nuestros sinceros afectos?
¿Y ahora la alejais de mí?
La enviais á otro emisferio,
á Francia, á este cruel pais,
que ha podido en otro tiempo
negaros un pobre asilo,

y á casa de unos severos
parientes, que han insultado
vuestro estado triste... pero
Con fuego, acercándose á Virginia.
he resuelto acompañarla;
si el Gobernador mi intento
me prohibe, ¿tardaré
en arrojarme ligero
á la mar? ¿y miéntras llega
en animar mi corto aliento?
¿no la seguiré nadando?
¿y podré dexar de hacerlo,
quando es mi amada Virginia
mis riquezas, mi consuelo,
mis placeres, mi alegría,
y todos mis embelesos?
Pero vos, bárbara madre,
¿qué sois de ella mas que un fiero
verdugo que despedaza
su corazon? ¿un veneno
que fermenta ahora en sus venas,
para emponzoñar los bellos
dias de su juventud?
Marg. ¡Querido Pablo, á qué extremo
te conduce tu dolor!
¿así faltas al respeto

de mi amiga, y de la madre
de Virginia? ¿qué se ha hecho
tu moderacion, tu trato
apacible, y dócil genio?
Pab. Todo huyó de mí con ella:
las furias con que los vientos
precipitan los vaxeles
á un pesñasco: los tremendos
horrores con que la nube
prepára en su negro seno
el rayo que ha de abrasar
al mísero pasagero,
entran en mi corazon
desde hoy: nada tengo
ya que temer y esperar;
¡por tí, madre cruel, deseo
mi muerte, y la de mi hermana;
puedan las olas trayéndoos
mi cuerpo al suyo abrazado
á la orilla, daros presto
por la muerte de dos hijos
un eterno monumento
de dolor y de amargura!
puedan... ¡Ah! *Llamada con el tambor.*
¡Triste momento!

SCENA ULTIMA.

Los dichos, Mr. de Burdone, Marineros, Zavi y Negros por un lado, y por el otro Domingo, la Isleña y habitantes.

Burd. Señoras, todo está pronto:
y (á lo que parece) el viento
se afirma, solo nos resta
hacer vela al punto mesmo
que vamos á bordo... Dad,
amada Virginia, el beso
á madre de despedida,
y partamos. *Virginia llora.*
Latur. ¡Santos cielos!
Virg. Está muy bien...
Dom. ¿Qué será
de nuestro establecimiento
sin Virginia?
Virg. Madre mia,
bendecidme, y al momento
llevadme al bote.
Se arrodilla delante de su madre, y se acercan los Marineros.

Pablo se pone delante de ella para impedir que la lleven, y entretanto la levanta del suelo Madama Latur, y la abraza con dolor y ternura.

Pab. Inhumanos,
no me insulteis en mi acervo
dolor; dexadme... dexadme
el solo bien que poseo.
Vedla aquí... mirad sus lágrimas...
¡Ah! Zavi, une tus ruegos
á su llanto: ella fué
tu bienhechora; lloremos,
lloremos juntos. Señor, *Al Gobernador.*
Virginia está bien; yo puedo
mantenerla: ¿no me veis
robusto y jóven? ¿qué aprecio
puede hacer de unas riquezas
su moderacion...? dexemos
que las ignore: ¿sin ellas
no hemos vivido contentos
hasta aquí? Decid: ¿quereis
que este manantial funesto
de delitos la pervierta,
por tantos malos exemplos
de una corte corrompida,
donde la llevais...? Primero

que la arranqueis de mis brazos,
consentiré que del pecho *A los Marineros.*
salga mi último suspiro...
Sabed que yo la defiendo,
aun á costa de mi vida.
No partirás, embeleso *A Virginia.*
de mi corazon, sensible
criatura, el ornamento
de esta isla. Sí, tu hermano,
por salvarte, está resuelto
á morir:
El Gobernador acercándose á Margarita.
Burd. Esta vehemencia
puede causar en su pecho
muchos males: retiradle.
Pablo... amigo: queda cierto *A Pablo.*
que volverá... y virtuosa,
dentro de muy breve tiempo.
Confiadmela... Zavi, *Se acerca Zavi.*
y yo tambien, cuidarémos
de asistirla en el viage:
todos, todos pensaremos
en su regalo, en su alivio,
y comodidad.
Zavi. Si puedo
acreditaros la fé

y el íntimo sentimiento
que me causan vuestros males:
yo, señorito, os prometo
arriesgarme en los peligros
por su salud; ser perpétuo
atalaya de su vida,
y velar hasta en su sueño.

Coro.

Si es preciso este viage,
y que Virginia se ausente,
vaya á Europa prontamente
y volvedla por acá.

Un marinero la saca de los brazos de Pablo miéntras los habitantes detienen á Madama de Latur y á Margarita: Pablo es detenido por el Pastor y Domingo. Durante el Coro, habiendo pasado Virginia la puerta del jardin, se escapa, y corre á Pablo gritando.

Virg. Pablo, Pablo, hermano mio,
oye los votos postreros
de Virginia, y oigan todos
mi voluntad: yo te ofrezco
por los placeres sencillos
de nuestros años primeros,

por nuestros males, por todo
lo que puede unir dos pechos
desgraciados, de vivir
por tí solo, si me quedo;
y si parto, de volver
á ser tu amor, tu embeleso.
Sed testigos quantos visteis
mi infancia, todos aquellos
que disponeis de mi vida,
y los que veis mis lamentos.
Sed testigos, que lo juro
por los cielos que estan viendo
mi dolor, por estos mares
que he de atravesar, por estos
ayres que respiro, y que
nunca he manchado mintiendo.
Sí, mi hermano, no lo dudes:
he aquí en mi mismo pecho
el altar en donde guardo
tu corazon; sus alientos
hasta mi último suspiro
tuyos serán, verdadero
ídolo de mis venturas,
el solo mortal que el cielo
ha destinado á Virginia.
Creeme, Pablo, si un momento

tu hermana de tí se olvida,
muera criminal, y al seno
del sepulcro le acompañen
tu maldicion y el desprecio
de mi madre. ¡Ah! perezca
tu indigna hermana, primero
que dexe de amar á Pablo.
¿Qué me sucede? ¿qué es esto?

Pablo vivamente.

Pab. Nadie le llegue... ninguno.

Past. ¿Y eres tú el digno objeto *Forzándole*
de la amistad de Virginia? *á salir.*
Desgraciado, no lo creo.
¿No la ves gemir, ingrato,
oprimida baxo el peso
del dolor? ¿Quieres perderla
á tu vista, en el momento
herida por el puñal
de tu inútil sentimiento?
Huye, parte, ven conmigo:
ántes que un vano lamento
te quite hasta la esperanza
de verla en mejores tiempos.

El Pastor tira de Pablo, que ayudado de Domingo, puede llevarle.

Virg. Querido Pablo, estos crueles

nos separan. *Latur.* Hija... *Virg.* Cielos...
Por el lado opuesto Mr. de Burdone, Zavi, Soldados y Marineros llevan á Virginia; y quando va á perderse de vista, pone su pañuelo en los ojos, lo empapa en lágrimas, y lo arroja á su madre.
Virg. A Dios, madre mia, á Dios.
Latur va al pañuelo de su hija, se cubre con él la cara, y hace extremos de dolor: de esta suerte es llevada por Margarita, y coro que canta.

Coro.

Buen viage, buen viage,
buen pasage, buen pasage,
y á embarcar el equipage
vamos todos hácia el mar.

ACTO TERCERO.

Bosque, y á un lado una roca eminente, á cuyo pie baten las olas de la mar.

SCENA PRIMERA.

Pablo mirando adentro, y despues el Pastor.

Pab. ¿Qué me pedís, inocentes
avecillas? ya os he visto
tomar de sus mismas manos
el grano con vuestro pico.
¡Quántas veces, quántas veces
desde este peñasco mismo
le quitabais de la mano
las migas de pan, y al nido
pasaban para sustento
de los pequeñuelos hijos!
En torno de ella mil vueltas,
mas ligeros que los finos
cefiros, con algazára
volabais, ciertos indicios
de vuestro agradecimiento.
No la veréis mas conmigo
acompañar vuestros cantos,

ni incitaros á los trinos
que su voz encantadora
os enseñaba: ¡queridos
momentos de mis glorias,
dulces placeres, mas vivos
quanto es ménos la esperanza...!
Grata ilusion, en los brillos,
en las hermosas pinturas
de tus pinceles imprimo
mi ardiente imaginacion.
Hombre infeliz, que en el mísero
imperio de las ficciones
es donde puedes tranquilo
mandar y gozar, no exîste
un humano regocijo,
una posesion, un bien
que el tiempo con su dominio
no te arrebate. Virtud,
santa virtud, sed mi asilo.

SCENA II.

Pablo, el Pastor, Domingo y la Isleña.

Past. Amigo, todos venimos
á acompañarte.
Pab. ¡Ah, Virginia!

tu madre, tu madre cruel
te ha separado.

Past. ¿Y podia
sin un conocido daño
remediarlo?

Dom. Esta partida
le ha de costar al muchacho
lo que nadie se imagina.

Pab. Ella sola era bastante
á mi corazon: ¿qué dicha
mayor, que estarla mirando
á mi lado cada dia?
Y tal vez un dulce lazo
en algun tiempo uniria
el amor con la amistad.
Vanos proyectos... impías
memorias, abandonadme.
¡Ah! Querida hermana mia,
te adoro, y por tí detesto
esta mortífera isla.

Past. ¿La amas? Pues goza hijo
del placer, de la delicia
de amarla. La triste imágen
de un amor sin energía,
satisfecho ó apagado,
desagrada ó mortifica

á un corazon mucho mas
que un amor que la desdicha
pudo hacer desventurado.
Si el cariño que fastidia,
á fuerza de poseerle
es peor que la perdida
esperanza del amante,
yo siempre preferiria
amar ausente al temor
de amar ménos algun dia,
cansado de un solo objeto
siempre presente á mi vista

Pab. ¿Pablo no amar á su hermana?
error: siempre la amaria.

Past. El grande arte de gozar
ha consistido en contínuas
privaciones. Deseamos
para poseer. ¿No imaginas
que el estar siempre contento
apaga el placer? Sí... arruina
un gozo estable las fuerzas,
que una pasion necesita
para su accion. Lo repito:
mas vale que la delicia
de un puro amor dure ausente,
que no que se apague, ó gima

envilecido en el seno
del placer, ó de la dicha.
Isl. Las vecinas, muy gustosas,
vendremos todos los dias
á visitaros en nombre
de vuestra hermana, y mi amiga.
No os aflijais... volverá,
volverá; porque ella misma
me lo prometió mil veces
llorando á su despedida;
y cuenta que de sus labios
jamas salió una mentira.
Pab. He perdido en un momento
el solo bien de mi vida.
Past. Tú la volverás á ver
mas virtuosa, mas rica,
mas amante, y... puede ser,
dentro de muy pocos dias.
Pab. Si al ménos le hubiera dado
mis últimas despedidas,
si un amigo cruel... si, cruel
Mirando al Pastor con ternura.
no me hubiera tan aprisa
privado de sus miradas
postreras, me encontraria
mas tranquilo; entónces, sí,

la hubiera dicho: Virginia,
si en el tiempo que he vivido
en tu amable compañía
pronuncié por ignorancia
alguna palabra ó sílaba,
que te haya desagradado,
ya que el hado me destina
á perderte para siempre;
dime querida Virginia:
¿me perdonas? Y supuesto
que una suerte cruel é impía
me condena á no mas verte,
á Dios querida Virginia...
á Dios para siempre, hermana:
vive, vive; y sean tus dias,
dichosos léjos de Pablo.

Al Pastor, á la Isleña y á Domingo.

¿Llorais, padre? ¿Y vos la amiga,
y su confidenta y ayo,
llorais...? no me maravilla.
Virginia nos dexó á todos.

Past. Sí nos dexó: ¿mas podia
faltar á su obligacion?
Espera su vuelta, anima
tu esperanza, no dudemos
que volverá en pocos dias.

Pab. ¿En pocos dias...? ¿y va
al fin del mundo? ¡Ah, Virginia!
Si yo hubiera adivinado
tu cruel desgracia y la mia,
nunca hubiéramos dexado
aquella mansion tranquila
y selvage esta mañana
en que estuvimos: ¿no habia
una fuente, una palmera?
¿pues qué otra cosa podia
faltarme allí con mi hermana?
Mas decidme: ¿repetidas
veces no me habeis contado
que con oro se adquirian
dignidades en Europa?
Pues haré viage á las Indias,
me enriqueceré en Bengala,
é iré á buscar á Virginia
para casarme con ella.

Dom. ¡Ay señor! ¿y qué sería
de nosotros, de Madama
Latur, esta pobrecita
que sin vos sentirá mas
el viage de su hija?

Pab. Madama Latur no es ya
nada para mí.

Past. Pues mira
la amargura, el sentimiento
que á tu madre causarias
con tu ausencia.
Pab. Es verdad:
bien sé que no dexaria
mi madre partir á Pablo.
Es muy buena... Madre mia,
por vos me quedo... y decid
ya que mi hermana querida
se embarca (porque lo quiere
así su madre) algun dia,
¿pensará en volver á verme?
Past. No lo dudemos, Virginia
ama la primera vez;
y estos amores se fixan
en un corazon sensible,
y duran toda la vida.
Pab. ¿Con que volverá á su patria sin olvidarnos? ¡qué dicha! hablemos, hablemos mucho de su llegada á la isla. *Con transporte.*
Past. Durante todo este tiempo
de su ausencia, en compañía
estudiarémos las ciencias:
yo te serviré de guia,

y te enseñaré á escribir.

Pab. Sí, amigo: ¡ó qué alegría! *Vivamente.*
dadme leccion... empezemos:
haced para que le escriba
mañana mismo una carta.

Past. Tambien te daré noticias,
y te enseñaré á leer
los sabios que en las desdichas
nos dan valor quando todos
los consuelos de la vida
nos abandonan. Un libro
de buena filosofia
es un verdadero amigo.

Pab. ¡Ah! ¿qué necesidad tenia
de leer ni de escribir
quando aquí estaba Virginia?

Dom. Ninguna, pese á los dos,
pues en paseos y vistas,
ellos y yo, en encontrarlos
gastábamos todo el dia.

Pab. ¡Quántas cosas para entónces
tendré por vos aprendidas!
¿quánto tendré que contarla?
Con qué placer, con qué dicha
visitaré este cercado,
su jardin, toda la orilla

de la mar, su amable bosque,
su baño. ¡O! qué dias
tan dichosos pasaré
á su lado... ¡Suerte impía!
Vuelve á su abatimiento.
¡qué léjos van mis consuelos!...
Decid, padre, ¿no valdria *Mas animado.*
mas que fuéramos á Francia?
Past. ¿Con qué apoyo, ni qué harias
hallándote sin dinero
en un pais que domina
tanto el oro, pues por él
solo á los hombres estiman?
Pab. Puede ser que se encontrase
un señor, que por mi dicha
me quisiera proteger.
Past. Si lo encontráras, sería
menester que le sirvieras
á su ambicion, ó á las miras
ocultas de sus placeres.
Bien sé que no agradarias
porque no eres rico, y tienes
probidad.

SCENA III.

Los dichos y Margarita.

Pab. ¡Ah, madre mia!
no la busqueis: ya partió.
Isl. ¡Quánto su mal me lastima!
Marg. Querido Pablo, lo veo:
sientes con razon: la vida
está llena de amarguras
en la mas constante dicha.
¿Quién será el que en su carrera
no tuvo sus tristes dias?
Ven, consolarémos juntos
á mi afligida amiga,
Madama de Latur.
Pab. ¿Yo? *Horrorizado.*
¿yo verla?... no... no... ¿podia
mi corazon destrozado
consolar aquella misma
que me ha herido mortalmente?
¡En vano se lo imagina!
Si ella rompió mis entrañas,
busque quien en sus desdichas
enxugue sus tristes lágrimas.
Past. Vuelve á casa: las fatigas

agotan tal vez las fuerzas
quando dan en ser contínuas.
Pab. ¿Volver á la habitacion
donde siempre con Virginia
estaba? ¿á los sitios donde
jamas la perdia de vista,
á ver el jardin, las flores,
y quanto ella queria?
no, Pastor, no lo espereis:
vagar solo determina *Con precipitacion.*
mi dolor por estos valles:
así pasaré la vida
con mi querido Leal,
que á mi lado por la isla
la buscará vanamente.
Marg. ¡Infeliz Pablo! tus dichas
huyéron de tí, ¡y las penas
en tu corazon habitan!
Pab. Detestemos estos valles;
dexemos estas orillas
funestas y desgraciadas.
Vámonos, madre querida,
embarquémonos, busquemos
los mas escondidos climas
donde trabaje por vos.
Marg. ¿Qué me dices?... ¿á mi amiga

habíamos de abandonar
en sus males sumergida?
Hijo mio... desconozco
tu corazon... vuelve... mira:
acerquémonos á casa:
vámonos... que se aproxîma
la noche... el cielo todo
se ha cubierto... el ayre silva,
y me parece que anuncian
las nubes...

Pab. ¡Cruel desdicha!
¿Qué anuncian las nubes, madre?
¿Una tormenta...? ¿Y Virginia
está enmedio de esos mares?

Isl. Subamos luego á la cima
de este peñasco, tal vez...

Pab. Es verdad: á la salida
de la luna muchas veces
los nublados se disipan.
¿Desde la altura se vé *Al Pastor.*
mucha mar?

Past. Hasta la isla
de Ambar.

Pablo á la Isleña.

Pab. Antes que subamos,
registremos la marina.

Puede ser que el pabellon
del navío de Virginia,
al resplandor de la luna
descubramos; nuestra amiga
pasará el tiempo mirando
estas costas: ¡qué alegría
si por mal tiempo el navío
vuelve al puerto ántes del dia!

Marg. Cuida, Domingo, de Pablo,
miéntras busco á mi afligida
compañera; y consolada
volveré en su compañía.
Venid, Pastor: la prudencia
que vuestra voz nos inspira,
podrá á ella como á mí
aliviar tantas desdichas.

Past. Vamos, y quieran los cielos
templar benignos sus iras.

SCENA IV.

Pablo, la Isleña y Domingo.

Dom. Quedad, pues, que sin perderos,
tras aquel árbol, de vista
quedo á esperar á mis amas. *Se oculta.*

Pab. No tardemos mas, amiga.

Miremos á todas partes,
por si tal vez se divisa
nuestro baxel... ¡qué tinieblas!
¡qué obscuridad!... ¿qué imaginas
de unas nubes tan cargadas?

Isl. Aunque su color, las libidas
señales en los contornos
de su centro pronostican
(segun á mí me parece)
lluvia abundante, podia...

Pablo interrumpiéndola.

Pab. ¡No mas que lluvia abundante! *Ruido sordo.*
¿no mas que lluvia? Virginia,
estos ruidos subterráneos:
todas las hojas movidas
de los árboles sin viento:
la precipitada huída
con que al bosque se recogen
páxaros de la marina,
mas desdichas te amenazan
ciertamente.

La Isleña sobresaltada.

Isl. ¿Mas desdichas?
¿quáles son, Pablo... dí?

Pab. ¡Quáles! *Con precipitacion.*
El uracan, esa ruina,

esa plaga del averno,
que á los mares de la India
ha dado Dios en su cólera:
ese rayo que fulmina
con un soplo tantas muertes,
quantas son las tristes vidas
que al paso encuentra... Divina
Omnipotencia, libradla: *Relámpagos.*
¡ó luz funesta! ¡ó maligna
señal de mis desventuras,
precursora de la impía
catástrofe que pregonas,
suspende tu estrago, mira
la inocencia virginal,
perdónala, y luego vibra
contra mi pecho el volcan
en que te has formado! gima
por un castigo del cielo
el culpado, no Virginia.

Isl. No es tan cierto su peligro:
¿mil veces no se disipan
estas nubes quando el viento
por un acaso varía? *Truenos distantes.*

Pab. ¡Ay triste de mí! que está,
segun los truenos indican,
dentro de sí el uracan:

temible nos vaticina...
He aquí el trueno mas cercano, *Truena.*
y con él ya se confirman
mis temores... ¿pero qué?
¿en tal caso tardaria
en socorrerla aunque viera
á las olas confundidas
con el cielo?... ¿mas qué es esto?

Ruido sordo y espantoso: los marineros y habitantes pasan el foro aturdidos: Pablo se esfuerza para arrojarse al mar, miéntras que la Isleña le detiene con confusion, y con una mano hace señas á Domingo.

Coro.

Clemencia, Dios, clemencia,
mis votos escuchad;
salvadlos por mis ruegos:
eterno Dios, piedad.

Domingo corre, miéntras el Coro, á favorecer á Pablo y á ayudar á la Isleña, que al fin consiguen detenerle.

Pab. Ve aquí el uracan... no impidas
lo que debo hacer. *Dom.* Señor;
el ruido que atemoriza

á los habitantes es
un terremoto, y sería
desesperacion la vuestra
muy culpable en la precisa
ocasion de conservaros
para auxîliar á Virginia;
sosegaos, y á encender vamos
grandes hogueras, que digan,
si las ven desde el navío,
que lloramos sus desdichas.

Pab. Dices bien; vamos al punto:
no me dexes, digna amiga
de mi desgraciada hermana.

Isl. Ah, inocente y pobre víctima!

SCENA V.

Perspectiva de la mar, en cuya orilla se vé (entre otros) un peñasco que sobresale por los demas, y desde el qual se ha de precipitar Pablo. El foro ha de ser profundo á fin de que pueda balancear un navío, elevarse, romperse, sumergirse, y al fin desaparecer al estallido de un rayo entre las olas, que rebientan en los peñascos. Por un lado el Capitan del puerto acompañado de soldados que traen hachones encendidos: habitantes repartidos en las eminencias, desde donde arrojan cuerdas y boyas al mar: otros preparan toneles en la playa. Por el lado contrario Pablo seguido del Pastor, de la Isleña, y de Domingo.

Dom. Lo que he dicho es la verdad:
y si salvarle la vida
quereis, es menester
tenerle siempre á la vista.

Past. Hijo mio, tu triste madre
se queda dando á su amiga
consuelo: ella me encarga
que te acompañe, te siga,
y no te abandone; en tanto

me parece que podrias
unirte á los que trabajan;
así en parte distraías
tu imaginacion, y dabas
en ocasiones tan críticas
auxîlio á la humanidad;
el trabajo es medicina
para los males del alma.

Isl. ¡O tremendo, ó triste dia
funesto y lóbrego para
quantos esta tierra habitan!

Pab. Pues ayudemos, Domingo,
á la tropa: son precisas
en estos lances las fuerzas
de todos. ¡Ah hermana mia!

Pablo y Domingo trabajan.

Cap. No hay que descuidarse, amigos,
ni perdonemos fatiga:
la noche será terrible
segun nos lo pronostica
la obscuridad de las nubes,
y la fuerza con que silva
el viento. Tengo mis miedos
por un baxel, que á la vista
de la costa se descubre.
A vos, Pastor, os suplica

mi atencion que os encargueis
de estas obras; dirigidlas
miéntras que yo con la tropa
á lo largo de la orilla
de la mar discurro, por
si acaso se necesitan
en un acontecimiento.

Isl. Desgraciada señorita,
¡quántos males ha probado
desde que empezó á ser rica!

Dom. Por eso bien digo yo,
que mas quiero mis fatigas,
que no los bienes de otros.

Pab. ¡Ay padre!...

Past. ¿Te desanimas?
No, amigo: sigue el trabajo,
que así estará mas tranquila
tu imaginacion; ya ves
que hay mil cosas prevenidas
por si nos piden socorro.

Truenos y relámpagos.

Un habitante sobre un peñasco.

Hab. A lo léjos se divisan
dos navíos: encended
nuevas hogueras, que sirvan
á evitar un choque entre

las olas enfurecidas
con que luchan.
Pab. ¡Ah! ¿qué es esto?
¿habeis oído?... ¡qué desdicha!
¡qué ideas que me rodean!
¿Dos navíos á la vista?
¡ó cielos! ¿qué podré hacer
por mi querida Virginia?
Past. Aun no hay riesgo conocido:
esperemos todavía.
Pab. Separarla de su lado...
¡Ah, madre cruel! ella misma,
como yo, la culpará
en este instante.
Past. Imagina,
y piensa de su virtud
con mas razon, mas justicia:
tu hermana es mas virtuosa,
y perdona compasiva
á su madre.
Relámpagos, cañonazo de socorro.
Hab. El navío
del Gobernador peligra.
Pab. ¿De Mr. de Burdone? *Espantado.*
Dom. ¡Ay mi señora!
Isl. ¡Ay mi amiga!

Hab. Un mastelero se ha roto. *Cañonazo.*
La scena está solo iluminada del relámpago.
Socorro piden: sus vidas
estan en mucho peligro:
favorecedlos.
Pab. Virginia,
ó he de libertar la tuya,
ó has de ver perder la mia.
El Pastor deteniéndole.
Past. ¿Qué vas á hacer infeliz?
Pab. Mi deber, lo que me inspira
mi obligacion, mi ternura,
el amor, la virtud misma.
No me retardeis, tiranos,
con estériles porfias
el placer de ir á salvarla...
á salvarla... sí... ¿y podia
sin sacarla entre mis brazos
volver á tierra? Virginia:
una cuna hemos tenido,
un solo techo, una misma
leche nos ha alimentado,
una será la desdicha,
ó la ventura de entrambos.
Si está, amigo, decidida *Al Pastor.*
la suerte de mi destino,

¿quién será el cruel que la impida?
Del seno de tus abismos,
ondas soberbias y altivas,
he de arrancar á mi hermana:
la he de arrancar... no se humilla
mi amor por tantos furores:
hoy he de burlar tu impía
crueldad, bárbaro elemento,
ó en profunda noche unida,
mi fiel mano con la suya,
celebrará en cristalinas
alcobas, lúgubres lazos,
que en su indignacion destina
el cielo á dos desgraciados.
Hasta sus manes irrita *Trueno formidable.*
el que intente detenerme.

Pablo echa una mirada feroz al Pastor. Corre asombrado á la altura de la roca, y se arroja con precipitacion ántes de poder ser detenido.

Coro.

Vanos cariños, superfluos cuidados,
ya ha acabado la muerte sus vidas,
ya no existen... lloremos... lloremos:
desgraciado Pablo... ¡Ah, pobre Virginia!

Miéntras el Coro, el Capitan del puerto distribuye tropas por la playa, y los marineros desde las piedras arrojan cuerdas y toneles.

Se descubre el navío del Gobernador desmantelado, y quebrantado de la tempestad. Virginia está en pie sobre el alcázar de popa asida á una cuerda con una mano para asegurarse de los balances, y con la otra hace señas á los de la playa, flotando un pañuelo al ayre. Zavi medio desnudo se pone de rodillas como que quiere arrancarla del navío para salvarla.

La Scena solo está iluminada de la luz del relámpago. Un rayo cae seguido de horroroso trueno sobre el navío que lo destroza, y cubierto de una grande ola queda sumergido. A este tiempo se ha precipitado Zavi con Virginia, á pesar de la resistencia con que procura defenderse.

La orquesta pinta la tempestad, el silvido de los vientos, el ruido del trueno, los lamentos de los náufragos, y el horror de situacion.

Agitados Domingo, la Isleña y el Pastor por el suceso de Pablo, andan errantes por el foro hasta la vista del naufragio, que huyen entónces horrorizados, á excepcion del Pastor, el qual

despues de un breve desmayo vuelve en sí, y entre sollozos acompañado de la orquesta, dice:

Past. Huid desgraciadas madres
de estos horrorosos sitios.
Los objetos mas amables,
los mas tiernos y queridos,
enmedio de su carrera,
nos ha quitado el destino.
¿Dónde os hallaré?... ¿en dónde
podré daros el aviso
terrible del fin funesto
de vuestros amados hijos?

SCENA VI.

Sitio de la isla camino á la playa: por un lado Madama Latur y Margarita; por otro Domingo y la Isleña atemorizados: despues el Pastor cubriéndose el rostro con un pañuelo, como que quiere ocultar su sentimiento. La tempestad ha cesado, y el dia ha recobrado toda su luz.

Marg. ¿Qué es esto, cielos? *Lat.* Domingo...
Marg. ¿Dónde está Pablo? *Lat.* ¿Qué dices?
acaba. *Marg.* ¡Pablo!... ¡Dios mio!

Dom. Señoras... *Isl.* El miedo... el susto...
Ahora el Pastor, y á su vista crece la inquietud de Margarita.
Marg. ¿Pastor, dónde está mi hijo?
Latur. ¡Qué me decís de Virginia!
Hablad por piedad... decidnos...
¿mas qué podreis añadir
á lo que ya nos han dicho
vuestras lágrimas?
Past. Señoras,
la Providencia... un destino
que el Eterno á los mortales
esconde en sus altos juicios,
quiere que las dos seais
dos exemplos, dos motivos
de compasion... de constancia,
y de dolor los mas dignos.
Marg. ¿Cómo?... ¿Quándo?... ¡Santos cielos!
¿habré perdido á mis hijos?
¿los he perdido? decidme.
Past. Si señora... por mí mismo
he visto un golpe de mar
deshacer todo el navío
de Virginia; y queriendo
darle socorro su amigo,
los dos en las mismas olas

han quedado sumergidos.

Latur. Ser supremo omnipotente,
alto incomprehensible abismo
de poder y de grandeza,
¿por qué no habrá perecido
madre tan cruel é imprudente,
y se ha salvado aquel limpio
resignado corazon
de mi hija?

Isl. Sí, tu impío
proceder, injusta madre,
y tu ambicioso designio
hoy nos roba para siempre
el embeleso y el ídolo
de todos estos Colonos;
sufre, sufre tu martirio.

SCENA VII.

Latur, Margarita, el Pastor y Domingo.

Dom. Por vos, señora, perece
mi señor Pablo: ¡en qué abismo
de males hemos quedado!

Latur. Pues si todos mis delitos
culpais, hoy se verá
la venganza que medito.

Past. Las ofertas, los consejos,
y unos prudentes designios;
pero no vuestra imprudencia,
ni otra culpa ha decidido
la desgracia de Virginia.
Así á un cierto precipicio
corremos en esta vida
los mortales seducidos,
por la prudencia de aquellos
que nos dirigen.

Marg. ¡Dios mio!
Placer, amistad, fortuna;
todo, todo lo he perdido.

Past. Sola la beneficencia,
es señoras el asilo,
la dicha de la virtud;
y no hay otro estado fixo
ni mas seguro en la tierra.
Los proyectos y atractivos
de placer y de descanso,
en que soñamos dormidos,
no se han hecho para el débil
mortal, cuyo cruel destino
es sufrir y padecer:
creedme todos, ¿quién ha habido
que se haya libertado

de haber algun dia perdido
hijos, amigos, muger,
y lo que mas ha querido
en esta mansion del llanto?

Dom. Pastor, ved por el camino
al Gobernador que viene
á buscarnos; el conflicto
en que se ha visto demuestra
su semblante y sus vestidos.

SCENA VIII.

Los dichos, el Gobernador descompuesto el cabello, y el vestido mojado, que manifiesta el peligro que ha corrido. Soldados y habitantes: Madama Latur y Margarita estan sentadas como fuera de sí.

Burd. ¡Todo lo ha tragado el mar!
¡todo ha desaparecido!
¡Infeliz Virginia! apénas
en el último conflicto
me arrojáron á la lancha,
sin que se hubiera podido
ántes baxar á Virginia,
un furioso torbellino
nos separó del costado:

del navío: ¡cruel martirio!
Latur. Objetos los mas funestos
que para nuestro suplicio
nos da la naturaleza
cuidado... encanto... hijos, hijos,
¡con qué gracias y embelesos
nos preparais un abismo
de penas y de dolores!...
Para siempre... ¡ó atractivos!...
placer del amor materno...
para siempre...
Dom. Ya es preciso
que evitemos otros males;
llorad, pues: mas os suplico,
que os consoleis sin culparos.
Latur á Margarita.
Latur. Sola mi imprudencia ha sido
el cruel monstruo, el asesino
de Pablo y Virginia... sí,
han muerto por mí... te privo
de nuestros hijos, amiga.
Mira aquí el mayor suplicio
de una muger temeraria;
huye de ella: no te pido
un perdon que has de negarme;
acordarle es un delito:

morir quiero solamente.
Marg. ¿Morir tú? ¡ó qué delirio!
No, mi amada, que tu amiga
quedando sin sus dos hijos
desamparada de todos,
necesita de tu auxîlio:
resignémonos.
Burd. Señoras,
léjos de daros alivio
con indiscretos consejos,
haria mas excesivo
el dolor. La religion
ha sido siempre el asilo
del desgraciado: á ella sola
acudid, á ella os remito.

SCENA IX.

Los dichos, el Capitan del puerto.

Cap. Venid, señores, á ver
el premio que ha merecido
la virtud, y el mayor triunfo
que la inocencia ha tenido.
Quando todos por la playa
buscábamos repartidos
del estrellado baxel

los náufragos desperdicios
arrojados de las olas,
á mis espaldas un grito
de alegría resonó,
la he salvado: al tiempo mismo
veo correr de todas partes
los habitantes, que unidos
á un solo punto en la orilla
se amontonan, crece el ruido;
y quando la novedad
me encaminaba á aquel sitio,
Zavi me sale al encuentro
desnudo, el rostro herido
y ensangrentado, muy ciertas
señales de su conflicto:
buscad, señor, á mi amo,
y decid que ha conseguido
librar Pablo del naufragio
á la fiel Virginia: dixo.
Yo entónces...

Latur. ¿Libres estan? *Sobresaltada.*
¿qué decís?... ¿libres mis hijos?

Marg. ¿Virginia y Pablo?... ¿es posible?
¿los dos viven?

SCENA X.

El Gobernador, el Pastor, Zavi ensangrentado, y como atormentado de las olas con que ha luchado.

Zavi. Yo lo afirmo:
y estas señales que veis,
mi desaliento, y el vivo
dolor que en todo mi cuerpo
estoy sufriendo, me hizo
pensar que retardaria
el daros por mí este aviso...
hallo al señor Capitan...
Past. Arbitro y juez del destino
de los míseros mortales,
¿podrá encontrarse un impío
que niegue tu providencia?
¿podrá afirmar que ha exîstido
alguna virtud sin premio,
ó sin castigo algun vicio?
Dime por favor, buen negro,
¿á qué visible prodigio
deben su conservacion
Pablo y Virginia?
Zavi. Oidlo:

Viendo que todos al agua
se arrojaban, determino
salvar á mi bienhechora,
y quando sobre el navío
en arco fatal la onda
abria su precipicio,
llego á sus pies, le encarezco
su triste fin, me arrodillo;
y con lágrimas y ruegos
le pido que sus vestidos
abandone; pero inmóvil
y serena no da oídos
su honestidad á mis ruegos:
y habiendo ya consentido
en la muerte inevitable
que la rodea, sus mismos
vestidos con una mano
sujeta, con otra al tímido
corazon le da valor,
y levantando tranquilos
y dulcemente sus ojos,
sin dar de temor indicios,
parecia un Angel que toma
su vuelo para el Impíreo.
Yo entónces muy lastimado
del entusiasmo ó delirio

PABLO

Y VIRGINIA.

DRAMA PASTORAL

EN TRES ACTOS:

SACADO DE LA HISTORIA

QUE ESCRIBIÓ EN FRANCÉS

SANTIAGO BERNARDINO ENRIQUE DE SAINT-PIERRE.

PUESTA EN VERSO

Y ACOMODADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON JUAN FRANCISCO PASTOR.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

PABLO

En los *Estudios de la naturaleza*, obra que escribió en Frances Santiago Bernardino de Saint-Pierre, se encuentran consagradas algunas páginas á la memoria de Pablo y Virginia, dos criollos de la Isla de Francia, en cuyas costumbres inocentes ha pintado el Autor el mejor quadro, y el mas animado de la naturaleza. Jamas una obra ha correspondido mejor á su título: todo en ella es grande y sublime, pero sencillo como su asunto: las descripciones, las imágines, la variedad empeñan en esta lectura que aumenta su interes al paso que se acerca á la catástrofe; y el lector que ha derramado lágrimas de ternura contemplando el espectáculo de la virtud en su mayor pompa, acaba lamentándose del fin trágico de dos desgraciados, á quienes su suerte ha aumentado el precio de su inocencia. De esta historia tan conocida en la Europa se ha sacado el presente Drama; y siendo sus interlocutores los mismos, no variando la Scena, el lenguage, el asunto, ni las posiciones, debe resultar el mismo género pastoral, que al Autor le agradó describir y señalar en su obra; pero como los que han dado preceptos á los Poetas Bucólicos, hablando de la Pastoral no se han

convenido en el modo de tratarla, se juzga de ella por la opinion que ya ha formado cada uno de su composicion. Así, pues, los que quieren que solo sean Pastores sus personages, el lenguage lleno de imaginacion y adornado de alegorías ingeniosas (1), hallarán que criticar al Autor y al Poeta de Pablo y Virginia. Sin embargo el C. Saint-Pierre no podia ignorar las leyes de este género, quando caracteriza de Pastoral una composicion, en la qual *le ha agradado sentar á sus Amantes en la orilla de la mar al pie de unos peñascos, á la sombra de los cocoteros, de los platanos y limoneros en flor* (2). En estos sitios campestres me he propuesto representar la situacion de dos Jóvenes amantes, precisados por un esfuerzo de su virtud misma á separarse. Para atraer la atencion del Espectador, se ha escogido una accion grave, entera y de una cierta duracion (3), y se ha desenvuelto con un lenguage sencillo, porque los interlocutores de la Pastoral no tienen otra elocuencia que la del corazon; pero noble, porque su objeto, que es la virtud, se esprime siempre con nobleza. Es verdad

(1) *Fontenelle Desfontaines. Disc. sobre la Egl. y la Past.*
(2) *El Traductor de Pablo y Virginia.*
(3) *Aristóteles.*

de una tan rara entereza,
con ella me precipito
á pesar de su terrible
obstinacion. Infinito
Sér eterno omnipotente,
tu gran piedad nos previno
un tonel, que el pobre Pablo,
por dar socorro al arbitrio
de las ondas conducia.
Nuestras tres vidas pusimos
en un conductor tan débil
y tan inútil, que unidos
volábamos por las ondas,
qual suele de un torbellino
ser alzada hasta la esfera
débil pluma, cuyos giros
son inconstantes é inciertos.
En fin, señor, el Altísimo,
que en nuestra conservacion
velaba, quiso que al proviso
una furibunda oleada
nos levantase en el mismo
lecho de espumas que forma;
y reventando con ímpetu
á impulso del fuerte viento
que le infunde mayor brio,

dió con los tres en la orilla
quando ménos lo creímos.
Burd. Qué... ¿al fin se libró Virginia?
obra tuya fué ¡Dios mio!
Vamos á admirar el grande,
y el mas visible prodigio
de la omnipotencia: vamos.
Past. Corramos á ver mi amigo:
¡ó qué grande es el placer
despues que pasó el peligro!

SCENA ULTIMA.

La playa, el puerto, varios baxeles desmantelados, y en la orilla despojos de naufragios. Se vé una roca muy elevada, que sirve para ocultar el coro de marineros y habitantes, que ha de salir á su tiempo rodeando á Pablo y Virginia. Por el lado opuesto Madama Latur y Margarita acompañadas de Domingo, manifestando en la inquietud de su semblante y miradas la impaciencia de su ternura. Domingo se adelanta hasta ir detras de la roca, y á muy breve rato sale abrazado de Pablo, á quien rodea la multitud.

Miéntras canta el coro se presenta Pablo con Domingo, Virginia con la Isleña, y ellos dos asidos de las manos. A su vista las madres se precipitan en los brazos de sus hijos con un grito penetrante de alegría, en cuya aptitud permanecen hasta el final del coro, que se presentan el Gobernador, el Pastor, Zavi y soldados.

Coro.

La dicha á que os destina
madre naturaleza,
¿qué bárbara fiereza
os podrá arrebatar?

Pab. Vedla aquí, que se ha salvado. *A Margar.*
Mi libertador, mi amigo, *A Zavi.*
sin tu valor, ¿qué seríamos?
hubiéramos perecido.
Virg. Madre mia, si quereis
que hoy haga en otro navío
este viage funesto,
mandadlo, yo me resigno.
Burd. No alma grande: nunca, nunca
dexarás este sencillo
suelo natal: partiré
solo á Francia, y con un vivo
interes por tu fortuna
y por tu dicha te afirmo,
que persuadiré á tu tia
que os llene de beneficios;
y si no escucha mis ruegos,
soy libre, tambien soy rico,
y te llenaré de bienes.
Pablo será tu marido,

que no hay aquí Pastores recostados en el regazo de sus amantes fieles, ni rebaños en posesion pacífica de abundosos pastos. ¿Acaso es esto esencial al género? Ya se han visto Poetas Bucólicos trocar el cayado por las redes, y apartarse de las cabañas para cantar en los ranchos (1). Sin pronunciar sobre estos exemplos, se ha creído muy conveniente mezclar con los Pastores personas de otro estado y elevacion, con tal que no caigan de las nubes (2). Y ciertamente ¿no consuela á la humanidad ver Héroes y Príncipes en relacion con simples Pastores hechos sus amigos; y amar unas mismas cosas la naturaleza y la virtud? De esta clase es la visita del Gobernador en la cabaña de Madama Latur, su afabilidad con el Pastor y con los Esclavos, y las promesas amistosas al desgraciado Pablo.

Los que han probado el poder de la desgracia saben de que es capaz la fuerza del sentimiento; y léjos de extrañar el desembarazo con que Zavi se queja del rigor con que es tratado, conocerán los resortes del corazon quando la violencia exîge sofocar su energía. Si hay quien tenga por inverosímil, que un negro comiendo el pan de lágri-

(1) *Sannazaro: Calderon.*

(2) *M. de Florian.*

mas debaxo del polvo que pisa un señor que le paga con una perfidia la vida que le salva, no teniendo ya en su despecho qué esperar ni qué temer; manifieste las razones de la injusticia que se le hace, y que puede haber oído á un Pastor que las conoce y habita en las mismas cercanías; sepa que la naturaleza que inspira al hombre irritarse contra la causa de sus males, le da un entendimiento para que los conozca: ¿y podrá negarle el sentimiento para que los explique? La preocupacion que está á favor de la conveniencia, podrá decir que esta parte de la especie humana nació con los signos de la esclavitud, indolencia, insensibilidad, é ignorancia; pero los que por desgracia hacen todavía este comercio bárbaro, saben la mala fé con que excusan el objeto de sus ganancias torpes.

ACTORES.

Pablo. *El Señor Juan Carretero.*

Mr. de Burdune, Gobernador de la Isla. *El Señor Bernardo Gil.*

El Pastor de la Isla. *El Señor Vicente Garcia.*

Zavi, Negro. *El Señor Rafael Perez.*

Dorbal, Colono. *El Señor Agustin Roldan.*

Domingo, Negro. *El Sr. Miguel Garrido.*

El Oficial del puerto. *El Señor Josef Oros.*

Virginia. *La Señora Maria Garcia.*

Mad. de Latur. *La Señora Andrea Luna.*

Margarita. *La Señora Josefa Luna.*

La Isleña. *La Señora Maria Briones.*

Negros, Marineros, Isleños.

El Teatro representa una parte selvage de la Isla de Francia y las orillas de un largo arroyuelo, cuyas aguas aparecen muy baxas al principio del Acto. Está sembrado de unas gruesas piedras que han de descubrir sus puntas sobre las aguas; y estarán muy inmediatas las unas á las otras, para que un hombre pueda pasar por ellas á pie enxuto. El sitio ofrece una perspectiva selvage y pintoresca. Hay bananos esparcidos por todas partes, platanos y cocoteros, y se descubre en medio del Teatro una palmera cargada de fruto.

Al fin de la obertura se oirá el ruido de una lluvia abundante: en el momento de levantar el telon estan Pablo y Virginia debaxo de un árbol.

y en el seno maternal
viviréis los dos unidos...
Y tú, Zavi, que ayudaste
á Pablo en el gran designio
de libertar á su hermana,
toma... vé aquí mi bolsillo:
ya eres libre: vive y muere
entre tu muger é hijos.

Todos y Coro.

De las tiernas venturas
á que os destina el cielo,
en vuestro patrio suelo
gozad siempre, gozad.

FIN.

EL ABATE

DE L'EPEE,

Y SU DISCÍPULO

EL SORDO MUDO DE NACIMIENTO,

CONDE DE HARANCOUR.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS,

POR

MONSIEUR BOUILLY, INDIVIDUO DE LA SOCIEDAD PHILOTECHNICA.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE ESTRADA,

Y D... LAAS-LITZOS.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

ACTORES.

ABATE DE L' EPEE. *EL SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

CONDE DE HARANCOUR, jóven sordo mudo. *LA SEÑORA ANTONIA PRADO.*

DARLEMONT, padre de Sant-Alme. *EL SEÑOR VICENTE GARCIA.*

SANT-ALME. *EL SEÑOR JUAN CARRETERO.*

FRANVAL, Abogado célebre. *EL SEÑOR BERNARDO GIL.*

CLEMENCIA, su hermana. *LA SEÑORA MARIA GARCIA.*

MADAMA FRANVAL, madre de los dos. *LA SEÑORA JOSEFA LUNA.*

MARIANA, criada que fué de la casa de Harancour. *LA SEÑORA MANUELA MONTEIS.*

DUPRE, ayuda de cámara en la misma casa, y confidente de Darlemont. *EL SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

DOMINGO, criado de Franval. *EL SEÑOR ANTOLIN MIGUEL.*

DUBOIS, criado de librea de casa de Darlemont. *EL SEÑOR MIGUEL GARRIDO.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plaza de Tolosa: se vé á la derecha la fachada principal de la antigua Casa de Harancour, y enfrente la de la familia de Franval.

SCENA PRIMERA.

Saint-Alme y Dubois.

Saint-Alme, en trage de casa, sale por la puerta del palacio, queda inmóvil enmedio del teatro, y fixa la vista en una ventana de la casa de Franval. Dubois, con librea de la casa de Saint-Alme, sale poco tiempo despues.

Dub. Señor, ¿tan temprano? pero no oye... está del todo embebecido... los enamorados pierden la chola... en nada reparan de quanto ven, y nada entienden de quanto se les dice...

Volviendo en sí, y reparando en Dubois.

Saint. ¿Eres tú, Dubois?

Dub. Bien podia buscaros en vuestro quarto.

Saint. ¿Pues qué me quieres?

Dub. Venía á deciros, señor, la conversacion que por vuestro encargo tuve con Dupré.

Saint. ¿Pudiste averiguar las intenciones de mi padre? Dupré es el único depositario de sus secretos.

Dub. Es verdad... Ningun criado debe mayor confianza á su señor...

Saint. ¿Y qué?

Dub. ¿Y qué?... Executé lo que me ordenaste, y todo lo he sabido.

Con viveza.

Saint. Mi padre sin duda...

Dub. El buen Dupré no es fácil de manejar.

Con impaciencia.

Saint. ¿Qué me importa? Dime todo lo que hay...

Dub. ¡Está siempre Dupré tan triste y pensativo!... parece que algun pecadillo oculto le atormenta.

Saint. ¡Dupré, es el mas hombre de bien!.... en tanto tiempo como sirve á mi padre... pero vamos al asunto... yo te lo mando.

Dub. Sabreis como anoche, luego que se recogió toda la familia de la casa, entré en el quarto de Dupré con el pretexto de tomar una luz... mañosamente dexé caer la conversacion sobre vuestro matrimonio... por vida mia que eran bien

fundadas las sospechas que teníais, pues vuestro padre se ha movido para estableceros con la hija del Presidente Argental.

Saint. ¡Cielos! ¿no soy infeliz sobre manera?

Dub. La señorita no es bella... no... no es cosa... pero es hija única del primer Magistrado de Tolosa... y heredera de grandes bienes.

Saint. ¿Qué me importa la dignidad de su padre? ¿Qué sus riquezas? Nada es comparable con sola una mirada de Clemencia.

Dub. Clemencia es un hechizo... pero si quereis creerme... desistid de casáros con ella.

Saint. ¿Perderé esta esperanza?

Dub. Vuestro padre jamas consentirá en que sea esposa vuestra.

Saint. ¿Y por qué? Clemencia no es hija de un Magistrado, cuya memoria respetamos todavía y hermana del Abogado mas célebre de Tolosa, mi digno amigo?... Clemencia es pobre... sí... su madre viuda y sin bienes depende de su hijo... Clemencia no tiene dote... ¿Pero para qué lo necesita, si la naturaleza la ha enriquecido de raras y exquísitas perfecciones?

Dub. Estas gracias son buenas para un amante, no para Darlemont... por cierto que es bien

público su apego á las riquezas.

Saint. ¡O mal haya la opulencia!... que ha interpuesto tanta distancia entre la clase de Clemencia y la mia!... Mi padre, quando era simple negociante, y estaba reducido á la mediocridad, se hubiera gloriado de unir su sangre con la del Senescal Franval... ¡pero qué mudanza!... Despues que posee los bienes del Conde de Harancour, de quien fué tio y tutor, ha entregado toda su alma á la ambicion... ya no conoce otra gloria que el oro: olvida la virtud y las sendas que llevan al honor.

Dub. Muchas veces oí hablar á los criados antiguos de la casa, del jóven Conde de Harancour: ¿no era mudo y sordo de nacimiento?

Saint. Es cierto... mi padre le llevó á París hará como ocho años para consultar su enfermedad con los facultativos... pero, ó bien fué que le administráron remedios superiores á sus débiles fuerzas, ó bien que la naturaleza tuvo que hacer esfuerzos violentos... Harancour murió en los brazos de Dupré, único criado que acompañaba á mi padre.

Dub. Ya no me admiro de haber encontrado muchas veces á Dupré absorto y distraído con el

retrato de este niño que está en el salon, colgado entre los quadros de los señores de la familia.

Con sensibilidad.

Saint. Es muy natural; porque el Condecito era el último resto de la familia ilustre á quien sirvió por tantos años Dupré... Pobrecito mio Julio... ¡quánto nos amábamos los dos! Yo, Dubois, le debo la vida... ¡cómo se expuso por mí! ¡Ah! jamas saldrá de mi corazon esta grata memoria... Quando nos separamos tendria diez años Harancour, y yo cerca de doce... Todavía me parece que estoy en el momento de nuestra despedida; no podia hablar el desdichado... ¡pero decia tanto su figura! ¡sus extremos y ademanes eran tan vivos! sus abrazos tan apretados y cariñosos, que sin duda presentia nos veíamos por la última vez. ¡Ah Condecito! ¿Por qué no vives todavía? Yo tendria un amigo mas; y mi padre entónces, ménos opulento, no impediria ahora que fuese esposo de Clemencia.

Dub. ¿Pero es cierto que la bella Clemencia corresponde á vuestro amor?

Saint. Bien sabes que paso todas las mañanas a

despacho de su hermano para perfeccionarme en el estudio de las leyes: miéntras que estoy allí, entra Clemencia con mil pretextos ingeniosos, que solo puede inventar el amor... Se encuentran sus miradas con las mias, y al instante se anima su rostro... la falta por grados la respiracion... tan pronto como me habla se altera su voz, y tiemblan sus labios, como si temiera que por ellos se la escapase este secreto. Si tantas señales no son de amor, ¿con qué pruebas ménos equívocas, ni con qué indicios mas ciertos podríamos conocerlo?

Dub. Sin embargo me atreveré á advertiros que era necesaria una declaracion positiva de Clemencia, y con especialidad de su familia.

Saint. Yo te aseguro desde luego el consentimiento de su hermano... Franval, demasiado astuto, ¿no habrá notado ya que amo á Clemencia? ¿Si no aprobára mi inclinacion, me prodigaria tantos favores? ¿me acogeria con tanta amistad? Solo temo el carácter de su madre.

Dub. ¡La buena señora es áspera é intratable!

Saint. Sí... la madre de Franval, nacida de familia ilustre, tiene, si cabe, mayor altanería que mi padre; pero su hijo la domina, vencerá los obs-

táculos, y hará que apruebe mi determinacion.

Se abre la puerta de la casa de Franval, y sale por ella Domingo.

Miéntras Domingo cierra la puerta.

Dub. Pero allí veo á Domingo, antiguo criado de Franval; le azuzarémos, y hablará... No, no es muy dificil: y sobre todo asegurémonos de los pensamientos de Clemencia.

SCENA II.

Los mismos y Domingo.

Con alegría y loquacidad.

Dom. Ola, ola... no esperaba encontraros aquí tan de mañana.

Estrecha las manos á Dubois, y se vuelve á Saint-Alme.

Buenos dias, vecino mio.

Por Dios que el ayre de la mañana refresca la sangre... serena las ideas, y mas en vuestra edad...

Con carcajadas de risa.

Bien dice el proverbio, amor y reposo no habitan juntos.

Dub. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

Mofándose.

Dom. Toma allá el hipócrita. ¡Ah! Yo tengo buenos ojos... y á pesar de sesenta años me siento con fuerzas para apostarlas al amante mas disimulado, á que no me oculta sus marañas.

Se vuelve á Saint-Alme, que continúa mirando las ventanas de la casa de Franval.

¿Esperais, señor, que se presente madamita á la ventana? No... no saldrémos tan pronto... hemos estado hasta las dos de la mañana con la guitarra cantando las bellas coplas que compusisteis sobre nuestra convalecencia... y así dormitando todavía, estarémos probablemente soñando con el Autor... Vaya, vaya.

Saint. Tu alegría, Domingo, me desarma; y obligándome á deponer todo disimulo, te confieso que adoro á tu amable señorita.

Dub. Precisamente de esta enfermedad amorosa queria yo curar á mi señor.

Dom. ¿Curarle? ¿Y para qué?

Dub. Tú, Domingo, como tan experimentado, habrás advertido, como yo, que la hermana de Franval está muy léjos de corresponder á los sentimientos que su belleza inspira á mi señor.

Con ironía.

Dom. ¡Ola! ¿Tú has notado eso?

Dub. Claramente salta á los ojos.

Con el mismo tono que ántes.

Dom. ¡Vaya que eres muy penetrante! par Dios que eres el mayor diablo que he visto para descifrar los corazones.

Saint. ¿Pues qué, has entendido lo contrario?

Dom. Que os ama mi señorita... ¿qué digo amaros?... es nada... no piensa sino en vos... ni obra, ni vive sino por vos...

Con vehemencia.

Saint. ¡Cómo! ¿Es cierto eso?

Quedito, conteniéndolo.

Dub. Moderáos, señor, si quereis saberlo todo.

Alto.

En fin, Domingo, ¿qué pruebas tienes de su amor?

Dom. ¿Qué pruebas? Tengo mil... baste por todas la enfermedad que la puso á la muerte pocos meses hace... ¿A quién llamaba continuamente en su delirio? Ya se ve... al señor Saint-Alme.

Saint. ¿Me llamaba?

Dom. Sí, y quando recorria la lista de los que iban

á infomarse de su salud; ¿en qué nombre se detenia ruborosa? Ya se ve... en el del señor Saint-Alme.

Saint. ¡Clemencia se sonrojaba!

Imitando á Clemencia convaleciente.

Dom. ¿Ha venido Saint-Alme? me preguntaba con aquella voz de ángel que sabeis.-Sí, mi señorita.-¿Muchas veces?-A toda hora.-¿Y ha manifestado? ¡O...! el mas vivo interes, la mas tierna inquietud... yo veía entónces que sus miembros débiles temblaban... que destilaban sus ojos dulces lágrimas, y renaciendo en su graciosa boca la sonrisa mas amable, dexaba escapar por ella estas palabras... Yo estoy mejor, mucho mejor... me siento volver á la vida...

Mofándose.

Ah, ah, ah.

Conteniendo con trabajo su emocion.

Saint. Es cierto que todas estas circunstancias...

Dub. No son bastantes para asegurar á mi señor.

Dom. ¿No? ¿Y la dispusta que tuve el otro dia con ella. ¡Bueno, bueno! No puedo dexar de reirme todavía.

Saint. ¿Pues cómo?

Dom. Al entrar en su aposento, como acostumbro,

ví á mi señorita Clemencia muy oficiosa en acabar un retrato de miniatura... trabajaba con tanta distraccion, que reparó en mí con la misma atencion que si estuviera cien leguas; me acerqué poquito á poco... vaya, nada divierte tanto como espiar á los enamorados.

Saint. ¿Y qué?

Dom. Eché la vista sobre la pintura, y os conocí.

Saint. ¿Era yo?

Dom. Vos mismo... ó quánto se parece, exclamé sin poderme contener: pero Clemencia dexando la obra con presteza, me preguntó sobresaltada... ¿Qué lo conoces tú?-A no estar ciego, es preciso conocerlo... ¿Pues quién es?...-Por vida mia que es Saint-Alme.-¿Saint-Alme? replicó sobrecogida.. no... no es, dixo con ayre desdeñoso... mi idea era retratar á mi hermano...-Bien puede ser... pero sin duda habeis tomado uno por otro, pues os aseguro que cosa por cosa es todo Saint-Alme...-pues no: yo te afirmo que es mi hermano... y en estos dimes y diretes, ocultando Clemencia el retrato en su seno, salió enfadada contra mí... y es la primera vez que lo ha hecho en su vida.

Riyéndose.

Saint. ¡Quán gratas me son estas noticias!

Dom. Pero yo hablo tanto, que me olvido de mí mismo: á Dios.

Deteniéndole.

Saint. Aguarda buen amigo... esperá un momento... Me complaces sobre manera.

Dom. Sin jurarlo lo creo... pero sabeis los muchos quehaceres con que estoy abrumado... el Ama por aquí, el Abogado por allá, y sobre todo la señorita Clemencia... Pero, señor, no la hagais sospechar que hemos hablado, porque me haria un flaco servicio... Bien sabeis que las doncellitas aman con cierto modo y disimulo.

Le aprieta la mano á Dubois.

A Dios, hasta la vista, ¡hábil observador! ¡Qué talento tan perspicaz! ¿Negarás todavía que es amado tu señor? ¿que está bien claro, y que lo ves distintamente?... vaya... vaya.

Sale por el fondo del teatro.

SCENA III.

Saint-Alme y Dubois.

Saint. ¿Y bien, Dubois?

Dub. ¿Y quien, señor? Mereceis la mas tierna correspondencia; es indubitable.

Saint. Y querian me casase con otra, que con Clemencia... en la vida.

Dub. De este modo es preciso pensar sin tardanza en los medios de estorbar los proyectos de vuestro padre: las circunstancias son críticas, pues sabeis que es imperioso y violento...

Saint. Tú debes ayudarme.

Dub. Mi parecer es, que ántes de todo vayais á la hora de los demas dias al estudio del Abogado Franval, y le declareis vuestro amor á Clemencia, y la resolucion de tomarla por esposa... Despues insinuareis vuestras intenciones á la señorita á presencia del hermano, y obtenido su consentimiento, pasareis á casa del Presidente Argental, con cuya hija os quieren casar; decidle que amais á Clemencia... interesadle con aquel modo suave que debeis á vuestro carácter, y por este medio atacais en su orígen, y destruis los designios de vuestro padre.

Sant. Tienes razon... adopto el plan... este paso es delicado sin duda; pero el respeto y la franqueza dirigirán mis palabras... no me detengo... el primer Presidente es justo y sensible; tomará parte en mis penas, y mi amor le interesará... sí, le interesará... su casa está dos

pasos de aquí... vé de mi parte á saber la hora en que podrá admitirme á una audiencia particular, y vuelve para vestirme.

Dub. Vuelvo al momento.

Saint-Alme entra en la casa, y Dubois sale por un lado, y al instante se ven de la otra parte el Abate L' Epee, y Teodoro.

SCENA IV.

L' Epee y Teodoro vienen por el fondo de la Scena observando á todas partes: Teodoro precede á L' Epee, y se adelanta con la mayor agitacion... El uno y el otro vienen cubiertos de polvo, y con todas las señales de que acaban de llegar de un largo viage... L' Epee traerá un baston ordinario.

Teod. *Hace señales muy expresivas de que reconoce la plaza en que entran.*

Observando á Teodoro.

L' Epee. No puedo dudar que Teodoro reconoce esta plaza; lo indican sus movimientos repentinos, y la alteracion de todas sus facciones.

Teod. *Mirando á todos lados con inquietud hará señales mas expresivas que las anteriores de*

que reconoce la plaza.

L' Epee. ¿Si terminarán aquí por ventura mis largas y penosas investigaciones?

Teod. *Mira al palacio de Harancour, corre acelerado hácia la puerta, lanza un grito, y vuelve sin respiracion á los brazos de L' Epee.*

L' Epee. ¡Qué grito tan penetrante y lastimoso! Apénas respira... nunca le he visto con igual agitacion.

Teod. *Anuncia con señales rápidas y vivas, que reconoce la casa de sus padres: estas señales serán. Primera: unir las palmas de las manos, y levantarlas sobre la cabeza formando una especie de techo. Segunda: señalar con la mano derecha la estatura de un niño. Tercera: herirse con el dedo del corazon en el pecho. Quarta: Teodoro declara que es él aquel niño.*

Señalando al palacio.

L' Epee. Sí; allí recibió la vida Teodoro... Habitacion que nos viste nacer... lugares queridos en que pasamos nuestra niñez, siempre tendréis para nosotros dulces atractivos: ¿qué hombre hay en la tierra, que al volveros á ver, no se enternezca con las mas dulces sensaciones?

Teod. *Exprime con señales muy tiernas su gra-*

titud á L' Epee, y besa su mano cariñosamente.

L' Epee. *Con señales le responde, que no á él sino á Dios, que ha dirigido sus trabajos, es á quien debe dar las gracias... Inmediatamente Teodoro hincando una rodilla en tierra, exprime por gestos pantomímicos que pide al cielo bendiciones para su bienhechor... L' Epee, inclinado con la cabeza descubierta, dirige al cielo esta oracion.*

¡O Señor! que guiais, segun tu voluntad, los designios de los mortales; Dios omnipotente, por cuya inspiracion emprehendí esta grande obra, recibe ya en este momento la accion de gracias de un anciano á quien incesantemente protegiste, y de un huérfano á quien tus decretos eternos diéron en mí un segundo padre.. Si he llenado dignamente todos mis deberes, si mis desvelos y mis trabajos son aceptables á tu justicia, dígnate de derramar todo el premio sobre este niño desgraciado, y haz que en su felicidad halle yo mi recompensa.

Se levantan, y se abrazan con prontitud y ternura.

Ahora debemos averiguar á quién pertenece este palacio.

Teod. *Hace que quiere entrar en el palacio: L' Epee le detiene diciéndole por señales pantomímicas, que le echarian de la casa al presentarse sin oirlo: Teodoro hace señales que comprhende á L' Epee, y que cede á su dictámen.*

SCENA V.

Los mismos: Dubois sale por el fondo del teatro.

L' Epee. Ya tenemos aquí quien podrá informarnos.

Hace señas á Teodoro que esté circunspecto.

¿Me direis cómo se llama esta plaza?

Observándolos.

Dub. Si no me engaño son forasteros... Estais en la plaza de San Jorge.

L' Epee. Mil gracias.

Detiene á Dubois que se va.

Hacedme el favor de oir una palabra. ¿Sabeis de quién es este palacio?

Dub. ¿Si se de quién es? cinco años ha que vivo en él.

L' Epee. ¿Qué otro mejor pudiera haber encontrado? ¿Cómo se llama?

Dub. El palacio antiguo de Harancour.

Mas expresivo.

L' Epee. ¿El palacio de Harancour?

Dub. Pero ahora es del señor Darlemont, á quien sirvo.

Teod. *Miéntras estas preguntas, se aparta á mirar de nuevo el palacio, y se apoya contra la puerta gozoso y enternecido.*

L' Epee. ¿Y quién es este señor Darlemont?

Aparte.

Dub. Ya son demasiadas preguntas...

Alto.

¿Qué es?

L' Epee. Sí, ¿quál es su clase y profesion?

Dub. ¿Su profesion? No sé que tenga otra mas que la de ser uno de los habitantes mas ricos de Tolosa... Me esperan, y tendréis á bien...

L' Epee. Sentiria distraeros un instante de vuestras ocupaciones.

Yéndose.

Dub. Cuidado, que son muy curiosos estos forasteros. *Entra en el palacio.*

Siguiéndole con la vista.

L' Epee. Está muy distante de adivinar los fines de estas preguntas... no perdamos un momento, y

vamos á buscar una posada segura... Sin duda será bien conocido en Tolosa este palacio, que lleva el nombre de una familia tan antigua, y del señor Darlemont su poseedor: tomemos bien todos los indicios.

Estrecha entre sus brazos á Teodoro, que viene á él con curiosidad.

Si los padres de Teodoro son sensibles, llorarán ciertamente su pérdida, sí: ¡quánto sería mi placer si lo llegase á presentar otra vez en sus brazos! pero si fué víctima del iniquo y del perverso... ¡O providencia divina! haz que pueda descubrirlos, y confundir su malicia, para probar á los hombres, que no hay crímen oculto en tu presencia; ni prevaricador que pueda substraerse de los eternos decretos de tu justicia.

Abraza segunda vez á Teodoro, lo lleva consigo de la mano... y le dice por señas al irse, que mire muchas veces al palacio de Harancour.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el estudio de Franval: á la izquierda del espectador un bufete: sobre él un vaso con flores, libros, procesos y legajos de papeles.

SCENA PRIMERA.

Franval en bata y chinelas sentado al bufete, y unos papeles en la mano.

Franv. No puedo olvidar un momento este negocio que han fiado á mi dictámen: se trata de reunir dos esposos divididos: negocio el mas importante á la sociedad, y el mas honroso á mi profesion. ¡Ojalá no hubiera tantos así! ¡ó siglo! ¡ó patria mia! Declamaré contra este abuso destructor que os pierde y envilece: escudriñaré los senos del abismo en que caeis: os manifestaré su profundidad; y si el egoismo y la falsa filosofia alzan su amargo grito contra mí, las combatiré, presentando las costumbres enlutadas, la naturaleza afligida... presentaré el espectáculo

doloroso de millares de hijos abandonados, y el clamor paternal de todos los padres de familia.

SCENA II.

Franval y Clemencia vestida sencillamente, pero con gusto, traerá en la mano un cestillo de mimbres lleno de flores.

Clem. Buenos dias, hermano mio.

Se abrazan.

Franv. Dios te guarde, Clemencia.

Clem. Vengo á renovar las flores de tu bufete.

Quita las que estan en el vaso, y pone en su lugar las que trae en el cestillo.

Franv. Vaya... ¿si acertaré yo...? ¡traerme mi amable hermana flores todas las mañanas, y hacerme una tierna caricia...?

Sonriéndose.

Yo conozco un Legista jóven, á quien aprovecharia este cuidado tanto como á mí.

Algo turbada.

Clem. ¿A quién, hermano mio?

Franv. ¿A quién? No, no tu vergüenza robe sus matices á esas flores.

Se levanta: toma de la mano á Clemencia, y la

lleva delante de sí mirándola con atencion.

¿Clemencia?

Baxando la vista.

Clem. ¿Hermano mio?

Franv. Aprecio mucho tus flores, y me son gratas tus caricias; pero no tendrian para mí tantos encantos, si no añadieses todavía...

Clem ¿Qué?

Franv. Tu confianza. Anda: tu alma ingenua descubre con facilidad todos tus secretos.

Clem. ¡Que siempre has de estar con eso!

Franv. ¿Por qué te han de sonrojar afectos tan legítimos? ¿Saint-Alme no reune en sí quanto es digno de ser amado?

Clem. Me parece haber notado lo mismo.

Franv. No hablaré de su figura...

Clem. ¡Quán expresiva es!

Franv. Ni de su porte...

Clem. ¡Quán noble y decente!

Franv. Solo me detendré en sus qualidades: ¿qué carácter mas franco y mas amable que el suyo? qué mortal ofreció jamas á futura esposa presagios mas seguros de felicidad.

Clem. Eso me he dicho yo á mí misma muchas veces.

Franv. En fin, él te ama...

Clem. ¿Y lo crees tú?

Franv. Pues qué ¿tú no lo has notado?

Clem. Temia engañarme.

Franv. ¿Pero tú confiesas que le amas?

Clem. ¡Ay hermano mio... hermano...! tú me has arrancado mi secreto.

Se reclina en su hermano.

SCENA III.

Los mismos : Saint-Alme ricamente vestido.

Saint. Buenos dias, amigo.

A Clemencia.

A vuestros pies, señorita.

Franv. ¿Tan de mañana, y tan galan? Gran vestido anuncia altos proyectos.

Acelerado.

Saint. Jamas los he tenido tan importantes para mí.

Sério.

Franv. ¿Pues qué teneis?

Clem. Estais turbado.

Saint. Qualquiera lo estaria en mi lugar. ¡Qué desesperacion!

Clem. ¡Cielos!

Saint. Amigo mio : nunca me habeis sido tan necesario como ahora.

Franv. Explicaos.

Clem. ¿Acaso os incomodaré?

Quiere retirarse, y la detiene Saint-Alme.

Saint. No, no: os pido el favor que os esteis con nosotros... acabo de tener una scena terrible con mi padre...

Franv. ¿Pues cómo?

Saint. Todavía me asustan las terribles amenazas con que acaba de afligirme... ¿y por qué? porque no satisfago las ideas ambiciosas... si mi sangre y mi vida fuesen bastantes, las sacrificaria generoso; ¿pero renunciar para siempre la ternura de mi amor? ¿olvidar mis primeros afectos?

Clemencia baxa la vista.

Padres crueles... padres que os complaceis en esclavizar con tiranía la libertad de vuestros hijos ¿teneis de la naturaleza este derecho? ¡ó! ¿nos dísteis el ser para hacernos víctimas de vuestra avaricia?

Franv. Sosegaos Saint-Alme: acabad de instruirme.

Saint. Bien temia yo... Ya sabeis el matrimonio de que os hablé muchas veces: y quiere celebrarlo dentro de tres dias... ¿de tres dias? respondí: no; jamas. Estas palabras que dexó escapar la fuerza de mi dolor, irritáron tanto á mi padre,

que no le han podido serenar mis excusas ni humillaciones: en fin, habiéndome estrechado, esperaba que el nombre de la que adoro desarmaria su enojo... le confesé que mi corazon habia elegido esposa y mis labios pronunciáron á Clemencia.

Turbada.

Clem. ¿A quién? ¿á mí?

Tomando una mano á Clemencia.

Saint. No puedo callarlo mas tiempo... á vos... si... os amo... y amaré toda mi vida... si os dignaseis aprobar...

Mas turbada.

Clem. A esta declaracion ¿qué respondió vuestro padre?

Saint. Es hermosa, dixo con tono sobresaltado y confuso: sí... Clemencia es digna de tu eleccion... pero yo he dispuesto de tí... y es preciso que la olvides. - Me es imposible, le decia, apretando sus manos contra mi pecho... ¿imposible, replicó con voz airada? y dando entónces libertad á todo su enojo, me llenó de baldones... me amenazó con su maldicion, y me echó de su presencia. Este precepto espantoso agitó mi sangre... sacóme de mis sentidos... y los arrebató de manera,

que creí perderlos para siempre... atónito, cubierto de exêcracion y de oprobio, no pude soportar la idea vergonzosa de verme echado de la presencia de mi padre, sin venir á refugiarme al seno cariñoso de un amigo.

Abrazando á Saint-Alme.

Franv. Sí... de vuestro amigo... que se obliga á ayudaros con sus consejos... El primero es, que modereis esa sensibilidad que os enagena, y que no olvideis jamas que los padres son respetables aun en sus errores...

Saint. Creyó intimidarme con sus amenazas; pero éstas no han producido otro efecto que avivar la dulce inclinacion que me arrastra... jamas ha sido mi amor tan vivo como ahora... jamas me ha parecido Clemencia tan hermosa... y si consintieseis entrambos...

Franv. ¡Quánta hubiera sido mi satisfaccion al veros esposo de Clemencia...! ¡quánta mi alegría al confundir los nombres de hermano y de amigo...! Clemencia misma...

Clem. ¡Hermano!

Franv. ¿Y por qué le niegas la declaracion de tu amor, que sola puede endulzar sus pesares... sí... Saint-Alme, sean quales fuesen vuestros senti-

mientos por Clemencia, sabed que son una correspondencia de los que la habeis inspirado...

Saint. ¿Es cierto...? ¿soy amado? ¡ah! para creer tan grande felicidad necesito que Clemencia la confirme.

Clem. Si mi hermano lo ha confesado ya, no es posible ocultarlo... sí... os amo... ¡O! bastante os amo: ¿mas para qué revelaros el secreto de mi corazon si vuestro padre se opone?

Con transporte.

Saint. Yo sabré ablandarlo... yo, á pesar suyo, moderaré su inflexibilidad... nada hay imposible á quien puede decirse á sí mismo... Clemencia me ama: si ántes de esta declaracion resistia la indignacion de mi padre, ¿con quánta constancia lo haré en adelante? No: no tendré otra respuesta á todas sus reconvenciones, ni otra contradiccion á sus enojos que decirle: Clemencia me ama, padre mio; Clemencia me ama. Pero olvido que tengo que ir á casa del Presidente Argental... Nadie puede ayudarme tanto en mis proyectos... le enterneceré... penetraré su corazon... ¿y quién podria dexar de interesarse en la suerte de aquel que como yo puede decir Clemencia me ama?

Sale con precipitacion.

SCENA IV.

Franval y Clemencia.

Franv. ¿A qué irá á casa del Presidente? ¿y quál será su designio?

Clem. Mucho temo que su extrema viveza le precipite.

SCENA V.

Los mismos. Domingo con unos libros grandes debaxo del brazo.

Dom. Vuestra madre quiere desayunarse hoy en el estudio.

Franv. De muy buena gana.

Clem. ¿Todavía no has ido á darla los buenos dias? Bien sabes como repara en estas faltas.

Franv. ¡He estado tan ocupado! Voy á buscarla á su quarto, y á darla el brazo para que baxe.

Dom. Y yo corro á prevenir el desayuno.

SCENA VI.

Domingo despues de poner los libros en el bufete.

Dom. ¡Válgame Dios! si no he andado esta mañana mas de dos leguas, que no me llame Domingo... veamos si he cumplido todos mis encargos,

Saca de la faltriquera un librito de memorias.

porque si por desgracia se hubiese olvidado algo, Madama no dexaria de decir: -¡buen Dios, qué trabajo tengo con este criado! sobre que no tiene memoria.

Lee.

Primeramente á casa del Presidente Arbancas y del Prior de San Marcos á convidarlos de parte de mi señora... ya está esto hecho. De allí á casa del Librero de mi señor... aquí estan ya los libros. Despues ir á casa del Portero Prestolet á decirle que cese en sus procedimientos contra los incendiarios del arrabal, porque estan prontos á pagar seiscientas pesetas... Yo apostaria á que mi amo da el dinero secretamente de su bolsillo para salvar á esta familia infeliz: pocos Abogados hay así.

Prosigue leyendo.

Item : baxar á la calle de San Lorenzo á dar dos luises de parte de mi Señorita á la viuda del Portero antiguo de la casa de Harancour... ¡pobre muger! ¡quántas bendiciones dió á Clemencia!... ¡tambien es cierto que mi Señorita previene sus necesidades, y las socorre con tanta discrecion y delicadeza!... pero ya vienen mis amos,.. despachémonos.

Pone una mesita enmedio del teatro.

SCENA VII.

Domingo, Franval, Madama Franval y Clemencia. Domingo trae lo necesario para el desayuno.

Apoyada en el brazo de su hijo.

Mad. Sí, hijo mio: pocas familias hay en Tolosa de nombre mas claro y antiguo que la tuya; y espero que aunque eres un Abogado, te mostrarás siempre digno de tus predecesores.

Franv. Sí, madre mia: mi profesion no puede ménos de honrar á quantos la exercen con virtud, sean quienes fuesen.

Siéntanse los dos á la mesa, y Clemencia sirve el desayuno.

Mad. No puedo disimular la afliccion que me cuesta el no verte Senescal y sucesor de tus mayores; pero desgracias, contratiempos é injusticias de los hombres me obligáron á vender esta dignidad á la muerte de tu padre.

Franv. Por eso cultivando mis talentos he adquirido cierta consideracion, que solo hubiera debido en otras circunstancias á la casualidad y á la manía.

Mad. Sé muy bien el lugar distinguido que mereces en el tribunal; pero con todo, hijo mio, esto siempre es indigno de tu cuna, siempre es degenerar, nunca correspondiente.

Sale Domingo con una cestilla de frutas y de conservas, que pone en la mesa, y dice á Madama.

Dom. Aquí teneis una carta que trae el ayuda de cámara de Darlemont.

Franv. ¿Del Señor Darlemont?

Abriendo la carta.

Mad. ¿Este hombre que me querrá?

Toma algo del desayuno, y lee.

"Señora: permitidme que me dirija á vos misma

para vindicar los derechos mas sagrados"... ¿qué quiere decir esto? retírate Domingo...

Continúa leyendo.

"¡para vindicar los derechos mas sagrados...! mi hijo ama á vuestra hija, y dice que es correspondido..."

Clemencia se turba, y su madre la mira severamente.

Franv. Continuad, madre mia.

Lee.

Mad. "Por íntima y grande que sea la inclinacion de mi hijo, ni por legítima qué sea la eleccion que ha hecho de Clemencia, no podrá verificarse su union."

Con vehemencia.

No, sin duda: jamas se verificará.

Aparte.

Clem. Válgame Dios, ¡quánto padece mi espíritu!...

Franv. Os ruego que acabeis.

Acabando de leer.

Mad. "Así espero, que no permitais á mi hijo en adelante la entrada en vuestra casa, y que no le ayudaréis á ofender los derechos paternales. Darlemont." ¡Qué no le ayudaréis á ofender!..

¿llevó nadie tan adelante la irreverencia y la audacia?

Franv. Tranquilizaos, madre mia.

Mad. ¿Quién ha dicho á este humilde negociante, qué ahora presume de señor, que yo queria enlazarme con él? ¿olvida que, á pesar de sus riquezas, hay entre los dos infinita desproporcion de nacimiento? Hijo mio, ya me lisongeo que á vista de este ultrage no volverás á recibir en tu estudio al jóven Saint-Alme... y en quánto á su padre...

Se para.

Sí, nunca...

SCENA VIII.

Los mismos y Domingo.

Dom. Señor, aquí está un forastero que quiere hablaros.

Franv. ¿Un forastero?

Dom. Es un anciano lleno de canas respetables: qualquiera diria que es un Pastor de dignidad patriarcal.

Franv. Dí que entre.

SCENA IX.

Los mismos, ménos Domingo. Franval se levanta, y pone la mesita á un lado del teatro: Madama sentada, y leyendo la carta con indignacion.

Mad. No: no se verificará este matrimonio.

Clemencia á Franval.

Clem. Ya, hermano mio, se acabó para mí la felicidad.

SCENA X.

Los mismos y L' Epee. Domingo introduciendo á L' Epee.

Dom. Entrad.

L' Epee saluda á las señoras, y éstas corresponden. Franval se adelanta á recibir á L' Epee.

L' Epee. ¿Tengo el honor de hablar con el señor Franval?

Franv. Si señor.

L' Epee. ¿Podré hablaros por un momento?

Franv. Con mucho gusto.

Vase Domingo.

Franv. ¿Y puedo saber yo á quien tengo el honor de recibir en mi casa?

L' Epee. Soy de París, y me llamó L' Epee.

Franv. ¿L'Epee?... ¿el fundador de la escuela para sordo-mudos?

L' Epee. El mismo.

Franv. Madre... hermana... aquí teneis uno de los hombres que honran mas nuestro siglo.

Madama y Clemencia se levantan, y hacen á L' Epee cortesía mas respetuosa.

Modestamente.

L' Epee. Señor...

Franv. Veo con freqüencia los efectos milagrosos de vuestro instituto, y siempre me sorprehendo y admiro... creed que nadie como yo toma mayor interés en vuestros trabajos, ni respeta tanto vuestro nombre.

L' Epee. Veo que hice bien en valerme de vos.

Franv. ¿Qué motivo pudo proporcionarme la dicha de veros?

L' Epee. Vuestra reputacion, que tambien la teneis muy grande: necesito comunicaros un asunto de la mayor gravedad.

Mad. Retirémonos, hija mia: dexemos á estos señores.

L' Epee. No : lo que he de revelar aquí, debiera ser público : sobre todo, tengo necesidad de interesar á las almas sensibles : y si estas señoras gustan de oirme...

Con curiosidad.

Mad. Ya que nos lo permitís...

Aparte, y mirando á L' Epee.

Clem. ¡Qué tono paternal! ¡qué dignidad!

Franv. Sentaos.

L' Epee se sienta entre Madama Franval y su hijo, y Clemencia al lado de su madre.

L' Epee. Ved el asunto que me trae : quizá seré un poco largo ; pero nada debo omitir de quanto es necesario para llegar al fin que me he propuesto.

Franv. Ya os atendemos.

L.' Epee. Habrá ya cerca de ocho años, que por el otoño llevó á mi casa un ministro de policía de París un niño sordo-mudo de nacimiento: que la patrulla haciendo la ronda encontró en el puente nuevo al anochecer : visto con atencion, me pareció tendria como nueve á diez años. Las pobres y toscas ropas que le cubrian, declaraban que era de humilde extraccion ; pero su figura interesante me hizo prometer que le

tendria á mi cuidado. Al verlo al dia siguiente mas despacio, observé nobleza y pundonor en sus miradas, delicadeza en sus modos, y su confusion vergonzosa al verse cubierto de andrajos: ya entónces no dudé que aquel trage indecente no era el suyo, que su disfraz era malicioso, y que se le habia extraviado con deliberacion: yo anuncié su pérdida en los diarios, dí sus señas con escrupulosidad, pero en vano; porque nadie se apresura á reclamar al que es desdichado.

Franv. ¡Perversidad de los hombres! ¡á qué excesos os arrastra!

L' Epee. Viendo que eran inútiles mis investigaciones, y convencido de que este niño era víctima desgraciada de una tropelía secreta: procuré sacar indicios de él mismo: púsele el nombre adoptivo de Teodoro: le conté en el número de mis discípulos, no tardó en sobresalir entre todos, y sus adelantamientos confirmáron completamente mis esperanzas, que á los tres años abrió sus sentidos á la naturaleza, y le dió nuevo ser la educacion. Desde entónces luchaban con su imaginacion mil recuerdos: padecia agitaciones: yo le hablaba por señas tan rápidas como el pensamiento, y Teodoro me respondia con la

misma prontitud. Un dia que paseábamos por París, vió delante del tribunal de Justicia que un Magistrado se apeaba de su coche: todo se extremeció de repente: todo se conmovió, y padeció una súbita alteracion que llamó mis observaciones: preguntéle la causa de sus extremos, y me dió á comprehender que un hombre vestido del mismo modo le habia estrechado muchas veces en su seno, y humedecido con sus lágrimas. Este primer indicio acrecentó mis recelos: conocí que Teodoro era hijo ó pariente de algun Magistrado: que este Magistrado por las insignias de su vestido no podia ménos de ocupar una plaza superior; y por consiguiente que la patria de mi discípulo era una ciudad capital... Otro dia en el arrabal de San German vimos pasar un entierro de persona de calidad: notéle sobrecogido, con conmociones que se aumentaban á medida que se acercaba el acompañamiento: llegó el atahud, y al mismo instante creció su susto, y se arrojó á mis brazos. ¿Qué tienes? le pregunté: ¡ah! me respondió por señas Teodoro: yo me acuerdo que pocos dias ántes de venir á París acompañé con trage de duelo, y los cabellos esparcidos, el atahud de aquel Magistrado que tantas caricias

me hacia : todos lloraban , y yo lloraba tambien. Por este segundo indicio sospeché que Teodoro era huérfano , y heredero de grandes riquezas : sospeché mas ; sí : aseguré que sus riquezas habian excitado la codicia de algun pariente , que aprovechándose de la enfermedad de este infeliz , invadió sus bienes ; y que para poseerlos con impunidad , tuvo el bárbaro arrojo de expatriarlo , y perderlo para siempre. Estos descubrimientos importantes dobláron mis cuidados , y aviváron mi ternura : ¡ah señor ! Teodoro era cada dia para mí mas interesante : ¿cómo no formaria la árdua empresa de restituirlo á sus hogares? ¿pero cómo descubrirlos? Mi alma padecia : el infeliz jamas oyó pronunciar el nombre de su padre : ignoraba el lugar de su nacimiento , y la familia á quien pertenecia. Le pregunté , si se acordaba del momento en que vió la primera vez á París : – me dixo que sí ; y que todavía tenia presente la puerta por donde habia entrado : – al otro dia empezamos á recorrer todas las de París : llegamos á la del Infierno , y Teodoro me hace señales muy ciertas de que reconoce la puerta : que allí registráron su coche; y que allí se apeó con dos personas , cuya figura

conserva todavía en su memoria: tantos indicios me aseguraban que le habian traído por el lado del Sur. – Añadia Teodoro á sus confusas narraciones, que habia pasado muchas noches en el viage, y que á cada hora mudaba caballos: calculé el tiempo que pudiera tardar; y no dudé que la patria de mi amado mudo era una de las ciudades principales del Mediodia de la Francia.

Franv. ¡Quán vasto y sagaz es el ingenio movido en sus empresas por el amor de la humanidad! Acabad, acabad.

L' Epee. Fuéron inútiles quantas indagaciones hice por escrito en todas las ciudades meridionales de Francia; pero no por eso desmayó mi constancia, ántes bien convencido de que Teodoro lleno todavía de imágenes y recuerdos no podria ménos de conocer su patria, resolví yo mismo correr con mi discípulo todas las capitales del Mediodia. La empresa era larga y penosa: para asegurar su éxîto, era necesario viajar á pie: yo soy viejo; pero la inspiracion del cielo ayudaba mis débiles fuerzas: agoviado de años, y oprimido de dolencias, hace sesenta y seis dias que dexamos á París: solo con mi Teodoro salí por la puerta del Infierno, que volvió á reconocer como án-

tes, y despues de unir en tiernos abrazos las lágrimas de Teodoro con las mias, é invocando la asistencia del Ser supremo, empezamos á caminar baxo sus auspicios. Errantes é inciertos hemos andado muchas ciudades; porque Teodoro deseoso de encontrar sus hogares, me llevaba muchas veces á pueblos que despues no conocia: ya empezaban á acabarse mis fuerzas, las fatigas rendian mi valor, y me iban ya abandonando mis dulces esperanzas, quando llegué esta mañana á las puertas de Tolosa...

Con sensibilidad.

Franv. ¿Y qué?

Clemencia se levanta, se acerca á L' Epee y se apoya en el respaldo de la silla de su madre.

L' Epee. Luego que entramos en la ciudad, cógeme la mano conmovido, y háceme señal que la reconoce: á cada paso que dábamos por sus calles padecia una nueva alteracion, se animaba toda su figura, y llenaba de lágrimas sus ojos. Atravesamos la plaza, y Teodoro se postra de improviso, alza sus manos inocentes al cielo, llora, se levanta, y me dice que ha encontrado su patria... la alegría me hizo olvidar

las penalidades precedentes, recobré mis fuerzas, y andubimos muchos barrios... en fin, ¡ó Dios mio! al descubrir el palacio que está enfrente de vuestra casa, da un grito tremendo Teodoro, cae sofocado en mis brazos, y me señala la casa de sus padres... Quedé yo absorto por un momento; pero recobrada mi antigua serenidad me informo con disimulo... averiguo que esta casa es el antiguo palacio de los Condes de Harancour... que Teodoro es el único vástago que la muerte ha dexado de su linage... y que un tal Darlemont, su tutor y tio materno, está en posesion de todos sus bienes, á favor de una partida supuesta de difunto... Entónces pregunto por el Abogado de mayor consideracion, que pueda dirigirme en negocio tan importante... la opinion pública me señala á vos, y he venido á confiaros lo que mas quiere mi alma, el fruto de ocho años de trabajo, y la suerte de mi querido Teodoro. Dios lo depositó en mis brazos para que le acabase de criar, y yo en este momento lo deposito en los vuestros, para que vindiqueis sus derechos... Derechos los mas apreciables de la vida, un nombre legítimo y respetable... derechos imprescriptibles

que le dan la naturaleza, y las leyes.

Se levanta exáltado igualmente que su madre.

Franv. Contad, amigo... contad con todo el zelo que inspiran la confianza de un hombre como vos. ¡O! si alguna vez he sido feliz y vano de mi profesion, seguramente es en este momento... Es inexplicable el placer que tengo de poderos ser útil.

Quiere besar la mano á L' Epee... éste le tiende sus brazos, y Franval se precipita en ellos inmediatamente.

Con ternura.

L' Epee. Tengo la mayor confianza, no lo dudeis. Veo correr vuestras lágrimas.

Con dignidad.

Mad. ¿Quién sería insensible á vuestra narracion?

Clem. Habeis penetrado nuestros corazones.

Franv. Mucho siento encontrar delinqüente al padre de un amigo... por Saint-Alme y por mí me sea permitido emplear con Darlemont los medios que dictan la prudencia y la cortesía; pero si esto no bastare, descubriré sin piedad su crímen y falsificacion, confundiré su avaricia, y le haré restituir en nombre de las leyes los frutos de su iniquidad.

Mad. ¡Quán impaciente está mi alma por ver humillado á Darlemont!... mucho tarda ya en descender su soberbia... en baxar á la clase en que nació.

Clem. ¡O! si yo lo viese.

A L' Epee.

Franv. ¿Pero en dónde habeis dexado á vuestro Teodoro?

L' Epee. En una posada, donde me estará aguardando con impaciencia.

Franv. ¿Por qué no le habeis traído?

Clem. ¡Quánto gusto hubiera tenido en verle!

L' Epee. Un sordo mudo siempre es incómodo, y temí que su presencia...

Franv. No disminuyese el interes...

Extrechando la mano de Franval.

L' Epee. ¡Ah, Franval! no es fácil encontrar siempre corazones como los vuestros...

Franv. Es menester que venga; yo quiero verlo... quiero mas... Este jóven no puede quedarse solo... además que será menester que demos juntos muchos pasos... aceptad un quarto en mi casa; y tendré el placer de haber gozado como nunca los encantos de la hospitalidad.

L' Epee. Sois muy atento, y temería...

Mad. No, L' Epee; en esto nos complaceis, y nos dais estimacion...

Con caricia.

Clem. Despues de un viage tan largo, tendréis necesidad de reposo, y en ninguna parte hallaréis el interes y el cuidado que tendrémos aquí del señor L' Epee.

L' Epee. No puedo resistir á tales instancias; voy á ver á mi discípulo, y vuelvo luego á presentarlo.

Franv. Entretanto meditaré el órden de nuestras operaciones; no puedo disimularos que serán dificiles... porque anular actos auténticos... arrancar de las manos de un usurpador avaro y poderoso bienes considerables, y convencer de falsario á un señor de consideracion, pide las mayores precauciones.

L' Epee. Mi confianza descansa en vuestros talentos: y sea qual fuere el término de esta empresa... tendré el consuelo de haber hecho mi deber... Sobre todo, Franval, el haberos conocido será mi recompensa.

Todos acompañan á L' Epee.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

SCENA PRIMERA.

Clemencia y Domingo.

Dom. No, señorita... Saint-Alme no ha vuelto á su casa.

Clem. ¡Qué contratiempo tan faltal! Nunca nos ha hecho tanta falta.

Con ironía.

Dom. Vendrá... estad segura que vendrá... Si supiera que le esperabais con tanta inquietud, no se ausentaría fácilmente... Busca demasiado los momentos de veros para que...

Clem. Dime, Domingo: ¿diste mi recado á Mariana?

Clem. No me perdonaría á mí mismo si no lo hubiera hecho.

Clem. ¿Aceptaría sin duda?

Dom. ¡Ah, senora! Entré, y la hallé al torno: buenos dias abuelita.- Criada vuestra, señor Domingo... ¿Cómo está mi queridita?- Por que es

de notar que siempre os llamá de este modo... Muy bien, Mariana: ¿y vos?-Yo cayendo y levantando; aunque este reuma me incomoda y atormenta, es preciso trabajar para ganar de comer...- Tomad, la dixe: con esto tendréis un socorro...- ¿Cómo? ¿Dos luises?... Mi señorita os los envia.- ¡Ah! dixo: bien se conoce que es ella; y besándolos muchas veces, pedia al cielo por vuestra salud y felicidad...- ¡O! yo creo que hoy mismo vendrá á daros las gracias.

Clem. ¡Pobre Mariana! Me es muy dulce poderla ofrecer algunos auxîlios... Jamas olvidaré los desvelos con que me asistió en la enfermedad... Si acaso viniese, no permitas que hable con nadie sino conmigo... ¿Me entiendes?

Dom. Descuidad... ¡Pobre y amable muger! ¡Qué diferencia de quando su marido era portero de la casa de Harancour! Nada entónces la faltaba... pero Darlemont... este Darlemont, desapiadado los echó cruelmente como á todos los criados del difunto Presidente su cuñado... El portero desventurado murió de pesar, y yo conozco á muchos compañeros suyos, que sin el socorro de su hijo Saint-Alme...

Clem. Saint-Alme... ¡Qué jóven! ¡Quán diversa es su alma de la de su padre! Parece que se ha impuesto la obligacion de reparar los daños que hace su dureza.

Dom. Sí, señora: Saint-Alme, es tan franco, sencillo y generoso, como su padre duro, altanero y taciturno... Saint-Alme, será un buen amo... excelente padre de familia,

Sorriéndose mira á Clemencia.

y sobre todo buen marido...

Clemencia baxa la vista, y da un suspiro.

¿no pensais señorita como yo?

Turbada.

Clem. Sí... Yo creo que... Sí... la que merezca fixar la eleccion de este jóven...

Dom. Vaya... esto es hecho.

Clem. ¿De veras?

Dom. Estoy muy seguro.

Clem. En efecto, he oído que se casa con la hija del primer Presidente.

Dom. Yo tambien; pero no, no se verificará.

Clem. ¿Qué dices?

Dom. Nosotros acá amamos á otra.

Clem. ¡Qué gracia!

Dom. Es cierto: preferimos la felicidad á las ri-

quezas: cada uno tiene su gusto: ya, ya hemos elegido secretamente una hermosura que encanta.

Clem. ¿Has preparado el quarto para L' Epee y Teodoro?

Dom. Todavía no.

Clem. Pues despáchate, que van á venir al instante.

Dom. Bien está; voy allá.

Aparte yéndose.

¡Qué taimada! no puedo hacerla confesar que está enamorada: jamas la he podido sacar una palabra.

SCENA II.

Clemencia.

Clem. Este viejo Domingo halla placer en atormentarme: ya me sentia turbada: mis colores subian al rostro, y padecia una alteracion que era imposible ocultar por mas tiempo. Mas ahora no pensemos sino en el descubrimiento importante del respetable L' Epee: y entreguémonos á la esperanza que me prometen mis imaginaciones: no hay duda: si Darlemont restituye los bienes á Teodoro, no habria desigualdad entre Clemencia y Saint-Alme, y el amor... el amor sin las cadenas de su orgullo ambicioso volveria á to-

mar todo su imperio; ¿pero puedo esperar que mi madre ultrajada y ofendida?... ya llega.

SCENA III.

Clemencia, Madama Franval y Franval.

Mad. ¿En qué te detienes que no entregas el usurpador Darlemont á la venganza de las leyes? Hijo mio, apadrinar el crímen es hacerte su cómplice.

Franv. ¿Por ventura olvidaré que Darlemont es el padre de mi amigo? Dí, Clemencia, ¿fué Domingo á prevenir á Saint-Alme que viniera aquí prontamente?

Clem. Sí, hermano; pero tu amigo no habia vuelto todavía á su casa.

Mad. No puedo disimular, hijo mio, el enojo que me causa su vista desde la carta pasada: padezco sobre manera: me repugna dar entrada á ese jóven.

Franv. No lo dudo, señora; ¿pero debemos hacerle responsable de las faltas de su padre?

Clem. Léjos de tener parte en ellas, madre mia, os aseguro que no se ocupa en otra cosa que en endulzarlas y corregirlas.

Mad. Yo no las olvidaré: jamas olvidaré la carta

que tuvo osadía de escribirme.

Franv. Si no tratásemos mas que del criminal Darlemont, yo descorreria sin miramiento el velo con que encubre su impostura; pero me lo impide el abuso de las preocupaciones que nos ciegan: sujetos á su imperio, no puedo manifestar los crímenes de Darlemont como usurpador, y como falsario, sin hacer que recaiga sobre su hijo inocente la infamia que él solo merece.

Clem. ¡O hermano! Saint-Alme es bien inocente: ¿quántas veces no ha llorado en presencia nuestra la pérdida de su primo? ¿quántas lágrimas, quántas tiernas lágrimas ha tributado delante de nosotros á la memoria del compañero de su infancia?... ¿en qué corazon podrán anidar abrazadas mayor franqueza y ternura? ¿hay carácter mas tierno, generoso y sensible que el suyo?

Una mirada severa de la madre detiene á Clemencia, y la hace mudar de tono.

¿Es verdad, hermano mio?

Con desasosiego, y mirando á su madre.

Franv. Solo nos resta ver un momento á Saint-Alme para observar en él... pero aquí vienen nuestros huéspedes.

Madama Franval se levanta.

SCENA IV.

Los mismos. L' Epee trayendo de la mano á Teodoro.

L' Epee. Este es mi Teodoro, mi hijo adoptivo, que tengo el honor de presentaros.

Teodoro saluda á todos con sérias cortesías: mira á Franval y á su madre, y despues fixa la vista en Clemencia.

Clem. Es interesante su figura.

Observa con cuidado á Teodoro.

Mad. Vaya: es un vivo retrato de su padre.

Con dignidad.

L' Epee. ¿Veis, señora?

Mad. No hay duda: me parece que estoy con el Presidente Harancour.

Teodoro pone la vista en Franval, la fixa en él por largo tiempo con observacion.

Franv. Se lee gravada en su rostro la impresion del sentimiento; y veo no sé qué señales que animan sus movimientos, y anuncian los efectos felices de vuestro génio creador.

Teodoro, despues de mirar á Franval atentamente, hace muchas señas á L' Epee. Estas se-

ñas son: primera, llevar la mano derecha á la frente, donde la fixa un momento, dando á entender el talento. Segunda: alza el brazo derecho hácia Franval con dignidad y fuerza.

Franv. ¿Qué dicen estas señas?

L' Epee. Me dice, señor, que vuestra figura y dignidad le inspiran la confianza de triunfar en su causa, y de confundir á su opresor.

Enternecido.

Franv. Sí, hijo mio, yo lo prometo. Este abrazo es el pacto sagrado de que lo cumpliré.

Señas de Teod. *Primera: lleva con dolor la mano á la boca y oídos. Segunda: toma la derecha de Franval, y la arrima á su corazon. Tercera: da ciertos golpecitos en la izquierda de éste.*

Franv. ¿Y qué dice ahora?

L' Epee. En la primera: que como no habla ni oye, no puede expresaros su gratitud. En la segunda: que bien la sentiréis en los latidos de su corazon: y en la tercera, que ya vuestro nombre queda gravado en él para siempre. Estas son sus mismas expresiones.

Franv. ¿Sus expresiones? Pues qué ¿entendeis quanto quiere decir? ¿tanto ha adelantado vuestro genio?

L' Epee. Todo absolutamente.

Mad. ¿Y Teodoro comprehende quanto le hablais?

Teodoro mira nuevamente á Clemencia.

L' Epee. Sin duda: por este medio he conseguido ilustrar su espíritu, y formar su corazon.

Clem. Es muy singular la atencion con que me mira.

L' Epee. No os admireis, señorita... sois hermosa... y quanto ofrece á la vista de Teodoro la imágen de la verdadera belleza, arrastra su sensibilidad, y fixa sus ideas: la naturaleza obra este prodigio: sí. La naturaleza; porque cuidadosa de indemnizar á estos infelices de los defectos con que naciéron, les dotó de instinto tan delicado, y de imaginacion tan rápida, que desenvuelta una vez su inteligencia, alcanza mas que la nuestra. Para gloria mia cuento entre mis discípulos matemáticos muy profundos, historiadores y distinguidos literatos. Teodoro... este niño que veis miserable á los ojos de los mortales, ganó el invierno pasado en París un premio de poesía, y fué laureado en una Academia con asombro y delicia de los concurrentes.

Franv. Me acuerdo en efecto: los diarios anunciáron este prodigioso fenómeno, y diéron glo-

ria inmortal á vuestro nombre.

Clem. ¿Cómo es posible que privado de la palabra y del oído todo lo entienda, y exprese Teodoro? Es increible...

L' Epee. Y responderá inmediatemente á quanto querais preguntarle... hagamos la prueba...

L' Epee hace señas á Teodoro: éstas son; primera: darle en la espalda, para llamar su atencion. Segunda: ponerle los dedos extendidos sobre la frente, y pararse un poco en esta postura. Tercera: señalar con el índice á Clemencia, y con la derecha figurar que escribe muchos renglones en la mano izquierda.

Teod. *Da á entender que comprehende las señas de L' Epee, se sienta al bufete de Franval, toma una pluma, y se prepara para escribir.*

A Clemencia.

L' Epee. Haced á Teodoro la pregunta que gusteis... qualquiera... en vista de mis señas la escribirá sobre el papel, y despues pondrá debaxo la respuesta. *Dudosa.*

Clem. No sé qué preguntar.

L' Epee. Qualquiera cosa... lo primero que se os ocurra.

Pensativa.

Clem. Bien... yó pregunto: ¿quál os parece en Francia el hombre mas célebre de los que exîsten?

L' Epee. La pregunta es delicada... dignaos de repetirla, y de pronunciar despacio las palabras... haced cuenta que se las dictais para que las escriba.

L' Epee hace señas á Teodoro que se prepâre para escribir, y Teodoro manifiesta que lo entiende.

Clem. Vamos... ¿Quál es?

Primeras señas de L' Epee á Teodoro: extiende las manos hácia adelante, y las palmas hácia arriba. Segunda: hace con el índice de la mano derecha un semicírculo de derecha á izquierda; entónces escribe Teodoro, y para luego.

Clem. ¿A vuestro parecer en Francia?

Segundas señas de L' Epee. Primera: lleva los dedos de la mano derecha á la frente, y los detiene en ella un instante. Segunda: señala á Teodoro con el índice. Tercera: levanta luego las dos manos, y se las pone sobre la cabeza. Quarta: le designa con la derecha quanto le rodea. Teodoro vuelve á escribir.

Clem. ¿El hombre mas célebre de los que viven? *Terceras señas: Primera: L' Epee alza tres veces la mano derecha. Segunda: alza las dos juntas quanto le es posible. Tercera: déxalas caer sobre cada espalda. Quarta: las corre separadas desde el pecho á la cintura. Quinta: expresa la vida respirando una vez con fuerza, y tomándose sucesivamente uno y otro pulso.*

L' Epee toma el papel que Teodoro ha escrito, y lo presenta á Franval.

L' Epee. Ved como ha escrito fielmente la pregunta...

Exâminando el papel.

Franv. ¡Está escrito con singular correccion!

L' Epee vuelve á poner el papel delante de Teodoro, el que está inmóvil y distraído.

Clem. Denota Teodoro hallarse pensativo...

L' Epee. Por ménos debiera estarlo... os aseguro que la respuesta es dificil... Le prescribís hacer una eleccion de los hombres grandes, y es muy buen aprieto.

Teodoro va volviendo de su distraccion, se aníma por momentos, y escribe.

Observando á Teodoro.

Franv. ¡Qué fuego brilla en sus ojos! ¡Qué viveza en todos sus movimientos! Es un prodigio... parece que escribe satisfecho y enternecido al mismo tiempo, y sino me engañan mis presentimientos ha de tener su respuesta los rasgos de una alma sensible, y de una razon ilustrada.

Teodoro se levanta, da el papel á Clemencia, y la hace señas de que lo lea... Franval y su madre se acercan con ansia. Llégase Teodoro á L' Epee, y lo mira con curiosidad (1).

Lee el papel.

Clem. "Pregunta... ¿Quál es á vuestro parecer en »Francia el hombre mas célebre de los que exîs»ten? Respuesta... La naturaleza nombra á Bu»fon: la ciencia corona á D' Alambert: pero el »genio y la humanidad proclaman á L' Epee... »yo le prefiero á todos los demas."

Señas de Teodoro: por las primera expresa una balanza ó peso, levantando y baxando alternativamente sus manos. Segunda: alza su derecha

(1) Estas señas serán claras y prontas, para no retardar la marcha de la Scena.

quanto le es posible. Tercera: señala á L' Epee con el índice de la misma mano. Quarta: corre á sus brazos.

Con ternura.

L' Epee. Es necesario, hijo mio, disimularte este error. ¡Yo preferido! Su mucha gratitud dictó la expresion que me sonroja.

Abraza de nuevo á Teodoro.

Toma el papel de Clemencia.

Franv. No puedo volver de mi admiracion.

Mad. Es preciso ver este prodigio para creerlo.

Clem. No puedo ménos de enternecerme hasta llorar.

Franv. Esta respuesta prueba la pureza de su gusto, y anuncia la vasta extension de sus conocimientos. ¡Ah! L' Epee, ¿quántas observaciones y cálculos, quántos cuidados paternales os habrá costado su educacion? Estos efectos que admiro resultan de grandes combinaciones.

L' Epee. Es imposible decir lo que me ha costado... pero la idea de crear una alma segunda vez por la instruccion; esta idéa sublime suaviza mis fatigas, y aníma mis esperanzas... Si el labrador

al ver cubiertos de ricas mieses los campos que ha cultivado, siente en sí mismo un júbilo proporcionado á sus fatigas, considerad el que debo sentir yo quando rodeado de mis discípulos veo á estos infelices romper poco á poco las tinieblas que los rodean, anímarse á los primeros rayos de la suprema inteligencia, llegar por grados á la inexplicable felicidad de conocerse, de comunicarse sus pensamientos, de hablar á sus semejantes, y de formar en torno de mí una familia amable que me llama su padre... ¿hay placeres mas halagüeños? los hay ménos costosos, pero no tan verdaderos.

Franv. Creedme, L' Epee... vuestro Teodoro ha clasificado los hombres grandes con rectitud y delicadeza; pero entre ellos ninguno habrá cuya memoria sea mas grata que la vuestra á la posteridad... Si la Francia deudora á los héroes que por sus hazañas contribuyéron á su gloria, les erige monumentos honrosos, ¿cómo no los levantará su mano agradecida al genio creador que superando trabajos y obstáculos, repara los sentidos humanos, y corrige sus imperfecciones?

SCENA V.

Los mismos, y Domingo deteniendo á Mariana.

Dom. No entreis... ¡qué porfia! Os digo buena Mariana, que no se puede hablar á Clemencia.

Haciendo fuerza para entrar.

Mar. ¡Impedirme verla, y estrecharla en mi corazon! No lo conseguirás.

A Clemencia.

Dom. Imposible me ha sido detenerla.

Teodoro mira á Mariana, y parece que recorre su memoria.

A Madama Franval con viveza y sensibilidad.

Mar. Disimulad, señora, mi atrevimiento...

A Franval.

Señor, siento interrumpiros... pero quando el corazon está lleno, es menester... ¡Esta benéfica y hermosa Clemencia...! ¡Emplearse incesantemente en mi alivio! ¡Prevenir mis necesidades! y enviarme...

Clem. Nada, mi querida Mariana; eso no merece...

Mar. ¡Cómo nada! ¡O Dios!

Mad. ¿Qué es esto, hija mia? dímelo.

Teodoro sigue los movimientos de Mariana con la mayor agitacion, la mira de arriba á baxo, y hace señas á L' Epee de asombro y admiracion: estas señas son. Primera: señalar á Mariana. Segunda: ir á la puerta y espresar á uno que llama, y á otro que abre. Tercera: volver á señalar á Mariana.

Mar. Su modestia la impide responder... pero yo hablaré... Sabed, señora, que Clemencia desde su enfermedad, no ha dexado de enviarme vestidos y socorros; hoy mismo me ha enviado con Domingo dos Luises... esta limosna se ha aumentado en mis manos, pues con ella socorrí á una vecina desdichada...

Toma una mano á Clemencia.

¡Ah! señorita, ¡quán dulce es para Mariana deberos todo esto.

Dirigiéndose á Mariana.

L' Epee. Buena muger... Buena muger...

Con respeto y admiracion.

Mar. Señor...

L' Epee. ¿No habeis vivido muchos años en el palacio del Conde de Harancour?

Mar. Sí, señor; treinta y cinco años fué portero mayor de la casa mi difunto marido.

L' Epee. Esto necesitaba... ¿os acordais haber visto allí al niño Julio, sordo-mudo de nacimiento?

Mar. ¿Que si me acuerdo de él?.. ¡le he llevado tantas veces en mis brazos!... Su muerte nos ha costado muy cara, para que yo le olvide jamas.

L' Epee lleva á Mariana á ver á Teodoro.

L' Epee. Pues bien; mirad á este jóven... miradle bien...

Mirando de cerca á Teodoro.

Mar. ¿Qué veo? ¡Dios mio!

Franv. Miradlo bien.

Teodoro descubre bien la frente á Mariana, y hace señas de que le llevaba en brazos quando era pequeñito.

Mar. El es... ¡El qué amabamos tanto! El que tantas veces hemos llorado desconsolados... ¡O! Sí... sí... yo le reconozco.

Mariana cae á los pies de Teodoro, éste la levanta precipitadamente, y la abraza.

Dom. Y yo tan majadero que la impedia la entrada...

L' Epee. ¡Singular y precioso descubrimiento!

Franv. Que nos conducirá sin duda á pruebas importantes.

Madam. Y confundirá al insolente Darlemont... ¡Quánto me alegro!

Clem. Mi placer es mayor todavía... Socorrí secretamente á una infeliz, y mi piedad proporciona el primer testigo... ¡O! ¡celestial beneficencia!

Mar. ¡Si viviera mi pobre marido!... ¿pero cómo es que este niño, tenido por muerto tantos años hace, aparece ahora en esta ciudad? ¿Qué prodigio del cielo es éste que yo no puedo comprehender?

L' Epee. Ya lo sabréis todo, buena muger... pero decidme ántes; ¿estais bien segura de que este jóven sea Julio de Harancour? ¿Podréis declararlo en justicia?

Mar. Lo sostendré con juramento delante de Dios, y de los hombres.

Franv. Todavía mas... ¿podeis proporcionarnos el testimonio de algunos criados antiguos de la casa, que hayan como vos conocido al Condecito en su niñez?

Mar. Sin duda: la viuda del cochero vive todavía.

Dom. Pedro, el viejo palafrenero, estuvo el otro dia á verme con su muger... precisamente viven muy cerca de aquí.

Con viveza.

Mad. Al instante... es menester buscarlos... luego.

Dom. Bien pronto estarán aquí.

Detiene á Domingo.

Franv. Espera un momento...

A L' Epee.

Ya os he dicho L' Epee, que la estrecha amistad que me une con Saint-Alme, me obliga á proceder con miramiento. Mi parecer es que nos presentemos en el palacio de Harancour... allí baxo los mismos techos que encubren la usurpacion le atacarémos... Vos con el arma irresistible de un intérprete de la naturaleza: yo con el lenguage de las leyes, y con toda la energía que inspiran la equidad, y la justicia de la causa... ¿este hombre, por audaz ni temerario que sea, resistirá nuestras reconvenciones?

L' Epee. Adopto vuestro plan... Yo, Franval, imagino que este medio podrá darnos la gloria del suceso.

L' Epee se aparta con Teodoro, á quien explica por señas el partido que acaban de tomar.

Estas señas las suplirá el actor.

Franv. Es preciso que todos guardeis un silencio

inviolable... nadie sepa quanto acaba de pasar.

Mar. Yo lo prometo.

Dom. Estad seguro por mi parte.

Mariana, Domingo y Franval se acercan á Teodoro y á L' Epee.

Mad. Yo no... no me obligo á nada... ese perverso Darlemont...

Abrazando á su madre.

Clem. Pero madre mia...

Con aspereza.

Mad. Aparta... Tú dirás lo que quieras; pero yo no dexaré de gritar contra Darlemont... es un ambicioso que debe sufrir los castigos mas severos... es un insolente que merece ser humillado...

Todos forman grupo.

ACTO QUARTO.

El teatro representa una sala de la casa de Harancour, con muebles suntuosos... á la izquierda de los espectadores una puerta que da al gabinete de Darlemont.

SCENA PRIMERA.

Darlemont, Dupré y Dubois. Darlemont y Dubois por la puerta lateral, y Dupré los sigue confuso y distraído.

A Dubois.

Darl. ¿Dices que mi hijo no ha vuelto todavía?

Dub. No señor...

Darl. ¿Y por qué no le seguiste?

Dub. Me lo prohibió...

Darl. ¡Si habrá vuelto á casa del Abogado Franval?

Dub. No es de presumir, porque Franval ha enviado recado ahora mismo á llamarle.

Darl. Anda á esperar á Saint-Alme á la puerta, y quando llegue, que se venga á mi quarto en de-

rechura... ¿lo oyes?... Que inmediatamente...

SCENA II.

Darlemont y Dupré.

Darl. ¿Y bien, que me quieres Dupré?...

Dupré saca un bolsillo... lo mira, y pone sobre una mesa.

Dup. Tengo, señor, el honor de volveros estos veinte y cinco luises, que mandasteis me dieran esta mañana...

Darl. ¿Volverlos? ¿Y por qué?... Son el importe de los seis meses de renta vitalicia que te asigné el otro dia, en recompensa de tus buenos servicios: yo quiero que te se pague adelantado cada plazo.

Dup. Os vuelvo vuestro dinero... no puedo recibir el precio de una accion que me horroriza todavía... mi corazon estará siempre cargado de su peso.

Con simulada alegría.

Darl. Bueno... ¿Con que tú jamas has de olvidar aquel vástago miserable de la casa de Harancour?

Dup. Mi imaginacion me recuerda á cada instante

su infortunio... aun me parece que estoy viendo las últimas miradas que me echó quando me apartasteis de él.

Enfurecido.

Darl. Pues yo no podia sufrir la vista importuna de este mudo, automata enfadoso...

Dup. Sin embargo confesaréis que tenia las mas bellas disposiciones, y sobre todo un buen corazon. Era todavía bien pequeñito, y quando le llevaba á paseo, le enternecia con extremo la pobreza de sus semejantes. Si encontrábamos algun mendigo, se deshacia en señas para que le socorriese, y su mayor placer era partir con los demas quanto poseía. Pobrecito Julio... acordáos, señor, del dia que expuso su vida por la de vuestro hijo, cuya viveza y atronamiento... Saint-Alme hubiera sido hecho pedazos por la fiereza de un mastin acosado de sus pedradas, si Julio, horrorizado del peligro, no cayera sobre el furioso animal con la presteza y estruendo de un rayo. Este infeliz conservará hasta la muerte la cicatriz de la herida que recibió en el brazo derecho, solo por salvar la vida de su primo.

Darl. ¿Que nunca has de dexar de recordarme este lance?

Dup. Es porque prueba que el Condecito tenia tanto valor como bondad... ¿quién como yo conocia esta bondad encantadora? Yo: yo que fuí el ayuda de cámara mas antiguo de su padre: yo encargado de su niñez, ¡y he podido abandonarlo! ¡he podido ceder á vuestros ruegos, y hacerme cómplice vuestro!

Con enojo.

Darl. ¡Dupré!

Con acaloramiento.

Dup. Sí, señor: vuestro cómplice... quando un criado antiguo que no ha merecido en cincuenta años reprehension, está inquieto y atribulado, debeis escuchar sus quejas sin enojo, y respetar su dolor.

Conteniendo los ímpetus de su cólera.

Darl. ¡Qué trabajo me cuesta reportarme!

A Dupré.

Mi querido Dupré, el exceso de tu sensibilidad te descompone sobre manera: vaya, querrias pasados ocho años enteros revelar el secreto importante que fié á tu silencio?

Dup. ¿Y qué adelantaría con eso? ¿á dónde estará ya el desdichado? Yo prometí guardar perpétuo silencio de todo, y lo cumpliré... es cier-

to lo cumpliré; pero ha de ser con la condicion que jamas me hablareis de este sueldo funesto con que creisteis seducirme: me bastan mis remordimientos sin que sea necesario agravarlos mas con un salario deshonroso.

Darlemont se extremece.

Sí, señor, deshonroso.

SCENA III.

Darlemont solo.

Darl. El dolor de este viejo me inquieta, y asusta... Quán cruel es la necesidad de que hayan de tener un testigo nuestras acciones reservadas... ¿Pero qué temo? Trasladado Julio de improviso á ciento sesenta leguas de sus hogares, y perdido con maña enmedio de Paris, sin duda estará recogido en alguna casa de piedad... Y tambien puede ser que ya no viva... en todo evento, ¿qué indicios podria dar un sordo mudo de nacimiento, huérfano, niño, y á quien nadie reclama? No obstante, si Dupré llegase á divulgar la cosa mas mínima... nada estará demas para contentar á este viejo... Es absolutamente necesario... es menester acomodarme á su hu-

mor; suavizar con él mi fiereza y mi carácter, y sobre todo no perderlo de vista un solo instante... ¡Ah fortuna! ¡Quántas humillaciones me haces padecer! ¡Fortuna! ¡quánto me cuesta asegurar tus favores!

SCENA IV.

Darlemont y Saint-Alme.

Saint. ¿Qué me quereis, padre y señor?

Darl. Tengo que hablarte; pero será la última vez, si no cedes gustoso á los designios de tu padre... pero díme, ¿qué has hecho toda la mañana?

Con ingenuidad.

Saint. Padre mio... como yo ignoro el arte de fingir... os confieso que vengo de casa del Presidente Argental...

Darl. ¿Sin irte yo acompañando á qué fuiste allá?

Saint. A descubrirle enteramente los secretos de mi corazon... á que supiera por mí mismo el amor que tengo á Clemencia Franval.

Darl. ¿Tuviste esa temeridad?

Saint. Bien sabía vuestro desagrado, y que este paso os sorprehenderia... pero, señor, juzgad quál será la grandeza de la inclinacion que me

arrastra, quando me hizo atropellar la idea de enojaros.

Sujetando su rabia.

Darl. ¿Y qué respondió el Presidente?

Con confianza.

Saint. ¡O Padre mio! ¡qué alma la suya tan justa y generosa! No saliéron vanos mis juicios...

Haciendo esfuerzos para contener su cólera.

Darl. Pero vamos, ¿qué te ha dicho? respóndeme.

Saint. Estas son sus propias palabras. "Vuestro casamiento con mi hija hubiera sido grato á mi corazon, y aliviaria mi vejez; pero la eleccion que habeis hecho de Clemencia Franval destruye todas mis quejas"...

Dando vuelo por grados á su cólera.

Darl. ¿Cómo? ¿es posible?

Continúa.

Saint. "Los vínculos que os unen á una muger tan perfecta y hermosa, deben ser indisolubles."

Con explosion.

Darl. ¿Indisolubles?

Saint. Veo, señor, que mi narracion os irrita.

Darl. Acaba, acaba.

Con la mayor turbacion.

Saint. "En fin, me aseguró que léjos de quedar

ofendido de mi proceder, aprobaba los motivos y apreciaba mi franqueza.

Movimiento convulsivo de Darlemont.

Saint. Me prometió emplear toda la amistad que tiene con vos para que no me negueis vuestro consentimiento."

Otro movimiento de Darlemont.

Saint. Y creo que dentro de poco tiempo vendrá á interesarse por mí.

Darl. ¿Y te persuadiste que yo cederia á sus solicitudes? ¿que sería juguete de tu audacia?

Saint. Padre mio...

Darl. ¡Soy el mas infelice de los mortales! Yo llego á ser poseedor...

Se detiene.

poseedor de una hacienda considerable... quiero emplearla en procurar á mi hijo un enlace envidiado de las primeras familias de Tolosa; y quando ya veo apartados los obstáculos, vencidas á fuerza de oro las preocupaciones, y superada la manía que nace de la diferencia de familias: quando ya está todo llano, me encuentro un ingrato que desayra mis desvelos, que desprecia su bien, y no apetece la primera Magistratura.

Saint. ¡Qué son para mí las riquezas! ¿qué la grandeza? Ser esposo de Clemencia es la única ambicion de mis sentidos; su estimacion es la sola riqueza que deseo.

Darl. Insensato, que así desprecias la opulencia, todavía no sabes lo que cuesta el adquirirla...

Darlemont toma del brazo á Saint-Alme, y lo lleva por el teatro.

Darl. No, no: tú no sabes quánto cuesta.

Saint. ¡Ah Señor! tengo por grandes los sacrificios que os habrá costado la adquisicion de vuestros bienes; pero nunca podrán compararse á los que de mí exîge vuestro imperio. No solo amo: no solo adoro... ya debo decirlo... soy correspondido.

Darl. ¿En qué fundas esa seguridad?

Saint. En la virtuosa Clemencia... ella misma...

Darl. ¡Qué locura! Jóven incauto, que prefieres á las ventajas que te propongo las caricias interesadas de una muchacha sin bienes, díme, ¿conoces tú las seducciones que trama el artificio?...

Saint. Despedazad, señor, mi corazon crédulo y sensible; moved todos los resortes posibles para separarme de mi amor; pero á lo ménos excusadme la afliccion de oir ultrajar el nombre de

mi amada... semejante esfuerzo es superior á mi razon. Clemencia fixó mi corazon para siempre; pero sin artificio, ni astucias engañosas: sus gracias divinas: sus virtudes, mayores todavía que sus gracias: la sangre ilustre de sus ascendientes... estas son todas las tramas y artificios de esta doncella adorable: estas las seducciones con que cautivó á vuestro hijo.

Confuso.

Darl. Escucha por la última vez las órdenes de tu padre. No hay remedio: es menester olvidar á Clemencia Franval.

Saint. Primero cien veces la muerte...

Con dulzura.

Darl. En ello va mi reposo.

Saint. Tambien va mi vida.

Con mayor dulzura.

Darl. Cede á mis ruegos, hijo mio.

Saint. Soy amado.

Abrazándolo.

Darl. Saint-Alme, yo te lo suplico.

Con ternura, y besando las manos de Darlemont.

Saint. Soy amado, padre mio... soy amado.

Darl. Esto es ya demasiado: apártate.

Saint-Alme quiere besar la mano á su padre: éste huye, le echa de su presencia, y Saint-Alme se va por la puerta lateral.

SCENA V.

Darlemont solo.

Despues de un momento de silencio.

Darl. No podré sofocar la violencia de su amor, ni reprimir la sensibilidad que le devora. ¡Qué tribulacion! Su casamiento con la hija del Presidente Argental hubiera igualado mi clase á mi riqueza. No solo esto: no solo... hubiera puesto mis remordimientos al abrigo de toda inquietud... entónces ya gozaria sin recelo de mi fortuna... pero ¡qué desgracia! mi mas cara esperanza, mi única ambicion, todas mis cuentas están desvanecidas.

SCENA VI.

Darlemont y Dubois.

Por el fondo del teatro.

Dub. El Abogado Franval pide permiso para hablaros reservadamente.

Acelerado.

Darl. ¿El Abogado Franval?

Dub. Si señor, el mismo.

Pensativo.

Darl. Dile que no puede ser.

Vase Dubois.

SCENA VII.

Darlemont solo.

Darl. Este venia á hablarme de su hermana, y á estrecharme sobre el matrimonio que proyecta con mi hijo; pero yo sabré desconcertar sus intenciones. Es bien singular que estos Legistas de reputacion quieran competir con el grande y con el rico... ¡quánto me complace abatir su orgullo, y hacerle conocer...

SCENA VIII.

Darlemont y Dubois.

Dub. El Abogado Franval me envia á deciros que viene acompañado del Abate L' Epee, Preceptor de sordos-mudos en París.

Sobresaltado.

Darl. ¿Quién? ¿el Abate L' Epee?

Dub. Si señor; y que tienen que comunicaros cosas de la mayor importancia.

Aparte.

Darl. ¿Qué tímidos sobresaltos?... todo se reune contra mí... parece que un destino secreto se complace en atormentarme.

Dub. ¿Qué les respondo?

Esforzándose.

Darl. Bien... que pasen adelante.

SCENA IX.

Darlemont solo.

Darl. Mil dudosas imaginaciones me combaten, y es necesario aclararlas. ¿Qué puede traer aquí este hombre tan célebre? ? por qué se dirige á

mí? ¿por qué quiere hablarme con reserva? ¿podria suceder que al cabo de ocho años... que despues de tantas precauciones y medidas?... Ya no tendré un instante de reposo... pero allí vienen: tranquilicémonos, y cuidemos de disipar hasta la sospecha mas mínima, manteniendo severa circunspeccion, aptitud digna, firme...

SCENA X.

Darlemont, L' Epee, Franval, Dubois.

Dubois los introduce, y despues de arrimar sillas vase á un gesto que le hace Darlemont.

L' Epee. Buenos dias, señor.

Los hace sentar.

Darl. Parece que quereis hablarme con reserva; ¿puedo saber el motivo?

Franv. Aquí nos traen los respetos debidos al padre de Saint-Alme, y la obligacion de llenar un acto grande de justicia.

Darl. Explicaos.

Observando á Darlemont.

L' Epee. Voy á sorprehenderos. Sabed, pues, como la casualidad: no, sabed como el árbitro so-

berano, que ordena los destinos de los hombres, puso en mis brazos al Conde Julio de Harancour, vuestro sobrino.

Darlemont se turba y extremece.

Franv. Sí; aquel niño sordo-mudo, de quien fuisteis tutor: todavía vive... y reclama su nombre y sus bienes por el órgano de L' Epee.

Quiere ocultar su turbacion.

Darl. ¿Julio decís? ¿Pues qué exîste todavía?

L' Epee. Dios ha conservado sus dias para recompensar mis trabajos.

Darl. Mucho me alegrára de eso: pero es una invencion que no puedo creer. El Condecito murió en París habrá cerca de ocho años.

Le mira con mayor cuidado.

L' Epee. ¿Estais cierto de su muerte?

Franv. Bien podeis haber sido engañado.

Darl. Yo mismo estuve á la cabecera de su cama... y...

Se acerca mas á Darlemont.

L' Epee. ¿Con que vísteis sus últimos momentos? ¿tal lo que se llama visto la agonía y cadáver de este desdichado?

Confuso.

Darl. Sin entrar en discusiones importunas, me

bastará deciros, que la muerte de Julio de Harancour fué probada en justicia por un acto auténtico y legal.

Mirando á Darlemont.

L' Lpee. Cuya falseded me es manifiesta... y mas que nunca en este mismo momento.

Darl. ¿Y en qué fundais esta conviccion?

L' Epee. Disculpad mi franqueza... pero esa turbacion, ese embarazo que anuda vuestras palabras... todas las señales del crímen que descompone las fisonomías... todo os descubre á vuestro pesar.

Se levanta.

Darl. ¿Tendríais el atrevimiento de pensar?...

L' Epee y Franval se levantan.

L' Epee. Sí: yo que estudié por espacio de sesenta años la naturaleza, que combiné todos sus movimientos, observé sus diversos aspectos, y penetré sus mas pequeñas insinuaciones, leo con facilidad las almas de los hombres: me ha sido suficiente una sola mirada para descifrar todo lo que pasa en la vuestra.

Darl. Nada me acusan el corazon y el honor; ni estos os deben dar ninguna cuenta... si no decidme, ¿qué títulos ú derechos os autorizan á los dos?

L' Epee. ¿Mis derechos?... ¿los dudais?... Tengo los que dan ocho años de penalidad, de cuidado y de paciencia; y los que tiene todo hombre sensible á socorrer las desdichas de su semejante. Mis títulos se reducen á uno solo. Dios me ha hecho depositario de Julio de Harancour para amarle, instruirle y vengarle: y yo obedezco sus decretos eternos.

Darl. ¿Vengar á Julio de Harancour?

Franv. Mis derechos no son ménos sagrados. El primero es la confianza de este hombre célebre, que me ha escogido para acabar su empresa la mas honrosa á la humanidad. El segundo es el deber que me impone mi profesion de defender al débil contra el poderoso, y de tender los brazos á todos los oprimidos.

Darl. ¿De qué opresion hablais?

Franv. En lo que hace á mis títulos, no los tengo iguales á los de L' Epee, ni deseo otro que el ser vuestro reconciliador.

Darl. No os comprehendo.

Franv. Nada puede substraeros de sus reclamaciones; por lo que, seais ó no delinqüente, lo podeis todo reparar: confiad en mi zelo; y persuadíos, que excepto los intereses del huérfano res-

petable á quien defiendo, nada amo en la tierra como el honor y la grandeza del padre de mi amigo.

Darl. Falta mucho todavía: decís que este sordomudo que excita vuestra compasion es el único heredero de los Condes de Harancour; ¿y cómo lo probais? ¿qué fuerza tienen vuestros indicios?

Franv. Todo se reune para probar su identidad... mil circunstancias...

L' Epee. La hora en que le encontráron perdido fué la misma que le dexasteis en París.

Franv. Y es la misma época en que se divulgó aquí la noticia de su muerte... la edad del Condecito, la calidad de su enfermedad...

L' Epee. Una semejanza manifiesta con el autor de sus dias.

Darl. ¿Semejanza?

L' Epee. La alegría que experimentó al entrar en esta ciudad; sus vivas agitaciones al descubrir el palacio de su padre.

Franv. Haber reconocido ya á un criado antiguo de la casa.

L' Epee. Por último, las declaraciones mismas de vuestro pupilo...

Turbado y confuso á cada circunstancia.

Darl. ¿Las declaraciones?

Franv. Los indicios y señales que da con certidumbre y precision.

Darl. ¿Señales?

L' Epee. Ya estais asombrado... sí... no esperabais que un infeliz sordo-mudo...

Franval. Sabed, pues, que Julio encontró en L' Epee, un nuevo creador; que guiado por sus lecciones, alimentado de sus virtudes, y abrasado con los ardores de su genio, nos ofrece hoy el modelo de la educacion mas perfecta... instruído de lo pasado, lleno de observacion y experiencia de lo presente, todo lo comprehende, nada desayra su inteligencia, de todo se acuerda... Vos mismo...

Con turbacion é inquietud que se aumenta en el diálogo.

Darl. No, no; jamas reconoceré en este incógnito á aquel... cuya muerte fué demasiado pública, y sabré ante los Tribunales...

Franv. Guardaos de comparecer... el aspecto de la justicia es terrible al delinqüente... mirad, señor, que no son pocos los Jueces ancianos que hallarán en el huérfano Julio las mismas faccio-

nes de un Magistrado, cuya memoria veneramos aun todos los de Tolosa. Advertid que la opinion pública os condenará, que ningun habitante de esta ciudad dexará de convencerse á la vista del Conde, á la narracion sola de lo que ha hecho por él este amigo de la humanidad, y al aspecto de este anciano, cuyas canas venerables recuerdan á nuestra memoria la série no interrumpida de sus numerosos beneficios... guardaos, señor, de los Tribunales: en ellos sereis confundido, y para siempre deshonrado.

Darl. Nada temo... pues aun quando se declarase falsa la partida de difunto de Julio de Harancour... la ley castigaría solamente á los testigos que la firmáron.

Franv. Y si estos testigos os acusan de haberlos seducido, os llaman su cómplice y su vil corruptor... ¿podreis huir la venganza de las leyes? Dexareis de dividir con ellos el castigo y la infamia... ¡Qué! ¿Ya temblais?

L' Epee. No reprimais los labios que estan presurosos por revelar el secreto de vuestro corazon... no los forceis á encubrirlo.

Franv. Acabad de una vez; dad salida á los tormentos que hace años habitan en vuestro seno...

L' Epee. Sin duda no teneis idéa de cómo se aligera el peso de una falta confesándola.

Cogiendo una mano de Darlemont.

Franv. Tomad nuestros consejos.

Cogiéndole la otra.

L' Epee. Ceded á nuestros ruegos.

Separándolos ayrado.

Darl. Dexadme... Dexadme.

Se aparta de ellos y cubre un momento su rostro con sus manos.

L' Epee. Agitada está su alma... demos el último golpe á su obstinacion.

L' Epee va al fondo del teatro, hace una señal, y aparece Teodoro conducido de Mariana, la que quedará á la entrada. L' Epee lleva á Teodoro junto á Darlemont que está distraído, y lo pone de modo que sea el primer objeto que se ofrece á su vista quando vuelve la cabeza.

L' Epee y Franval notan todos sus movimientos.

SCENA XI.

Los mismos, Teodoro y Mariana.

Aparte miéntras que L' Epee va por Teodoro.

Darl. Estos hombres me estrechan de manera... su penetracion... su sagacidad... pero no: esforcémonos á resistir sus...

Toma una postura grave, vuelve de repente la cabeza y ve á Teodoro.

¡Dios!

Queda inmóvil, y como pasmado.

Teodoro despues de haber mirado con atencion á Darlemont, grita horrorizado, se refugia en los brazos de L' Epee, y señalando con el dedo á su tutor, da á entender que le conoce.

L' Epee. ¿Y dudareis todavía que vive Julio de Harancour?

Darl. ¿Este mi sobrino?

Franv. ¡Qué! podreis sostener...

Darl. Bueno: si ese muchacho fuera mi sobrino ¿huiría así de mí? ¿no hubiera venido ya á mis brazos?

L' Epee. ¿Si no lo fuera, habria demostrado luego que os vió el sobresalto que experimentan todas las almas puras al primer aspecto del que fabricó sus desgracias? ¡Ah! Si alguna vez hubiera dudado que este jóven fuese vuestro antiguo pupilo, bastaría para convencerme este solo indicio de la naturaleza.

Hace que se pasea sin mirar á Teodoro ni á L' Epee.

Darl. Ya os he dicho que no le conozco... ni le reconoceré hasta que por pruebas judiciales...

Acercándose á Darlemont.

L' Epee. ¿Decís que no le conoceis? ¿Pues de dónde nace ese temblor de todo vuestro cuerpo?

Turbado.

Darl. ¿Quién?... ¿Yo?

L' Epee. ¿De qué procedió aquel grito vengador que se os escapó involuntariamente luego que visteis al Condecito?

Franv. De que no podiais sostener el aspecto de este infeliz.

L' Epee. En vano luchais contra la naturaleza... ésta ha pronunciado ya su irrevocable sentencia.

Teodoro hace señas á L' Epee con la mayor viveza en este momento. Estas se dirigen á expresar

que le desnudan, y que despues le visten de andrajos, arañando con los dedos agarabatados las mangas de su casaca, y sus calzones.

L' Epee interpretando estas señas.

L' Epee. Mi discípulo me asegura con sus señas que os reconoce... que sois el mismo que le llevasteis á París... que sois...

Interrumpiéndole con aspereza.

Darl. Acabémos... ya me fatigan tantas impertinencias... pronto, salid todos de mi casa...

Con fuerza y dignidad.

Franv. ¡De vuestra casa! Estamos en la de Julio de Harancour...

Lleno de cólera y alzando la voz.

Darl. Ya he dicho que os vayais... de lo contrario, temed los efectos de mi cólera.

SCENA XII.

Los mismos y Saint-Alme.

Entra presuroso por la puerta lateral.

Saint. ¡Qué ruido tan extraño! ¿Quién se atreve á insultaros, padre mio?... ¿Pero qué veo? ¡Franvall

Miéntras habla Saint-Alme, Teodoro lo reconoce, da un grito de alegría, le abraza, y le llena de caricias.

Saint. ¿Quién es este jóven, cuyas caricias?...

Franv. Julio de Harancour vuestro primo.

L' Epee. Y el pupilo de vuestro padre.

Lleno de contento.

Sant. ¿Será cierto?

Con fuerza y con viveza.

Darl. Te engañan, hijo mio.

Saint. No, no... aunque el tiempo puede haber alterado sus facciones, siento que mi corazon...

Con mas fuerza.

Darl. Que te engañan te digo... este es un lazo seductor que nos tienden...

Saint. ¡Un lazo! ¿Y para qué?

Darl. Sí, hijo mio.

Saint. Fácilmente nos podemos desengañar...

Reconoce una cicatriz que tiene Teodoro en el brazo derecho.

Saint. ¡El es!...

Darl. ¡El es!...

Saint. Sí, sí: mirad la cicatriz que me dió la vida; éste es mi libartador.

Abraza con mayor ternura á Teodoro.

Darl. Retírate Saint-Alme...

Saint. ¡Echar yo á Julio de mi seno!

Darl. Retírate, ó teme...

Saint. Si supiera que en este momento habia de cumplirse vuestra maldicion, y que rayos celestiales me habian de aniquilar en presencia vuestra, nunca podria dexar de manifestar mi alegría á la vista de mi primer amigo, y del compañero de mi niñez... No; yo no puedo resistir á la voz de la naturaleza.

Vuelve á abrazar á Teodoro. Darlemont confundido y rabioso se sienta en una silla á la izquierda del espectador y le da las espaldas.

Despues de un corto silencio.

L' Epee. ¡Y no os mueve una Scena tan tierna! ¡Sereis insensible á las lágrimas que vierten nuestros ojos, y á la dulce emocion que experimentan nuestros corazones! ¡Ah, señor! ¡Quánto os compadezco!

Franv. Finalmente, es preciso ceder al imperio de los sucesos, pues ya es vana y sospechosa toda resistencia... vuestro mismo hijo...

Saint. Padre mio... por Dios...

Se levanta enfurecido.

Darl. Calla...

A L' Epee y Franval.

¿Qué quereis? Yo no reconoceré en este mudo al Conde de Harancour... yo solo, á pesar de vuestros intentos y falsificaciones... á pesar de las pruebas y testimonios, que pondera vuestra credulidad, sostendré como irrevocable la fé de muerto de Julio, y conservaré mis derechos... Quitaos de mi presencia... todos... salid al momento de mi casa.

Vuelve á sentarse: L' Epee toma de la mano á Teodoro, y lo lleva al medio del teatro.

L' Epee. Ven huérfano infeliz... Ven frágil y mísera caña, sacudida por tanto tiempo de la tempestad...

Aquí Teodoro enxuga las lágrimas de L' Epee. Ven hijo mio... que si las leyes no te vengan... Si prevalece la opresion del poderoso... Si la codicia y la impostura te arrojan de tus mismos hogares, siempre tendrás el corazon y la choza pacífica de tu viejo L' Epee.

Con respeto y admiracion.

Saint. ¡De L' Epee!

L' Epee al irse del teatro lleva de la mano á

Teodoro: los dos miran á Darlemont que permanece inmóvil y sentado... Mariana los sigue, y forma grupo con ellos á la puerta del fondo.

A Darlemont.

Franv. Si hasta aquí he respetado con el miramiento que debia al padre de Saint-Alme... Sabed, que en adelante usaré de todos los medios que ordena mi deber, y de toda la energía que produce la indignacion.

Saint-Alme le mira, y se conmueve.

Por densa que sea la obscuridad en que os penseis envolver... por mas que vuestra obstinada resolucion apoye sus triunfos en el crédito, y en el poder, no eludiréis mis razones; no os escaparéis de mí. *Se une al grupo.*

Corre acelerado detrás de Franval.

Saint. Franval... amigo... dentro de un momento iré á vuestra casa...

SCENA XIII.

Darlemont y Saint-Alme.

Aparte miéntras que Saint-Alme acompaña á Franval.

Darl. ¡Ya se fuéron por fin!...

Volviendo hácia su padre.

Saint. Padre mio, dignáos de escucharme.

Darl. Huye tambien de mi presencia.

Saint. Julio es... no lo dudeis.

Darl. Déxame miserable.

Saint. Nos perdeis padre mio.

Darl. Jóven inconsiderado... imprudente... mentecato... tú eres solamente el que nos pierdes... pero yo todo lo repararé.

Quiere irse, Saint-Alme se echa á sus pies, y le detiene por el vestido.

Saint. Por lo mas sagrado de la tierra... por mí y por vos no os dexeis arrastrar de la ciega ambicion que os ofusca... restituid á Julio sus bienes... restitud bienes que no nos pertenecen.

Darlemont forcejea por desasirse, y no puede.

No me dexareis riquezas; pero me quedará por herencia un nombre sin mancilla, y una buena memoria; bienes mucho mas apreciables que el oro y la fortuna.

Darlemont arrastra á su hijo hasta la puerta lateral.

Padre mio... ¿no me escuchais? ¿huis de mí? ¿volveis la vista?... ¡Ah, Señor!... Nos deshonrais... nos deshonrais...

ACTO QUINTO.

La misma decoracion que en el acto segundo. Franval escribiendo en su bufete: á un lado Teodoro leyendo. L' Epee unas veces se pasea pensativo: otras se arrima á ver lo que escribe Franval. Teodoro moverá de quando en quando los dedos de la mano derecha para exprimir las palabras (así lo hacen los mudos): en medio del teatro Madama Franval en silla de brazos haciendo labor: á su lado Clemencia bordando al tambor; ésta mirará muchas veces á su hermano con desasosiego.

SCENA PRIMERA.

L' Epee, Teodoro, Franval, Madama Franval y Clemencia.

Clem. Mucho tarda Domingo.

Mad. ¿Es tan pesado en todo quanto hace?

Sin dexar de escribir.

Franv. Al ordenar esta acusacion siento una agitacion involuntaria.

Mad. Hijo mio, te aconsejo que trates á Darle-

mont con la mayor circunspeccion.

Paseándose.

L' Epee. Es cierto que no puede llevarse á mas alto punto la impostura y la audacia... nunca creí semejante terquedad... ni que pudiera resistir la vista de este desgraciado.

Señala á Teodoro absorto en su lectura.

Mad. Es un injusto usurpador... su castigo debiera ser executivo.

Escribiendo.

Franv. Convengo en ello; pero su hijo...

Clem. ¿A quién no interesarán sus virtudes?

L' Epee mira á Clemencia, y da á entender que sospecha su amor.

Dexando de escribir.

Franv. El solo nombre de Saint-Alme me parte el corazon, é involuntariamente se me cae la pluma de la mano.

L' Epee. Bien conozco Franval la grandeza de vuestros sacrificios; pero vos sois mi única esperanza. *Con energía.*

Franv. Venceréis... sí... vuestro Teodoro quedará vengado;

Con pesar.

pero perdonad á la amistad este justo tributo, y á mis sentimientos esta afliccion involuntaria.

L' Epee. ¡Qué! ¿pensais pudiera yo reprobar los combates generosos de la justicia y la amistad?... creed que yo participo tambien de su rigor. Si las atenciones pudieran mover al inflexîble Darlemont, yo sería el primero que las eligiera... pero el avaro no cede sino á la fuerza, no se humilla sino á la necesidad, y no obedece sino al azote terrible de la justicia.

Franv. Sí, sí, terrible... una vez fulminada esta querella, nada podrá salvarle de las penas infamatorias establecidas por la ley; ¿pero qué harémos entónces con su hijo desdichado? Su alma es ardiente, y su sensibilidad extremada... pero no me desconsuelo... todavía espero que sus razones y lágrimas moverán á Darlemont, y le evitarán las conseqüencias funestas de un juicio público.

Sin dexar la labor.

Mad. Yo no: estoy cierta que nada conseguirá.

Clem. ¿Y por qué? Si la voz paternal vuelve á las sendas de la virtud al hijo que se habia extraviado, ¿por qué la de un hijo... de un hijo como

Saint-Alme no tendrá actividad y fuerza sobre el corazon de su padre?

Mirando á Clemencia.

L' Epee. Soy del parecer de esta señorita, y confio mucho... sí, mucho confio en las prendas de este jóven.

SCENA II.

Los mismos: Saint-Alme entra abatido, y se detiene en el fondo del teatro sin advertirlo ninguno de los que estan en él.

Escribiendo.

Franv. ¡Infeliz Saint-Alme! ¡quán ageno estaréis de presumir que en este instante firma la acusacion horrible contra vuestro padre esta mano tantas veces apretada por las vuestras!

Saint-Alme se extremece.

Mirándolo.

L' Epee. Aquí está.

Dexa de escribir, y se levanta con aceleracion.

Franv. ¡Dios!

Momento de general silencio.

Con dignidad.

Saint. No tengo de que quejarme: lo que habeis hecho, qualquiera otro lo haria en vuestro lugar: la justicia es preferible á los respetos humanos; y hay circunstancias en que el hombre de bien debe ahogar sus mas vivos sentimientos por llenar su obligacion.

Clemencia agitada dexa caer la labor, y da muestras de la mayor turbacion.

L' Epee. ¡Qué! ¿por cumplir con el sagrado deber que el cielo me prescribe, me veré forzado á despedazar una alma como la vuestra? ¡qué dura alternativa! ¡todavía no sabeis quánto padece mi corazon! *A Saint-Alme.*

Franv. Juzgad de lo que pasa en el mio; por una parte la confianza con que me honran,

Señala á L' Epee.

y la justicia que espera este huérfano oprimido, me mandan obrar; por otra la amistad me detiene y ata las manos: á qualquiera parte á que decline padezco sobremanera: no puedo dar un paso sin ser culpable, ni tomar partido que no me presente pesares: ¿quién padeció nunca tantas penas juntas? ¿quién se halló jamas en situacion mas cruel?

Apretando alternativamente las manos de Franval y de L' Epee.

Saint. ¡Ah! bien seguro estaba yo de encontraros en anxîedad tan generosa y en tan penoso embarazo.

A L' Epee.

Ni esperaba ménos del compasivo lenguage y tierno interés que tanto os caracteriza como apoyo de desdichados, y bienhechor de los hombres: pero ya que uno y otro habeis cumplido con vuestro deber, permitidme que yo llene tambien el que me prescribe la naturaleza, y que tome la defensa de mi padre.

Franv. ¿Obtuvísteis acaso?...

Saint. No ha querido oirme: me ha arrojado de sus pies. Lo mas respetable del honor... lo mas tierno de la caricia filial... nada, nada pudo doblegarle: insiste en que quiere probár la muerte de su pupilo, y guarda sobre todo lo demas el silencio mas cruel.

Apóyase sobre el hombro de Franval. Teodoro advierte el abatimiento de Saint-Alme, arroja su libro, y corre á sus brazos.

Franv. Tranquilizaos.

L' Epee. Mirad á vuestro amigo: pudiera decirse

que os acaba de oir, y que intenta consolaros.

Estrechando á Teodoro en sus brazos.

Saint. ¡Quán grande es mi contento en volverlo á ver!

Se para, y le mira.

¿Por qué fatalidad, despues de una ausencia tan larga, ha de estar acibarada nuestra vista con temores y sentimientos? Pero ello es muy cierto... decidme, ¿estais los dos plenamente convencidos de que mi padre es delinqüente?

SCENA III.

Los mismos y Dupré.

Sale Dupré sin sombrero, y en el mayor desórden. A Franval.

Dup. Señor, ¿es cierto lo que mi amo acaba de decirme?... El Condecito de Harancour...

Señalando á L' Epee.

Franv. Ved al mismo que lo ha salvado.

Repara en Teodoro á tiempo que éste le está exáminando.

Dup. ¡O Dios! Sí, él es: por fin le vuelvo á ver.

Teodoro quiere abrazar á Dupré; éste se hace atrás, y evita sus caricias.

Dup. Solamente vé en mí al que cuidó de su niñez: ignora que soy indigno de sus caricias, y que yo mismo contribuí á su perdicion.

Saint. ¡Tú, Dupré!

Teodoro á las muchas señas que le hace L' Epee suspende de repente sus caricias: permanece inmóvil por un momento, ceja poco á poco, fixa su atencion en Dupré, y manifiesta quedar sorprehendido y pesaroso.

Dup. Pero él conocerá todos mis remordimientos, y me permitirá morir á sus pies.

Echase á los pies de Teodoro.

Levantándolo.

Franv. Recóbrate Dupré, y acaba de instruirnos.

Saint. Solo este criado acompañó á mi padre quando llevó á París al Condecito.

A Dupré.

Franv. ¿Habrá como ocho años poco mas ó ménos?

Dup. Si señor.

Saint. ¿Y qué mas?

Dup. La misma tarde que llegamos, me mandó vuestro padre que me hiciese con la ropa de un mendígo, y que con ella vistiese al tierno Julio, despojándolo ántes de la que llevaba.

L' Epee. Justamente me lo presentáron con estos andrajos.

Dup. Luego que su tio le vió disfrazado, le metió consigo en un coche simon, y desapareciéron: á pocas horas volvió solo Darlemont; manifestéle mi sorpresa, y le estreché tanto con mis importunas preguntas, que al fin me confió acababa de executar un proyecto meditado por algunos años, y que habia dexado perdido al Condecito en medio de París.

Falto de respiracion, y como si delirase.

Saint. ¡Qué! ¿mi mismo padre... habrá cometido la barbarie?...

Dup. Si señor; y como para quedar en pacífica posesion de los bienes de Harancour era menester publicar su muerte probándola en justicia, solicitó testigos que la jurasen. El primero fué el patron de la casa que habitábamos; quien declaró seducido á fuerza de dinero.

Poniéndole la mano en la boca.

Saint. ¡Miserable!...

Mudando de tono.

Pero acaba.

Franv. ¿Y el segundo testigo?

Dup. Fuí yo.

L' Epee explica á Teodoro la falsedad de Dupré, trazando algunas líneas en su mano izquierda, é inclinando despues la cabeza con los ojos cerrados en su derecha en señal de muerte. Entónces Teodoro mira á Dupré con indignacion, y se aparta de él.

Conducido á un templo en que todo estaba preparado, firmé la fé de muerto de Julio de Harancour; poco despues partimos para Tolosa, en donde apoyado de este testimonio, monumento de la perfidia mas atroz...

Con voz dolorida.

Saint. Detente... ya no puedo ménos de creerlo... ¡Oh! ¡quánto oprime el peso del crímen horrible de un padre!

Cae en una silla sostenido por Franval con señales del mayor abatimiento.

Dup. Desde este fatal dia no he podido lograr un instante de reposo; pero el cielo justo ha conservado esta víctima para que yo mismo lo descubra todo públicamente, y para que delate mi perfidia al tribunal de las leyes. Bien sé su rigor... sé sus penas... pero estoy resignado á tolerarlas. Feliz si por la expiacion del delito á que contribuí puedo reparar los perjuicios que he causado.

Se levanta precipitadamente.

Saint. Sí, sí; es necesario repararlos: sígueme anciano desgraciado.

Llévase con violencia á Dupré.

Dup. Señor, estoy pronto á quanto dispongais de mí.

Corriendo en pos de Saint-Alme, y deteniéndole.

Franv. ¿A dónde vais Saint-Alme?

Saint. Adonde me lleva la desesperacion.

L' Epee. Advertid que Teodoro...

Saint. Su presencia aumenta mi martirio.

Franv. ¿Qué pensais hacer?

Saint. Vengarle, ó morir.

Le detiene tambien.

L' Epee. La razon os abandona.

Saint. Dexadme.

Franv. Permite que vuestro amigo...

Apartándose de L' Epee y de Franval, y lanzándose hácia la delantera del teatro.

Saint. ¡O padre mio! ¡ó padre mio!

A Franval y á L' Epee que vuelven á detenerle.

Dexadme, dexadme.

Vase con precipitacion, llevándose consigo á Dupré.

SCENA IV.

L' Epee, Teodoro, Franval, Madama Franval y Clemencia.

L' Epee tranquiliza á Teodoro, inquieto y agitado, por medio de algunas señas, y observa á Clemencia, que denota estar llena de la mayor afliccion.

Mad. Al cabo hemos descubierto la trama infame de Darlemont...

Franv. ¡Qué cadena de tropelías y violencias! ¡valerse de la enfermedad de un niño indefenso y desvalido! ¡violar hasta este punto los derechos de la sangre, y los pactos de la confianza! Lo confieso: á no ser por la declaracion del anciano Dupré, jamas hubiera creído tanta perfidia.

L' Epee. Ya veis que Teodoro no se habia engañado.

Mad. ¿Y dudarás un momento de entregar á este delinqüente á la venganza de las leyes? ¿Esperarás, hijo mio, que se valga de su crédito y riquezas para hacer inútiles tus procedimientos?

L' Epee. La tardanza es peligrosa... y yo debo

añadir á tan importantes observaciones, que Teodoro no es el único á quien debo mis servicios; que los demas discípulos me esperan en París, y padecen mucho con mi ausencia; y que por ellos debo economizar el tiempo que he de estar aquí.

Franv. Sí, sí... mayor detencion en cumplir con mi deber me haría sospechoso y criminal... firmemos esta querella...

L' Epee y Teodoro firman el papel que está sobre la mesa.

Clem. Ya se perdió mi esperanza...

SCENA V.

Los mismos, Domingo y Mariana.

Mad. Gracias á Dios que llegaste... ¿y ahora te vienes solo?

Hadeando.

Dom. No será por no haber corrido... ni por haber dexado de buscarlos... Primeramente fuimos á casa de Pedro, el antiguo palafrenero... y habia salido muy temprano con su muger.

Mar. Desde allí fuimos á casa de la pobre Mauricia, la viuda del cochero.

Dom. Y está en el campo por todo el dia... pero dexamos recado á los vecinos, para que vengan acá luego que lleguen.

Franv. ¿Habrás callado el motivo?

Dom. Mi amo sabe muy bien que quando se me confia un secreto...

En una mano la querella, y en otra el sombrero.

Franv. No lo dudo... Esta querella excitará todo el zelo de los ministros... moverá su atencion, así por la naturaleza de los hechos, como por estar autorizada con vuestra firma... L' Epee, vos me acompañaréis con Teodoro...

A Clemencia, cuya turbacion será excesiva.

Si durante nuestra ausencia viniese Saint-Alme.. os suplico le consoleis... Especialmente tú, hermana mia... dile lo mucho que me cuesta; pero un instante mas de tardanza podria perjudicar á Teodoro, y dar armas terribles á su opresor: Vamos.

Ruido dentro.

Clem. Creo que viene gente.

Dom. Si es el señor Saint-Alme, ¡y qué turbado, gran Dios! ¡qué agitado!

SCENA VI.

Los mismos y Saint-Alme, sin sombrero ni espada.

Sale con precipitacion.

Saint. ¡Amigo mio! ¡amigo mio!

Cae desalentado en los brazos de Franval, y éste le pone en una silla: Teodoro corre á socorrerle, y manifiesta el mas vivo interes.

Franv. Recobraos, Saint-Alme.

Saint. Mi padre...

Quiere continuar; pero la emocion que siente le corta la voz.

Franv. Decidme, nada receleis.

Saint. Mi padre...

L' Epee. ¿Qué? Acabad.

Con voz cortada, y con fuerza gradual.

Saint. Afligido y fuera de mí con la narracion del viejo Dupré cobro ánimo...

Se levanta.

me apresuro, y fuerzo la puerta del gabinete en que se habia cerrado mi padre... Dupré que me seguía, le dixo que todo lo habia revelado, y

que estaba resuelto á denunciarse y á denunciarlo... añadió: " me habeis hecho cómplice de un horrendo... de un horrendo delito... pero yo tambien os haré participar conmigo el suplicio... " Esta amenaza de Dupré asusta á mi padre... vienen á su rostro la palidez y la turbacion... todo se extremece, y manifiesta que es hombre... Conocí que era éste el precioso momento, y que debia aprovecharlo... entónces tomo la espada... me pongo la punta en el pecho, y le digo con firmeza y energía... yo, padre, voy á ser deshonrado... y como soy jóven tendria que sufrir la infamia muchos años... espiro, pues, á vuestros pies... aquí víctima de la estimacion pasaré mi pecho, y vuestra vista me verá revolcado en mi misma sangre, sino firmais la declaracion de reconocimiento de Julio de Harancour... El tono de desesperacion, la idea de un perpétuo deshonor, y sobre todo la certidumbre de mi muerte, produxéron el efecto que esperaba... La naturaleza triunfó... condolióse mi padre... y con mano agitada y trémula... escribió el papel que os entrego...

Saca del pecho un papel, y lo da á Franval; éste lee.

Franv. "Yo reconozco á Julio de Harancour, »sordo-mudo de nacimiento, que con el nom»bre de Teodoro, es discípulo del señor Abate »L' Epee, y estoy pronto á restituirle todos »sus bienes." Darlemont.

L' Epee. ¡Poderoso Dios! ¡Todas las criaturas os alaben!

Toma el papel, y lo da á Teodoro.

A Saint-Alme.

Franv. Amigo mio, ¡de qué tormento habeis librado mi espíritu!

Rompe la acusacion que aun tiene en las manos. Teodoro sucesivamente lee el escrito con admiracion, se echa á los pies de L' Epee, y los besa; se arroja con alegría al cuello de Franval... va hácia Saint-Alme, lo mira con atencion, y se detiene meditando... corre al bufete y escribe en el mismo papel.

Franv. ¿Qué hará Teodoro?... ¿Quál será su intento?

L' Epee. Lo ignoro.

Saint. Parece que siente alguna grande emocion.

Clem. Y que se le saltan las lágrimas.

Teodoro llega segunda vez á Saint-Alme, le toma una mano, la pone sobre su corazon, y con la otra le entrega el papel que ha escrito.

Conmovido.

Saint. ¿Qué dirá?

Lee.

"Yo no puedo ser feliz á costa de mi primer
»amigo: doy á Saint-Alme la mitad de los bienes
»restituídos, y éste no podrá despreciar mi do-
»nacion; porque si desde la niñez nos acostum-
»bramos á partir nuestras cosas entre los dos
»como hermanos... es razon que quando vuel-
»ven á unirse nuestras almas conservemos las
»mismas costumbres." Julio de Harancour.

Saint. Dios mio.

Abraza con el mayor cariño á Teodoro.

Abrazándolo tambien.

L' Epee. Solamente esta accion me ha recompensado todo quanto he hecho por él.

Mar. Será benéfico como su padre.

A L' Epee.

Señor, ¿puedo yo esperar se me permita acabar mis dias al lado de mi señorito?

L' Epee. Sí, buena muger, tú y todos los demas criados antiguos de la casa que puedas descubrir.

Franv. Pero ha de ser con condicion Mariana, que como todos nosotros, guardarás un eterno silencio sobre el motivo de las desgracias del Condecito.

Saint. ¡Qué no pueda borrar de la memoria semejante recuerdo!... ¿Cómo podré yo endulzar su amargura?

Mirando á Clemencia con sonrisa bondadosa.

L' Epee. Ayudándoos esta señorita... y asociándose á vuestra suerte.

A L' Epee.

Franv. Bien se vé que nada se escapa á vuestra penetracion.

Mad. Pero advertid que semejante matrimonio...

L' Epee. Cumplirá los deseos de dos personas que se aman; á la dicha de los quales deseo yo contribuir.

Mad. Solamente por vuestra mediacion me determinaría...

L' Epee hace señas á Teodoro que expresan el nudo matrimonial, uniendo sus propias manos como si fuesen de dos esposos, y señalando el dedo en que se pone el anillo nupcial... Despues Teodoro toma una mano á Saint-Alme, y otra á Clemencia, las une y lleva sobre su corazon.

Clem. ¡Momento delicioso! quán agena estaba yo de que llegases.

Saint. Siento mi dicha, mas no la puedo explicar.

Franv. La que experimento no puede compararse sino con mi admiracion...

A L' Epee.

Hombre benéfico... ¡quán grande es la gloria que os resulta de tener un discípulo como Teodoro! Comparad lo que es en este momento á lo que era la primera vez, que os le presentáron, y felicitaos de vuestra obra.

L' Epee mira á Teodoro, y á los demas que forman grupo en derredor de él.

L' Epee. En fin, hijo mio, ya te veo restituído á tus hogares... mis ojos llenos de lágrimas deliciosas te miran condecorado con el nombre excelso de tus mayores... y rodeado de aquellos mismos á quienes has hecho felices... ¡O

providencia de Dios! Ya nada queda que desear en la tierra á mi cansada vejez... y quando dexe este despojo mortal, podré decirme á mí mismo... "Dormamos en paz, pues he concluído bien mi carrera."

F I N.

195383

LS.C
T 2536

Author

Title Teatro nuevo español. Vol. 1.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU